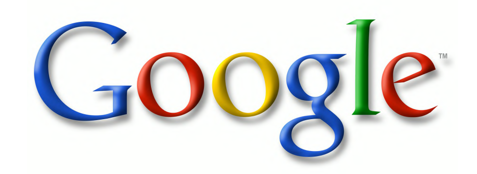


EPISODIOS

DE LA

REVOLUCION CHILENA DE 1891

LA INCONSTANCIA



NOVELA HISTORICA

DE

B. de Sandemar

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE "LA NUEVA REPÚBLICA"
38—NATANIEL—38

1894

LA INCONSTANCIA

LA INCONSTANCIA

NOVELA HISTORICA

DEDICADA POR EL AUTOR

AL SEÑOR DON MOISES VARGAS

COMO UN DÉBIL HOMENAJE

A LA LEALTAD DEL CABALLERO I DEL PARTIDARIO

B. Sandemar

(José Martinez Cuadra)

LA INCONSTANCIA

O

EPISODIOS DE LA REVOLUCION

DE 1891

Novela histórica

DEDICADA POR EL AUTOR

AL SEÑOR DON MOISES VARGAS



IMPRENTA FRANCO-CHILENA.—NATANIEL, 31

1894



LA INCONSTANCIA

O

EPISODIOS DE LA REVOLUCION

1891

I

EN EL RECREO

—¿Habias llegado a sospechar mi inclinacion?

—Sí, Juan, te lo confieso.

—En qué te habias fundado?

—Casi no sabria decirlo. En las recientes relaciones que he cultivado con la familia nunca observé de tu parte esas preferencias, esos movimientos espontáneos e indeliberados que traicionan con frecuencia lo que el corazon quisiera ocultar.

—¿Entónces?

—Solo que alguna vez sorprendí en tus ojos algunos destellos fugaces, cierta espresion particular cuando por casualidad dirijias a Hortensia la palabra.

—Pero nunca viste desmentirse mi habitual circunspeccion.

—Nó, ni en tus modales corteses para con todos. Observé sí que tu semblante se revestia a veces de una melancolía inusitada i que sufrias unas distracciones que, aunque momentáneas, me daban que pensar.

—Cierto, Luis. ¿I cómo podria negarlo? Ah! Hortensia, sin advertirlo, me atraia, me fascinaba, me arrastraba tras sus pasos.

—Pobre amigo. Eras en realidad mui desgraciado. Tenias dos hijos que enseñar, una esposa díscola a quien complacer, una suegra impertinente a quien tolerar i una pasion profunda que esconder en lo mas recóndito de tu pecho.

—Nada mas exacto que lo que acabas de esponer.

Pero vuelvo a mi narracion.

Yo me encontraba tranquilo en mi hacienda del Recreo atendiendo mis trabajos de cosecha, cuando llegaron

allá mi suegra, doña Francisca Alvarado, con su hermana doña Trinidad i las hijas de ésta, Sofía i Hortensia Ramirez.

Todas estas personas iban a pasar las vacaciones en la hacienda i era preciso atenderlas i proporcionarlas cuantas distracciones era posible en el campo.

—Así, pues, se te llenó la casa.

—Sí; las casas de la hacienda de ruido i alegría, mi corazon de sobresalto.

—Veo que ibas a encontrarte mas de una vez en situacion difícil.

—Tanto mas, cuanto mi buena Zoila no se apartó desde entónces un solo momento de mi lado, para lo cual desatendió sus deberes de dueña de casa i a veces hasta los de madre.

—Pero no los de esposa amante i celosa.

—Eso es; pero amante a su manera.

—¿En qué consiste su modo de quererte?

—En que nunca se cuida de manifestarme su cariño delante de los demas i sí de impugnar mis opiniones aunque éstas basen sobre política, materia por entónces estraña para ella.

Mas, tan pronto se presenta en casa alguna dama de regular hermosura, mi mujer se convierte inmediatamente en atento Cancerbero que espia mis menores movimientos i está pendiente hasta de la mas insignificante de mis miradas.

—Por el conocimiento que tengo del mundo, especialmente por lo que alguna vez he visto en el seno de tu hogar, cada dia cobro mayor aversion al matrimonio. Yo comprendo perfectamente qué de mortificaciones incesantes deben soportarse cuando el hombre se encuentra ligado con lazos indisolubles a una mujer que espia con atencion hasta nuestro mas recóndito pensamiento.

—Oh! Martirio insoportable, martirio de todos los instantes! profirió Juan con acento quejumbroso.

—Pero una mujer así es una calamidad.

—Peor que eso, Luis. Con ella la vida es un infierno...

Mas no anticiparé el órden cronolójico de los sucesos.

Los primeros dias que siguieron a la llegada de los parientes de Zoila nada de particular ocurrió que merezca contarse.

La familia hizo una vida regular, tranquila.

Las niñas iban por las mañanas a tomar leche a la *lechería*, distante unas tres cuadras de las casas, i recorrian risueñas la avenida de acacias con vallado de rosas que se estiende en línea recta hasta el camino real i que sirve de entrada única a la propiedad.

Por mi parte, yo me reunia con todos en las horas del almuerzo i la comida, i a veces un rato por la noche; porque madrugaba mucho i el sueño no tardaba en rendirme apénas declinaba el dia.

Con todo, desde la llegada de los viajeros mi atencion se fijó particularmente en Hortensia, la menor de las dos jóvenes Ramirez, quizá no tanto por el atractivo de sus prendas físicas, cuanto por su intelijencia, por su seriedad i discrecion.

Ademas ¿por qué no confesarlo? su figura era tan distinguida, tan finos sus modales, tan dulce la espresion de sus ojos pardos, que no podia ménos

de hacer notable contraste con mi mujer, dotada de una hermosura provocadora i de carácter lijero, voluble, a veces apasionado, irascible.

Tú conoces, amigo, mis gustos e inclinaciones i, por lo mismo, comprenderás cuán peligrosa era para mí la contemplacion de una jóven tan cumplida al lado de otra tan llena de defectos.

Mi conducta para con las jóvenes fué siempre circunspecta, tanto porque me veia vijilado de cerca, cuanto porque yo mismo desconfiaba de mis propias fuerzas i temia la influencia irresistible que Hortensia, sin quererlo, ejercia en mi alma.

Sin embargo, sin darme cuenta de ello, cada dia observaba un nuevo encanto, un nuevo rasgo que iba completando, embelleciendo la fisonomía moral i física de mi prima política.

Ella me pareció virtuosa sin gasmoñería, ilustrada sin ser presuntuosa. Tocaba primorosamente el piano, vestia sin afectacion i con gusto esquisito, conocia la historia universal i los filósofos i poetas contemporáneos, i su trato era siempre afable e impregnado de una mansedumbre encantadora.

Miéntras su hermana se esforzaba por llamar hácia ella la atencion i atraerse con mil artificios a los jóvenes, Hortensia se encerraba en su inalterable modestia. Tanto cuanto Sofía se mostraba interesada en atraerse adoradores con los recursos de su injenio i de su lozana hermosura, su hermana era desinteresada, apacible, casi indolente, casi melancólica.

Nunca observé en ésta esos impulsos espontáneos que producen el entusiasmo al contemplar las obras grandiosas de la naturaleza o las acciones heróicas de los hombres.

Hubiérasela creido víctima de algun dolor profundo e incurable que nada era capaz de distraer. Pero aquel dolor jamás se revelaba con un suspiro, con una queja, con una lágrima.

Llegué a sospechar que Hortensia era presa de una pasion desgraciada, de esas que languidecen la existencia i apagan prematuramente los goces i alegrías de la juventud.

A veces, en momentos de soledad, cuando recorria las umbrías montañas de la hacienda, mi pensamiento se fijaba con insistencia en la dulce fisonomía de la jóven, i al contemplar idealmente sus suaves i graciosas líneas impregnadas de tristeza, mi corazon se oprimia i sentia impulsos desconocidos. Entónces la compadecia desde el fondo de mi pecho i hubiera querido consolarla, mitigar sus pesares, distraer su melancolía.

¿Por qué esos arranques espontáneos del corazon en favor de una jóven con quien apénas cruzara unas cuantas frases? ¿Por qué esa persistencia en recordarla, por qué su rostro virjinal se me aparecia con frecuencia en mis sueños?

Era que comenzaba a amarla; era que mi corazon excesivamente impresionable sentia ya los primeros impulsos de una pasion verdadera...

Pero se hace tarde—añadió Juan— i mañana podremos continuar.

Ambos interlocutores se estrecharon las manos i se separaron.

Abandonaron la plaza de Armas i el sofá en que se hallaban i cada uno se encaminó a su casa.

***

El diálogo trascrito habia tenido lugar en una plácida noche del mes de abril del año de 1890.

Juan Gonzalez, el que diera cuenta de sus impresiones en la hacienda del Recreo,era un jóven de 32 años, de cuerpo esbelto i elegante, de modales distinguidos, de carácter caballeresco i de fisonomía simpática i atrayente.

Trabajaba, como se sabe, en el campo, era miembro del gran partido liberal i diputado al Congreso por su departamento.

Su compañero de paseo era su mas íntimo amigo i correlijionario político, tenia mas o ménos la misma edad, se llamaba Luis Montero, habia sido condiscípulo de Gonzalez i desempeñaba el puesto de sub-secretario de Estado en uno de los Ministerios.

Su figura era agradable, su carácter alegre i vividor, chispeaba a veces el agudo injenio en su mirada i se decia enamorado de cuanta mujer bella encontraba al paso.

Mas, apesar de tan excelentes disposiciones para el matrimonio, permanecia cada dia mas aferrado al celibato.



II

LA TRILLA

La siguiente noche, despues de recorrer dos o tres veces el paseo circular poblado de damas, los amigos elijieron un asiento apartado del bullicio, frente a la torre de la Intendencia, i prosiguieron la interrumpida conversacion.

—A mediados de febrero recibimos en la hacienda una nueva familia—dijo Juan.—Componíanla mis tios Gregorio i Marta con sus hijos María Luisa i Estéban Casablanca.

La reunion de tres familias en un mismo hogar produjo esa animacion estraordinaria que se advierte en personas que emigran de Santiago dispuestas a divertirse i gozar a sus anchas los placeres del campo.

De acuerdo con Zoila i conmigo, mi tio Gregorio organizó una escursion en que tomarian parte: las jóvenes i los hombres a caballo, las señoras en coche.

El término de la escursion era el lugar donde funcionaban las máquinas de trillar, distante de las casas unas 25 cuadras.

El trayecto se haria por un camino orillado por elevados i verdes álamos que, no solo hermoseaban la propiedad, sino refrescaban con su sombra la ardorosa temperatura del estío.

En tal ocasion, para hacer compañía a mis huéspedes, yo me quedé en las casas despues de almuerzo i atendí convenientemente a los preparativos de la escursion i otros pormenores que contribuirian a hacerles a mis amigos gratas las horas de aquel dia.

Las señoras i los niños con una criada se instalaron en dos coches i partieron como a la una.

Algunos minutos despues abandonaron tambien las casas los paseantes de a caballo, entre los cuales figuraba mi mujer, quien no habia querido ir en carruaje por no separarse un instante de mí.

—No hubo mas que aguantar la mecha—dijo Luis.

—Tal es mi destino—prosiguió Gonzalez.—Pero en esta vez fracasaron sus planes, como vas a ver.

La cabalgata iba alegre, bulliciosa por el pintoresco camino.

Sofía i Estéban emprendieron a galopar i los que íbamos en pos tuvimos que hacer lo mismo.

Los caballos eran fogosos, rivalizaban en la carrera i costaba refrenarlos.

De pronto sentí cerca de mí un grito ahogado, ví un bulto que se arrastraba por el suelo i un caballo que volaba hácia adelante sin jinete.

Mi tio i yo nos detuvimos, corrimos en auxilio del caido i reconocimos con sorpresa a Zoila, quien, quejumbrosa, sin sombrero, descompuesto el semblante i los vestidos, lanzaba iracundas miradas en todas direcciones.

—Ah! Juan Lanas!—esclamó roja de cólera. Este es el marido que yo he honrado con mi eleccion! La abandona a una como trasto inútil o la arma una trampa para que se rompa la crisma... Acércate, marido modelo, acércate, estúpido!

—Tranquilízate Zoila,—proferí yo disimulando la vergüenza que me causaba el áspero tratamiento de mi amante esposa.—¿Estás herida, sientes algun dolor?

Con el auxilio de mis brazos se puso en pié i contestó:

—Sí; siento un dolor violento en el pecho al ver tu indolencia, tu culpable descuido... ¡Pérfido, has querido asesinarme para librarte de tu cruz; pero te equivocas porque yo he de resistir todas las pruebas i burlar todas tus infernales maquinaciones!

—Zoila, repórtate,—dijo mi tio con voz grave.—Accidentes de este jénero son frecuentes i casuales en los paseos i no hai razon para culpar a persona determinada.

—Es que usted no sabe, tio Gregorio, hasta dónde llega la perversidad de este hombre.

—Zoila,—repliqué yo trémulo de indignacion.—El abuso que haces de tu debilidad i de mi mansedumbre excede ya los límites de la decencia i el decoro i provoca escenas de comedia que pueden convertirse en horroroso drama... Te prohibo que sigas insultándome gratuitamente!

Zoila no replicó.

Algo de estraño o de siniestro debió ver en mis pupilas porque volvió el rostro a otro lado, se arregló como pudo el vestido i declaró que no queria ir mas a caballo.

Yo envié un inquilino que habia allí cerca a alcanzar el coche de los niños, i despues de algunos minutos mi mujer prosiguió su camino en carruaje.

Ella se sostiene bien a caballo i es seguro que el accidente habia tenido por causa algun descuido de los sirvientes que la ensillaron su caballo favorito. Despues se vió que se habia cortado una correa i que la silla se habia inclinado hasta el punto de hacer caer al suelo a mi cara mitad.

En todo caso, ésta era la mas culpable del percance ocurrido. Hallábase en cinta i nadie mejor que ella conocia que era una imprudencia subir a caballo; pero el deseo imperioso de celarme, superior a toda otra consideracion, apagó sus naturales instintos de conservacion i la impulsó a lanzarse en la aventura, que, por fortuna, no tuvo mas graves consecuencias que el ardiente diálogo que acabo de referirte.

—Lo cierto es que te viste libre de esa especie de gata brava que te sigue a todas partes como la sombra al cuerpo.

—Sí; quedé libre i pude respirar con algun desahogo.

Entretanto los demas paseantes habian notado nuestra ausencia i regresado hasta el punto del accidente.

Hiciéronse diversos comentarios acerca de la caida de mi mujer a quien todos compadecieron sinceramente, i en seguida nos encaminamos a buen paso al punto de término.

Como el coche que conducia a Zoila nos llevaba delantera, pude yo entregarme confiado al agradable pasatiempo de atender a mis huéspedes.

Debo advertirte que los caballos que cabalgábamos Hortensia i yo estaban *amadrinados*, como se dice en el campo, eran cocheros e inseparables en el desempeño de su oficio.

De aquí resultaba que, acaso sin advertirlo, la jóven nombrada caminó a mi lado despues del accidente.

Era Hortensia una amazona irreprochable. Sus naturales atractivos parecian haberse duplicado. El tinte suave, un tanto pálido de su tez, habia adquirido los colores encendidos de la rosa, sus rubios i ensortijados cabellos, desprendidos de sus ligaduras, flotaban sobre sus hombros cual dorada nube, sus ojos brillaban con destellos que yo no les conocia i su cuerpo esbelto i gracioso cautivaba involuntariamente mis miradas.

Cuánta diferencia encontraba yo entre la belleza dulce i anjelical de mi jóven compañera i la hermosura indómita, enérjica, casi bravía de mi mujer!

Aun cuando iba complacido cerca de mi linda prima, mi semblante debia conservar aun las señales de mi reciente excitacion, porque élla me dijo con voz insinuante:

—Mui grande ha sido, Juan, la impresion que esperimentaste hace poco.

—Con efecto; i acaso mas profunda de lo que puedes imajinar.

—Sí; la comprendo fácilmente. Se trataba de tu esposa, de la madre de tus hijos; i te aseguro que yo misma he temblado de emocion ante el amago de muerte de un sér tan querido.

—Tienes un noble corazon, Hortensia... Te juro que yo seria mui feliz si tú me concedieras tu amistad sincera i leal.

—Mi amistad es un triste i pobre dón i te la he concedido ya desde mi llegada a la hacienda.

—Gracias! dije yo sintiendo una sensacion desconocida.

Al propio tiempo estendí la mano i estreché la de Hortensia con una satisfaccion íntima que no debió pasar para ella inadvertida, porque su rostro se demudó i adquirió en seguida tintas mas encendidas.

En ese momento miré distraido hácia adelante i observé fijos en los mios los ojos brillantes de mi mujer, cuyo rostro enrojecido se hallaba pegado al vidrio de la testera del carruaje.

Mi tio Gregorio, María Luisa, Sofía i Estéban se habian adelantado i pasado cerca del coche de Zoila, quien, alarmada por mi ausencia, habia hecho detener el vehículo con el propósito de observarnos.

Hortensia notó lo que pasaba, me envió una rápida mirada i me invitó a acercarme a mi consorte.

Accedí a sus deseos i ámbos fuimos a saludar a Zoila.

Esta nos recibió con forzada sonrisa, dirijió algun cumplimiento a mi compañera i a mí una llamarada de odio e hizo partir nuevamente el carruaje.

Mui pocas palabras mas cambiamos ya con Hortensia, porque ésta arregló la marcha de su caballo de modo que quedamos siempre a la vista de Zoila i porque no tardamos en llegar al lugar de la trilla.

Hallábase éste situado en una pequeña eminencia que dominaba gran estension de la campiña, cortada aquí i allá por frondosas alamedas i jigantescos i sombríos eucaliptus.

Yo habia hecho construir allí una casa rústica de madera de dos pisos. En la parte baja habia un cuarto para guardar las herramientas i útiles de labranza. Lo demas, que era descubierto servia de enramada para que los trabajadores pudieran comer a la sombra. La parte alta, compuesta de tres piezas, era mi habitacion durante el dia i a veces tambien por la noche.

B. Sandemar (José Martínez Cuadra)

LA INCONSTANCIA

O

EPISODIOS DE LA REVOLUCION

DE 1891

Novela histórica



DEDICADA POR EL AUTOR

AL SEÑOR DON MOISES VARGAS



IMPRENTA FRANCO-CHILENA.—NATANIEL, 31

1894

miento brusco i que el rubor subia a su frente.

Los presuntos amantes no me vieron, el movimiento pasó para todos inadvertido, ménos para mí que sufrí el mal efecto que puedes suponer.

Un momento despues la pareja se acercaba al grupo de las señoras. En su marcha, Hortensia parecia llevar a remolque a su compañero.

Al cabo de una hora regresamos todos a las casas.

Para abreviar te diré que los serenenses permenecieron ocho dias en el Recreo i que ellos estuvieron para mí impregnados de amargo disgusto, porque mi inclinacion hácia Hortensia crecia hora a hora, porque encontraba mas insoportables que nunca los celos de mi mujer i porque Chardel proseguia infatigable sus infructuosos galanteos...

Pero es tarde—se interrumpió el narrador—hasta mañana, Luis.

I los amigos se despidieron.



III

EL BOSQUE DE LOS MAITENES

A la noche siguiente Gonzalez continuó:

—Un dia Zoila cayó a la cama presa de una fiebre peligrosa.

Yo me alarmé e hice ir a la hacienda dos de los mas reputados médicos de Santiago. Mas, apesar de los cuidados i atenciones que todos nos esmeramos en prodigarla, la enfermedad se prolongó cerca de un mes, al fin del cual élla empezó a esperimentar una lenta mejoría.

La desgraciada sufria doblemente: por la fiebre i por los celos.

No queria que yo me apartase de su lado, i cuando estaba fuera de casa tenia el oído atento i mandaba a una de las sirvientas que se pusiese de guardia en la puerta de la avenida para que le anunciase mi llegada.

Debo declararte, sin embargo, que sus precauciones quedaron mas de una vez burladas.

Para esto me valia yo de una evolucion mui sencilla, que consistia en venirme desde la éra por dentro de los *potreros* e introducirme en la lechería a la hora en que Estéban con las tres niñas iban a tomar la leche acostumbrada.

Una mañana tuvieron éstos la buena idea de ir a caballo con mi tio.

Por mi parte yo no perdí la oportunidad i los invité a echar un paseo por el monte de los Maitenes, lugar boscoso, quebrado i pintoresco, distante de las casas unas 30 cuadras.

Nos pusimos inmediatamente en marcha.

Ibamos de a dos en dos: María Luisa i Estéban los primeros, Sofía i mi tio en seguida i Hortensia conmigo los últimos.

A veces las parejas se separaban unas de otras, a veces se reunian, segun lo permitia el terreno o lo exijia el capricho de los paseantes.

Era aquel el primer dia que me sentia dueño absoluto de mis acciones i sin que se descargase sobre los mios el brillo fosforescente de los ojos de mi mujer.

Mi compañera cabalgaba en el mismo caballo que la tocara en el paseo a la trilla, el que la gustaba mas i elejia para todas las escursiones; lo cual equivale a decir que iba siempre a mi lado, ya galopásemos, ya fuésemos a la marcha, ya atravesásemos un estero.

Hortensia parecia ir preocupada i yo mucho mas que ella.

Yo sentia una excitacion estraordinaria en todo mi sér, un deseo vehemente, imperioso de dar espansion a un sentimiento largo tiempo comprimido, refrenado hasta entónces por obstáculos de todo linaje. Conocia que estaba enamorado, enamorado estúpidamente, como un energúmeno, como un colejial.

Yo queria provocar una esplicacion que satisficiese mis dudas i mis desconfianzas, que tranquilizase mi corazon de los temores que le asaltaban

pero al mismo tiempo sentia vergüenza i temia ponerme en ridículo al dar salida al torrente impetuoso que ahogaba mi pecho i pugnaba por salir de mis labios. Cobarde como todo enamorado bisoño, retardaba el momento de una esplicacion i solo tenia fuerzas para contemplar a Hortensia como se contempla una flor preciosa i apetecida en inaccesible despeñadero.

Un accidente casual vino, por fin, a darme oportunidad i valor para provocar una esplicacion.

Caminábamos por un sendero estrecho, entoldado por espeso bosque, sendero que nuestros caballos recorrian con dificultad por causa de la fuerte gradiente que habia que ascender, cuando observé que la silla de Hortensia se corria hácia la grupa del animal i la ponia, a la jóven, en gran peligro de zozobrar.

—Hortensia,— esclamé asustado— deten tu caballo i no des un paso mas!

La jóven se detuvo, mas por deferencia a mi súplica que por temor a un peligro para ella desconocido.

Conocí por este rasgo que mi compañera era valiente i que rara vez abandonaba su sangre fria. Ya ántes habia tenido ocasion de observar que élla no se intimidaba con el espectáculo pavoroso de los temblores de tierra que enloquecia casi siempre a las demás personas de su sexo.

Yo me desmonté, me acerqué a Hortensia, la espliqué el peligro que corria i la invité a descender del caballo para que yo pudiese arreglar convenientemente la silla.

Ella consintió en todo de buena voluntad, desprendió la pierna derecha del gancho de la silla i se echó en mis brazos con esa confianza que inspira a la mujer el hombre que la ama.

Yo la estreché contra mi pecho palpitante, la dejé en pié i seguí oprimiéndola aun algunos instantes mas.

Hortensia se puso sucesivamente pálida i encendida. Su corazon latió con violencia, sus ojos adquirieron estraordinario brillo i su cuerpo todo pareció estremecerse. Envióme una mirada dulcísima que desvió instantáneamente al chocar con el fuego apasionado de mis pupilas i en seguida se apartó un paso de mí.

—Hortensia!— prorrumpí yo, dominado por arrebato irresistible, apoderándome de una de sus manos que cubrí de besos.—Te suplico que prolongues estos momentos, los mas deliciosos de mi vida!

Ella no respondió, dejó que acariciara su mano i volvió el rostro a otro lado.

—Amiga mia!— proseguí yo.—Habla, dí una palabra, alienta mis esperanzas o húndeme para siempre en la desesperacion! Piensa que soi un hombre mui desdichado i que de tus labios está pendiente mi destino....

La jóven permaneció callada sin atreverse a mirarme de frente temerosa acaso de encontrar la llamarada abrasadora de mis ojos que la devoraban suplicantes.

—Ah!— esclamé con desaliento— Bien sabia yo que has repartido los afectos intimos de tu alma entre dos hombres afortunados. Bien sé que Azócar i Chardel...

—Son dos amigos a quienes aprecio —se apresuró a decir Hortensia.

—I a quienes distingues especialmente entre todos los hombres.

—Juan—replicó la jóven con voz tranquila—te ruego que afiances sólidamente la silla para que podamos proseguir la marcha.

El habernos apartado tanto rato de nuestros compañeros puede darles a éstos tema para comentarios que es conveniente evitar.

—Sea como tú lo quieres—respondí.

Me ocupé en el arreglo de la silla i en seguida, sin proferir palabra alguna, alcé a mi amiga sobre su cabalgadura i ámbos continuamos en silencio nuestro camino.

Ella iba triste, casi tanto como yo. De cuando en cuando me mirada rápidamente i suspiraba de modo imperceptible. A veces tambien me dirijia la palabra i trataba de llamar mi atencion hácia los sitios encantadores que íbamos recorriendo.

Por mi parte contestaba brevemente sus observaciones i la conversacion quedaba de nuevo agotada. Yo sentia una emocion estraordinaria en el pecho i cual si estrecha cuerda oprimiera mi garganta.

De pronto mi compañera detuvo el paso de su caballo, me miró atentamente i me preguntó conmovida:

—¿Por qué vas tan pensativo i triste?

—Me lo preguntas, Hortensia, i tú lo sabes mejor que nadie, tú que conoces, tú que lees en mi corazon como en un libro siempre abierto, tú que ves cuánto sufro por tu desvío!

—¿Pero qué quieres que haga, Juan? ¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que seas franca e injénua conmigo. Quiero que me abras tu pecho como yo te he abierto el mio...... Quiero que me digas si correspondes mis sentimientos, si yo puedo fiarme en tu lealtad... si es cierto que amas a Azócar o a Chardel...

Hortensia volvió a enmudecer, su pecho se exhaló en un suspiro involuntario i en sus párpados asomó una lágrima.

Continuamos la interrumpida marcha en la misma disposicion que ántes.

Pronto llegamos a una altura, mejor dicho a una planicie que dominaba el bosque.

Veíase desde allí la campiña con sus variados matices de esmeralda, con sus ganados, viñedos, árboles jigantescos, interceptados a trechos por lomajes con sus quebradas sombrías, i mas allá, en lontananza, la nevada frente de los Andes.

Por acuerdo tácito ámbos nos detuvimos a contemplar el hermoso espectáculo.

Yo me apoderé de una mano de mi compañera i la dije con voz triste:

—Hortensia, ya que el grito dolorido de mi corazon no ha sido capaz de alterar tu alma fria, conmuévate siquiera el espectáculo grandioso que tienes ante tu vista. Que este panorama incomparable de belleza i armonía, que nos hace admirar la grandeza de Dios, te revele que tambien existen en el corazon del hombre sentimientos elevados i profundos que es necesario comprender i respetar... Ah! créelo, amiga mia, lo que siento por tí no es un capricho pasajero, no es una pasion bastarda de esas que se olvidan i mueren tan pronto nacen... Lo que siento por tí es un cariño respetuoso, profundo, que jamás podrá enfriarse, que jamás podrá estinguirse.

—No hablemos de eso, te lo ruego,

Juan—articuló la jóven con voz suplicante.

—Nó; no puedo, no quiero reprimir un sentimiento que, acaso nunca como hoi, tendré oportunidad de comunicarte...

—Mira, Hortensia—añadí con fervor creciente— ¿Ves el azul diáfano de ese cielo incomparable, esas montañas altísimas que circundan el valle, esas campiñas risueñas, esos prados tranquilos i pintorescos, aquella mole de granito, blanca i majestuosa, que parece contemplarnos inmóvil? ¿Oyes los alegres trinos de las aves, el suave murmurio del arroyo, los quejidos melancólicos del viento? ¿Percibes el arrullo amoroso de las tórtolas enramadas en el follaje de aquel añoso maiten?... Pues bien, todas esas bellezas, todo ese conjunto admirable de líricas armonías no son sino imájenes opacas, mudas, sin espresion, comparadas con la célica mirada de tus ojos.

—Juan, por favor!—murmuró Hortensia con acento debilitado.

—Sí—proseguí yo con entusiasmo delirante.— Tú eres mas bella, mas pura que la sonrisa de ese cielo tan ponderado por nuestros poetas...

Aquí me interrumpí bruscamente porque ví palidecer a mi amiga i porque percibí las voces de nuestros compañeros, que en ese momento llegaban a la planicie.

Pocos minutos mas se prolongó nuestra contemplacion del bellísimo panorama, en seguida descendimos i regresamos apresuradamente a las casas sin que nada de particular nos ocurriese en el camino.

Hortensia continuó melancólica i yo me conduje con ella amable pero circunspecto.

Gonzalez i Montero volvieron a separarse i convinieron en reunirse en la misma plaza al dia siguiente.

***

—Zoila tenia casi siempre cierta facultad de adivinacion que rara vez la engañaba—dijo Gonzalez cuando se reunió nuevamente a su amigo.—Me recibió furiosa i me acusó de indolente porque solo me habia preocupado de pasear con las niñas, porque habia llegado mui tarde i porque la habia dejado abandonada.

Yo consulté mi reloj i la repliqué:

—Faltan 15 minutos para las once, i tú sabes que regularmente regreso del trabajo pasada esta hora.

En cuanto a dejarte abandonada, me parece que tu madre i tus tias Marta i Trinidad no son personas estrañas de las que tengas motivos para quejarte.

—Pícaro!—gritó mi mujer.—¡Cómo te atreves a negar que hoi no te has asomado a la éra i te has llevado toda la santa mañana desempeñando el papel de caballero galante con las damas?

—I aun cuando así fuese ¿qué tendria eso de particular? ¿Acaso porque soi tu marido he dejado de ser hombre para convertirme en esclavo tuyo?

—¿Es decir que confiesas qu[illegible] andado con las niñas?... Ah! Móns[illegible] asesino, perverso, traidor!

—Zoila, reflexiona que tenemo[illegible] jados i que no es prudente...

—¿I qué me importan a mí los [illegible] dos?—rujió la enferma con voz [illegible]

da por la ira.—¿No estoi en mi casa para desfogar libremente mi cólera?

—Está bien; grita cuanto quieras, pero te protesto que esta será la última vez que lo harás para insultarme.

—Cómo! ¿Me amenazas?

—Qué disparate! ¿Puede acaso ame nazar el cordero a la hiena?

—Si yo soi hiena, tú eres tigre.

—Famoso consorcio de fieras hai aquí entónces... Pero si no refrenas tu furor por consideracion a nuestros huéspedes, hazlo siquiera por nuestros cachorros, por nuestros hijos a quienes damos mui mal ejemplo con estas reyertas de taberna.

Pronunciadas estas frases salí de la habitacion i me dirijí al comedor.

Debo advertirte que desde que mi mujer cayera enferma yo la habia acompañado siempre en las horas de mesa.

Cuando me presenté a mis huéspedes conocí que éstos habian escuchado los gritos rabiosos de Zoila, tanto porque reinaba en la sala un silencio mui significativo, cuanto porque al verme, mi suegra se levantó, me lanzó una mirada sombría i fué a hacer compañía a su hija.

Miéntras permanecimos sentados a la mesa, la conversacion se hizo monótona, fria i no reinó ya la franqueza i alegría de costumbre.

Igual conducta observaron todos durante el tiempo de la comida.

Llegada la noche mi tio Gregorio me rogó dispusiese lo necesario para que bas familias pudieran marcharse en nañana próxima. Agregó que tal deminacion habian tomado porque les urjente arreglar ciertos asuntos imtergables que acababan de recordarsus respectivos ajentes de Santiago.

Yo traté de disuadir a mi tio i me empeñé vivamente en que prolongasen algunos dias mas su permanencia en casa; mas todo fué inútil porque nuestros huéspedes estaban decididos a marcharse sin pérdida de tiempo.

No habia que dudarlo: las familias huian de la hacienda, convertida por mi mujer en un verdadero infierno.

Cuando llegó el momento de la despedida, las señoras i las jóvenes me espresaron en sentidas frases el agradecimiento que les merecia mi buena acojida i mi constante empeño por hacerles grata la temporada de campo.

Yo escusé como pude los elojios i me manifesté galante i risueño a pesar de que sentia vivamente la partida de Hortensia.

Observé que ésta sonreia tambien, pero que traicionaban su aparente insensibilidad una palidez estrordinaria i unas ojeras que sombreaban sus ojos i la daban un aspecto melancólico.

Nuestro abrazo de despedida fué tierno, espansivo, prolongado. Cuando ella se desprendió de mis brazos, rodaban por sus mejillas algunas lágrimas, i yo mismo me ví obligado a huir apresuradamente para que no fuesen vistas las que tambien asomaban a mis ojos.

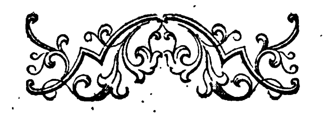
Los carruajes partieron, su ruido repercutió dolorosamente en mi corazon i yo fuí a desahogar mi pena al fondo de la arboleda.

—Ah!—esclamaba conmovido.—Dolor, exhálate cuanto ántes para que no te profanen los estraños! Rodad, lágrimas, ahora que no hai testigos importunos; rodad dulces i silenciosas hoi que se ha abierto mi alma a la esperanza, hoi que las de un ánjel de belle-

za se han mezclado con las mias! Brincad de gozo, corazon, romped si quereis las frájiles paredes que os encierran, hoi que Hortensia ha manifestado algun interes por mí, hoi que nuestros pechos han latido juntos, hoi que indestructible cadena aprisiona nuestras almas! Labios, bendecid a Dios que acaba de iluminar mi frente con un rayo de su luz divina, que me ha sacado de las horrorosas tinieblas en que vivia, que me ha apartado del abismo de la desesperacion!

Esa noche, al acostarme i abrir las ropas de la cama, observé que algo habia entre las almohadas. Me apoderé ansioso de aquel objeto, que era una preciosa cartera de piel de Rusia, mui poco usada al parecer. Abríla apresuradamente, rejistré sus diversos departamentos i encontré una pequeña hoja de papel escrita con finos i elegantes caractéres que decian: «Recuerdo de tu amiga H.»

Escusado creo decirte que cubrí de caricias la cartera i que esa noche fué una de las mas deliciosas de mi vida.



IV

LA TERTULIA

Regresamos a Santiago tan pronto se restableció la salud de Zoila.

Esta comprendió, sin duda, que no podia convenirla un rompimiento en que ella llevaria la peor parte i tuvo el buen tino de moderarse i tratarme con ménos aspereza.

Además, alejados los huéspedes, ausente Hortensia que provocaba sus celos, no tenia ya de quien desconfiar i su carácter llegó a dulcificarse un tanto.

Mi suegra misma, que me odiaba mui sinceramente, que atizaba las malas pasiones de su hija i la llenaba de cuentos i chismes impropios de su posicion i de su edad, empezó a reflexionar en la gravedad de las circunstancias i a moderar en parte sus perversos instintos.

Dados estos antecedentes, comprenderás, Luis, que nuestra existencia se hizo mas regular i soportable en Santiago.

Pronto fuimos visitados por la familia de mi tio Gregorio, por la de doña Trinidad i por los serenenses, establecidos definitivamente en la ciudad.

Nosotros correspondimos sus atenciones i les pagamos sus visitas, con lo cual se estableció entre los miembros de la familia esa amistad llana i cor-
l que suele reinar entre parientes.

Per lo demás, las relaciones entre rtensia, Azócar i Chardel continuan en el mismo estado que yo obser-a en el Recreo: la jóven atenta siempre a cuanto Azócar hacia, Chardel empeñado en agradar a Hortensia sin conseguirlo. Solo que la preferencia de ésta por el primero se hizo tan marcada, que yo llegué a concebir cierta desconfianza que ha dejenerado mas tarde en un sentimiento mas vivo.

***

Aquí pongo término a mi relacion porque nada mas tengo que referirte i porque estás ya iniciado en todos los secretos de mi alma.

—Yo te agradezco, Juan, sinceramente las revelaciones que acabas de hacerme i te prometo que hallarás siempre en mí un amigo dispuesto a secundarte en tus proyectos i a consolarte en tu afliccion.

—Sí, querido Luis; nuestra amistad es el único bálsamo eficaz que mitiga mis dolores. Al referirte las incidencias que precedieron a mi pasion desgraciada, he sentido mas desahogado mi pecho. Mas, todo eso no quita que tenga un negro presentimiento que me augura muchas desgracias en lo porvenir i me sienta presa de una melancolía que a veces he llegado a creer incurable.

—Tu situacion es, ciertamente, mui crítica i necesitas mucha enerjía, mucha fuerza de voluntad para hacer frente a tantas dificultades; mas yo espero que todo ha de arreglarse satisfactoriamente, que tu mujer se moderará i que tu amiga Hortensia no te dará que sentir.

—Ah! Si así fuese, yo veria lucir aun dias bonancibles despues de las frecuentes borrascas quehan combatido mi existencia. Por mi parte hago lo posible por modificar el carácter irascible de Zoila con mi conducta amable i atenta; i como estoi persuadido de que Hortensia posee nobles i elevados sentimientos, he pensado mas de una vez que esta niña anjelical me proporcionará, como tu leal amistad, muchos consuelos.

—Tambien yo creo lo mismo, porque en las veces que la he tratado, me ha parecido esta jóven un ánjel de belleza i de dulzura.

—Pluguera al cielo que no nos engañemos, mi querido Luis....

Otros asuntos tambien me preocupan hondamente: los relativos a la política.

—Tienes razon, Juan. La situacion de nuestro querido Presidente va haciéndose grave dia por dia. Su espíritu conciliador, sus nobles deseos de unificacion de la familia chilena están produciendo efectos deplorables.

—Sobre todo desde que Balmaceda diera entrada en los consejos de Gobierno a los montt-varistas, hombres funestos que no persiguen ningun ideal político, sino simplemente escalar el poder cueste lo que cueste.

—¿I qué decir de las otras fracciones liberales? Los sueltos, los radicales, los mocetones i sus caudillos Matte, Altamirano, Lastarria, Aldunate, Zegers, Zañartu son otros tantos ambiciosos que se arman recíprocas celadas, que se disputan el predominio político i que hacen desaparecer los Ministerios tan rápidamente como se suceden las figuras en el cuadro de una linterna májica.

—Desde que nuestro glorioso ejército conquistara territorios i tesoros inmensos en la colosal guerra del Pacífico, nuestros hombres públicos han sentido despertarse sus bastardas ambiciones porque ven ahora que el solio supremo irradia fulgores que les deslumbran. La Presidencia de la República es hoi un puesto envidiable que ha hecho mas grande aun la honrada i laboriosa administracion de Balmaceda.

—I esto último, créeme Juan, ha acarreado a nuestro Presidente enemigos encubiertos e irreconciliables que no le perdonarán nunca el haberles impedido realizar pingües negocios a costa de la honra de la Nacion.

—Escucha, Luis; acaso sea porque siento esa melancolía de que te hablé ántes, acaso porque domine mi espíritu un cruel presentimiento, es lo cierto que yo veo amontonarse negras nubes en el horizonte político, nubes precursoras de tempestad, de desastres, de ruinas para la patria.

—Que tu vaticinio no se cumpla, amigo mio. Que nuestros hombres públicos se inspiren en elevados sentimientos de patriotismo i la patria se habrá salvado.

Mis personajes se estrecharon la mano i se despidieron.

***

Vivia Juan Gonzalez en la calle de la Compañía en una casa de buen aspecto, ancha, de un piso, aseada, co moda, dotada con jardines i juegos d agua, ricamente decorada i amueblad Su dueño era grande aficionado a la bellas artes i por lo tanto habia llegad

a acumular allí en sus salones verdaderas riquezas en cuadros, estátuas, libros i objetos raros.

En su calidad de célibe, Luis Montero ocupaba una modesta casa en la calle de la Moneda, a corta distancia del palacio de este nombre. Con todo, aunque no mui estensas, no dejaban de ofrecer sus habitaciones toda la comodidad exijida por un jóven que tenia gustos artísticos i que ocupaba un puesto distinguido en la sociedad.

Doña Trinidad Alvarado, viuda de Ramirez i hermana de madre de doña Marta Jimenez, la esposa de don Gregorio Casablanca, residia en la calle de Santo Domingo, no léjos de Juan Gonzalez, en una casa que poseia toda la comodidad i decencia propias de su posicion i de su reducida familia.

Se sabe ya que ésta se componia de la señora i de sus hijas Sofía i Hortensia, de 23 años la primera, de 22 la segunda.

Casablanca, tio político de Gonzalez i esposo de doña Marta, era padre de Estéban, de 25 años i de María Luisa, de 20.

Ocupaba esta familia una buena casa en segundo piso en la calle de la Catedral.

Los serenenses, de 30 años cada uno, como hombres de fortuna que gustaban de una vida cómoda e independiente, residian en el Gran Hotel de Francia, sito en la plaza principal.

***

Doña Trinidad i don Gregorio tenian en sus respectivas casas recepciones semanales a las que concurrian, entre otros convidados, nuestros principales personajes.

Gonzalez asistia rara vez a esas reuniones, ya porque no siempre se lo permitia su estado o su consorte, sin la cual no queria salir, ya porque huia con especial cuidado el encuentro de Hortensia, cortejada siempre por Chardel, cosa que lastimaba su orgullo de hombre i de amante misterioso.

Con todo, una noche concurrió a una de las tertulias.

Tocábale su turno a don Gregorio.

Gonzalez hizo gran provision de voluntad i se prometió conducirse de manera que sus ojos no viesen, que no oyesen sus oídos ni latiese su corazon.

Pensaba hacer lujo de una impasibilidad estoica por mas que viese mui cortejada a su amiga, por mas que ésta se manifestase enamorada de cada uno de los jóvenes de la reunion.

Ademas, él se decia en sus horas de calma:

—¿No es mui natural que ella se apasione un dia u otro de uno de esos jóvenes interesantes i solteros que pueden ofrecerla un porvenir halagüeño? ¿No seria una insensatez que yo pretendiese esclavizar su albedrío inclinándola en favor de un hombre tan desgraciado como yo, de un hombre absolutamente imposibilitado para labrar su dicha? Nó; yo no puedo, yo no debo pretender sus favores. Eso seria dos veces criminal, ya porque la perjudicaria con mis exijencias, ya porque tarde o temprano provocaria una escena tempestuosa con mi mujer, acaso un escándalo que me llenaria de vergüenza.

Fortificado con todas esas reflexiones juiciosas, sobre todo con el propósi-

to firme de dominar sus nervios, Juan ascendió con su mujer la escalera de la casa de doña Marta, se apartó del bullicio del piano i del baile i tomó parte en un grupo situado en la antesala i compuesto de Casablanca i de otros dos caballeros respetables.

***

Muchas damas i caballeros habia en la reunion i las danzas se sucedian unas a otras con cortos intervalos.

Hacia rato que se habia dado principio a un vals.

Las parejas recorrian el salon en todas direcciones; pero Juan, que nada queria presenciar de la alegre danza, solo las veia de reojo empeñado con sus interlocutores en una interesante conversacion política.

De pronto percibió cerca, casi a su oido, una dulce voz que le dijo:

—Buenas noches, Juan.

—Mui felices, Hortensia— respondió el jóven volviéndose con presteza i enviando a la dama una mirada indescriptible.

En seguida echó una ojeada recelosa i acerada al compañero de Hortensia; mas en el mismo instante sonrió complacido i estrechó cariñosamente la mano de Montero, cual era en ese momento el caballero de la jóven.

—Eres mui egoista—continuó ésta.—Llegas a esta casa i no te dignas saludar siquiera a tus amigas.

—No merezco el cargo, Hortensia. Creo, por el contrario, que he obrado acertadamente al no interrumpirlas en sus placeres.

—No me satisfacen tus esplicaciones, Juan, i persisto en que has sido egoista al no proporcipnarnos el placer de estrechar tu mano.

Ademas, de algun tiempo acá he observado que te has vuelto hombre grave i que no alternas ya con los jóvenes, lo cual no es justo ni propio de tu carácter ni de tu edad.

—Pero lo es de mi estado.

—Tampoco, tampoco. ¿Acaso los hombres que se casan se hacen por eso insociables?

—Seguramente que nó; salvo que medien circunstancias excepcionales...

—¿Tendrias la amabilidad, Hortensia, de acompañarme en el próximo baile? — interrumpió Chardel, quien, como se sabe, vagaba siempre en torno de la jóven.

—No me es posible, Antonio—contestó la dama con esquisita cortesanía que parecia encubrir cierta irónica sonrisa.—Estoi comprometida con Azócar.

—¿I para el subsiguiente?

—Lo estoi con Estéban.

—¿I para el otro?

—Con mi primo Juan —replicó la jóven enviando una rápida mirada a Gonzalez.

—¿I en seguida?

—Con este caballero—dijo Hortensia señalando a Luis i estrechando levemente su brazo en señal de intelijencia.

—Soi, en verdad, mui desgraciado esta noche—profirió Chardel empalideciendo lijeramente i echando una mirada rencorosa a la dama.

—Ya se consolará usted pronto—apresuró a replicar Luis.—Empren usted nueva campaña i no queda descontento cuando haya elejido ot

hermosa flor entre las mui numerosas i perfumadas que ostentan su gallardía en este vasto jardin.

Chardel no contestó. Tenia los lábios blancos i temblorosos.

No hallando otra cosa mejor que hacer, saludó con la cabeza i se alejó lentamente.

—Habráse visto impertinente—prosiguió Montero.—Venir a interrumpirnos cual si nosotros fuésemos sus inferiores o estuviésemos obligados a soportar sus caprichos de provinciano mal educado!

***

Entretanto Gonzalez habia permanecido mudo, atento al diálogo entablado entre Hortensia i Chardel.

De pronto se apoderó de la mano de la jóven, se acercó a su oído i díjola con acento conmovido:

—Gracias, Hortensia, gracias desde el fondo de mi alma!

I se apartó del grupo apresuradamente.

—Tiene Juan a veces unas orijinalidades...—dijo Luis dirijiéndose a su compañera con el propósito de sondear el corazon de ésta.

—Son arranques espontáneos que yo acepto siempre gustosa porque sé que es mui digno de compasion.

—Oh, sí!—replicó Montero.—En eso estamos de acuerdo porque a mí tam-n me consta que no hai hombre .s bondadoso, ni mas leal, ni tampo- mas infortunado...

-Ni mas noble—interrumpió la jó- . exhalando un suspiro.

-Sabes, Hortensia, que tengo la suerte de ser su mejor amigo; pero lo que ignoras es que daria la mitad de mi vida por verle dichoso, por mitigar siquiera sus pesares.

—Lo creo Luis, porque hé aprendido a conocer la bondad injénita de tu alma.

—Amiga mia, añadió Montero haciendo una leve cortesía.—No es estraña al asunto de que hablamos la súplica que voi a hacerte.

Hortensia se puso encendida como la flor del granado, pero nada dijo i esperó.

—Te ruego encarecidamente que tú por tu parte le ahorres ciertos disgustos que pueden hacerle una impresion terrible.

—Yo!...

—Sí, tú. Acabas de ver que tu reciente conducta con Chardel le ha hecho casi feliz.

—Que yo le he hecho feliz porque estaba en baile con otros caballeros!... Vamos, no lo entiendo.

—Eres harto intelijente para comprenderlo tan bien como yo.

--Hablemos de otra cosa, si te place, Luis.

—Por el contrario, hablemos precisamente de eso, que te juro es mas grave de lo que tú aparentas creer.

—Supongo que ni tú ni tu amigo pretenderán constituirse en censores de mis acciones.

—Nada de eso, Hortensia. Solo te he dirijido una súplica, i ya sabes mui bien cual es la intencion sana que la ha inspirado.

—Yo accederia a élla si no se pusiese trabas a mi albedrío, si no se coartasen las inspiraciones de mi corazon,

—Advierte que eso equivale a negar la merced solicitada.

—¿Pero cómo quereis que reprima mis gustos, mis aficiones, mis placeres de niña soltera?

—Yo no exijo tanto. Tan solo te pido que en las raras ocasiones en que él esté delante moderes tus impulsos de niña coqueta i no le sometas a insufrible martirio.

—No puedo prometer eso. Sin embargo, haré lo posible por complacerte.

—Eso me basta i quedo con ello mas tranquilo. Gracias.

***

Terminado el vals, Montero condujo a su asiento a su compañera i fué en busca de Juan, quien se paseaba solo por las galerías esteriores.

—Luis—dijo Gonzalez enlazando su brazo al del recien llegado, eres un amigo fiel. Adivino que has hablado de mí a Hortensia.

—Con efecto, no te has engañado.

—Ah! Díme por favor ¿hai alguna esperanza para este desgraciado?

—Me pones en aprieto, amigo mio.

—Cómo! Nada has podido sacar en limpio?

—Pero, mi pobre Juan ¿crees que puede hallarse un átomo de luz en ese fondo sombrío i misterioso que se llama corazon de mujer?

—Tus palabras me hielan el cuerpo... Ten compasion de mí.

—Debo proceder con lealtad en este asunto i por lo mismo estoi obligado a confesarte que ella no rechaza ni acepta tu cariño i que se reserva su libertad de accion.

—Así, nada se ha avanzado i, por el contrario, se ha retrocedido—dijo Juan con abatimiento.

—No lo creo yo lo mismo. Que no todo está perdido lo prueba la rápida escena ocurrida no há mucho con Chardel.

—Algo de cierto hai en eso. Lo que es por hoi este serenense está derrotado. En cuanto al otro...

—Ese es ménos temible. Ya sabes que está esclusivamente dedicado a María Luisa.

—Sí; pero Hortensia lo está tambien al afortunado Azócar.

—Dejemos venir los acontecimientos i no nos anticipemos a ellos con vanas presunciones...

—Oye, ahora comienzan nuevas cuadrillas. Entremos al salon.

***

Los amigos entraron en la sala de baile i se situaron en un ángulo en que habia otros dos caballeros con quienes trabaron animada charla.

No era Chardel hombre que se diera tan fácilmente por vencido. Hallábase íntimamente persuadido de su importancia social i de los méritos que adornaban su persona i sabia, por lo tanto, que no habia mujer alguna, por mas bella o encopetada que fuese, que pudiera desairarlo. El habia postergado mas no renunciado al placer de estrechar la mano i la cintura esbelta de su amada.

Como no le quedaba otro recurso, púsose en baile con María Luisa i acordó con Azócar el vis a vis.

Desde que las parejas se colocaran en sus respectivas posiciones, Gonzalez

se volvió todo ojos para observar lo que pasaba.

Situada no léjos del grupo de caballeros, Zoila a su vez puso en actividad todas sus dotes intelectuales para leer lo que iban a revelarla las facciones de su marido.

Cuando Azócar sacó a bailar a Hortensia, díjola con galantería:

—Sé que has estado mui solicitada i que debemos darnos por dichosos los caballeros que tenemos la honra de bailar contigo.

—Deberian darse por contentos; pero no todos piensan así—replicó la jóven con hechicera sonrisa.

—Pues a esos tales habrá que declararles unos ingratos con la suerte.

—Es que la suerte no soi yo...

Las exijencias del baile interrumpieron el comenzado diálogo.

—¿Cómo?— preguntó el serenense cuando hubo ocasion.

—Decia que la suerte no soi yo, o que en todo caso hai varias suertes en este salon.

—¿Por ejemplo?

—Una que tú conoces mucho i que te agradaria que yo te nombrase.

—No acierto con el enigma —dijo Manuel complacido interiormente mostrando su socarrona sonrisa.

—¿Sí? Pues que su solucion quede oculta por el misterio...

Fué preciso interrumpir nuevamente la conversacion para tomar parte en las figuras de las cuadrillas.

***

Entretanto Gonzalez sufria el tormento horroroso de los celos sin serle dado terciar o interponerse entre los que a cada paso cortejaban a su amiga. Habia dejado de tomar parte en la charla de sus compañeros, su semblante estaba pálido i sus ojos fijos siempre en un solo objeto seguian con avidez uno a uno los movimientos de Azócar i su compañera.

Zoila miraba alternativamente a su marido i a los dichosos danzantes i sus pupilas chispeaban de coraje.

Montero por su parte lo observaba todo i temia a cada instante una de esas escenas violentas propias de las exaltadas pasiones de los celosos.

Los danzantes continuaron alegremente el baile sin preocuparse de la excitacion estraordinaria de nuestros cónyujes.

Cuando la tocó a Hortensia ser la compañera de Chardel, éste la estrechó contra su pecho con un movimiento nervioso, irresistible, acaso indeliberado.

La accion fué tan brusca e inesperada, que la jóven, cubierto el rostro de vivo encarnado, esclamó en tono de protesta:

—Ah! Esto es demasiado!

Al presenciar esta escena, Juan, pálido como un cadáver, se levantó como impulsado por un resorte i se dirijió a Chardel.

A su vez, casi simultáneamente, se levantaron tambien Luis i Zoila.

Esta se colgó del brazo de su marido a quien le dijo furiosa:

—¿A dónde vas infiel, mónstruo de iniquidad?

—Al infierno — contestó Gonzalez avanzando sin hacer caso de los reproches de su mujer.

—Amigos mios—dijo Montero terciando en la cuestion—salgamos de esta sala a respirar un aire mas puro. Aquí se asfixia uno.

Estas frases despertaron al infeliz marido de la horrible pesadilla que le embargaba.

—Sea—dijo.

I en vez del torrente de injurias que pensaba descargar sobre la frente de Chardel, hizo un movimiento de conversion i salió a las galerías sofocado por la ira.

—Hemos hecho bien en salir de allí —articuló Zoila con voz trémula.—Yo me siento mala i no permaneceré un momento mas aquí... Vámonos, Juan.

—Creo que eso es lo mas acertado que ustedes pueden hacer—confirmó Montero.

Este mismo se encargó de buscar el abrigo de Zoila.

Un momento despues los tres personajes bajaban silenciosos la escalera de la casa.

*
* *

Gonzalez se dejó conducir inconsciente. Las violentas impresiones esperimentadas habian anonadado sus fuerzas i debilitado casi su voluntad.

Luis acompañó a los esposos hasta dejarlos a las puertas de su casa i regresó en seguida a la calle de la Catedral.

Zoila i Juan no se dirijieron una sola palabra. Escusaban entrar en esplicaciones porque sentian que la tempestad estaba próxima a estallar sobre sus cabezas.

Gonzalez se encerró en sus habitaciones i allí dió libre curso a su dolor.

—Oh! qué cruel tormento es esta pasion que me consume!—se decia.—Yo, un hombre casado, con obligaciones, con deberes sociales que respetar, con hijos a quienes dar buenos ejemplos, con una esposa a quien complacer, enamorado perdidamente de una mujer a la que todos galantean! Esto es indecente, ridículo, absurdo..... Esto es preciso que se corte violentamente, que cese de una vez o que huya para siempre de su presencia.... Mas cómo, Dios mio! Si ella es mi vida, mi encanto, si su amistad es mi único consuelo, mi único refujio en la borrasca perpétua en que se ajita mi existencia!...... Ah! Yo no he debido casarme! Los hombres como yo no deben vivir como los demas en contacto estrecho con las modernas sociedades. Los que como yo tragan a raudales el acíbar de la vida, deben huir a los bosques, a los parajes abruptos i solitarios donde pueden esconder su vergüenza i su miseria...... Hai en verdad destinos crueles para ciertos seres. Acaso mi suerte habria cambiado si me hubiese tocado una mujer de talento, suave, complaciente, que hubiese comprendido la delicadeza de mis sentimientos i se hubiese dedicado a mitigar mis amarguras en vez de aumentarlas, en vez de exasperar mis malas pasiones... Pero soi injusto para con mi compañera. Pobre Zoila, ahora la compadezco de veras, hoi que sufro yo tambien la tortura infernal de los celos! Infeliz mujer, ni ella ni yo podremos dominar jamas esta pasion horrorosa que quema nuestra sangre, que engrifa nuestros nervios, que hiela i enardece alternativamente nuestros

corazones, que rompe las fibras mas insensibles de nuestros cuerpos!... Mas, si yo no puedo dominar este amor desgraciado, preciso es al ménos que minore sus efectos, que me aleje del peligro. Es indispensable que evite las ocasiones de encontrarme con Hortensia, con esa niña suave i pura que me fascina sin quererlo, que me enloquece, que me hace gozar momentos deliciosos i sufrir tambien tormentos indecibles!

***

Cuando le tocó a Luis ser el compañero de baile de Hortensia, ésta le preguntó con vivo interes:

—¿Qué es lo que ha pasado, amigo?

—Casi una desgracia.

—¿Por qué se han ido Zoila i Juan tan precipitadamente?

—Porque aquí no tenian aire sano que respirar.

—Esplícate, por favor!

— Recuerdas, Hortensia, la súplica que te dirijí hace dos horas?

—Perfectamente; i la tengo tan presente, que ella me ha preocupado toda la noche.

—¿I aun así no adivinas lo ocurrido?

—Imposible.

—¿Recuerdas el incidente de las cuadrillas cuando Chardel se permitió....?

—Sí, contestó la jóven sonrojándose.

—Pues bien, si sabes todo eso ¿para qué me pides mas esplicaciones?

—Te confesaré que no soi tan torpe que no sospeche lo que ha podido ocurrir. Pero comprenderás que hai gran distancia entre sospechar i conocer la verdad exacta de los sucesos.

—Si es así, si nada has visto, te hablaré con mi acostumbrada franqueza. Cuando Juan te vió en brazos de Chardel, no pudo reprimir la ira que le dominaba i se lanzó resuelto, amenazador, presa de terrible emocion para exijir satisfaccion inmediata al mal caballero. Atenta a lo que pasaba, Zoila se interpuso en su camino, se tomó de su brazo i le apostrofó con palabras injuriosas. Mi amigo no hizo caso de la actitud ni de las frases de su esposa i continuó su marcha decidido a provocar un lance que, seguramente, habria caido como una bomba en la reunion. Por fortuna pude yo terciar a tiempo i conseguir sacar a los esposos del salon. Un tanto apaciguados, pude persuadirlos de la necesidad de ausentarse; lo cual hicieron en el acto porque, ademas, Zoila se sentia indispuesta.

Hortensia permaneció unos instantes silenciosa. Despues dijo:

—Nunca hubiera creido capaz de tanta enerjía a Juan, siempre tan moderado, tan tranquilo, tan sufrido.

—I tan bondadoso. Empero el corazon humano tiene pliegues misteriosos e inesplorados, siente sensaciones tan nuevas, tan inesplicables, tan vehementes, deseos tan frenéticos, que trasforman al hombre bueno en fiera cada vez que la pasion hinca en sus entrañas su afilada garra.

—Pobre Juan! Le compadezco i siento haber sido yo la causa involuntaria de su violento pesar.

—Mucho me complazco en oirte hablar así. Mas es menester, no solo compadecerle, sino tambien ahorrarle en adelante nuevos pesares.

—Sí, que lo haré con la mejor voluntad siempre que me sea posible.

V

LA NOCHE DE SAN JUAN

Habia llegado para los santiaguinos la época deliciosa de los saraos i los bailes, si bien estas fiestas no revistieron en esta vez los caractéres de otros años por causa de los acontecimientos que venian produciéndose i que preocupaban hondamente a la sociedad.

La situacion política del pais habia llegado a hacerse crítica i todo el mundo miraba receloso el horizonte, cubierto ya de encapotadas nubes precursoras de tempestad.

Recelos injustificados, desconfianzas i ambiciones de círculo habian concluido por sembrar la discordia entre las fracciones liberales, a tal punto que unas a otras se armaban emboscadas para anular a sus adversarios i conquistar la preponderancia que les daria mas tarde el triunfo de sus respectivos candidatos.

Abusando de la magnanimidad injénita i del espírttu conciliador del ilustre Presidente que rejia los destinos de Chile, los caudillos liberales aumentaron dia por dia sus exijencias i concluyeron por separarse del núcleo que desde hace 50 años labrara el verdadero progreso de la Nacion.

Mas aun.

Los disidentes realizaron alianzas indecorosas i se unieron en híbrido maridaje con sus naturales i eternos enemigos, los ultramontanos, para derrocar al majistrado mas laborioso i honrado, al que sembrara a manos llenas los beneficios, al que cruzara nuestro territorio de telégrafos i ferrocarriles, al que construyera en todos los pueblos escuelas monumentos i otras obras de indisputable utilidad para el comercio i para el pueblo, al que imprimiera a la administracion un sello nunca contemplado de honradez i probidad, al que elevara el crédito de Chile al nivel de las primeras naciones del mundo.

*
* *

Las peripecias de la lucha apasionaron los ánimos i se formaron dos bandos políticos que dividieron profundamente la opinion.

Componíase uno de los diversos grupos liberales que, unidos a los conservadores, se disputaban el predominio en los consejos de Gobierno i la banda tricolor. Formábase el otro de los liberales honrados, de los defensores de la Constitucion i del derecho que permanecieron fieles al Presidente Balmaceda.

Los primeros, faltos de virtud cívica i de patriotismo, representantes de los privilejios de la aristocracia, convencidos de que no podrian llegar al poder por los medios legales, caminaban desembozadamente a la anarquía, a la revolucion, al desquiciamiento de nuestras instituciones, a la ruina de la patria.

*
* *

El 1.o de Junio se habian inaugurado las sesiones del Congreso con la solemnidad acostumbrada.

El Presidente Balmaceda habia leido el mensaje que trataba principalmente de grandes e importantísimas reformas constitucionales.

Dos dias ántes habia subido el Ministerio liberal-gobiernista presidido por el señor Enrique S. Sanfuentes.

Este honorable caballero habia espedido una circular telegráfica a todos los intendentes i gobernadores ordenándoles la eliminacion irrevocable i absoluta de su persona, cualesquiera que fuesen las emerjencias futuras, de todo trabajo a su favor en la designacion de candidato i eleccion de Presidente de la República.

De acuerdo con el Presidente Balmaceda, el señor Sanfuentes obraba así mui patrióticamente con el propósito de desvanecer una vez por todas el interesado rumor propalado por sus enemigos, los cuales suponian que él era el candidato amparado i protejido por el Gobierno.

***

Al abrirse la sesion del Senado el 2 de Junio, el señor Altamirano habia lanzado al ministerio Sanfuentes un voto de censura inmotivado, ya que dicho ministerio, fuera de la aludida circular, no habia ejecutado acto algu- ɔ en que apoyarlo.

Deprimióse con esto el principio de ıtoridad i faltóse al tradicional respe- que entre sí se guardaran durante rgos años los altos poderes del Es- do.

Abierta la sesion de la Cámara de Diputados, dos dias despues, el señor Mac-Iver (Enrique) formuló idéntico e infundado cargo al Ministerio, sin esperar previamente que el señor Sanfuentes espusiera su programa, como habia sido costumbre inveterada.

No fué esto solo.

El Presidente de la Cámara permitió deliberadamente que los asistentes a las galerías, hostiles al Gobierno, interrumpiesen a los ministros cuando hablaban; lo cual dió lugar a que los miembros del Ministerio se abstuvieran de concurrir a las sesiones del Congreso.

Los coaligados abusaron de las fuerzas con que contaban en la Representacion Nacional i arrojaron, como acaba de verse, el guante de desafío al poder Ejecutivo.

Desde entónces todo fué temores e incertidumbres para los ciudadanos honrados que no podian ménos de presentir desgracias irreparables para la patria.

La mayoría parlamentaria acentuó mas aun su tono belicoso, i el Presidente Balmaceda, siempre digno, inalterable, sostuvo con enerjía sus prerrogativas constitucionales.

***

En tal estado se hallaba el conflicto político cuando llegó el 24 de junio.

Desde que ocurrieron las escenas que he tratado de describir en el precedente capítulo, González no habia vuelto a concurrir a las tertulias semanales ni tenido ocasion de encontrarse con Hortensia.

Habia evitado toda esplicacion con su mujer, i ésta, acaso por la vez primera de su vida, habíase mostrado prudente, intimidada quizá por el aspecto sombrío de su consorte.

Apesar de esa frialdad de relaciones, fué preciso prepararse para la recepcion del dia de San Juan, de que la familia no podia escusarse.

Despues de muchos meses de inalterable monotonía, vióse al fin la casa iluminada *a giorno* i sus salones llenos de ruido i alegria.

González poseia numerosas i distinguidas relaciones en la buena sociedad i era mui estimado por sus amigos, lo cual esplica que en la noche de San Juan los salones se hicieran estrechos para contener la concurrencia.

El infeliz enamorado estaba excitado, nervioso, irritable porque tardaba en presentarse la familia de doña Trinidad. Habia recibido con sonrisa placentera a todos los convidados que habian ido llegando, pero su corazon temblaba de zozobra porque no veia la frente virjinal, la mirada dulcísima i el cuerpo esbelto i gracioso de su amada.

* * *

Por fin, cerca de las diez se presentó la familia.

Casablanca dió el brazo a doña Trinidad, Montero ofreció el suyo a Sofía i Hortensia aceptó el de Juan.

Afortunadamente para éste, Zoila, que andaba en los nueve meses de embarazo, se hallaba en ese momento en las piezas interiores atendiendo a los dos niños.

González, mudo, conmovido, sentia sobre su brazo la mano blanca i aristocrática de su amada i se encontraba dichoso.

Cuán bella estaba Hortensia!

Poseia esa noche todos los hechizos, todos los encantos que pueden hacer interesante a la mujer.

La frente pura de la jóven, la frescura de su tez, la suavidad de su mirada, sus movimientos llenos de languidez, la dulzura de sus modales i ese no sé qué que emana como un perfume de la mujer amada, tenian a González embriagado, hechizado, enloquecido.

El diera los tesoros todos de la tierra, él diera su vida toda por contemplarla a todas horas, por tener derecho de atenderla, de cuidarla, de rodearla de atenciones delicadas, de estender sobre sus hombros el manto resplandeciente de la felicidad!

Ella por su parte habia correspondido con cariño la presion de su mano i se habia mostrado complacida de ser objeto de las atenciones del dueño de casa.

Pero los sempiternos serenenses estaban allí desde temprano; Zoila i su madre no tardarian en presentarse, i como su posicion respecto de éstas era harto vidriosa, Juan hubo de abandonar a su amiga i ocuparse en atender a sus numerosos convidados.



Dióse comienzo al baile con un entusiasmo inusitado.

Los dos salones que ocupaban casi todo el ancho de la casa, divididos ántes por un tabique de vidrio, formaban ahora un solo cuerpo i se hallaban ma

terialmente invadidos por innumerables parejas de dichosos danzantes.

Era tal el bullicio i confusion que allí reinaba, que habia llegado a hacerse imposible toda vijilancia por parte de las señoras i las mamás, situadas en el fondo del salon de la derecha; circunstancia que, ciertamente, favorecia los planes de Juan i contrariaba a su mujer i a su suegra.

Era mas de la media noche, los danzantes se renovaban sin cesar, cansábanse los ejecutantes en el piano i eran reemplazados por otros mas rezagados, cuando Luis salió al patio interior, convenientemente entoldado, llevando a Hortensia del brazo.

Gonzalez, que en ese momento salia del comedor, fué detenido por su amigo.

—Juan—dijo Montero,—ten la amabi lidad de conducir a esta dama a la sala de refrescos miéntras yo voi a cumplir una comision que acaba de confiarme doña Trinidad.

—Con el mayor agrado—respondió el aludido ofreciendo el brazo a Hortensia i enviando a su amigo una mirada de reconocimiento.

***

Cuando Luis se ausentó, Gonzalez estrechó suavemente el brazo de la dama i la dijo:

—Soi mui dichoso al ofrecerte mis ervicios, sobre todo al poder hablarte n testigos.

—Atribuyes mucha importancia a n suceso insignificante.

—Para tí no la tendrá, seguramente; ıas no para mí. Son tan raras las ocasiones que la suerte me concede este placer!

—Convendrás conmigo en que yo no soi culpable de los cargos que haces a la suerte.

—De ninguna manera, Hortensia. Los obstáculos que encuentro siempre en mi camino provienen de otras causas. A tí solo te acuso por otras faltas.

—¿Cuáles?

—Por tu reserva sistemática, por tu silencio perpétuo, por tu falta de franqueza para conmigo.

—Ya vuelves a tu tema favorito.

—Sí; insistiré ahora como ayer, mañana como hoi, siempre, siempre hasta que pueda leer claro la pájina misteriosa que se oculta en el fondo de tu pecho.

La jóven calló i suspiró.

—Hortensia! — esclamó Juan oprimiendo tiernamente el brazo de su compañera.—Acuérdate que hace cinco meses que me consume un afan de todos los dias, de todas las horas, de todos los instantes. Acuérdate que en el bosque de los Maitenes dejaste mi alma pendiente de tus lábios. Piensa que no es humano ver a un desgraciado revolcarse en las convulsiones de la desesperacion sin prestarle un poco de consuelo. Acuérdate de los tormentos indecibles que he soportado por causa de tu silencio, por causa de la pasion vehemente que me has inspirado, por causa de los celos horribles que han torturado mi corazon.

Hortensia siguió escuchando i callando, si bien su bello rostro empalideció i adquirió las señales de una melancolía profunda.

—Hortensia, mi dulce amiga!—pro-

siguió Gonzalez.—Sé jenerosa alguna vez, sé franca, injénua con un desventurado. Te juro que nada arriesgas en ello. Si me declaras que no me quieres, me resignaré a mi desgracia i no volveré a importunarte jamás con mis estúpidas exijencias. Si me amas, seré tu amante discreto i fiel que nunca te comprometerá, que sumiso a tus menores deseos, vivirá feliz con divisarte de cuando en cuando, con estrechar tu mano i leer en tus ojos los afectos puros de tu alma. Si solo sientes por mí ese sentimiento desinteresado i suave de la amistad, dímelo tambien i te protesto que nunca en otro hallarás hermano mas abnegado i complaciente. Ah! Cuán dichoso seria yo si me fuese dado prestarte mis consuelos, mitigar tus pesares, resolver las dificultades que se te presenten, aconsejarte en los trances difíciles!... Hortensia mia, por compasion, pronuncia una palabra, una sola que me desengañe o me haga dichoso...!

La jóven no desplegó los lábios. Hubiérasela tomado por una hermosísima estátua de alabastro.

González suplicante, alterado por la emocion, divisando a Luis que venia a su encuentro, profirió con voz trémula:

—Por última vez, Hortensia, habla, pronuncia un simple monosílabo que me indique claramente lo que oculta tu corazon!

El enamorado aguardó anhelante, su compañera insistió en su silencio; el excelente amigo se aproximó a ellos i nunca llegó para aquél la ansiada solucion.

***

Hortensia triste, lánguida, con los ojos húmedos pero silenciosa como una sonámbula, abandonó el brazo de Juan, tomó el que Montero la ofrecia i se perdió mui pronto entre las innumerables parejas que poblaban el gran salon.

González la contempló unos instantes mas rendido, mas apasionado que nunca, la vió alejarse impasible i murmuró entre dientes con honda tristeza:

—Soi en verdad un hombre mui desdichado! Pero yo provocaré al fin un desenlace, aun cuando deba sucumbir en la contienda, aun cuando *me* cueste toda mi fortuna.

Trascurrió una hora que Juan empleó en atender a sus convidados i en vijilar a ratos la conducta de su amiga.

Esta bailaba i sonreia placentera con los compañeros de baile que la tocaban, mui particularmente con Azócar i Chardel con quienes sostenia frecuentes i animadas conversaciones.

—Voi creyendo que soi víctima del destino adverso,—se decia González.—Cuando yo la dirijo la palabra ella enmudece i se pone triste, melancólica; mas apénas se siente libre de la estraña influencia que ejerzo sobre su espíritu, Hortensia parece despertar de un letargo i vuelve otra vez a la vida con nueva animacion, con nueva i exuberante alegría.

***

Poco despues de la una se sirvió el ambigú.

Las señoras se colocaron en la mesa en los puntos de preferencia i cuidaron de avecindarse con sus amigas mas

predilectas; los esposos quedaron al lado de sus caras mitades, a imitacion de los dueños de casa, i los jóvenes solteros se arreglaron de manera que quedaron cerca de sus amantes.

Por una coincidencia casual Hortensia quedó, como en la hacienda del Recreo, entre Azócar i Chardel, siguiendo al primero María Luisa i al segundo Zoila.

Al frente de estos personajes se hallaban Zoila i Juan.

He dicho casual coincidencia i debo rectificarme, ya que en la colocacion de los comensales no habia sido estraña la mano o la voluntad de Zoila.

Esta deseaba probar a su marido que Hortensia estaba apasionada de Azócar i que no cabia en su corazon otro afecto, i por lo mismo queria desengañarle, verle sufrir i gozarse en sus torturas.

I a fé que la amante esposa logró ampliamente su objeto en esa noche.

Con efecto, hubiérase dicho que Hortensia queria desquitarse de su silenciosa apatía en su corta permanencia al lado de Gonzalez, porque ahora se mostraba risueña, espansiva, espiritual con sus antiguos amigos serenenses. En particular a Azócar enviaba sus frases mas espresivas, sus mas tiernas miradas. Para éste no mas tenia intelijencia, para él aguzaba su injénio, para él no mas desplegaba todo el poder irresistible de sus encantos.

Chardel parecia inevitablemente derrotado. Solo recojia de tarde en tarde na palabra o una distraida sonrisa de u perseguida, o sea las migajas de quel festin de mútuas galanterías.

El presuntuoso amante trataba de simular su desazon i de desquitarse con su vecina Sofía; mas ésta le hacia poco caso, atenta a las manifestaciones que sin cesar la prodigaba Montero, su vecino de la izquierda.

*
* *

¿I qué decir de Gonzalez?

El desventurado sufria tormentos indecibles. Al lado de su vijilante esposa, que espiaba sus acciones i sus miradas, mostrábase preocupado absolutamente de las personas que se hallaban a su izquierda i no queria mirar al frente donde sabia que presenciaria escenas que le destrozarian el corazon. Mas érale imposible, aunque no quisiese, dejar de ver el juego incesante de galantería que se cruzaba entre su amiga i Manuel. En vano . a que llamase hácia sí la calma i la cordura; en vano que se reprochase enérjicamente su debilidad; en vano que invocase sus deberes de esposo i de hombre culto; en vano que tratase de persuadirse de que él no amaba ni debia amar a aquella jóven que se rendia a los halagos de los demas porque sus ojos se desviaban de todo otro objeto i se lanzaban rápidos, brillantes, ansiosos alternativamente en Hortensia i en Azócar.

*
* *

En la sala reinaba grande animacion.

El ruido de las conversaciones i de las risas placenteras de los comensales aumentábase con el de los platos i cubiertos i con el choque armonioso de cristales.

En medio de aquel bullicio, en me-

dio de la espansion que de todos los lábios brotaba en aquella atmósfera tibia i perfumada, al lado de aquellos séres dichosos en cuyos semblantes brillaba la alegría, Juan se encontraba como en un mundo estraño. Todos esos ruidos diversos que lastimaban su dolor no alcanzaban a apagar los que atronadores ensordecian su pecho Todas esas sonrisas placenteras avivaban mas i mas su tormento.

Cruel ironía de la suerte, horrible sarcasmo repetido frecuentemente en nuestras doradas relaciones sociales!

Todas aquellas personas, todas aquellas familias estaban allí reunidas para cumplimentarlo, para celebrar su cumple-años, para desearle prolongada vida i largos años de felicidad semejantes a ese, sin pensar que tales votos, que tales manifestaciones eran una burla irritante que ensanchaba, que envenenaba su honda herida.

Gonzalez queria encontrar un pretesto para huir, para alejarse del festin, para no mirar el espectáculo que le desgarraba el alma, i nada, nada se le ocurria, i permanecia allí como enclavado, como adherido al asiento por ligaduras invisibles.

El desgraciado tenia la mirada inquieta, estraviada i el cuerpo tembloroso. Acaso habria perdido el juicio si se prolonga su martirio.

Empero él contaba con un amigo fiel que velaba por su bien i que le sacaria de tan angustiosa situacion.

Montero no le habia perdido de vista, acababa de observar ciertas señales alarmantes en el rostro de su amigo i se levantó e invitó a Juan a ir a beber una copa por doña Trinidad, que se hallaba algo distante del sitio ocupado por éste.

Cumplido el deseo de Luis, entrambos amigos salieron de la sala enlazados de los brazos i se encaminaron a la arboleda donde permanecieron mas de una hora.

*
* *

—Mi bueno, mi excelente amigo!—dijo Gonzalez cuando se hubo tranquilizado un tanto—Cuánto te debo por los importantes servicios que me has prestado esta noche!

—Olvidaba eso, Juan. En cambio cuéntame cómo te fué con Hortensia en el rato que te dejé solo con élla.

—No sabria decirte si bien o mal. Yo la espresé mis sufrimientos, mis penas, mis celos i la supliqué que me desengañara o confirmase mis esperanzas. En seguida, notando que se ponia triste i conmovida, la rogué casi con lágrimas en los ojos que no prolongase mi martirio, que me sacase del infierno de dudas que me atormentan; mas todo fué inútil porque no conseguí arrancarla una sola palabra que me hiciese ver claro en mi situacion excepcional.

—No deja de ser estraño todo eso.

—Tanto mas cuanto ha observado despues una conducta mui diversa con sus amigos del norte, como tú mismo has podido notarlo.

—Solo una esplicacion racional encuentro en todo esto.

—¿Cuál?

—Que élla te ama con un afecto mas profundo que a sus amigos serenenses i que acaso su conciencia delicada la

prohibe declararse a un hombre de tu estado. Así se comprenderian su indecision, su silencio, su cortedad, su tristeza.

—Ah! Diera mi vida, mi fortuna por que tú estuvieses en la verdad. Mas no. Si élla me quisiese, la habrian sobrado medios para manifestármelo sin pronunciar la temida palabra. Si élla me amase, me habria ahorrado muchas amarguras, habria moderado sus impulsos juveniles, su aficion a sus amigos coquimbanos i se habria conducido mas fria i reservada delante de mí.

—Hai que convenir, amigo, en que las jóvenes tienen por lo jeneral cierto fondo de vanidad que las arrastra a la espectacion, al lucimiento siempre que se ven atendidas i cortejadas; razon que las hace olvidar fácilmente los sufrimientos ajenos.

—Si así fuese, habria recibido en parte un desengaño, ya que Hortensia no seria la jóven suave, dulce i séria que yo me habia imajinado.

—Quizá tengas en esto razon, Juan, porque yo mismo he llegado a convencerme de que tu amiga no es una mujer excepcional en cuanto a delicadeza de sentimientos.

—No digas eso, Luis. Yo la creo digna i pura i juraria que su conducta obedece a un sentimiento elevado.

—Es que tú miras las cosas con lunas de aumento i las ves hermosas i multicolores cual si aplicases la vista al tubo fantástico del kaleidoscopio. Yo alabo tu credulidad, mas no la apruebo porque puede serte mui perjudicial.

Mas aun.

Te aconsejo que, hoi mas que nunca, trates de arrancar de tu pecho esa pasion fatal.

—¡Cómo!

—Amigo mio, créeme, esa mujer causará tu eterna desventura.

—¿Te has vuelto loco, Luis?

—Ojalá que me engañe. Desgraciadamente yo tengo una sospecha, un presentimiento que me augura muchos males para lo porvenir.

—¿Sospechas?... Dílas en el acto.

—No te las diré. Ellas se refieren solamente a una condicion especial de su carácter. Me limitaré por ahora a aconsejarte que olvides a esa jóven.

—Oh! Me aconsejas eso cuando sabes que es imposible, cuando sabes que por su amor arrostraria yo todos los peligros, sufriria todas las torturas, todos los desastres imajinables!

—Pero, amigo mio ¿para qué es el raciocinio entónces? ¿Para qué es la enerjía varonil?

—No hables a mi voluntad cuando el corazon domina todo mi sér, cuando sus latidos conmueven las fibras mas insensibles de mi organismo, cuando mi vida misma se exhala toda entera con una mirada de sus ojos, con un tenue suspiro de su pecho.

—Pobre loco! Te empeñas en correr desalado al abismo i veo que no hai poder humano que te contenga. Siendo así, no me resta otra cosa que tratar de suavizar las asperezas del escabroso camino que te queda por recorrer.

—Gracias, mi buen Luis.

—¿I qué piensas hacer ahora?

—Escribirla i provocar una contestacion, ya que mis esfuerzos se han estrellado siempre contra su silencio inalterable.

Montero sonrió i dijo:

—¿Crees que obtendrás por ese medio lo que deseas?

—Talvez nó. En todo caso habria logrado exhalar mi pasion i conmovido quizá su pecho empedernido.

—Con lo cual habrias ganado tanto cuanto ganó el negro del sermon.

—¿No la crees sensible entónces?

—Mucho, acaso demasiado. Pero con la carta obtendrias todavía otra ventaja.

—No adivino...

—Dejarias en poder de Hortensia un documento que tarde o temprano llegaria a ser un arma de dos filos.......

—Que en el peor de los casos podria caer en manos de Zoila. ¿No es así?

—Exacto.

—¿I crees que eso me intimida?

—Me parece que cualquiera en tu posicion se alarmaria con percance semejante.

—Pues te engañas. I esto me prueba una vez mas que tú apénas sospechas el grado de exaltacion a que ha llegado mi cariño por Hortensia. Te declaro que nada me importaria el lance si a ocurrir llegara i que estoi resuelto en la primera de cambio a dar una campanada.

—Reflexiónalo bien, Juan. Todo eso es mui grave.

—Vivo acosado por los disgustos i he decidido no soportar ya nuevos i humillantes agravios.

Los amigos se separaron.

Luis se dirijió al comedor i Juan se encerró en sus habitaciones.

***

Gonzalez confeccionó al dia siguiente la carta prometida, cuyo tenor es como se verá en seguida:

Mi amada Hortensia:

Nunca osara dedicarte estas líneas si no me viese impulsado por una exijencia imperiosa.

Sabes que desde que tuve la dicha de conocerte en el Recreo yo he despertado de un sueño profundo i conocido que eras tú el ánjel a quien he amado desde los años floridos de mi niñez, desde que mi corazon se abrió a los afectos puros i nobles.

Seguramente yo te habia entrevisto en mis ensueños de poeta i te habia acariciado en mis delirios amorosos en medio de las creaciones ardientes de mi fantasía, porque al contemplarte tan bella i pura creí reconocerte i esperimenté la sorpresa de un hallazgo inesperado!

Tú eras el ideal soñado i tenias la misma figura que a mí me forjara la fantasía.

Al verte sentí aspiraciones i deseos nunca esperimentados, miré cercana la dicha, contemplé mi situacion i mi estado i me encontré profundamente desdichado.

Habia llegado tarde a las doradas puertas de la felicidad.

Ah, por qué no te habia conocido ántes!

Cuán distinta hubiera sido mi suerte! Cuán deliciosos i tranquilos habrian corrido los dias de mi malhadada existencia!

Empero el destino lo ha dispuesto de otro modo, i hé ahí mi hondo pesar hé ahí mi desgracia, hé ahí las torturas infinitas a que estoi sin remedio condenado!

Mas nó. No todo ha sido pesares i sufrimientos, que tambien alguna vez he llegado a vislumbrar la dicha.

Tú no sabes, Hortensia, el valor estraordinario que para mí tienen una mirada de tus ojos, una frase de tus lábios, un suspiro de tu pecho. Tú no sabes cuántos sacrificios consumara yo por contemplarte siquiera un minuto cada dia, por escuchar tu voz, por estrechar entre las mias tu delicada mano.

Así, conociendo la exaltacion imponderable de mi cariño, comprenderás cuán venturoso me has hecho cuando me has honrado con tu compañía, cuando has hecho por mí la mas insignificante manifestacion de deferencia o de aprecio.

Todo esto lo sabes, todo esto lo calculas con la maravillosa intuicion con que la naturaleza ha dotado tu corazon de mujer.

Lo que no te es dado calcular, porque ningun interes tienes en ello, es el ansia vehemente que esperimento de ser comprendido, de ser correspondido.

Lo que no puedes imajinar es el tormento que me aniquila cuando noto tu indiferencia, tu cruel desvío, tu silencio inesplicable.

Ah! Te juro, Hortensia, que el paseo que hicimos al bosque de los Maitenes señala uno de los acontecimientos mas felices de mi vida! Te estreché entre mis brazos, sentí latir tu corazon junto a mi pecho i tus ojos se posaron dulmos en los mios.

)h dicha! Porque ella se repitiera yo stornaria el mundo i daria gustoso ınto mas aprecio en la vida!

)esde entónces tambien— disculpa mi locura—he llegado a creerme con algun derecho a tu cariño.

¿I por qué no? ¿Acaso no puede existir entre nosotros esa corriente inestinguible de simpatía que auna las voluntades, que hace comunes los pesares i las alegrías, que inspira los sacrificios jenerosos, o sea los lazos que afianzan para siempre la amistad verdadera.

¿Crees que yo no sea capaz de sentir un afecto semejante? ¿Desconfias de mi prudencia o discrecion? ¿Te figuras que si tú alientas mis esperanzas he de convertirme yo en un amante despótico, exijente, irascible?

Si tal creyeses, seria preciso convenir en que estás mui distante de conocer a fondo mi corazon.

Sepa yo que tú me amas, sepa yo que tú me correspondes i verás cuán distinta es mi conducta. Cuente yo con tu cariño i seré tu esclavo, i me verás sumiso siempre a tus menores deseos.

Ah! Creo que si llegara a obtener tanta dicha, no sufriria el tormento satánico de los celos i mi vida se deslizaria plácida i sonriente.

Entónces yo llegaria a compadecer a los hoi dichosos Azócar i Chardel, a esos hombres que te roban la voluntad i esclavizan tu albedrío.

Por desgracia sucede todo lo contrario.

Son éllos los que amargan todas las horas de mi vida, o por mejor decir eres tú la que irritas mis nervios i despiertas en mi alma pasiones volcánicas, desconocidas, cada vez que admites sus galanteos i te muestras complacida con sus atenciones.

Yo mismo me desconozco en tales casos.

Escucha, Hortensia querida: nunca he aborrecido a nadie i estoi persuadido de que no tengo en el mundo un solo enemigo; pero al observar a esos señores, al ver tu decidida prediIeccion por ellos, mi corazon brinca de coraje i me domina un ódio implacable, inestinguible. Hai momentos en que siento las ansias iracundas del tigre, en que mis fuerzas se multiplican prodijiosamente i en que me seria fácil estrangularlos con mis uñas, despedazarlos con mis dientes.

I sin embargo ¡inescrutables misterios del corazon! tú que eres la causa única de mis tormentos, tú que desprecias mi dolor, tú que provocas mi cólero, tú que me destrozas el alma, tienes un sitio predilecto en mi cariño.

I yo no puedo aborrecerte, yo que he sufrido por tí tantas torturas! I yo no puedo despreciarte ni olvidarte apesar de que me has menospreciado con tu silencio, apesar de que nunca he merecido arrancarte una palabra de esperanza o de consuelo!

Léjos de eso, conociendo la crueldad de tu corazon, yo te amo como se ama a los ánjeles, yo te consagrara mi vida entera para labrar tu dicha, para que fueses la mujer mas envidiable de la tierra.

Mas, no vayas a creer que el fuego que me devora sea una de esas llamaradas fugaces que se apagan con el menor contratiempo o se estinguen con la posesion del bien ambicionado, nó.

Mi cariño es mas desinteresado, mas noble. El se funda en el mútuo aprecio, en la reciprocidad de sentimientos, en la armonía de pareceres i de gustos.

Yo aspiro a la posesion completa de tu corazon, a ese cariño profundo, inalterable, que resiste todas las pruebas, que desafia todos los peligros, que se somete espontáneamente a todos los sacrificios.

¿Serias tú capaz de sentir todo eso con la misma vehemencia, con la misma elevacion de miras que yo lo siento? ¿Serias capaz de tanta virtud, de tanta abnegacion, de tanta i tan enérjica voluntad? ¿Te encuentras con fuerzas para arrostrar los peligros de la situacion, para refrenar tus instintos veleidosos, para despreciar las alabanzas de tus adoradores, para guardar en el fondo de tu pecho esa lealtad sublime de la mujer enamorada que todo lo sacrifica por el hombre de su predileccion? ¿Te encuentras con fuerzas i voluntad para mentir delante del mundo afectos que no sientes, consideraciones que no nacen de tu corazon, sonrisas que solo brotan de tus lábios, frases convencionales que los hombres pueden aceptar complacidos pero que no son la espresion franca de tus sentimientos?

Si tú eres capaz de todo eso, yo habria encontrado al fin el tesoro que tanto i tan afanosamente he buscado en las penosas jornadas de mi vida!

Empero si tu corazon es débil; si tu cariño es vacilante, sin entusiasmo, sin firmeza; si te encuentras espuesta a zozobrar en el mar borrascoso de las pasiones; si el menor contratiempo ha de hacerte cambiar de rumbo, en tal caso dímelo con franqueza para que yo pueda borrar desde luego esta triste pájina del capítulo de mi malhadada existencia.

Sabes mui bien que no hai nada

mas egoista que el amor i que éste aviva estraordinariamente la susceptibilidad i la altivez del hombre.

Por lo mismo yo no puedo, yo no quiero compartir con otros los afectos de tu alma. Yo no puedo consentir que otros merezcan tu confianza i tus atenciones delante de mí. Yo no puedo soportar que con otros te conduzcas risueña i espansiva en tanto para mí eres muda i melancólica. Tal conducta me humilla, me exaspera, me enloquece.

Así, por tu propio interes, por prudencia, por caridad hácia un hombre desgraciado debes ahorrarme en adelante torturas que pueden provocar un lance peligroso, acaso una catástrofe.

Ademas, todos esos riesgos se conjurarian con un solo acto de franqueza de tu parte, con una sola palabra de tus lábios, con una sola frase escrita de tu mano.

Inspírate, pues, en un sentimiento de lealtad i pronuncia cuanto ántes esa palabra o escribe hoi mismo esa frase.

Te doi cinco dias para que reflexiones i resuelyas tan árdua cuestion.

Yo volveré a tu casa cuando haya espirado ese plazo.

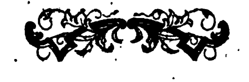
Oh! Piensa, Hortensia amada, que el hombre que tanto ha sufrido por tí tiene mejor derecho que nadie a tu franqueza, a tu lealtad i a la jenerosidad de tu alma!

Queda aguardando tu sentencia de vida o muerte tu infeliz amigo

JUAN.

***

Este compró el mismo dia tres cofrecitos preciosos con esquisitos confites, colocó en uno de éllos la carta i se dirijió por la noche a casa de doña Trinidad. Obsequió los confites a cada una de las señoras diciendo que eran los *conchos* de San Juan, hízoles una corta visita i al despedirse tuvo ocasion de advertir a Hortensia que bajo los dulces de su cofre habia una carta.



VI

EL DIVORCIO

Los acontecimientos políticos habian tenido un desarrollo progresivo i fatal que oscurecía dia por dia el horizonte ántes diáfano i hermoso de Chile.

Despues del rompimiento brusco entre los altos poderes Ejecutivo i Lejislativo, rompimiento iniciado por la mayoría del Congreso en sus primeras sesiones ordinarias, esta corporacion habia elevado el tono de sus exijencias hasta un estremo nunca contemplado en los paises rejidos por el sistema popular representativo.

Los coaligados en contra del gobierno constitucional del señor Balmaceda, persistieron en que éste amparaba un candidato oficial. Apesar del solemne desmentido dado por el señor Sanfuentes, alegaron que el Ministerio encabezado por este señor no era parlamentario i llegaron hasta negar la prerogativa espresa que la Constitucion del Estado concede al Presidente de la República *de nombrar i remover a su voluntad a los ministros del despacho.*

No satisfechos aun, en la sesion del 14 de Junio de la Cámara de Diputados, fué aprobado un proyecto de acuerdo presentado por el señor Julio Zegers sobre aplazamiento de las contribuciones.

Ese aplazamiento subsistiria hasta que el Presidente de la República nombrara un Ministerio que, segun los coaligados, diera garantías de respeto a las instituciones i mereciera por ello la confianza del Congreso Nacional.

En otros términos, se queria que el primer majistrado de la Nacion abdicase sus derechos i prerogativas i se entregase maniatado en poder de sus enemigos; en brazos de mayorías inquietas e irresponsables, siendo él responsable e inamovible durante los cinco años de su administracion. Se queria implantar en Chile el réjimen exótico parlamentario con Presidente i Ministros responsables i sin que aquél tuviese facultad de disolver el Congreso como la tienen los gobiernos en que tal réjimen impera.

***

El aplazamiento de las contribuciones, que importaba un acto sedicioso i antipatriótico de los coaligados, iba a dejar sin recursos para atender a los crecidos gastos de la Nacion al Jefe Supremo i causaria perturbaciones i trastornos que interrumpirian la marcha próspera del pais i hundirian su crédito.

El señor Balmaceda se mantuvo firme, rechazó con dignidad las exijencias de sus enemigos i las contribuciones fueron suspendidas de hecho en Julio.

Hízose así estraordinaria la excitacion i alarma en las clases sociales ilustradas.

No hubo hombre honrado algı que no deplorara profundamente el ro que iban tomando los sucesos.

Celebráronse numerosos meetiı

hiciéronse representaciones al Presidente de la República, intervinieron en favor de la paz personajes respetables que se decian alejados de la política, que en realidad eran adictos a la coalicion i que para nada tomaban en cuenta el prestijio i dignidad del majistrado supremo i, como era de esperarlo, el conflicto quedó sin solucion.

Los coaligados, entretanto, fuertes con la representacion numérica que tenian en el Congreso i con el apoyo decidido de los hombres acaudalados o sea con el de la aristocracia de la fortuna, hicieron de la prensa i de la tribuna parlamentaria otros tantos focos de difamacion desde los cuales se insultaba descaradamente al Jefe del Estado, a los miembros distinguidos de la familia de éste, a sus amigos i correlijionarios políticos.

***

El conflicto tuvo por fin honrosa solucion.

El magnánimo Presidente consintió en la disolucion del Ministerio Sanfuentes i en la organizacion del presidido por el señor Prats i la lei de contribuciones fué promulgada.

Con todo, no era ni podia ser decisivo el desenlace de esta primera jornada política.

La coalicion habia aplazado pero no renunciado a sus exorbitantes pretensiones.

El Ministerio Prats, adicto a la maríia parlamentaria, no tardó en reunciar so pretesto de que habia em-ıados públicos que podian intervenir las próximas elecciones, empleados cuya destitucion se pidió al Presidente.

Este se negó a ello, con sobrada razon, fundado en que no podia proceder así sin causa justificada, tanto ménos cuanto estaba vijente una lei de elecciones que hacia casi imposible la intervencion oficial i cuanto faltaban aun seis meses para la campaña de las urnas.

Con la salida del Ministerio Prats, cortáronse violentamente los lazos que podian unir a los poderes contendientes.

Cerrado el período ordinario de las sesiones del Congreso, los coaligados siguieron desatándose en injurias al Presidente i sus Ministros desde el seno de la Comision Conservadora i predicaron en todos los tonos la revuelta armada.

Exijieron al Presidente que renunciase el mando supremo o aceptase el Ministerio que éllos quisiesen imponerle i declararon, por fin, que sin estas condiciones no aprobarian las leyes de presupuestos i la que anualmente fija las fuerzas de mar i tierra.

***

Segun el espíritu i la letra de la Constitucion chilena, el Congreso no puede dejar de aprobar anualmente esas leyes sin hacerse reo del crímen de lesa patria. Mas, los hombres sin patriotismo que componian la coalicion, no trepidaron en faltar a sus deberes i en precipitar al pais en un abismo de desgracias.

Despues de la renuncia del Ministerio Prats, el señor Balmaceda organizó el encabezado por el señor Claudio

Vicuña, cuyo primer acto fué declarar clausurado el Congreso.

El digno Presidente se propuso así evitar mayores alarmas i escándalos, ya que él estaba resuelto a cumplir hasta lo último sus deberes de mandatario i de patriota i ya que le constaba perfectamente que sus enemigos no cejarian en sus pretensiones.

***

En tal estado de cosas habia llegado el mes de Octubre.

La excitacion de los ánimos habia alcanzado proporciones inauditas.

Como se ha dicho, la sociedad se habia dividido en dos bandos: gobiernistas i opositores.

Pertenecian al primero los liberales fieles a su antiguo programa, a la Constitucion i al principio de autoridad, i lo reforzaban los hombres sensatos i desapasionados que no figuraban en las filas de los partidos en lucha i que miraban con profunda zozobra el porvenir de Chile.

Componian el segundo las diversas fracciones liberales disidentes i los conservadores i clericales que miraban en el inminente trastorno la rara oportunidad de atrapar las riendas del poder de que se hallaban alejados desde largos años.

***

Basta enunciar que el clero estaba del lado de la oposicion, para que se comprenda fácilmente que las señoras en jeneral habian abrazado con entusiasmo la misma causa que los pastores de la iglesia.

Ello esplica tambien que fueran opositores fanáticos doña Francisca Alvarado, suegra de González, Zoila, la esposa de éste, doña Trinidad, Hortensia i Sofía, don Gregorio Casablanca, sus hijos Estéban i María Luisa i los coquimbanos Azócar i Chardel.

La política lo absorvia todo i no habia quien no se preocupase de élla ni quien no hablara de sus ideas con exaltacion creciente en las tertulias, en los clubs i en los ántes pacíficos i tranquilos hogares.

Las opiniones estaban tan divididas i se defendian con tal calor, que era frecuente ver al amigo pelear con el amigo, al socio con el socio, al hermano con el hermano, al hijo con el padre, a la mujer con el marido.

Los que habian hecho un estudio prolijo i concienzudo del oríjen del conflicto, tenian la conviccion profunda de que el Presidente Balmaceda estaba del lado de la razon i de la justicia; por el contrario, los que solo habian leido los escritos i los discursos falaces de los defensores del réjimen parlamentario eran los mas intransijentes, los mas exaltados, los mas furibundos para condenar al gobierno constituido i para alentar la revolucion.

Para éstos el interes político lo era todo, la patria nada.

***

Gonzalez no habia obtenido respuesta alguna de Hortensia. Habia estado dos o tres veces en su casa, se h convencido al fin de que la jóven huia toda contestacion categórica habia alejado de su presencia dura cuatro meses.

El infeliz era víctima de disgustos que se eslabonaban i se sucedian sin interrupcion.

Su amor desventurado, las escenas a veces tempestuosas que se desarrollaban en el seno de su hogar i las gravísimas complicaciones políticas en que él tomaba parte activa e importante, traíanle profundamente alterado.

—Tenemos la revolucion encima—decíale Montero a su amigo una tarde que ámbos se hallaban reunidos en uno de los salones de la Moneda.

—Así es, por desgracia—contestó Juan con aire sombrío.

—Esos hombres funestos pretenden arrancar la banda tricolor del pecho del mas ilustre de los majistrados que haya rejido los destinos de Chile i para obtener sus bastardas ambiciones no trepidan, insensatos, en hundir el puñal homicida en el corazon de la madre Patria.

—Escucha, Luis—profirió Gonzalez con amargura.—Antes de què se hubiese provocado este conflicto, ántes de que la nunca desmentida magnanimidad de Balmaceda hubiese permitido que se volvieran contra él aquellos a quienes ha colmado de beneficios, yo creia de buena fé que habia hombres honrados en Chile. Ahora me asombro, me abismo al constatar tánta perfidia, tánta deslealtad, tánta bajeza escondida bajo el brillante barniz de esa aristocracia de carton, de esa aristocracia del dinero, la mas insoporta-, la mas infame de las aristocra-s.

—Dices bien, amigo mio. Pero ellos lrán su merecido si osan embarcar-n la criminal empresa, ya que el ejército i la marina son fieles al Presidente i ya que éste cuenta con sobrados recursos para sofocar cualquier movimiento subversivo.

—Tú eres mas afortunado que yo puesto que tienes mas confianza. Por mi parte yo no veo esa seguridad....

—Temes entónces que nuestros jefes militares se dejen cohechar?

—Ciertamente que lo temo porque sé que aquellos hombres disponen de injentes riquezas i porque me consta que tentarán cuantos medios les sujiera su diabólica imajinacion, por vedados e infames que ellos sean.

—Estamos de acuerdo en ese punto porque los coaligados, especialmente los ultramontanos, han adoptado por divisa aquel principio de Maquiavelo: el fin justifica los medios.

—Ademas, creo habértelo dicho otra vez: yo no puedo desechar de mi espíritu un negro presentimiento. Yo diviso con frecuencia un cuadro confuso, un cuadro de horrores, un cuadro de sangre en que figuran en espantosa mezcolanza cadáveres i ruinas, incendios i devastaciones, desdichas i lágrimas, crímenes inauditos, miseria, desolacion por doquiera.

—Apartemos por ahora la mirada de esas figuras siniestras i tornémosla al presente... Díme ¿qué concepto te has formado de la situacion?

—El mas desconsolador. Desde luego puedo asegurarte que nuestros enemigos no se pararán ante los obstáculos.

—Pues sus esfuerzos quedarán burlados.

—Te engañas, Luis. Esos hombres tienen un plan preconcebido, de ante-

mano confeccionado. ¿Crees que si así no fuera habrian adoptado el tono abiertamente agresivo de que han hecho alarde en todos sus actos? ¿Crees que sin contar con fuerzas seguras i respetables se atreverian a desafiar al Presidente de la República, dueño del ejército i de todos los recursos bélicos de la Nacion? ¿Crees que sin eso sus caudillos i su prensa proclamarian tan alto la revuelta armada? Desengáñate, amigo, i convéncete de que nos hallamos al borde de un abismo.

—Voi creyendo que tienes razon.

—I la tengo tanto mas cuanto no podemos esperar de la otra parte ninguna transaccion indecorosa. Ya sabes que nuestro egrejio majistrado ha declarado mas de una vez que prefiere la muerte a faltar a los deberes que le imponen su civismo i la Constitucion, que ántes rendirá la vida que entregarse cobarde e indefenso en poder de sus enemigos.

Por otra parte, siempre que se habla del ejército, se cree aludir a fuerzas considerables, i es sabido que su número es mui reducido i que no puede aumentársele sin la lei que ha obstruido la mayoria del Congreso.

Ademas, sin esa lei nuestros enemigos alegarán que no existe, que no puede existir el ejército, base de toda autoridad, i el pais se verá arrastrado sin remedio a la mas espantosa anarquía.

—Sí; pero Balmaceda seguirá pagando sus sueldos a todos los empleados públicos, el ejército i la marina le prestarán la acostumbrada obediencia i la tormenta se habria conjurado.

—Que el cielo te escuche, Luis, i que los planes de los enemigos declarados de Chile se estrellen contra la tradicional lealtad e hidalguía de los jefes del ejército i de la marina.

—Pero díme ¿has seguido visitando la familia de las Ramirez?

—Sí; hace dos noches estuve allí.

—¿Se habló de política?

—Aun cuando yo rehuyo siempre la cuestion por enojosa, sobre todo al tratar con señoras, en esa vez me ví provocado por Azócar i me empeñé en una ágria discusion en que me encontré solo contra cinco, incluso Chardel.

—Con todo, me imajino que una de esas personas te atacaria débilmente.

—¿Cuál? —preguntó Montero sonriéndose.

—Ya sabes que aludo a Sofía a quien a veces haces la corte.

—Con efecto, élla no me ataca nunca de frente. Debo confesarte que si dedico mis atenciones a Sofía es precisamente cuando puedo hacer algun mal a ese condenado i vulgarísimo Chardel.

—¿Nada me dices de Hortensia?

—Qué puedo decirte de élla sino que el tiempo la falta para atender a sus amigos.

—¿Siempre éllos rendidos i amables para con élla?

—Siempre; en particular Chardel que parece cada dia mas empeñado en rendir la plaza.

—¿I Hortensia prefiere como ántes a Azócar?

—Ni mas ni ménos. I tanto que cuando los serenenses no van a su casa, doña Trinidad va con sus niñas a la de doña Tránsito García, madre de las Santibañez, que son parientes de

aquéllos. Cuando alguna vez vayas a ver a las Ramirez i no las encuentres en su casa, ten por seguro que las hallarás en la de las parientas de Azócar.

—Con todo, algunos chascos se llevará Hortensia.

—Así lo calculo porque Azócar sigue la veta de María Luisa i para ello se les escabulle a las Ramirez i corre a refujiarse a casa de tu tio Gregorio.

—Díme con toda franqueza, Luis ¿crees que Hortensia esté enamorada de Azócar?

—Difícil seria asegurarlo, porque élla tiene un modito mui suave e inofensivo, i cualquiera al verla la creeria incapaz de quebrar un huevo. ¿Tendria élla fuerzas sobradas para quebrarlos a centenares? Misterio. Sin embargo, a mí me ha sido posible observar ciertas cosas que...

- Han despertado tus sospechas?— interrumpió Juan con vehemencia.

—No tanto como lo que tú te imajinas, ya que élla es harto despierta para no quebrar los huevos delante de testigos.

—¿Pero entónces?

—Te diré lo que he visto. Cuando he sido yo solo el visitante, he visto a Hortensia mui atareada en alguna obra de mano de la que no aparta la vista i en cuya actitud suele tomar parte en la conversacion. A veces tambien sale de la antesala i va a atender el servicio interior de la casa. Mas, no bien se presentan los coquimbanos, la obra de mano queda interrumpida i ya se mueve élla en toda la noche del lo de sus nuevos visitantes.

—¿I doña Trinidad?

—La señora es tan bondadosa, que nunca hace alto en esas cosas ni en otras muchas que acaso alarmarian a otras madres.

—Es estraño.

—No lo es de ningun modo. Ella quiere tanto a sus hijas, que encuentra siempre simpático todo cuanto a aquéllas les agrada.

—Te dejo, querido Luis—profirió Juan con cierto aire de amargura estrechando la mano de su amigo i alejándose.

* * *

La reciente conversacion habia aumentado, si cabe, las tintas sombrías que entristecian el semblante del diputado.

Nada le halagaba ya en la existencia.

Hallábanse destruidas sus nobles ambiciones de bienestar i prosperidad nacionales.

Su causa, la santa causa de la democracia, de la razon i de la justicia, estaba a punto de caer arrasada por la ola sangrienta de la revolucion.

Su tranquilidad doméstica estaba mas que nunca amenazada i su hogar no era ya el nido abrigado, el refujio seguro en el que podria guarecerse en las horas peligrosas de la borrasca.

Su amor, su dicha ambicionada no era sino un tormento que agravaba su mal, una nueva oleada dolorosa que abrumaba su pecho, una espina aguda que atravesaba sus entrañas i mortificaba horriblemente su dignidad.

Miraba a todas partes i solo encontraba el vacío, el tédio, el hastío profundo, el desengaño cruel, nunca un

rayo de luz, nunca una vislumbre de esperanza.

En tal disposicion de ánimo llegó a su casa.

***

—¿Por qué vienes tan tarde?—interrogó Zoila a su marido en cuanto le tuvo al alcance de su voz.

—Porque se me da la gana—contestó el interpelado, de mal humor.

—¿Así respondes a tu esposa, a una mujer que tantos favores te dispensa?

—Así respondo, así responderé siempre a preguntas impertinentes lanzadas en tono mas impertinente aun.

—Eres un mal hombre, un mal esposo, un...

—Basta! Te ordeno que no profieras una palabra mas.

—¿Ordenes a mí? Pues las desprecio como te desprecio a tí, como desprecio a esos dos sujetos gobiernistas que han estado esperándote mas de una hora, como desprecio a toda esa ralea miserable i vil que no tiene la menor nocion de dignidad i que vive i engorda a espensas del presupuesto.

Gonzalez se puso densamente pálido, sus ojos brillaron con fuego sombrío i sus puños se crisparon.

Avanzó algunos pasos con aspecto amenazador al encuentro de su esposa; mas de pronto se contuvo, pasóse la mano por la enardecida frente i repuso con una calma que traicionaba lo trémulo de su voz:

—Está bien. Mis correlijionarios políticos i yo somos unos miserables...... ¿I los tuyos qué son?

—Hombres nobles i distinguidos, cumplidos caballeros, campeones invictos de una causa sacrosanta.

—Esforzados adalides que pretenden convertir en ruinas el suelo de la patria.

—Si eso intentan, está bien hecho. Yo prefiero ver a Chile convertido en un monton de escombros a que ese *champudo* maldito se salga con la suya.

—Hé ahí en esas frases la síntesis de la política elevada de esos hombres, de sus aspiraciones, de su acendrado patriotismo.

—¿I eres tú quien osa hablar de patriotismo?

—¿Tienen ellos mejor derecho?

—Sí que lo tienen mas claro que la luz del medio dia. Ellos son patriotas porque defienden las prerogativas del Congreso i la libertad; los tuyos son esclavos viles, son unos vendidos miserables porque amparan la tiranía.

—Todo te lo concedo, Zoila, porque en este momento me he propuesto hacer el mayor sacrificio de mi vida por ahorrar a mi familia el espectáculo vergonzoso de estas reyertas de arrabal.

—No hai para qué aceptar tales sacrificios!—gritó doña Francisca presentándose airada en la escena.

—Esto mas todavía!—dijo Juan irritado.

—Mira, Zoila—continuó la señora—te declaro que desde hoi me alejaré de tu casa porque yo no debo aceptar nada, ni un asiento en la mesa, de los enemigos de mi relijion i de mi patria.

—Cálmese usted, señora—contestó Gonzalez con forzada serenidad.—En las cuestiones suscitadas entre marid i mujer es deber del que tercia en éll apaciguarlas en vez de exasperarlas.

—Sí—dijo Zoila con exaltacion—cuando se trata de un hombre de bie-

de un hombre honrado; mas nó cuando uno alude a un sér sin dignidad, sin honor...

—Señora i tú, Zoila—interrumpió Juan en tono de amargo reproche—¿por qué abusais siempre de mi paciencia i de mi bondad?

—El bondadoso! —esclamó doña Francisca.—Ah! Nó puede serlo el partidario de esa horda de bandidos!...

—Por qué en vez de propender a la tranquilidad i bienestar de la familia llevais a élla la tea de la discordia? ¿Por qué envenenais con vuestro aliento de fuego hasta el aire que aquí se respira? ¿Por qué en vez de hacer serenos i bonancibles los dias de mi amarga existencia, os empeñais en volverlos borrascosos i terribles? ¿Qué mal os he hecho? ¿No presenciais diariamente mis esfuerzos por la paz, por la tranquilidad de este hogar perturbada con frecuencia por vuestras diabólicas maquinaciones? ¿No os trato siempre con las consideraciones debidas a vuestro rango, a vuestro sexo i a vuestra edad?

—Ninguna gracia haces con todo eso—replicó doña Francisca con ojos chispeantes de coraje.—Son ellos miramientos que se deben a nuestra alta posicion.

—I aun cuando fueras un santo—rujió Zoila—yo no puedo soportar ni tus beneficios, porque te aborrezco, porque maldigo la hora aciaga en que me uní a tí!

Gonzalez iba a replicar, pero sintió que toda su sangre subia a su cabeza i refluia despues a su corazon.

No pudo hablar. Quedóse unos instantes inmóvil con el semblante cadavérico i los ojos estraviados. En seguida, mudo, vacilante como un ébrio, dió un paso atras i se encaminó a la calle, presa de tormentos inesplicables.

***

Sin ver los objetos que encontraba al paso, sin comprender, sin sentir otra cosa que el infierno de torturas que llevaba dentro del pecho, el infeliz llegó a casa de Montero.

—Al ver a su amigo díjole con voz débil, echándose pesadamente en un divan:

—Te pido por hoi hospitalidad.

—Qué sientes, mi pobre amigo?—preguntó Luis acercándose a su huésped i mirando alarmado sus pálidas facciones.

—Que no tengo ya mujer ni casa i que jamas tampoco volverá a lucir en mis lábios la sonrisa de la alegría.

—Pero qué ha pasado por el cielo!... Ah! Díme primero si necesitas un médico para enviar pronto por uno cualquiera!... Tadeo! Ven pronto! Pronto!

El sirviente se presentó asustado.

—Puedes irte a tus quehaceres, mi buen Tadeo — dijo Gonzalez. — Nó, Luis—prosiguió.—Nada necesito. Las enfermedades del ánimo no se curan con drogas. Las heridas del corazon no se cicatrizan sino con el bálsamo dulcísimo de la amistad. Por eso ocurro al amigo, por eso he venido aquí de preferencia.

—I yo te lo agradezco con toda mi alma... ¿Pero qué ha sucedido? Cuéntamelo todo.

Juan refirió a su amigo lo ocurrido con su mujer i con su suegra.

Luis esclamó:

—Hé ahí las consecuencias de la excitacion de la pasion política, de esa plaga maldita de nuestra raza, que todo lo absorbe, que todo lo corrompe, que todo lo destruye...! Mas lo que ha pasado es mui grave.

—Tanto que no pienso volver mas a casa.

—¿I tus hijos?

Por doloroso que ello sea, fuerza me es renunciar a verlos por ahora.

***

Gonzalez inició sin pérdida de tiempo un juicio de divorcio, juicio que activó cuanto pudo i que consiguió terminar favorablemente en dos meses.

Señaló una renta a su mujer i a su Juanita, su hija de meses, hízose cargo de los dos niños mayores, que eran varones, colocólos de pensionistas en buen colejio i él resolvió vivir con su amigo Luis.



VII

EN LA ALAMEDA

Habia corrido el tiempo i llegado el mes de diciembre.

Los grandes sacudimientos de la naturaleza se asemejan a los de las humanas sociedades. Ellos infunden un pavor invencible en el ánimo, sobre todo en las primeras horas que siguen al cataclismo. Mas, pasadas las convulsiones aterradoras que trastornan el órden físico, renace de nuevo la calma, la atmósfera recobra su serenidad i no tarda en comenzar el concierto armonioso de la creacion.

Tal ocurria en el campo ántes ajitado de la política.

Habia sobrevenido la calma, si bien ficticia, superficial, transitoria, ya que ocultamente fermentaban siempre las mismas pasiones sin otra válvula que la de la prensa, la cual seguia predicando abiertamente la rebelion.

Como el Congreso estaba clausurado, discutíase acaloradamente en los corrillos, en los clubs, en todas partes.

Sosteníase que Balmaceda dimitiria el mando supremo porque era cobarde, débil de carácter i porque no tendria enerjía bastante para proclamarse Dictador, que por tal deberia calificársele si pretendia gobernar sin presupuestos i sin la lei que anualmente fija las fuer- de mar i tierra.

Asegurábase tambien que el ejército lesobedeceria porque estaba obliga- a respetar ante todo al Congreso cional, único poder soberano de la nacion puesto que representaba al pueblo.

Eso equivalia a invertir el órden de las cosas, a hacer del Congreso el Poder Ejecutivo i del Presidente de la República un simple rei de palo sin autoridad ni iniciativa. Mas no importaba; no habiendo lei de presupuestos ni de fijacion de la fuerza pública, el Presidente no podia dar inversion a los fondos nacionales, ni debia existir el ejército sino para la mayoría del Congreso.

Tal era el criterio de los hombres que fraguarian en las tinieblas el plan de destruccion destinado a ensangrentar mas tarde el suelo de la patria.

***

Los hombres honrados i patriotas que, alejados de los intereses mezquinos de la política, no miraban en el conflicto sino el peligro inminente de un trastorno universal, hacian fervientes votos por que el ejército i la armada se mantuviesen fieles a la autoridad constituida, con lo cual quedarian destruidos por su base los proyectos ambiciosos de los que arrastraban al pais a su inevitable ruina.

Por su parte, el Presidente Balmaceda tomaba todas aquellas medidas conducentes a resguardar los intereses i las personas de sus conciudadanos i a mantener inalterable el órden público.

***

A pesar de lo vidrioso de la situacion, a pesar de las amenazas de revuelta armada que los enemigos de Chile seguian propalando, la noche del 24 fué mui animada en el estenso paseo de la Alameda.

Ventas innumerables de flores, dulces, frutas i refrescos, iluminadas por faroles pintorescos i adornados con caprichosos embelecos, ostentábanse en la calle lateral del lado norte.

Los paseantes obstruian casi las anchas avenidas i prestaban vida exuberante al lugar con su charla festiva i sus alegres risas.

Confundíanse con éstas los gritos agudos de los vendedores ambulantes, los de los muchachos traviesos, los de los jóvenes del gran mundo i los de nuestros *rotos*, siempre agudos i oportunos en sus ocurrencias.

* * *

Montero habia invitado a su amigo Juan para echar un paseo por la Alameda; mas éste habia rehusado porque su ánimo seguia siendo presa de honda melancolía i porque el bullicio de los hombres le causaba un daño atroz.

Durante el tiempo trascurrido desde el rompimiento con su familia, Gonzalez solo habia salido de casa para ajitar el juicio de divorcio, para ir a ver al Presidente i para visitar su hacienda.

Escusado es añadir que no habia vuelto a ver a Hortensia ni a los amigos de ésta.

El desgraciado hacia la vida de un viejo misántropo i huia del contacto de las jentes siempre que se lo permitian los usos de buena sociedad.

La *noche buena* salió despues de comer con el propósito de hacer un poco de ejercicio i tomó por la calle de Amunátegui hácia el norte, es decir en direccion contraria al concurrido paseo de las Delicias.

A poco andar encontróse con la familia de doña Trinidad, que se dirijia a aquel paseo.

Detúvose a saludar a sus amigas, quienes lo invitaron con insistencia a que las acompañara, invitacion que él aceptó porque vió la posibilidad de entrar en esplicaciones con Hortensia.

Con efecto, la disposicion en que iba la familia favorecia sus propósitos: Casablanca daba el brazo a la señora, Luis lo daba a Sofía i la hermana de ésta marchaba sola por la acera.

Lo natural era que el recien llegado acompañara a Hortensia, i así lo hizo Gonzalez temblando de emocion apesar de su frialdad aparente.



Hortensia—dijo Juan despues de algunos minutos de silencio—¿nada tienes que decirme?

—¿Qué quieres que te diga?—respondió la jóven con voz suave i triste.

—Veo que tus ojos no han recorrido mi carta.

—Te engañas; la leí toda.

—No me esplico entónces tu silencio de largos meses tratándose de un asunto tan grave para mí.

—Crees que no lo es tambien para mí?

—Perdóname que dude de tu afirmacion.

—¿En qué fundas esa desconfianza?

—En todo: en tu indolencia para con los sufrimientos del hombre que tanto te ama, en tu conducta amable i obsequiosa para tus amigos coquimbanos, en tu falta de cortesía para conmigo, en tu mutismo sistemático, hiriente para el desgraciado que te cubre siempre de atenciones.

—Voi a contestar uno por uno tus terribles cargos. No soi indolente pues lo que me afectan tus pesares i quisiera remediarlos. Mi conducta obsequiosa con Azócar i Chardel se esplica por el cumplimiento de un deber social i por la gratitud que debo a excelentes amigos que han favorecido a mi familia con numerosos e importantes servicios. Mi falta de cortesía para contigo i mi silencio sistemático, tienen por causa un sentimiento de delicadeza que tú comprenderás fácilmente i que... ¿Pero no adviertes cuánta animacion i alegría hai en esas ventas?

Habian llegado a la Alameda i el bullicio i algazara que allí reinaban hacia difícil continuar la interrumpida conversacion.

Con todo, Gonzalez, anhelante, vislumbrando un débil rayo de luz en las tinieblas que le rodeaban, repuso con insistencia:

—Termina la frase, Hortensia.... Te lo suplico en nombre del cielo!

—Duraznitos de la Vírjen!... ¿No te tientas Juan? Parecen en sazon!

—Sea!—respondió el enamorado.

estendió su pañuelo, se hizo servir mas hermosos, brindó a sus comieros la esquisita fruta i, elijiendo ejemplares de los mas maduros, equió con ellos a su amiga.

Esta los aceptó complacida i los tomó con sus afilados dedos.

***

Dada la aglomeracion de la muchedumbre i los ruidos infinitos que poblaban el espacio, Gonzalez comprendió que no era posible continuar la interesante conversacion; por lo cual se dedicó únicamente a ofrecer a su linda amiga todo cuanto pudiese despertar su apetito.

El pobre enamorado disfrutaba al fin unos cortos instantes de dicha al lado de su amada.

De cuando en cuando oprimia tiernamente contra su corazon la mano de la jóven i la miraba con esa especie de adoracion íntima que el hombre apasionado suele sentir por la mujer bella i pura.

A veces tambien la muchedumbre les hacia detenerse largo rato, i entónces Juan, para defenderla de la multitud, estrechaba la delgada cintura de su compañera i la apartaba del peligro con una solicitud que ella recompensaba con una dulce mirada.

Gonzalez lo habia olvidado todo: sus terribles disgustos de familia, su grave situacion política, sus incertidumbres, sus celos, sus angustias. Tan solo pensaba que Hortensia le pertenecia en esos momentos sin zozobras ni cuidados, que nadie ni aun los serenenses podian disputársela.

De pronto se le ocurrió preguntarla:

—Díme, Hortensia, con la mano puesta sobre el corazon ¿si yo fuera soltero o viudo, consentirias en hacerme feliz aceptando mi mano?

La jóven nada contestó, pero su cuerpo sufrió un estremecimiento visible, su rostro cambió de color i su mano estrechó convulsa el brazo de su compañero.

—Habla, amiga de mi vida!—insistió Juan con exaltacion.—Pronuncia una palabra, una sílaba!... Compadécete algun dia de mis tormentos!

Por toda respuesta, Hortensia comprimió un hondo suspiro i se llevó el pañuelo a la boca como para aspirar su esencia esquisita, en realidad para enjugar una lágrima furtiva.

Gonzalez respiró con desahogo i estrechó con frenesí la mano de su compañera.

Un rayo de luz esplendente acababa de iluminar el horizonte sombrío de su destino.

La esperanza, esa flor marchita ántes de abrir sus perfumados pétalos con las caricias del sol, renacia ahora vigorosa, lozana, dotada de ricos colores.

***

Aun cuando Juan desplegase la elocuencia del sentimiento i Hortensia permaneciese silenciosa, habia en ese juego un encanto dulcísimo para el infeliz amante.

Es probable que élla sintiese tambien la influencia poderosa de aquella voz simpática que halagaba sus oídos con la música deliciosa del amor, dado que ninguna mujer puede mirar con indiferencia al hombre que la adora, máxime si ese hombre posee una figura agradable i modales distinguidos.

—Tiene razon!—murmuró Gonzalez despues de cortos instantes.—Ninguna mujer virtuosa que conoce sus deberes puede decir a un hombre casado: «Yo te amo»... Ah! Si esto fuese así, si su dignidad la impide pronunciar esa frase, que el cielo derrame sobre élla sus bendiciones!

Así distraidos habian marchado hácia el poniente de la calle de Amunátegui i vuelto a subir despues de recorrer una cuadra.

En ese momento llegaban al tabladillo de los músicos donde se habia producido un gran tumulto.

La aglomeracion compacta de la multitud estrechó a nuestra pareja de tal manera, que Hortensia, sofocada, temerosa, esclamó con voz entrecortada:

—Juan, qué hacemos, por Dios! Yo me ahogo!

—Nada temas, amiga mia!—respondió el jóven con voz entera.—Por defenderte crearé fuerzas para batirme contra un rejimiento!

Dicho esto arqueó el cuerpo, hinchó los músculos, abrió los brazos i consiguió desahogar un tanto a su compañera.

Apesar de todo, los amigos se movian en todas direcciones arrastrados por el oleaje humano que no les dejaba salir del reducido circuito i a veces ni afirmarse sobre sus piés. La avalancha les arrojó al fin hácia el oriente del tabladillo, i, mas libres en sus movimientos, pudieron continuar la marcha en direccion del óvalo de O'Higgins.

Hortensia advirtió a su amigo la ausencia de sus demas compañeros, i s[illegible] entónces se convencieron ámbos de [illegible] la familia habia quedado del otro l[illegible] del tumulto.

***

—Qué aventura tan desagradable!—dijo Hortensia.

—No digas eso, amiga mia. Piensa que es dichosa esta casualidad que nos permite hablar libremente.

—Pero qué va a pensar mi mamita! Es preciso que la busquemos sin tardanza!

—A eso vamos, Hortensia querida, i no pasará mucho rato sin que la encontremos al regresar por la calle central.

Así lo hicieron tan pronto les fué posible, i Gonzalez tuvo el placer de recorrer la ancha avenida llevando a su lado a la mujer que amaba.

Miéntras marchaban, Juan dijo a su compañera:

—Observa, amiga mia, que hasta la casualidad parece empeñarse en proteger nuestra amistad.

—I sin embargo mas de una vez te he oido quejarte contra la suerte.

—I seguiré quejándome miéntras tú permanezcas reservada conmigo.

—Ya vuelves a tu preocupacion dominante.

—Es tan natural, amiga de mi vida. Ponte en mi lugar i verás si tengo razon.

—Los hombres son mui exijentes, cien veces mas que las mujeres. Por lo cual me es imposible desempeñar el papel que quieres adjudicarme.

—Noto que entre nosotros sucede una cosa mui singular. Nunca accedes a la mas insignificante de mis súplicas, siempre encuentras medios de eludir la cuestion o de negarme redondamente lo que te pido... Soi en verdad mui desgraciado contigo!

Las últimas frases fueron pronunciadas por Juan con un tono de amargura tal, que impresionaron casi involuntariamente a la jóven.

—Cree, amigo mio—contestó ésta—que me duele el alma por no poder complacerte.

—Gracias, Hortensia amada!—prorrumpió Gonzalez. — Gracias porque es esta la primera vez que se escapa de tus lábios una frase espansiva i sincera!

I en un rapto de entusiasmo i de gratitud, apoderóse de la mano que descansaba sobre su brazo, la llevó a sus lábios i la cubrió de apasionados besos.

La jóven, melancólica, casi llorosa, con los ojos impregnados de ternura, se dejó acariciar i aun oprimió suavemente la mano de su amigo.

***

Este, que solo tropezaba con abrojos en las penosas etapas de su vida, que habia encontrado siempre obstáculos insuperables a sus deseos, decepciones amargas cuando no espinas envenenadas que le atravesaran el corazon, creíase ahora dichoso porque una mujer manifestaba compadecerse de sus pesares. Habia sido tan desgraciado, tan profunda era la herida que llevaba dentro del pecho, tan intenso el dolor que le atormentaba, que la visible conmocion de Hortensia llegó a parecerle hermoso oasis en medio del árido desierto de su existencia.

—Qué gustosa, qué grata seria para mí la vida—se decia—si esta jóven suave i dulce fuese mi amiga verdadera! Con qué satisfaccion iria yo a depositar mis penas en su seno cariñoso!

Cómo la consolaria yo tambien en sus aflicciones i la fortaleceria en sus desgracias!

—Hortensia—profirió en alta voz—mas de una vez he pensado que podria establecerse entre nosotros una amistad íntima, una amistad santa que fuese fuente inagotable de recíprocos consuelos, de ricas esperanzas, de ensueños deliciosos que endulzaran de tarde en tarde el sabor amargo de la vida. Díme, ¿comprendes tú una amistad semejante?

—Vaya si la comprendo!

—¿Serias tambien capaz de sentirla por algun hombre?

—Creo que sí.

—¿Por qué no seria yo ese amigo?

—¿I quién te ha dicho que no lo seas?

—Tu conducta en la noche de San Juan i en otras varias.

—Es que nosotros no podemos ser amigos.

-¿Por qué?

—Porque...

—Ya vuelves a tu silencio

—Juan—dijo la jóven asustada—entremos en la calle de las ventas donde nos apartamos de la familia. Puede ser que allí la encontremos.

—Vamos allá—contestó Gonzalez sin añadir mas palabra.

***

Recorrieron dos o tres veces la estension de la cuadra comprendida entre las calles de Amunátegui i San Martin sin encontrar a las personas que buscaban.

Debe advertirse que Hortensia era la única que se ocupaba con vivo interes en buscar a la familia.

En cuanto al jóven, apénas si le parecia bastante el tiempo para contemplar a su amada, ya que, fuera de eso, todo lo demas del mundo lo miraba con la mas completa indiferencia.

—Pero qué hacemos, qué resolvemos!—esclamó Hortensia al ver lo infructuoso de sus dilijencias.—Es preciso que adoptemos algun plan, alguna resolucion que nos saque cuanto ántes de esta situacion irregular.

—No veo razon alguna para esa alarma, mi querida Hortensia. Un accidente imprevisto nos ha separado de la familia; pero tú llevas por compañero a un hombre de honor que te defenderá de todo peligro e impedirá que álguien te falte en lo menor.

—Reconozco, ciertamente, que debo considerarme segura en tu compañía; mas no me es posible prescindir...

—Desecha esas falsas alarmas i confía en mí. Desde luego te propongo el siguiente plan: daremos dos vueltas mas por el paseo i, si no las encontramos, tomaré un coche para llevarte a tu casa. ¿Te parece bien?

—Sí, excelente, i quedo con él mas tranquila.

Recorrieron nuevamente el paseo, el cual parecia animarse mas i mas a medida que el tiempo avanzaba.

Hortensia habia recobrado su habitual serenidad i marchaba complacida al lado de su compañero.

Este comprendió que no debia insistir en arrancar una confesion categórica a la jóven. Cambió de tema en la conversacion i mostróse risueño, gracioso, espiritual como en los mejores tiempos de su juventud.

A su vez élla celebraba sus chistosas ocurrencias i se alegraba interiormente de la transformacion que se habia operado en el ánimo de su compañero. Nunca le habia visto tan amable, tan espansivo, tan contento. La dicha rebosaba en todos sus movimientos, en todas sus palabras, en su grata sonrisa, en el brillo estraordinario de sus oscuras pupilas.

***

—Pobre Juan!—pensaba Hortensia —Tan bueno, tan digno de ser feliz i tan perseguido por la fatalidad!

Ella aludia a la desgracia doméstica de que su amigo era víctima.

Terminadas las dos vueltas que se habian propuesto, ámbos salieron del paseo a la calle i allí se estacionaron para buscar un carruaje que les llevara a casa de doña Trinidad.

Los vehículos pasaban todos ocupados i los jóvenes permanecian a la espectativa.

Serian las diez cuando sintieron la gran campana de alarma de los bomberos.

—Incendio, incendio!— esclamaron muchas voces.

E instantáneamente comenzó un movimiento estraordinario de hombres que corrian a pié i a caballo, de carruajes que volaban, de muchachos i mujeres del pueblo que lanzaban gritos atronadores.

Trascurrieron aun unos quince minutos en medio de la bulliciosa alarma uestros amigos tuvieron la suerte de ontrar un coche.

-Calle de Santo Domingo, núm.....
ó Juan al cochero despues de alzar u compañera.

El coche partió al trote largo de los caballos.

***

Por causa de la espectacion que en ellos existe, las calles i los paseos hacen las veces de salones en que los paseantes se ven obligados a guardar las formas de la cultura en sus relaciones con las personas con quienes se exhiben en público.

El carruaje es mui distinto.

El es una especie de retrete reservado en que los personajes pueden entregarse sin reserva a espansiones mas apasionadas, a manifestaciones mas espontáneas, a intimidades que establecen un grado mayor de intimidad i de confianza.

Así, aprovechando la rara oportunidad que la suerte propicia le deparara, Gonzalez, silencioso, mas que nunca dominado por el fuego de la pasion que lo consumia, apoderóse de una mano de su amiga i la retuvo largo rato sobre sus lábios.

La jóven permitió a su compañero ese arranque apasionado, buscó con la que le quedaba libre la mano de su amigo i estrechóla con suavidad.

—Hortensia!—profirió Juan con voz dulce interrogándola con los ojos.— ¿Eres mi amiga?

Esta no contestó, lanzó un hondo suspiro, oprimió mas fuertemente la mano de su compañero i en seguida, vencida, anonadada, se dejó recostar en el tapiz de la testera del coche.

Gonzalez no fué dueño de contenerse, arrojó una débil esclamacion de gozo, abarcó con su brazo la esbelta cintura de la jóven, alzó la cabeza i estam-

pó un beso ardiente i prolongado en los rojos lábios de su amada.

*
* *

De pronto el coche se detuvo.

Habia llegado a la calle de la Catedral i le era imposible entrar en la de Santo Domingo donde vivia la familia de Hortensia.

Compacta muchedumbre de todos sexos i condiciones, numerosos carruajes i caballos invadian la cuadra comprendida entre las calles nombradas.

Algo mas allá de la de la Catedral funcionaban simultáneamente dos bombas de vapor, i sus mangueras estendidas i el movimiento incesante de los bomberos indicaban que el incendio no estaba léjos.

Ademas, gruesas columnas de humo i las llamas de una hoguera inmensa, que alumbraban como de dia los alrededores eran indicios evidentes de que el destructor elemento habia hecho presa en una casa de la calle de Santo Domingo.

Juan comprendió el peligro en que se hallaba la casa de su amiga, situada en la misma cuadra del siniestro. Quiso averiguar la verdad i preguntó a un bombero que pasaba de quién era la propiedad incendiada.

—Es la casa de las señoritas Ramirez—contestó el interpelado prosiguiendo su camino.

—Dios mio!—prorrumpió Hortensia echando los brazos al cuello de su compañero.

—No te desconsueles, mi pobre amiga!— contestó el jóven estrechándola contra su corazon.—El bombero puede estar equivocado.... Aun cuando no lo estuviese, la casa i el menaje están asegurados, i en todo caso los golpes de fortuna no son tan difíciles de repararse. Tranquilízate, ánjel mio!

Gonzalez gastaba una elocuencia inútil.

No tardó en convencerse de que Hortensia se habia desmayado.

—Afortunado siniestro!—murmuraba el enamorado echando aire a su amiga con el sombrero i tratando de reanimarla—El me permite estrechar su cuerpo adorado i ser en estos momentos el hombre mas dichoso de la tierra!

*
* *

Temiendo que el accidente de la jóven se prolongase demasiado, Juan ordenó al cochero que bajase por la misma calle i se detuviese donde él le diria.

Al cabo de pocos minutos el carruaje se estacionó frente a la casa de don Gregorio Casablanca.

La jóven habia recobrado el sentido i, aunque débil, estenuada, bajó del coche ausiliada por su compañero.

La familia se hallaba en la Alameda, pero las criadas pudieron atender a la enferma i suministrarla lo necesario para restablecerla.

Gonzalez, entretanto, dió sus órdenes i no se apartó ni un momento del lado de su amiga a quien contemplaba con amoroso anhelo no excento de íntima tristeza.

Cuando élla se encontró bien repuesta del accidente, Juan la dijo:

—Te pido permiso, amiga, para ir a ver si aun puede salvarse algo de tu

casa o siquiera para traerte noticias de tu familia.

—Lo único que siento perder es un cofrecito de ébano que contiene algunas alhajas i otros objetos que me son queridos. El cofrecito quedó sobre una cómoda. Pero tú no vayas, Juan, ni te espongas por tan poca cosa. Te lo ruego encarecidamente.

Gonzalez agradeció los cuidados de su amiga i salió a la calle.

*
* *

El jóven se amarró un pañuelo blanco en la copa del sombrero, les dijo a los guardias que era ajente de una compañía de seguros i consiguió llegar así al lugar del siniestro.

La fachada de la casa ardia en toda su estension i era materialmente imposible penetrar por la puerta al interior.

Habíase estendido una manguera por la casa colindante, lo cual inspiró al enamorado un proyecto que inmediatamente puso por obra.

Introdújose por allí, subió por la escala que los bomberos habian dispuesto para llevar el piston al tejado, recorrió éste hasta llegar al fondo de la casa de su amiga, bajó por otra escala colocada allí por los encargados de cortar el fuego i se encontró en el tercer patio, fuertemente alumbrado pero desierto.

El fuego se habia comunicado ya por la techumbre a todo el edificio i las llamas invadian, inflamaban i reducian a cenizas el interior de la casa.

*
* *

Juan buscó i encontró un saco burdo, lo empapó con agua, dejó su sombrero al pié de la escala i se lanzó al dormitorio de Hortensia, situado en el segundo patio.

El calor era sofocante i para poder respirar, el jóven se aplicaba a la nariz su pañuelo mojado de antemano.

La puerta de la habitacion que buscaba estaba franca, pero el interior hallábase convertido en un verdadero horno que hubiera infundido terror al mas audaz.

Las llamas consumian vorazmente las maderas del cielo entablado, el cual no tardaria en desplomarse. El piso, cubierto de rico bruselas, estaba sembrado de tizones que ardian i comunicaban el fuego a los cortinajes i a las ropas de la cama.

Gonzalez no trepidó i se introdujo valientemente en el interior.

En cortos instantes recorrió la habitacion, apoderóse del ambicionado cofre, de una pila de agua bendita, de un precioso crucifijo pequeño i salió afuera casi asfixiado, mas no sin que recibiese en un hombro un fuerte golpe de un trozo de viga que en ese momento se desprendia de lo alto.

Vuelto al tercer patio, donde respiró con mas desahogo, arreglóse las salvadas prendas en sus bolsillos, púsose el sombrero, ascendió i descendió las escalas i logró salir casi ileso a la calle.

*
* *

Cuando llegó a la de la Catedral, encontróse con la familia de doña Trinidad que en ese momento regresaba de la Alameda.

—Juan!—esclamó la señora—¿Habrá

esperanzas de salvar mi casa?... ¿Tú vienes del incendio?

—Sí, vengo del incendio; pero la casa está perdida sin remedio.

—¿I Hortensia?... Ah! Cuántas desgracias en tan corto tiempo!

—Hortensia está segura i sana en casa de mi tio Gregorio, donde la dejé para averiguar si se podia salvar del incendio una parte del menaje.

—¿I tú no has sufrido algo?--se apresuró a preguntar Montero.

—Nada, amigo mio.

***

La familia continuó la marcha hasta la casa de don Gregorio.

Gonzalez ascendió de dos en dos los tramos de la escalera, llegó a la pieza en que se hallaba su amiga, entrególa las prendas salvadas del incendio, anuncióla que la familia subia en ese momento i salió afuera para arreglar los desperfectos que se notaban en su traje.

Todo eso no se hizo sin que Hortensia se apoderase de una mano de su amigo i le diese las gracias con una mirada impregnada de ternura.

Acababa de reunirse la familia, a la que se habia incorporado Hortensia, prévia una escena conmovedora de abrazos i de lágrimas, cuando llegaron los coquimbanos.

Estos acababan de saber la imprevista desgracia de doña Trinidad i se habian apresurado a manifestarla su pesar i a ofrecerla sus servicios.

Desde ese momento Gonzalez quedó reducido a segundo término.

Aquello era inesplicable, absurdo, fatal, pero seguro.

Estaba visto que en toda circunstancia los serenenses ejercian una influencia avasalladora, irresistible sobre Hortensia, quien delante de éllos no parecia tener voluntad propia. Los caballeros mas interesantes i distinguidos eran desatendidos, olvidados por élla, cual si sus antiguos amigos superasen en importancia i atractivos a cuantos hombres meritorios pudieran presentársela.

Juan habia reflexionado muchas veces acerca de esas singularidades i se habia perdido en conjeturas sin atinar con la verdadera causa.

¿Habria algun lazo misterioso que ligara a Hortensia con aquellos hombres? ¿Qué clase de servicios habian prestado éstos a la familia? ¿Por qué la jóven se creia tan obligada para con éllos? ¿Obraria Hortensia inconscientemente o impulsada por sus instintos veleidosos, por su corazon voluble e inconstante?

El desgraciado permaneció unos cuantos minutos en casa de don Gregorio i en seguida se despidió.

Hizolo así, no solo porque no podia soportar las atenciones preferentes que su amiga prodigaba a sus antiguos adoradores, sino porque de rato en rato sentia aumentarse el dolor del hombro lastimado en el incendio.



VIII

EL 7 DE ENERO

La calma aparente en que se habia vivido en los postreros dias de 1890 interrumpióse bruscamente con la entrada del nuevo año de 1891.

El gobierno constitucional del Presidente Balmaceda habia comenzado el ejercicio de sus funciones sin leyes de presupuestos i sin la que fija las fuerzas públicas; lo cual, segun se ha enunciado ya, en opinion de sus enemigos, lo convertia en dictador.

Lo acusaban de dictador i lo declaraban fuera de la lei los mismos que habian faltado a sus deberes de representantes del pueblo i le habian negado aquellas leyes. Acusaban al majistrado supremo por los crímenes cometidos por ellos mismos. I lo titulaban tirano i déspota porque mantenia con dignidad el alto puesto en que le colocara el sufrajio universal, porque defendia con inquebrantable entereza las prerogativas espresas que le acordaba la Constitucion.

***

Pero el hombre débil, sin carácter, el cobarde que en concepto de sus adversarios no se atrevia a afrontar las consecuencias de la situacion, mostraba al mundo entero la fortaleza de su temple, la grandeza de su alma.

Con efecto, el Excmo. señor Balmaceda dió a la Nacion el 1.º de Enero un manifiesto en que esponia las razones que le obligaban a asumir las responsabilidades que le ordenaba su mandato constitucional i las que le exijian imperiosamente mantener el órden público, guardar i hacer guardar a todos la Constitucion i las leyes.

En ese importante documento histórico esplicaba tambien las causas del conflicto; demostraba con datos irrefutables que todos los Presidentes desde 1833, ménos uno, habian gobernado la República durante años, meses o dias sin leyes de presupuestos i sin la que fija las fuerzas de mar i tierra, citaba en apoyo de la justicia de su causa los artículos constitucionales que le prescribian estender su autoridad a todo cuanto tuviese por objeto la autonomía de su gobierno, declaraba que seguiria pagando sus sueldos a todos los servidores de la Nacion a quienes no les dejaria sin pan i declaraba que «ni como chileno, ni como Jefe del Estado, ni como hombre de convicciones, podia aceptar el rol político que pretendia imponerle la coalicion parlamentaria.»

***

Permítaseme trascribir los últimos párrafos de tan interesante pieza histórica, los cuales pintan la sinceridad, la enerjía i la honradez del egrejio majistrado.

Ellos dicen así:

«En pocos meses mas habré dejado el mando de la República.»

«No hai en el ocaso de la vida pú-

blica, ni en la hora postrera del Gobierno de un hombre de bien, las ambiciones ni las exaltaciones que pueden conducir a la dictadura.»

«No tengo ya honores que esperar, ni ambiciones que satisfacer. Pero tengo que cumplir compromisos sagrados para con mi patria i para con el partido que me elevó al mando i que hace el gobierno en conformidad a la doctrina liberal, sin alianzas ni abdicaciones, sin afectacion i sin desfallecimientos.»

«La hora es solemne.»

«En ella cumpliremos nuestro deber.»

***

Han corrido los años desde que se consumara el sacrificio de ese hombre estraordinario, i su figura se ajiganta mas i mas a medida que el tiempo avanza.

El ejemplo de grandes virtudes electriza los corazones jenerosos.

Por eso sus numerosos partidarios, los que defendieron sus indisputables derechos, veneran la memoria de Balmaceda i han soportado por su causa los martirios mas inauditos.

La novedad del 1.º de Enero fué el manifiesto de Balmaceda, celebrado por los ciudadanos patriotas, despreciado por los que de antemano fraguaron el plan de destruccion de las instituciones i del crédito de la República

Corrieron algunos dias en que la paz interior no fué alterada.

Era la calma precursora de la borrasca. Era esa calma preñada de amenazas i de peligros en que se respira un aire sofocante, en que la atmósfera está cargada de electricidad.

El estallido se produjo el 7 de Enero i su ruido sordo i amenazador repercutió hasta los pueblos mas remotos de Chile.

***

Balmaceda habia dicho en su manifiesto:

«Se ha incitado al ejército i a la armada a la desobediencia i a la revuelta.»

«Empeño vano!»

«El ejército i la armada tienen glorias imperecederas conquistadas en la guerra i en la paz. Saben que yo soi su jefe constitucional, que por el artículo 148 de la Constitucion son fuerzas esencialmente obedientes, que no pueden deliberar, i que han sido i continuarán siendo, para honra de Chile i reposo de nuestra sociedad, la piedra fundamental sobre que descansa la paz pública.»



Como él era bueno i leal, juzgaba a los demas con su propio honrado criterio.

Cuánto se engañó el noble Presidente!

Sí, porque habia traidores en la armada i los hubo tambien aunque escasos en el ejército.

Siete capitanes de diversa grad cion, acaudillados por el de navío, J je Montt, no solo se permitieron d berar, no solo desobedecieron a jefes respectivos, sino que, traicion

do vilmente la confianza en ellos depositada, se alzaron con las principales naves de guerra de la nacion i enarbolaron el trapo maldito de la revuelta.

Confabulados con los caudillos de la coalicion parlamentaria, que habian hecho embarcarse a dos representantes en calidad de *delegados*, como si el Congreso pudiese delegar facultades de que carecia, se retiraron de la bahía de Valparaiso con los buques de la armada i se presentaron de nuevo en las mismas aguas en són de guerra para secundar, segun decian, el movimiento de tierra.

Este movimiento sedicioso i pérfido produjo la mas viva alarma en todos los círculos sociales.

En los primeros momentos temióse que el ejército secundase los planes de los traidores alzados; mas aquél permaneció fiel a sus sagrados deberes i los revoltosos, perdida toda esperanza de auxilio terrestre, se lanzaron a la conquista de los indefensos puertos del norte donde hallarian riquezas i hombres que reclutar.

***

Separadas las provincias del norte del territorio central de la República por áridos e inmensos desiertos, no le era dable al Presidente Balmaceda ir en auxilio de las débiles guarniciones de aquellos puertos sin contar con buques de guerra de que carecia en absoluto.

Lo único que le fué posible, dada su carencia de recursos navales, fué armar apresuradamente un trasporte de andar lijero, el *Imperial*, para llevar con gran peligro algunos refuerzos militares a los puntos mas amagados.

Desgraciadamente, por mas esfuerzos i proezas de valor que se hicieran, las fuerzas del órden no pudieron obrar oportunamente, fueron fraccionadas i batidas en detalle.

Así, pues, prévios algunos encuentros de éxito vario, los revoltosos se apoderaron al fin a sangre i fuego de la ciudad i puerto de Iquique i de la rica zona salitrera.

Entretanto el Presidente Balmaceda adoptaba medidas rápidas i enérjicas para resguardar el órden i reprimir los frecuentes conatos de los partidarios de la revolucion que solapadamente pululaban en toda la estension del territorio sometido a su autoridad constitucional.

Cuanto fué grande i ruidoso el contento de los defensores del movimiento del 7 de Enero, así fué profundo el pesar de los que solo veian en la revuelta armada el comienzo de desastres que arruinarian a Chile i devorarian a millares de sus hijos.

***

Uno de los mas entusiastas partidarios de la mayoría parlamentaria era Chardel.

Este, Azócar i numerosos compañeros suyos celebraron con opíparos banquetes el alzamiento de los traidores marinos de la armada, bebieron i brindaron por la prosperidad i acierto de la patriótica i salvadora empresa e hicieron fervientes votos por el pronto derrocamiento del tirano.

A tal punto llegó el contento del

pretendiente de Hortensia, que una noche solicitó de doña Trinidad una conferencia privada que le fué concedida en el acto.

Desde la noche del incendio la familia Ramirez vivia en casa de don Gregorio.

--Mi querida señora;—dijo Chardel cuando se vió solo al frente de doña Trinidad—me he permitido solicitar de usted esta entrevista para hablarla de un asunto grave que interesa vivamente a mi corazon i afecta a mi porvenir.

— Estoi dispuesta a escucharte con interes—contestó la señora, la cual sospechó inmediatamente de lo que iba a tratarse.

—En los años que he tenido la honra de cultivar las relaciones de su familia, especialmente desde que he fijado mi residencia en Santiago, he aprendido a conocer las relevantes prendas i las sólidas virtudes que adornan a su interesante hija Hortensia.

—Favor que tú le dispensas, Antonio—dijo doña Trinidad con cierta sonrisa de satisfaccion haciendo una leve cortesía.

—Por otra parte yo he llegado a una edad en que el hombre necesita establecerse en conformidad a las leyes i usos sociales, i como poseo bienes de fortuna para atender convenientemente a las exijencias de la vida matrimonial, he resuelto tomar estado.

—Mui puesto en razon me parece todo eso.

—Ademas, ¿con qué otro acto mas solemne, mas plausible podria celebrar la familia la revolucion gloriosa que ha de emanciparnos de la horrible tiranía?

—Cierto es que tan trascendental acontecimiento merece los aplausos mas entusiastas de los buenos hijos de Chile.

—Por eso, mi señora, porque soi patriota de corazon, estoi impaciente por llamarla cuanto ántes con el dulce título de madre.

—Cómo, hasta ese punto llega tu decision por nuestra causa?—profirió la señora aparentando una sorpresa que engañó al coquimbano.

—¿Entónces usted no ha observado la preferencia decidida con que nos tratamos con Hortensia?

—A la verdad, yo no sabria decir....

—Pero, mi queridísima suegra...... quise decir... mi señora ¿no ha notado usted que Hortensia está perdidamente enamorada de mí, como yo lo estoi de élla?

—Te confieso, Antonio, que a tanto no llega mi perspicacia.

—Es estraño.... Todo el mundo lo sabe i usted lo ignora!

—Te diré... Hortensia es reservada por carácter i atribuyo a esta circunstancia el que élla no se haya franqueado conmigo a ese respecto.

—En todo caso, mi apreciabilísima suegra....o mi señora,yo tengo el honor de pedirla a usted la mano de su hija Hortensia Ramirez.

-Acabáramos!—replicó doña Trinidad.—Pero nosotras somos las honradas con tal proposicion.

—No discutiremos si son ustedes ~ yo los que recibirán honor en nuest seguro i próximo enlace. Lo que des luego necesito yo saber es si usted ı concede, sí o nó, la mano de su hija.

—Es particular!—pensó la señora.

Nunca me ha parecido este hombre mas simple que ahora.

—Pero, reflexiona, Antonio— prosiguió en alta voz—que yo sola no puedo resolver este punto ni disponer de la voluntad de la interesada.

—Oh! Ese temor es completamente ilusorio! ¿No la he dicho ya que la jóven está furiosamente enamorada de mí?

—Con todo, yo necesito consultarla i sondear su corazon en tan grave emerjencia.

—¿Qué haremos, pues, en tal caso?

—Lo mas prudente es esperar.

—¿Yo esperar, mi queridísima suegra... o mi queridísima señora? Nó! No puede ser, porque la declaro a usted que amo a Hortensia, que yo la adoro i la necesito i élla tambien me necesita a mí sin tardanza!

—Apesar de todo me tomo 24 horas. Vuelve mañana i te daré una contestacion definitiva que supongo será favorable a tus deseos, ya que yo no pongo en duda tus afirmaciones respecto a la pasion frenética que has sabido inspirar a mi hija.

Chardel envió una mirada recelosa a la señora.

Despues de despedirse, cuando bajaba la escalera, díjose lleno de dudas i temores:

—¿Serian sinceras las palabras de la señora? ¿Se habrá estado burlando de mí?.... Pero es ridículo que yo, Antonio Chardel, abrigue tal desconfianza.... Hortensia me idolatra i debo dar matrimonio por un hecho consumado.

***

Al llegar a la puerta de calle encontróse inopinadamente con Montero, a quien dijo con la espansion propia del hombre dichoso:

—¿Sabe usted que me caso?

—¿Cómo así?

—Es cosa resuelta. Estoi aburrido ya de la vida de soltero i de las galantes aventuras en que a cada paso me encuentro comprometido.

—Cábeme repetir a usted el refran aquel: ántes que te cases, mira lo que haces.

—Lo he mirado i remirado ya muchas veces; por lo mismo acabo de pedir a la novia.

—¿I quién es esa dichosa criatura?

—Hortensia Ramirez.

Luis no fué dueño de contener un movimiento de sorpresa. Apesar de todo disimuló como pudo su disgusto i preguntó a su interlocutor:

—¿I élla está resuelta tambien?

—¡Quién lo duda!

—Segun eso está ya fijado el dia de la boda?

—Aun nó, porque a mi queridísima suegra se le ha puesto consultar a Hortensia acerca de lo que ésta i yo tenemos resuelto hace mucho tiempo.

—¿La fijacion del dia?

—Nó; la aceptacion del compromiso.

—En tal caso la boda es segura.

—Por mi parte yo no lo dudo ni un momento. Tan es así, que yo he apresurado esta resolucion en vista de que la pobrecilla estaba languideciendo visiblemente de amor por mí.

—Pues que aproveche! — concluyó Montero ascendiendo la escalera.

—Ah! murmuró éste cuando estuvo solo. Qué golpe para mi pobre am

Juan! Cómo va a resistir la noticia sin que estalle de dolor su corazon!

***

La familia Ramirez recibió cariñosa i cortesmente a Montero.

Despues de algun rato de conversacion, doña Trinidad preguntóle:

—¿Qué es de Juan a quien hace tantos dias no le vemos?

—Permanece aun en cama por causa de un golpe que recibió en un hombro la noche del incendio.

—¿Cómo sucedió eso?

—Pretendiendo salvar algo del menaje de la casa de usted, introdújose en el interior del edificio incendiado i allí le cayó en el hombro un trozo de madera. Pero yo creo que en diez dias mas podrá levantarse.

—I tú nada nos habias dicho de tan grave accidente!—replicó la señora en tono de queja.

—Eso consiste en que no se habia ofrecido oportunidad para ello, como ahora que usted se ha dignado preguntar por mi amigo.

—Si eso ha ocurrido, créelo Luis, ha sido porque todas hemos estado medio locas con el desastre.

—Ya lo supongo, dijo Montero con naturalidad.

—En todo caso yo reconozco que hemos sido ingratas para con el pobre Juan, siempre tan cumplido, tan caballeroso, tan abnegado.

Luis miró rápidamente a Hortensia i notó en sus facciones una palidez estraordinaria.

—El remordimiento la roe el alma! —pensó.

Montero permaneció una hora en la casa aguardando que le participasen la noticia de la boda acordada con Chardel, i como nadie tocase el punto i él no quisiese ser indiscreto, se despidió.

***

—¿Cómo están por allá?—preguntó Gonzalez a su amigo tan pronto le hubo visto.

—Todos en perfecta salud, mi querido Juan.

—¿I los coquimbanos?.... ¿Siempre asíduos tertulios de la casa?

—Mas o ménos como ántes. Cuando yo llegaba a la casa, Chardel salia solo, sin Azócar, su inseparable compañero.

—No deja de ser raro todo eso. ¿A qué lo atribuyes tú?

—A un asunto que tú no tardarás mucho en saber.

—Asunto que no puedes revelarme por ahora... ¿No es así?

—Exacto.

—Luis; tus reticencias hacen temblar de zozobra mi corazon, porque he dado en sospechar que...

El enfermo no pudo continuar. Sus ojos se cerraron i la palidez de su rostro se hizo cadavérica.

—Animo, amigo mio!—esclamó Luis algo asustado.—Si una nueva desgracia, si un nuevo golpe te amenaza, ya sabes que habrá dos pechos que le resistan con la entereza de hombres de corazon... Mas no nos anticipemos a los sucesos, dejémosles venir a su tiempo.

—Ah! Valor no me falta, ya lo bes. Pero cuando se trata de mis af ciones mas íntimas, cuando se trata la pasion que estimo mas que la r

pia vida, entónces, te lo confieso, soi el hombre mas cobarde, el mas pequeño, el mas despreciable.

—Advierte, Juan, que tú estás discurriendo cual si se hubiese consumado ya la desgracia que tanto temes.

—¿I si se efectúa ahora que yo estoi enfermo, postrado, sin poder tomar la menor injerencia en los acontecimientos?

—Mi querido Juan—contestó Montero con voz grave, oprimiendo la mano de su compañero—te juro que si esa desgracia llegara a ser posible, yo la conjuraria de la manera mas enérjica.

—¿Cómo?...

—Me batiria con el hombre que se interponia en el camino de tu felicidad i le mataria o me dejaria matar por él.

—Luis!—prorrumpió Gonzalez estrechando fuertemente la mano de Montero.—Eres un verdadero amigo, un amigo fiel a toda prueba... Pero yo no puedo consentir...

—Mal que te pese tendrás que aceptar mi intervencion, mi pobre Juan.

—De ninguna manera. El lance de honor me corresponde de derecho i yo mismo he de estorbar mi eterna desventura o concluir con esta existencia privada de goces i alegrías, henchida siempre de amargura.

Juan, te ruego que tengas confianza en mí.

*
* *

Como estaba acordado, Chardel, puntual como un británico, volvió a la noche siguiente a casa de las Ramirez.

Fué recibido solamente por doña Trinidad.

—Héme aquí mi queridísima suegra... o mi amadísima señora, dispuesto a recibir de sus lábios la confirmacion de la dicha que tantas veces me anunciara su linda hija Hortensia.

—Perdona, Antonio, que te diga...

—Ya lo sé, mejor dicho, ya adivino lo que usted va a decirme...

—Es que...

—Nó, nó. No se afane usted en buscar frases adecuadas...Puede usted llamarme hijo desde luego i darme el cariñoso abrazo maternal.

—Pero escúchame, Antonio. El papel que me toca ahora desempeñar es por demas...

—No importa, no importa. Yo la dispenso a usted de todas esas fórmulas vanales que nada significan cuando los corazones se hallan unidos por los lazos del afecto.

—Es que se trata precisamente de... de...

—De nuestra dichosa boda. Ya lo sé... ¿I por qué no viene Hortensia para repetirme lo que ya he dicho a usted respecto de nuestros antiguos compromisos?

—Mi hija está algo indispuesta i me ha encargado...

—Asegurarme que me ama i que....

—Hortensia desea conservar tu amistad.

—I la conservará, mi querida suegra, i la conservará ámplia, íntegra, completa, tanto mas cuanto el amor es el resúmen de todos los afectos imajinables.

—Pero es que Hortensia no está dispuesta a concederte ese resúmen.

—Bien; lo mismo da. No me concederá el resúmen porque élla es mui cumplida, mui modesta para hacer esa

confesion. Pero yo me conformo con un poquito. Hortensia será mi novia i eso me basta por ahora.

—Es que mi hija ha decidido rehusar el honor que tú la haces.

—Rehusar?—profirió el coquimbano cambiando de color—¡Seguramente he oido mal!

—Has oido perfectamente.

—No puede ser.

—Antonio--repitió la señora acentuando cada palabra—Mi hija Hortensia deplora mucho tu error, pero me ha declarado terminantemente su resolucion de no casarse por ahora.

—En tal caso—replicó Chardel sofocado por el despecho—Hortensia ha mentido, Hortensia me ha engañado!

—El que insulta a una mujer en su ausencia i delante de su madre es un mal hombre, es un cobarde!—esclamó Hortensia presentándose en la sala i dirijiéndose al serenense.

Este, mudo de sorpresa, no supo qué decir.

La jóven prosiguió indignada:

—Declara, si te atreves, en presencia de mi madre, cuáles han sido las promesas que te he hecho, cuáles las palabras que yo he pronunciado al contraer el compromiso que supones!

—Caracoles—profirió Chardel algo repuesto—Bien se conoce que estás indispuesta, querida mia. Solo que la señora se olvidó decirme que tenias una muela picada... Por lo demas creo que compromiso formal no ha habido...

—Ni formal, ni de ningun carácter.

—Pensándolo bien, creo que tienes razon.

—Eso me basta— dijo Hortensia alejándose con el aire de una reina ofendida.

—Señora—articuló Chardel avergonzado, humillado —Que usted lo pase bien.

I salió de la sala i descendió la escalera como insensato que lleva una brasa dentro del pecho.

***

No habia trascurrido media hora cuando se presentó Luis.

Casi tan interesado como el coquimbano, apresurábase a indagar lo que Hortensia habia resuelto respecto de la proyectada boda.

La familia estaba reunida con la de Casablanca, con la que formaba una sola, i conferenciaba acerca del reciente suceso. Como todos querian a Chardel, apesar de su fatuidad, deploraban el papel ridículo que éste acababa de desempeñar en la escena.

La llegada de Montero no les hizo reservarse, ya que el asunto se sabria tarde o temprano.

La misma Hortensia, habitualmente reservada, encargóse de ilustrar al jóven diciéndole:

—Cuando llegaste, Luis, se trataba de un asunto grave.

—Del asunto del dia, no hai que dudarlo: de la sublevacion de la escuadra —contestó éste con acento lijeramente irónico.

—Nó; no es de eso. Hablábamos del honor que Antonio Chardel me ha dispensado al pedir a mi madre mi mano.

—¿I de su inmediata aceptacion ... parte de la pretendida?

—Todo lo contrario...

—Cómo!—esclamó Montero agr... blemente sorprendido.

—Como acabas de oirlo.

—¿Es eso posible?

—Tan posible como efectivo.

—Ah! profirió Luis enviando a la jóven una mirada de gratitud sincera. —Eres en verdad una niña honrada!

***

En ese instante operóse un movimiento espontáneo en las personas que ocupaban la sala i todas las miradas se dirijieron a la puerta de entrada.

Acababa de presentarse en ella un hombre, ménos que eso, un espectro en cuyo rostro blanco como el papel brillaban dos ojos de espresion febril.

—Juan Gonzalez!—dijo doña Trinidad—Pero en qué estado, Santo Dios!

Montero corrió al encuentro de su amigo a quien dijo en tono de amistoso reproche:

—Qué has hecho, Juan, por el cielo!

—Me moria de impaciencia e inquietud, articuló éste con voz débil.

Las señoras i las jóvenes se apresuraron a atender al recien llegado i a informarse de su salud.

Gonzalez contestaba con voz apénas perceptible. Parecia que estrecho nudo le oprimiera la garganta.

Habia llegado allí para constatar su eterna desventura i para tener la satisfaccion de provocar al hombre afortunado que iba a arrebatarle cuanto mas amara en la existencia.

Su mirada sombría interrogaba a
tensia i a las demas personas de la
para adivinar por su aspecto lo
él mismo no se atrevia a pregun-

a jóven, al contemplar las facciones de su amigo, sintió que se le oprimia el corazon i que las lágrimas asomaban a sus párpados.

Entónces con movimiento espontáneo, rápido, irresistible, se dirijió a Juan, le ofreció su brazo i, a pretesto de que el asiento que ocupaba el enfermo era incómodo, le condujo a un sofá apartado i se sentó junto a él.

Montero por su parte rogó a Sofía que tocara el piano.

La música comenzó i las conversaciones se animaron de nuevo.

***

—Mi pobre amigo—dijo la jóven con voz conmovida. Bien lo has dicho tú una vez: tu alma es para mí un espejo fiel, un cristal trasparente en que yo tengo la suerte de leer tus mas lijeras impresiones.

—Segun eso, sabes cuánto i cuán horriblemente sufro.

—Sí; lo sé, mi querido Juan; i por eso te he traido aquí, i por eso voi a preparar tu ánimo a fin de que puedas resistir la vivísima conmocion que te espera.

—Ah! Retárdala cuanto puedas, Hortensia.

—No tanto que te haga sufrir demasiado con la incertidumbre... Escúchame con atencion: tú sabes que Antonio solicitó mi mano.

—Lo sospechaba, i como presumo tu resolucion, he venido resuelto a provocar un duelo....

—Pero estás loco, mi pobre Juan?

—Sí, loco furioso...... Aborrezco la vida!

—¿I si yo te digo que todavía existe

para tí un atractivo que te la haga lisonjera?

—Cualquiera palabra de tus lábios es bálsamo dulcísimo para mis heridas.

—Si es así, dalas por cicatrizadas.

—Cómo!...... Serias tan bondadosa, tan noble, tan santa, que..... Ah! Te ruego que no juegues con mi corazon, próximo ya a estallar de dolor!

—Te protesto, Juan, que quisiera hacerte dichoso a costa de grandes sacrificios i que la desgracia que tú temes...

—Se ha postergado..... por algun tiempo?—profirió Gonzalez anhelante.

—No se ha postergado. Se ha conjurado para siempre—replicó la jóven con la mirada radiante i fija en las pupilas de sú amigo.

—¿Luego, has desechado la proposicion?

—De la manera mas terminante.

—¿He oido bien?—profirió el enfermo sin atreverse a dar crédito a las claras palabras de su amada.

—¿Quieres que te diga los términos de mi contestacion?

—Sí, sí, repítemelos pronto.

—Lo siento mucho, pero he resuelto no casarme contigo.

—Que Dios te bendiga! — esclamó Juan lleno de alborozo enviando a la jóven una mirada de gratitud profunda.

En ese instante cesó la música i Luis condujo a Sofía a su asiento.

El excelente amigo dirijió una mirada inquieta a Gonzalez i no pudo ménos de quedar asombrado.

Juan estaba risueño, sus ojos brillaban con los destellos luminosos de la dicha i su intensa palidez habia desaparecido.

*
* *

Cuando éste i su amigo estuvieron de regreso en la calle de la Moneda, Gonzalez preguntóle a su compañero:

—Díme, Luis, ¿crees que Hortensia haya desairado a Chardel por mí?

—La respuesta no es mui sencilla.

—¿Luego tú tambien dudas?

—Yo habia reflexionado sobre el particular....A pesar de mi perspicacia te confieso que he quedado tan perplejo como ántes.

—Con todo, tú puedes ayudarme mucho para descubrir la verdad, ya que presencias amenudo todo cuanto ocurre en casa de mi tio.

—Dame unos dias de plazo i te participaré lealmente mis observaciones.

—Quedo confiado en tu amistad.

Desde esa noche marchó rápidamente la convalecencia del enfermo, si bien éste se abstuvo de salir a la calle durante algunos dias.

*
* *

Una mañana llegó Montero a su casa mas alegre que de costumbre.

—Sabes una novedad? preguntóle a su huésped.

—Cómo he de saberla si no se halla consignada en *La Nacion,* único diario que yo leo.

—Te anticiparé que no es novedad política.

—¿Es asunto particular?

—Exactamente, i que te interesa de cerca.

—¿Cómo es eso?

—Mañana debe celebrarse el matrimonio del señor... Adivina.

—Ramon Barros Luco?

—Frio como el agua del rio.

—Las segundas nupcias de Isidoro Errázuriz?

—Siempre frio.

—El coquimbano Azócar?

—Caliente, caliente; que te quemas!

—El otro coquimbano..... Chardel?

—Acertaste.

—¿Con quién?

—Con la señorita.....

—Eso es mas fácil de adivinar.

—Haber?

—Con la señorita

—Eso es. Con la señorita Carlota Santibañez. El novio me ha dispensado la honra de invitarme a la boda, que tendrá efecto en la iglesia de los R. R. P. P. Franceses.

—¿I tú piensas concurrir?

—No haré tal.

—En ese caso, venga una vez mas esa mano.

I Gonzalez estrechó la de su amigo con efusion.

—Parece que el *calabaceado*—prosiguió Luis—hubiese obrado así por despecho.

—Quizá nó. Tengo entendido que la señorita Carlota Santibañez posee bienes de fortuna mas considerables que Hortensia, i en este sentido él ha calculado bien i realizado un negocio ventajoso.

—Por mi parte creo que no halagará ...so al serenense, quien es bastante rico ...ra dispensarse de tales cálculos. ...emas el pobre diablo parecia harto ...amorado de la que le desairara, motivo por el cual me inclino a pensar que el despecho le ha arrastrado a contraer tan precipitado enlace.

—Amigo mio— replicó Juan— hai hombres incapaces de sentir la fuerza dominadora de la pasion, séres que solo gozan con la satisfaccion pasajera del bien ambicionado o con la del orgullo. Yo creo que Chardel es uno de esos hombres. El matrimonio mismo que me anuncias confirma mi opinion. Ningun hombre verdaderamente enamorado olvida en pocos dias a la mujer amada i se casa con otra.

—Acaso tengas razon — concluyó Montero.

***

Ocho dias despues los amigos entablaron el siguiente diálogo:

—La que tiene una significacion mas clara, es la observacion que hice anoche.

—Cuéntamelo todo, Luis. No omitas ningun detalle.

—Cuando salí despues de comer, me fuí a la Alameda donde me pareció que respiraria con mas desahogo.

Recordarás que hacia un calor sofocante.

El gran paseo estaba concurridísimo i los numerosos sofás se hallaban cubiertos de damas i caballeros.

A poco avanzar en busca de un asiento, reconocí a las familias de doña Trinidad i de don Gregorio, las cuales ocupaban uno de los mas estensos sofás cerca del tabladillo.

Estéban i Azócar eran los únicos jóvenes solteros que las acompañaban.

El primero me divisó desde léjos,

me llamó i me cedió su asiento entre Hortensia i Sofía.

Mas abajo de la primera de estas jóvenes se hallaba Azócar i en seguida de éste María Luisa.

Yo no tardé en tomar parte en la chistosa charla comenzada.

Observé, como otras veces, que Hortensia me trataba con esa cortesanía esquisita que la distingue i que acaso desplega de una manera particular para conmigo, porque no ignora que yo soi tu amigo mas íntimo.

Con todo, a pesar del predominio que ejerce sobre sí misma, a pesar de que posee el arte del disimulo con mayor perfeccion que cuanta mujer haya yo conocido, élla no podia prescindir del interes estraordinario que la despertaba lo que Azócar conversaba con María Luisa.

Hortensia estaba excitada, inquieta, desasosegada.

Yo la desconocia.

A veces desatendia bruscamente nuestra conversacion, llamaba la atencion de su vecino hácia los paseantes, hácia la música, hácia los carruajes etc. i le enviaba lánguidas miradas que se estrellaban contra la sonrisa insignificante del compañero de María Luisa.

Si alguna vez Azócar la hacia alguna atencion o correspondia distraidamente el fuego incesante de las pupilas de Hortensia, ésta se ponia encendida i enmudecia de emocion.

Aquel fuego, que yo estudiaba con interes creciente, duró mas o ménos una hora.

Alguien propuso echar a andar, idea que fué unánimemente aceptada i que nos hizo abandonar nuestros asientos para recorrer el paseo hácia el oriente.

Al llegar al óvalo de O'Higgins, formóse un grupo considerable con todas las personas que componíamos ámbas familias.

Don Gregorio, doña Marta i sus hijos pretendian apartarse para ir al comercio, i las Ramirez se oponian porque deseaban seguir con los primeros en el paseo.

Miéntras se hallaban en esa discusion, Azócar dijo que tenia necesidad de ir a su hotel i se despidió.

Nos hallábamos reunidos cerca de la acequia i de la vía del ferrocarril urbano.

Azócar vió acercarse un carro que iba de subida, saltó la acequia, se tomó apénas del pasamano del tranvía i quiso poner el pié en la pisadera; mas no pudo conseguirlo en el primer momento. Hizo entónces un nuevo esfuerzo tan infructuoso como el primero, hasta que, sin poderlo evitar, cayó violentamente al suelo.

Su cuerpo quedó tendido sobre los rieles.

El accidente habia sido tan imprevisto i tan rápido, que solo lo notamos unos cuantos del grupo.

De pronto sentí a mi lado un grito de angustia, una mano que se desprendia de mi brazo i ví a una mujer que, rápida como el rayo, salvaba la acequia, corria al lugar del suceso i ayudaba a levantarse al caido.

Este se enderezó sonriendo, dió las gracias a Hortensia, cual era la compasiva dama, i tomó un nuevo tranvía, con mas fortuna que el anterior.

Cuando se reunió al grupo, Hortensia tenia los lábios blancos i el cuerpo tembloroso.

———— ———— ————

—¿I María Luisa?

—O no advirtió el lance o no la causó el mismo efecto que a su prima.

—De regreso en la casa encontramos a Azócar acompañado de un artista, que es primo de Chardel, que toca primorosamente el violin i canta con hermosa voz de barítono.

Tú le conoces. Se llama Celestino Pereira.

Ví repetirse allí el mismo juego de la Alameda. Solo que Hortensia parecia ahora vivamente contrariada i a ratos hasta triste porque Azócar, por atender a María Luisa, no hacia caso de élla.

Pereira cantó un nocturno con arte i sentimiento.

Al terminar recibió muchos aplausos de los concurrentes, ménos de Hortensia, quien permaneció silenciosa.

Yo la observé i ví que se levantaba i se dirijia al interior de la casa. Mas, su movimiento no fué tan rápido que yo no alcanzase a notar que iba llorando.

—Mui revelador es todo eso—dijo Juan desalentado.

—Mi querido amigo—prosiguió Montero.—Créeme, esa mujer te será fatal. Ya que no puedes olvidarla, aléjate de élla; evitarás así mayores males i sufrirás ménos.

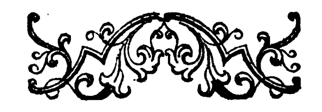
—¿Te figuras que no lo he hecho ya, que no lo hago desde la noche de San Juan?

—Sin embargo.....

—Hai dias que no puedo vencerme, es cierto, dias en que la pasion me domina, en que el corazon me ordena imperiosamente ir en busca de consuelo.

—Sí, consuelo que con frecuencia se trueca en amargura.

—Tal es, Luis, la adversidad de mi destino.



IX

EN LA GRANJA

A poco mas de dos leguas de Santiago, al oriente de esta ciudad, habia una preciosa quinta de propiedad de don Gregorio Casablanca.

Se llamaba la Granja i tenia estensas i cómodas casas, jardines, baños de natacion, viñas, alamedas i cuanto contribuye a hacer agradable la vida en la temporada de verano.

Daban vista a la fachada del edificio algunos prados a la inglesa circundados de rejas de fierro.

Al interior habia verdaderos bosques de limas, naranjos, limoneros i otros árboles frutales i raros, de permanente follaje.

Esos bosques daban a los anchos corredores de la casa i estaban cortados en cuatro porciones iguales o cuarteles por un emparrado magnífico en forma de cruz.

Adornaban aquí i allá este verjel, estátuas, fuentes, grutas sombrías, puentes rústicos etc.

Nada mas delicioso que aquellos emparrados cuya tupida techumbre apénas dejaba penetrar los ardientes rayos del sol del estío.

*
* *

A mediados de Febrero, despues de dejar instalada a doña Trinidad en una cómoda casa de la calle de la Catedral, don Gregorio fué a pasar las vacaciones a la Granja con su familia i la de las Ramirez.

El excelente caballero invitó tambien a su quinta a su sobrino Juan i a Montero, el inseparable amigo de éste.

Estos últimos habian sostenido larga discusion ántes de resolver la grave cuestion de si deberia ir o nó Gonzalez a la Granja donde se hallaba aquella Hortensia tan temida i a la vez tan adorada.

Prevaleció al fin la voluntad de Juan, quien alegó con mui buenas razones que seria una descortesía no hacer honor a la invitacion. Prometió, ademas, conducirse con prudencia i tratar a la jóven cual si fuese para él una señorita estraña.

Por consecuencia entrambos amigos llegaron a la Granja algunos dias despues que la familia de Casablanca.

*
* *

—Verdaderamente que esos hombres están imprimiendo a la guerra un carácter estraño—decia Luis a Gonzalez una tarde que ámbos se paseaban bajo el emparrado.

—No combaten como guerreros de pais civilizado sino como salvajes.

—Oh, aquello ha sido atroz! Para apoderarse de la rica provincia de Tarapacá, no han dejado crímenes ni alevosías por cometer. Han bombardeado la ciudad de Iquique, incendiado numerosas manzanas i sacrificado bárbaramente a ancianos, mujeres i niños.

—I pensar que los herederos de la gloria de Arturo Prat descenderian al

infame rol de piratas i cometerian sus depredaciones en las aguas mismas en que aquél asombrara al mundo con su sacrificio sublime! I pensar que no encontraria imitadores aquel grande ejemplo de virtud i patriotismo! I pensar todavía que brotarian traidores de esa marina que el héroe inmortalizó i cubrió de inmarcesible gloria!

—No es eso solo, Juan. Sábese que en lo mas crudo de la batalla de Pozo Almonte, cuando los rebeldes estaban casi perdidos, una parte de sus tropas enarboló bandera de parlamento i levantó en alto la culata de sus fusiles significando así que se rendian o que querian hacer causa comun con los nuestros. Mas apénas se hubieron acercado a las filas de los defensores del órden, los cuales habian suspendido el fuego i se aprontaban a recibirlos como a hermanos, aquéllos practicaron un rápido movimiento agresivo i lanzaron a los incautos sucesivas descargas cerradas que diezmaron nuestras tropas i fueron como el preámbulo de la derrota.

—Ah! I qué decir de los vencedores de esa misma batalla, de los asesinos de los bravos coroneles Robles, Mendez i Ruminot, de los que violaron el sagrado asilo de la Cruz Roja donde esos jefes se hallaban heridos, de los que los arrancaron violentamente de sus camillas, los acribillaron a bayonetazos, los mutilaron horriblemente i redujeron sus restos a masas informes que despues escondieron avergonzados! I qué decir de los que le sacaron los ojos al desdichado Ruminot!

—Oh! Todas esas crueldades inútiles, todos esos actos horripilantes deshonran el nombre de chileno, son un reto audaz contra la civilizacion, contra la hidalguía, contra la humanidad.

—Que el cielo libre a los pueblos centrales de Chile de semejante azote, si por desgracia llegan a triunfar esas fieras humanas hambrientas de carne i de sangre!... Pero lo mas doloroso que hai en todo esto, mi querido Luis, es que la guerra civil va a hacerse interminable con los nuevos e importantes recursos que los rebeldes han adquirido con la posesion de aquella zona, rica en salitre i en hombres esforzados, hoi sin trabajo, que no reconocen mas lei ni Dios que el pillaje, como lo han demostrado ya mas de una vez.

—Yo por mi parte no me preocupo mucho de eso, tanto porque tengo el convencimiento de que Balmaceda sabrá proporcionarse dentro de poco una escuadra que hostilizará a la alzada, cuánto porque en todo caso ellos tendrán que venir aquí a librar batalla; i yo no dudo que en nuestros campos serán bien recibidos por las huestes disciplinadas que obedecen al gobierno constitucional de la República.

—Creo haberte dicho otra vez que, desde que comenzó el azote devastador de la guerra, tengo un presentimiento adverso que me hace ver por todas partes interminables desastres.

—Ten mas confianza en la lealtad de nuestro ejército i en la enerjía i talento previsor de nuestro querido Presidente.

—No puedo remediarlo, Luis. Ademas, este último golpe, tremendo, casi inevitable, dado el poder formidable de la escuadra rebelde i las dificultades de movilizacion de nuestras peque-

ñas divisiones, parece ser precursor de nuevas catástrofes que ojalá no cubran de luto i de sangre el suelo de Chile.

—Sobre todo, si ha de hacerse uso de represalias con el mismo furor i encarnizamiento empleado por nuestros enemigos en Pozo Almonte.

—Oh! Maldita, mil veces maldita revolucion que ha desmoralizado a las masas, pervertido las conciencias, profanado el santo ministerio del sacerdocio, arruinado nuestro comercio, deprimido nuestro crédito i deshonrado a la Nacion!

—I esas fieras humanas tienen la insolencia de decir que combaten por derrocar al tirano i por restablecer el imperio de la Constitucion que ellas mismas han pisoteado i escarnecido!

—I eso que les consta, como a todo el pais, que el famoso tirano es el hombre mas jeneroso, el mas amante de su patria, el mas digno, el mas magnánimo.

—I el mas grande e ilustre de los Presidentes de Chile.

—A propósito, díme, Luis, tú que fuiste ayer a la ciudad ¿qué dice Balmaceda de nuestra derrota? ¿Cómo se manifiesta su ánimo en tan grave emerjencia?

—Te confieso, amigo mio, que me quedé confuso al ver su sangre fria inalterable, sus modales siempre finos i obsequiosos i su sonrisa placentera. Balmaceda es, sin disputa, un hombre superior. Su sola presencia infunde cariñoso respeto, reanima los espíritus apocados, arraiga las convicciones e infunde valor a los pusilánimes. El aprecia el desastre de Pozo Almonte i la pérdida de la provincia de Tarapacá como uno de esos reveses comunes en la suerte de las armas. Tiene plena confianza en el ejército i en los marinos leales i no duda del triunfo de nuestra justa causa.

—Verdaderamente que no se concibe cómo un hombre tan bondadoso, tan cumplido, haya podido acarrearse la terrible enemistad de los mismos a quienes colmara de honores i beneficios.

—Ello es, con todo, mui fácil de esplicarse: la ambicion, la ambicion bastarda que todo lo mancha, que todo lo corrompe....

Pero hablemos, Juan, de tus asuntos. ¿Cómo te fué ayer durante mi ausencia?

—Como todos los dias. Ya has visto que mi conducta se parece mucho a la de un estraño.

—La he observado i la apruebo.

—Apénas cruzo una que otra frase insustancial con Hortensia, i eso cuando los deberes de sociedad lo exijen imperiosamente. Ella por su parte se conduce con su habitual reserva, si bien mas apática; mas melancólica que nunca. Algunas veces he llegado a preguntarme si esa tristeza seria ocasionada por la indeferencia de Azócar o por mi retraimiento para con élla.

—No quisiera yo contrariar tus deseos, pero te diré francamente que ese oculto pesar lo causa el afortunado coquimbano.

—Tal creo yo tambien. Sin embargo, ayer tarde estuvo aquí de visita Joaquin Santa Cruz, jóven interesante i soltero, vecino de estos campos, quien dedicó a Hortensia sus atenciones, i ésta se manifestó mas animada. Yo pude observar su conducta mui poco

rato, porque me interné despues de la comida en el bosque de los naranjos i no volví a reunirme con la familia sino en la hora del té, cuando ya se habia despedido Santa Cruz.

—Segun eso observaste lo de siempre: élla, risueña para otros, para tí melancólica. Veo que no has avanzado gran cosa.

—Así es la verdad—dijo Gonzalez comprimiendo un suspiro.

—Mira, Juan: voi a proporcionarte ahora mismo una buena oportunidad para que te espliques con tu adorado tormento. Todo parece preparado al efecto. Las señoras están indispuestas i no saldrán de la casa, don Gregorio tiene que ir a la ciudad, Estéban acompañará a Sofía, tú a Hortensia i yo a María Luisa. ¿Qué te parece un paseo en tales condiciones, a la luz de la luna, por los prados ingleses o bajo la tupida bóveda del emparrado?

—Oh! acepto reconocido tu proposicion, mi querido amigo!

Todo se realizó despues de la comida como lo habia dispuesto Montero.

***

Era una noche plácida i serena.

La luna, en su periodo de oposicion, derramaba sus arjentinos rayos sobre el edificio, sobre los jardines, bosques i emparrados, comunicándoles cierto aspecto fantástico que predisponia el ánimo a la melancolía.

Reinaba en el lugar ese silencio apacible de la naturaleza, desconocido en el ajitado flujo i reflujo de las grandes poblaciones, silencio que convida a la meditacion, que despierta ideas relijiosas en la mente i en el alma un sentimiento profundo de admiracion por el Creador; ese silencio, digo, era apénas interrumpido a intervalos por el mujir lejano de una vaca o por el canto triste i monótono del grillo, agazapado en la mullida alfombra de los prados.

Nada podia darse mas poético i encantador que aquellos bosques, sombríos, que aquellas estátuas i jardines iluminados por los pálidos reflejos del astro de la noche.

La imajinacion exaltada del enamorado Juan, daba nuevas formas a los objetos que le rodeaban i parecíale que jamas habia contemplado espectáculo semejante.

Si él fuera poeta, habríase inspirado, seguramente, i habria dado forma armoniosa a las sublimes concepciones que bullian en su cerebro.

Era que llevaba a su lado a la mujer querida; era que esta con su suavidad i belleza todo lo hermoseaba, todo lo divinizaba; era que Gonzalez iba mas amartelado, mas rendido que nunca.

Estéban marchaba delante con Sofía, en seguida Montero con María Luisa i eran los últimos Hortensia i Juan.

A fuer de buen amigo, Luis tenia especial cuidado de dejar considerable distancia entre él i Gonzalez.

***

Miéntras álguien pudo oirle, éste habló de esas jeneralidades de que se echa mano delante de los estraños; mas apénas lo permitieron las circunstancias, cambió de tema i la dijo a su compañera:

—Tengo que manifestarte de nuevo

mi gratitud i mi admiracion por tu noble conducta al rechazar la proposicion de Chardel.

—Ella fué hija de un movimiento espontáneo de mi corazon i no veo por qué tengas tú que agradecerla.

—Yo he creido siempre que esas determinaciones voluntarias son dignas de aplauso, ya que ellas prueban que el corazon que las dicta no está aun contaminado con los viles intereses del egoismo.

—¿I quién te ha dicho que egoismo no hubiera en aquel acto?

—El hecho mismo de rechazar una proposicion ventajosa.

—No niego que en todo aquello hubo rechazo de ventajas materiales.

—¿Habia entónces, ventajas de otro linaje?

—Puede ser.

—Esplícate mas claro, por favor.

— No es posible.

—Veo que vas a encerrarte de nuevo en tu silencio.

—No tal; voi a ser espansiva en esta vez.

—Oh! Si así fuese, yo te doraria esos lindos lábios!

—Con lo cual habrias conseguido apagar mi elocuencia.

—No divaguemos, amiga mia. Piensa que todo esto es para mí mui grave.

—¿Esto no mas? ¿Pero qué cosa no es grave para tí?

—Hé ahí mi desdicha; porque mui bien sabes que todo lo que se relaciona contigo es para mí de la mayor importancia .. Pero habla, habla Hortensia querida.

—Allá voi. ¿Quién te dice que no hubo egoismo en mi conducta, dado que yo creyese, por ejemplo, que la verdadera felicidad de la mujer consiste en permanecer soltera?

—Eso no es posible.

—Para el vulgo que nos juzga a todas iguales i que nos aplica una misma estrecha medida.

—¿Hai, segun eso, mujeres que fundan su dicha en permanecer en el celibato perpétuo?

—No tanto como eso, ya que para aquéllas hai monasterios donde pueden realizar sus aspiraciones i consagrar votos solemnes para dedicarse al servicio de Dios.

—Bien; eliminemos entónces la palabra *perpétuo*.

—Hé aquí que ahora podremos comprendernos. Supon en seguida que haya mujeres que desean conservar transitoriamente su soltería.

—Me parece que voi entendiendo....

—Gracias a Dios!

—¿Es decir que tú deseabas permanecer soltera por cierto tiempo?

—Ni mas ni ménos.

—¿Con qué objeto?

—Me permito darte un consejo: no apures nunca la materia en punto tan delicado con la mujer que quiere guardar reserva.

—¿Te empeñas, pues, en mantenerte como siempre impenetrable?

—Me harás la gracia en convenir conmigo en que he sido hoi mas comunicativa que otras veces.

—No lo niego.

—Siendo así, no exijas mas de una pobre mujer que ha hecho ya cuanto era posible por tí.

—Comprendo mui bien que yo no merezco la dicha de poseer tu confianza.

—¿I te quejas todavía?

—Con sobrada razon.

—Hace poco hablábamos del egoismo de la mujer, i tú no adviertes que el de los hombres supera de los demas séres creados.

—Eres ingrata, Hortensia.

—Sí. Tan solo tú estás siempre en lo justo i racional.

—Pero, Hortensia!—esclamó Gonzalez estrechando el brazo de la jóven—Yo he sido siempre franco, injénuo; abierto para contigo. ¿Por qué no me correspondes del mismo modo?

—I qué otra cosa he hecho toda la noche?

—Donosa franqueza que se reserva el secreto que yo comprara al precio de mi vida!

Hubo tanta ternura i tanto dolor verdadero en el acento de Gonzalez al pronunciar las últimas frases, que la jóven le dirijió involuntariamente una mirada de compasion.

—Amigo—prosiguió ésta—no hablemos, te lo ruego, de esas cosas. Yo soi naturalmente inclinada a la melancolía, i tus quejas i tu voz conmovida tienen un no sé qué de estraño que me entristece casi a pesar mio.

—Nó, Hortensia: no son mi voz ni mis quejas las que afectan tu ánimo. Yo conozco el secreto de tus pesares.

—Cómo?

—Sí, i sé que no soi yo la causa.

—¿Quién es, pues?

—Un hombre afortunado cuya suerte envidio de veras.

—Cuidado, Juan, que me estás dan[do] tema para dudar de tu perspicacia.

—Es que, por desgracia, tan solo se [ne]cesita tener buenos ojos para juzgar de los sucesos i de los sentimientos de las personas.

—Muchas veces las apariencias engañan.

—Pluguiera al cielo que yo estuviese equivocado!

—En su inquieto afan, los hombres desconfiados ven rivales dichosos por todas partes.

—I aun cuando fuese yo uno de esos hombres ¿qué probarian mis celos?

—Que tu buen juicio se estravia con frecuencia.

—Nó; eso probaria simplemente que te amo de veras.

—Quién sabe!

—¿Lo dudas?

—Son tan inconstantes los hombres.

—Hortensia! — Esclamó Juan con acento conmovido.

—¿Es posible que no hayas comprendido aun la intensidad de mi afecto? ¿Es posible que no lo hayas leido cien veces en mis ojos? Ah! Eres cruel, eres injusta con el hombre desventurado que aguarda ansioso una palabra de tus lábios, una mirada de tus ojos, un suspiro de tu pecho!

La jóven exhaló un débil jemido, llevóse el pañuelo a los ojos, pero nada contestó.

—Amiga mia! —prosiguió Gonzalez—Ahora que estás conmovida, ahora que yo percibo los latidos de tu corazon, da libre espansion a tus sentimientos i díme con franqueza si me amas como yo deseo ser amado, con el mismo grado de cariño que yo siento por tí, cariño no compartido con ningun otro sér humano!... Habla por favor!... Sea esta la noche mas hermosa de mi vida!

Hortensia dejó rodar por sus mejillas una lágrima i permaneció siempre muda.

—Abreme tu pecho — continuó el enamorado—no me ocultes nada... Desecha temores pueriles... Si me quieres, te juro que no seré exijente, que seré reservado como una tumba, que nadie sospechará nuestra dulce amistad!

—Ah!—prosiguió el jóven despues de una pausa al observar el silencio de su amada.—Adivino tu tristeza i la causa de tu llanto... Tú piensas, con sobrada razon, que si aquel hombre afortunado te amase como yo, serias tan dichosa cuanto es dable serlo en la tierra.

—Recuerda—dijo Hortensia con voz suave—que hubo un tiempo en que me creistes enamorada de Chardel i que mas tarde te convencistes de que estabas engañado.

—¿Luego estoi tambien equivocado respecto de Azócar?

—Es mui posible.

—Si no amas, pues, a ese hombre ¿cuál es el preferido de tu corazon?

—He dicho que es posible, i ya comprenderás que esto no es negar ni afirmar nada.

—Pero qué resuelves, Hortensia, por Dios!

—Nada.

—No es culpa mia. Hartas veces te he rogado que no toques esos asuntos.

—Oh!—murmuró Gonzalez, presa de hondo disgusto.—Veo que es imposible arrancarla una confesion o conmover su corazon empedernido!

***

La hermosura de la noche, lo encantador del sitio que recorria, la misteriosa poesía de aquellos bosques, todo, todo se habia transformado, todo lo miraba ahora Juan bajo el prisma descolorido del dolor.

Hortensia misma no era ya la vírjen suave i pura que él imajinara en sus fantásticos ensueños. Habíase convertido en una mujer egoista, reservada, que solo atendia a sus propios intereses i despreciaba los del hombre que tanto i tan cruelmente habia sufrido por su amor.

Por acuerdo tácito de entrambos paseantes, dióse por agotado el tema de la conversacion.

Juan no volvió a desplegar los lábios.

Hortensia por su parte, con la mirada vaga e incierta, parecia contemplar el disco plateado de la luna que se veia a trechos por entre el ramaje del emparrado.

Al cabo de algunos minutos fueron llamados a la mesa del té donde se reunieron a la familia.

Durante el tiempo que se prolongó la tertulia, Gonzalez permaneció distante de Hortensia sin tomar parte en la conversacion jeneral.

Tan profundo era el sentimiento que la dominaba, que se sentia sin fuerzas para disimularlo.

Su alma apasionada tenia facultades estraordinarias para gozar i sufrir. Ansiosa de afectos, sintiendo aspiraciones nobles i elevadas, deseaba vivamente encontrar otra alma en que depositar el rico tesoro que ocultaba dentro del pecho.

Hortensia reunia en sí misma toda la belleza, toda la perfeccion, todas las

virtudes de que él creia dotada la mujer, i élla, amante, compasiva, comprenderia su cariño i sabria comprender sus sentimientos. Mas hé ahí que esa vírjen con rostro de ánjel era tan solo una mujer vulgar que se hacia sorda a sus súplicas, a sus jemidos de dolor.

Oh desventura! I él la amaba mas i mas! I él diera su fortuna, su porvenir, su vida, su alma por poderla adorar dia a dia, hora a hora, instante a instante!

*
* *

Soi un sér despreciable—se decia a veces—yo no tengo fuerzas para olvidar esa mujer! Soi un torpe, yo que pretendo ser correspondido por una jóven digna de una suerte brillante! Soi un insensato, yo que no busco en los placeres fáciles el olvido de mis grandes pesares!..... Ah! Soi casado i no tengo mujer! Soi padre i puede decirse que no tengo hijos! Soi amante apasionado i mi amada me desprecia! Estoi empeñado en una lucha política tremenda i no veo la dorada perspectiva de la victoria, sino solo desventuras sin fin, catástrofes espantosas que arruinarán a mi patria!.....

Cuando los amigos se reunieron mas tarde en su alojamiento, Montero preguntó a Juan:

—¿Aprovechaste bien la ocasion?

—Sí, mi querido Luis.

—¿Te esplicaste a tus anchas con élla?

—Tanto cuanto es posible, dado el carácter reservado de la jóven.

—Con todo, supongo que ahora verás mas claro en el fondo de su corazon.

—Imposible, amigo mio.

—¿Sobre qué rodó entónces la conversacion?

—Sobre lo mismo que tú supones.

—En ese caso no me esplico.....

—Ni es fácil. Nunca queda uno satisfecho con ella. Hortensia es un abismo que acaso nadie hasta ahora se ha atrevido a sondear.

—Así, pues, ¿nada se ha avanzado aun?

—Ni creo que se avanzaria en un siglo.

—Escúchame con atencion, mi querido Juan. Todo eso que me cuentas no es regular. Yo por mi parte miro con recelo a esas mujeres misteriosas que un dia son espansivas i otro reservadas.

—Ello consiste casi siempre en el carácter, i yo creo que el de Hortensia es verdaderamente singular.

—Pues precisamente por eso me parece peligrosa la conducta de esa jóven.

—¿Pero cómo puedes concebir?...

—Sí, eso es. Vas ahora a defenderla i serias capaz de romper lanzas por la que martiriza tu corazon.

—Que quieres, mi buen amigo: yo no puedo remediarlo.

—Mira, Juan; una mujer de talento, una mujer buena, leal, piadosa, la que tiene una concepcion clara de sus deberes se compadece un dia u otro de los tormentos del hombre que la ama, le confiesa injénuamente su cariño o le desengaña para que no aliente falaces esperanzas.

—Acaso tengas razon—contestó Gonzalez pensativo.

—Esa es la conducta que observa toda niña medianamente educada que posee un corazon sensible i honrado. Pero no es buena, ni leal, ni intelijente la que deliberadamente mantiene i aun atiza en pecho ajeno el fuego devorador de una pasion comprimida siempre, siempre burlada o contrariada.

—Hortensia no ha reflexionado, seguramente, en el mal que me hace.

—Te engañas; lo ha meditado i calculado todo mui bien. Ella obra como las mujeres coquetas i vulgares que se esfuerzan por mantener en torno muchos adoradores con el propósito de reemplazar con unos la pérdida de los otros.

—Convendrás conmigo en que no procedió así con Chardel.

—Obligada forzosamente a decidirse, a éste le rechazó por otro que en su concepto valia mas.

—Créeme, Juan, desconfia de esa jóven de dulce mirada que no tiene ningun escrúpulo en prolongar tu martirio. Otra vez te he rogado ya que trates de olvidarla i de apartarte de élla; ahora te reitero mi súplica.

—Imposible, Luis! Conozco que mi destino está ligado al suyo con cadenas indestructibles,i yo mismo me siento sin fuerzas para intentar un rompimiento eterno. Hortensia tiene para mí un encanto, un poder de atraccion tal, que me domina, que me arrastra tras sus huellas, que fascina mi sentidos i esclaviza mi voluntad.



X

LAS PERIPECIAS DE LA GUERRA

Habian corrido los meses i llegado los últimos dias de abril, fecundos en acontecimientos estraordinarios.

Sábese ya que los revolucionarios se habian apoderado de la provincia de Tarapacá, i me falta agregar que tambien habian tomado posesion de la de Atacama i del territorio de Arica, empresas fáciles por cuanto sus puertos principales se hallaban desguarnecidos i solo podian presentarles débil resistencia.

No era esto solo.

Con el dominio de aquellas poblaciones, que viven esclusivamente de la industria minera i de la elaboracion del salitre, i con las pingües entradas de sus aduanas, érales fácil reclutar ejércitos i proveerse de pertrechos que el Gobierno de Balmaceda, sin buques, no podia impedir.

Con todo, éste habia conseguido formar una pequeña division naval compuesta del trasporte *Imperial*, i de los torpederos *Lynch* i *Condell*.

Estas débiles fuerzas, mandadas por marinos valerosos e intelijentes, hostilizarian mas tarde al enemigo, introducirian la alarma en la escuadra rebelde i conducirian tropas i pertrechos a la provincia de Coquimbo, donde se reunió al fin una division de 10,000 hom-s.

l Presidente Balmaceda, que desgara un talento i prevision sorpren-tes, siguió engrosando su ejército i vando por todos los medios posibles el armamento de los cruceros *Presidente Pinto* i *Presidente Errázuriz*, naves de guerra destinadas a impedir los movimientos de los insurjentes i a modificar en favor del Gobierno constituido las probabilidades del éxito.

Desgraciadamente los insidiosos manejos de los ajentes revolucionarios en Europa impidieron la realizacion de aquel proyecto, i los nombrados cruceros solo surcaron las aguas chilenas cuando la contienda habia tenido ya su sangriento i fatal desenlace.

* * *

A pesar de tan múltiples atenciones, el digno majistrado no habia descuidado un momento los intereses que se relacionaban con su situacion política verdaderamente excepcional.

Consagrado esclusivamente a mantener el órden público i a debelar la revuelta armada, para lo cual estaba suficientemente autorizado por la Constitucion i por las prescripciones mas elementales del principio de autoridad, él quiso apelar al veredicto del pueblo i hacerle juez de su conducta como mandatario.

Como las funciones del Congreso alzado espiraban en marzo, i como no habia ya posibilidad de celebrar sesion por haberse rebelado la mayoría contra las autoridades constituidas, el Presidente Balmaceda decretó elecciones jenerales para senadores, diputados i municipales.

El nuevo Congreso tendria el carácter de Constituyente i reformaria nuestra Carta Fundamental en todo aquello que tendiese al progreso i engrandecimiento de Chile, especialmente en lo relativo a impedir falsas interpretaciones de nuestro Código i a hacer imposible los conflictos de los poderes públicos i los movimientos sediciosos.

Las elecciones se hicieron en todos los departamentos, ménos en los pocos ocupados por los rebeldes, i la inauguracion del Congreso se efectuó con la solemnidad acostumbrada el veinte de abril.

El Presidente Balmaceda pronunció el discurso de inauguracion ante una numerosísima i distinguida asamblea que llenaba el gran salon de honor i que le escuchó respetuosa i conmovida.

Era el último acto público i solemne a que concurriria el ilustre majistrado, el último qne le permitiria su adverso destino.

***

—Todavía estoi impresionado, querido Luis—decia Gonzalez a su amigo la noche del 20 de Abril, de regreso del palacio de la Moneda.—No sé qué de solemne i triste encontré en la frente de Balmaceda en la ceremonia de hoi.

—Lo mismo yo. Sin saber por qué, nunca habia encontrado un sello de melancolía semejante en sus nobles facciones. Cierto es que sus constantes afanes i dolorosos insomnios han enflaquecido su semblante i emblanquecido los cabellos de su frente i sienes; cierto es tambien que estos signos palpables de sus sufrimientos los hemos venido observando desde largos meses, pero, ya fuese la solemnidad imponente de la ceremonia, ya la gravedad de las circunstancias, ya la inmensa responsabilidad que gravita sobre sus hombros, yo tambien me sentí fuertemente impresionado.

—Su continente digno, su acento lijeramente alterado, su mirada firme, si bien impregnada de profunda melancolía, daban a su palabra un interes estraordinario, interes que se revelaba en la actitud respetuosa del auditorio.

—Pero nunca su voz tuvo vibraciones mas conmovedoras que cuando llegó al último período de su discurso.

—Exacto. Por mi parte yo no pude reprimir las lágrimas cuando ví que ellas asomaban tambien a sus ojos, sobre todo cuando pronunció aquellas frases impregnadas de amargura en que aludió a la ingratitud de los hombres.

—I no fueron ménos conmovedoras las que profirió al terminar, semejantes a estas: «Pronto descenderé las gradas del poder i me retiraré a la vida privada con la conciencia tranquila i sin ódios ni rencores en el corazon.

—En cuanto a mí, creia estar oyendo aquellas sublimes palabras del divino Salvador: *Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen*!

—Con efecto, nuestro magnánimo Presidente tiene algo de santo, algo de admirable por la bondad injénita de su alma. Sus enemigos han agotado el vocabulario de los insultos mas soeces contra su persona i su digna familia, a él jamas se le ha oido una sola espr sion denigrante contra sus detractor ni contra los que están consumando ruina de este desgraciado pais.

—Como débil compensacion por tantos i tan acerbos dolores, Balmaceda obtuvo hoi una nueva ovacion en el seno de la Representacion Nacional. Recordarás que los aplausos fueron unánimes i estruendosos i que todo el mundo estuvo profundamente conmovido.

—Otra cosa me llamó tambien la atencion.

Habíase corrido con insistencia que no concurririan al acto los miembros del cuerpo diplomático estranjero, i yo tenia curiosidad de presenciar un espectáculo que me habria parecido incompleto sin el concurso de aquellos respetables señores. Mas no fué poca mi sorpresa cuando al entrar en el gran salon ví relucir los brillantes uniformes de los representantes de todas las naciones que se hallan en relacion con Chile.

—Todo eso consiste, no solo en la justicia incuestionable de nuestra causa, sino tambien en que tanto nacionales como estranjeros sienten el poderoso ascendiente que sobre todos ejerce nuestro Presidente. Su talento claro i despejado, su grande ilustracion, sus maneras afables i distinguidas se imponen casi involuntariamente a todos cuantos son admitidos en sus salones.

—Agrega tambien su corazon grande i jeneroso.

A tí te consta, Luis, que ha perdonado a muchos i a otros les ha dado facilidades para que vayan a hacerle en el norte una guerra franca i abierta en vez de hacérsela aquí sorda i solapada.

—Sin ir mui léjos, nosotros, mejor dicho tú, Juan, puedes certificar lo poco que te ha costado salvar a tu tio Gregorio de una larga prision.

—I eso que es mui sabida la participacion de mi pariente en el movimiento revolucionario.

—Hai que confesar tambien que tú estuviste harto injenioso para ocultar a don Gregorio i que nadie habrá podido sospechar que le tenemos en nuestra casa.

—Te engañas, Luis. Por ciertas frases cambiadas hace dias con el intendente puedo asegurarte que se le ha seguido bien la pista al revolucionario i que allá arriba no se ignora el paradero de mi buen tio.

Mas díme ¿mui grande fué la alarma que el suceso produjo en la familia? Ya sabes que he cumplido fielmente mi propósito de alejarme de Hortensia i, por consiguiente, de entrambas familias.

—Grande, estraordinaria. Doña Marta, María Luisa i Estéban, en medio de su exaltacion, aseguraban que si don Gregorio hubiera caido en manos del tirano, éste le habria mandado ahorcar ántes de 24 horas. Por lo mismo se deshacian en elojios en favor tuyo i por eso tambien han venido aquí a darte los agradecimientos.

—Los cuales me ha trasmitido mi tio, porque yo no he tenido la suerte de encontrarme en casa cuando mi tia Marta ha venido con doña Trinidad i las niñas.

—Debes alegrarte de eso, Juan, ya que Hortensia sigue siendo peligrosa para tí a pesar de su melancolía, i quizá por causa de ella misma.

—¿Segun eso toma cada dia mayores

proporciones el camote de Azócar i María Luisa?

—Exacto. I tanto que he llegado a sospechar que Hortensia recibirá calabazas en no lejano tiempo.

—Cómo así?

—He notado ciertas intimidades entre los enamorados palomos i ciertos descuidos de parte de doña Trinidad.

—Descuidos? Vamos; en qué forma?

—La excelente doña Marta suele dejarles solos largos ratos i les permite esos arrullos inocentes mui apetecidos i que tanto saben agradecer los que comienzan a disfrutar las delicias del amor bajo la proteccion de las leyes sociales.

—Todo eso huele a boda a la legua —dijo Gonzalez con satisfaccion porque calculaba que iba a quedar fuera de combate el único rival que podia disputarle el corazon de Hortensia.

***

Algunos dias despues la poblacion de Santiago era presa de vivísima emocion.

Habíase recibido comunicacion telegráfica en que se anunciaba el hundimiento del acorazado *Blanco Encalada* en las aguas de Caldera. Añadíase que la catástrofe la habian causado los torpederos *Lynch* i *Condell*, las cuales habian logrado acercarse al blindado en la noche del 23 i lanzádole algunos proyectiles esplosivos.

Los amigos i partidarios de los rebeldes negaban el hecho o le daban distinta forma. Aseguraban que los marinos leales, intentando destruir la nave capitana de los rebeldes, habian hundido otra de la marina de guerra inglesa, suceso gravísimo que habia comprometido al tirano en un conflicto internacional que le acarrearia su pronta ruina.

Las versiones contradictorias i los comentarios eran mui numerosos i variados.

Cada cual negaba o afirmaba el hecho segun la simpatía o el interes que le inspiraba una u otra causa.

Para conocer la verdad e ilustrar al lector, le haremos oir la conversacion que nuestros personajes tuvieron esa misma noche en su casa, calle de la Moneda.

***

—Mui sensible es pero necesaria la gran pérdida nacional esperimentada en las aguas de Caldera.

—Cierto. El *Blanco Encalada* era una reliquia de la gloriosa guerra del Pacífico; pero su gran poder era fatal en manos de esos hombres, por lo cual debemos sentir ménos su pérdida.

—¿I estará irremisiblemente perdido?

—Completamente. Despues del estallido del torpedo solo permaneció unos cuantos minutos sobre la superficie de las aguas.

—Parece que ha habido descuido por parte de los que comandaban la nave. Córrese que el capitan Goñi, incapaz de soportar la deshonra, se ha suicidado.

—Tambien yo he oido el mismo rumor, pero no le he dado crédito. Esos marinos rebeldes, herederos de las glorias de Prat, Serrano, Uribe, Condell

demas héroes de Iquique, se han eclipsado, no son ya el orgullo de las armadas sud-americanas, no son los guardianes celosos de la integridad i de la honra de la Nacion, sino ambiciosos vulgares que están deshonrando las armas chilenas.

—Pienso del mismo modo, Juan, porque ellos saben mui bien que por el artículo 148 de la Constitucion «la fuerza armada es esencialmente obediente i que ningun cuerpo armado puede deliberar». Ahora bien, si se aceptan las teorías revolucionarias que ponen al Presidente fuera de la lei porque gobierna sin presupuestos i sin la que fija anualmente las fuerzas públicas, no puede admitirse que la mayoría parlamentaria está dentro de la Constitucion i de las leyes por el solo hecho de haber faltado a sus deberes i por rebelarse a mano armada contra la autoridad del Jefe del Estado. Ellos saben tambien que la autoridad del Presidente de la República se estiende a todo cuanto tiene por objeto la conservacion del órden público en el interior i la seguridad esterior de la República, (artículo 72) i que el primer majistrado puede ser acusado *solo* en el año inmediato despues de concluido su período de cinco años. (Art. 74.)

Supongamos que, por desgracia, hubiera sobrevenido una guerra internacional miéntras los rebeldes estaban adueñados de nuestras naves. ¿En qué condicion habrian puesto al Gobierno stituido? ¿Cómo habria podido éste servar la integridad del territorio eno? ¿No habríamos visto, impoten el despojo de nuestras riquezas a a de tan cruentos sacrificios alcanzadas? ¿No habria caido una responsabilidad tremenda sobre los que, desoyendo el grito implacable de la conciencia, faltando a sus sagrados deberes militares, tan solo habian escuchado los halagos de la pasion política o los de la bastarda ambicion?

Ademas, si los siete capitanes rebeldes creyeron de buena fé que el Congreso tenia la razon sobre el Presidente, lo racional, lo lójico, lo decente, lo decoroso habria sido que presentaran la dimision de sus puestos i que se enrolaran en seguida en las filas de los sediciosos. Pero traicionar la confianza que su jefe jerárquico les dispensaba i apoderarse por sorpresa de los elementos navales de la República: todo, eso es sencillamente infame.

—Por otra parte ¿cuál ha sido el acto de valor o de heroismo realizado por esos marinos en la presente guerra civil? Apoderarse de algunos cargamentos de carbon de piedra, bombardear pueblos indefensos, conducir tropas de un punto a otro, martirizar a los prisioneros civiles i militares en las sentinas de los buques i dejarse ahora hundir en el abismo a su nave capitana.

—Yo insisto en que hubo descuido en ese último suceso.

—Es verdad, Luis, que lo hubo en cierto modo, ya que esos hombres, embriagados con el fácil triunfo de la ocupacion de Caldera, no pensaron que habia marinos leales i audaces que solo aguardaban la terminacion de las reparaciones de los torpederos para emprender activa campaña contra los rebeldes. No lo hubo si se atiende a que el vaporcito que rondaba la bahía dió

pronto aviso al capitan del puerto i al comandante del blindado de la aproximacion de los torpederos. I es esto tan cierto, que desde el *Blanco Encalada* i desde tierra se les hizo un fuego vivísimo al *Condell* i al *Lynch*.

—Como yo he oido diversas relaciones acerca de la catástrofe i no sé cual es la verdadera, te ruego que me des la mas verídica.

—Con mucho gusto. Tan pronto estuvieron concluidos los trabajos de reparacion de los torpederos, el capitan Cárlos E. Moraga, al mando de la escuadrilla, zarpó de Valparaiso e hizo rumbo a Quinteros, donde empleó dos o tres dias en hacer ejercicios i adiestrar a la jente en el manejo de los buques i de los torpedos. De allí se fué a Huasco, en cuyo punto supo que la escuadra revolucionaria o gran parte de ella llegaria a Caldera el 22 con algunos trasportes con tropas. El comandante Moraga reunió un consejo de oficiales con los valientes A. Fuentes, Várgas, Salvá i con el comandante del *Imperial*.

El plan, que era mui sencillo, quedó acordado en pocos minutos.

El *Imperial* se aguantaria a cierta distancia de Caldera en alta mar i allí esperaria el resultado del combate. Si éste era adverso, regresaria a Valparaiso a dar cuenta del desastre; si era favorable, recibiria las órdenes oportunas.

Los torpederos navegarian uno en pos de otro. El mas avanzado dispararia sus proyectiles; si no los acertaba, pasaria a retaguardia para que pudiese atacar su compañero.

Fué asímismo convenida la distancia que cada buque guardaria entre sí, (50 metros) i la que mediaria con el enemigo para empeñar el combate.

En cumplimiento de este plan, la escuadrilla partió de Huasco i llegó a la vista de Caldera a las 4 A. M. del dia 23.

Era noche de luna i el cielo estaba despejado.

La ciudad se hallaba silenciosa i sus moradores parecian dormir con sueño profundo.

Los buques anclados en la bahía, tambien silenciosos, eran mecidos suavemente por las mansas olas.

El comandante Moraga, que iba a bordo del *Condell*, buque de la insignia se adelantó velozmente, reconoció uno de los blindados, que la luz opaca de la luna no le permitió distinguir si era el *Blanco Encalada* o el *Cochrane* i enderezó contra él la proa de su pequeña embarcacion.

Solo cuando estuvo a 100 metros de su formidable enemigo, disparó el primer torpedo, que no hizo efecto, i en seguida los dos de su costado de babor.

Nutridas descargas de fusil i de ametralladora le contestaron desde el blindado.

Entónces el *Condell* retrocedió i cedió el puesto de combate al *Lynch*.

Este, en medio de una lluvia de proyectiles de toda forma, en medio de una batahola infernal de gritos i detonaciones de tierra i de a bordo, siguió avanzando imperturbable hasta po[illegible]se a 40 metros del acorazado.

A esta distancia lanzó el primer [illegible]pedo que no dió en el blanco. Inme[illegible]tamente disparó el segundo, el cua[illegible]

zo esplosion i dió en el centro del blindado.

Sintiéronse grandes esclamaciones, gritos de angustia, voces de mando miéntras la enorme masa de acero iba hundiéndose. Al cabo de dos o tres minutos precipitóse en el abismo i solo quedaron algunos hombres i animales flotando en la superficie del mar.

—Horrible catástrofe!... ¿I los torpederos sufrieron averías?

—De no mucha importancia, ya que pudieron continuar su marcha, perseguir i atacar al trasporte enemigo *Aconcagua*, que encontraron cerca de Caldera, i al cual no hicieron rendirse porque en ese momento apareció por el norte un buque de guerra ingles que parecia venir en proteccion del agredido.

La arboladura del buque ingles tenia mucha semejanza con la de la cañonera enemiga *Esmeralda*, a cuya circunstancia debió su salvacion el *Aconcagua*.

—He oido decir que hubo heridos entre los tripulantes de los torpederos.

—Sí, unos cinco o seis, entre los cuales figura un oficial de la guarnicion a quien inmediatamente le amputaron un pié.

—Las pérdidas de vidas serian numerosas en el blindado.

—Calcúlanse en 240 mas o ménos.

—¿Hai algun jefe?

—Valdes Vergara, secretario jeneral la Junta.

—Será cierto lo que se corre acerca Barros Luco, uno de los famosos *gados del Congreso*?

—Lo es. Como ese cebollon no sabe nadar a pesar de su voluminosa humanidad, es seguro que habria encontrado líquida tumba en el fondo cenagoso de Caldera o sido presa de los mónstruos marinos; pero quiso su buena estrella, que la tiene para todo ménos para el bello sexo, que encontrase a la mano el rabo de una ternera al cual se aferró con las ánsias del náufrago, i hé ahí que a tan estraordinaria i singular circunstancia debió su salvacion ese nuevo Nonato.

—Por mas dolorosa que haya sido la catástrofe, preciso es convenir en que ella importa un triunfo para nuestra causa.

—Indudablemente, porque tú sabes que el éxito da fama i prestijio al que lo alcanza i porque los pequeños torpederos pueden hacer en lo sucesivo mucho mal al enemigo.

—Oh! Si a éstos pudiéramos agregar los cruceros *Presidente Pinto* i *Presidente Errázuriz*, que se dice vienen en camino, cuánto cambiaria en favor nuestro la faz de la guerra!

—Desgraciadamente los cruceros se hallan detenidos aun en Francia por los ajentes revolucionarios i por la manifiesta flojedad con que ha procedido nuestro ministro en Paris.

—Por eso he dicho yo siempre que esta es la guerra de las traiciones!

—Así es, Luis, i mucho me temo que concluya como ha comenzado: con una nueva traicion.

—Que tus temores no se realicen, Juan. Ah! Seria mui triste, mui doloroso el que hubieran de ser infructuosos tántos i tan grandes sacrificios, tánta i tan jenerosa sangre derramada!

XI

LA BODA

Habia llegado el mes de Julio sin que ningun acontecimiento importante modificara la situacion de los belijerantes.

Los rebeldes seguian reclutando tropas, i si no habian emprendido operacion alguna contra las de Balmaceda, era por falta de armas que no tardarian en llegarles.

Un fracaso habian esperimentado en sus proyectos de provision de armas.

Habian comprado el armamento necesario en Norte América i cargado con él el vapor *Itata*, cuando fueron sorprendidos por los ajentes del gobierno de Balmaceda.

Las autoridades yankees retuvieron el vapor en el puerto de San Diego i mandaron a bordo un comisionado para vijilar el buque e impedir su partida.

Pero los rebeldes zarparon furtivamente de San Diego, se llevaron al comisionado, lo desembarcaron en otro punto e hicieron rumbo a Iquique.

Los yankees no se durmieron i despacharon un buque de guerra en persecucion de los que descaradamente burlaban su autoridad.

El resultado fué que los norte-americanos hicieron volver a San Diego el *Itata* con todo el cargamento de armas, despues de haber estado este buque anclado en la bahía de Iquique. (1)

***

(1) Los revolucionarios no han perdonado nunca a los yankees aquel bochornoso suceso que, ademas de humillarlos, les privó de recursos bélicos mui importantes.

Los personajes protagonistas de la historia que vengo relatando, tampoco habian sufrido alteracion sensible en sus mútuas relaciones.

Gonzalez seguia alejado de Hortensia i ésta cada dia mas melancólica al ver los progresos de la pasion de Azócar por María Luisa.

La verdad es que a aquélla la sobraba razon para entristecerse, ya que pronto llegó lo que tanto temia.

Azócar pidió i obtuvo la mano de su amada i fijóse el 25 de Julio para la boda.

Por consecuencia de este suceso, que tuvo alguna resonancia en la alta sociedad de Santiago, comenzaron los complicados preparativos, los regalos, las confecciones de hermosos trajes, las compras de alhajas i objetos preciosos, los arreglos del rico menaje para recibir en nueva morada a los dichosos huéspedes etc., etc., cosas todas estas que probablemente causaban no poca envidia i despecho a la desdeñada.

***

Aun cuando sean mui frecuentes estas situaciones en el brillante i dorado comercio del gran mundo, voi, con todo, a permitirme conjugar un poco el verbo de los amantes.

Chardel amaba a Hortensia i Horte[illegible]sia no amaba a Chardel, mejor dic[illegible] ésta queria a otro mas que a su cha[illegible]queado pretendiente.

Gonzalez amaba a Hortensia i Hortensia amaba a Azócar mas que a Chardel i a Gonzalez.

Azócar amaba a María Luisa i ésta amaba a Azócar, i por eso, dueño de su media chirimoya, éste no amaba a Hortensia.

Hortensia amaba al único hombre que no la correspondia, i por eso era víctima del desamor de ese hombre; sin eso habria amado a Chardel, a Gonzalez o a cualquiera otro galan.

Resúmen: tres hombres amaban a dos mujeres i las dos mujeres querian a uno solo de los tres hombres, con lo cual dos hombres i una mujer quedaban forzosamente a la luna de Valencia.

Así, pues, el enredo pudo mui bien deshacerse si Hortensia hubiera amado a Chardel i lo hubiera aceptado por esposo.

Solo que en tal caso mi historia se habria interrumpido o cortado bruscamente, con lo cual acaso habrian ganado los suscritores de *La Nueva República*.

Pero la linda Hortensia, que solia ser testaruda como pocas, hubiera despreciado a diez Chardeles por el afortunado Azócar; i hé ahí que el rechazo de aquel amante alentaria las esperanzas del infeliz Gonzalez.

Este amaba a Hortensia, lo que no es una novedad, i Hortensia... pero aquí hai un secreto, secreto de mujer bonita que yo no estoi autorizado para revelar i que el desarrollo progresivo de esta historia pondrá en claro ante la vista del curioso lector.

Lo cierto es que Azócar ha sido el único hombre dichoso que yo he tenido la suerte de presentar en escena.

Acaso lo fuese támbien Chardel en su nuevo estado; mas de esto no estoi seguro por ahora.

Vése que el amor no es el lindo Cupido que nos pintan con doradas alas i agudas flechas, sino un diablillo travieso que juega a su capricho con los corazones i los hace latir, ya con el alborozo de halagadora i fementida esperanza, ya con el dolor insoportable del desengaño, ya con la ira satánica de los celos, ya con el placer estremecedor de la dicha.

***

Los complicados i costosos preparativos estuvieron terminados i llegó por fin el ansiado dia fijado para la boda.

La ceremonia relijiosa tuvo lugar en el templo de Santa Ana a las 8.30 A. M.

Concurrieron a ella numerosos miembros i amigos de ámbas familias, entre ellos los personajes que figuran en esta historia, ménos don Gregorio, forzado a permanecer en su oculto asilo.

Gonzalez se colocó en la iglesia de manera que podia observar a Hortensia.

Esta se habia situado a alguna distancia de los novios i a intervalos suspiraba i se llevaba el pañuelo a los ojos.

Era evidente que la jóven lloraba i que trataba de ocultar sus lágrimas.

Ese espectáculo conmovió profundamente a Juan.

Al llegar allí iba satisfecho, casi contento, porque su adverso destino parecia haberse cansado de perseguirle, ya que pronto le libraria de su mas peli-

groso rival. Mas, al observar a Hortensia, su gozo íntimo desapareció i se trocó en honda tristeza.

Sintió un arranque involuntario de compasion por la desgraciada i, si las circunstancias se lo hubieran permitido, habríase postrado a sus piés para llorar con ella, para consolarla, para mitigar sus pesares.

No léjos de la jóven, contemplándola con melancólica espresion, hallábase Chardel, quien, por indisposicion de su mujer, habia asistido solo a la ceremonia.

Gonzalez lanzó al serenense una mirada profunda que leyó hasta lo mas recóndito de su alma.

La actitud igualmente triste i conmovida de Hortensia i de Chardel en medio de numerosos asistentes satisfechos i risueños, chocóle desde luego desagradablemente i en seguida comenzó a alarmarle sin saber por qué.

***

Los concurrentes, concluida la misa, salieron al patio interior donde los novios comenzaron esa série de abrazos en que va mezclada la espansion de la alegría con un no sé qué de tierno i de solemne que hace palpitar el corazon i asomar a los párpados las lágrimas

Gonzalez, que no perdia de vista a Hortensia, notó que ésta se quedaba atras i que no tardaba en reunírsele Chardel con quien cambió algunas frases.

Estos últimos permanecieron alejados del estrecho círculo que rodeaba a los novios i no tuvieron participacion alguna en los codiciados abrazos ni en los pequeños ramos que inmediatamente se distribuyeron. Hubiérase dicho que, léjos de conservar, deseaban borrar para siempre la fecha estampada con dorados caractéres en las cintas de los ramilletes.

Por su parte Gónzalez adornó el ojal de su frac con los lindos azahares i los ostentó orgulloso cual si fuesen trofeos adquiridos a costa de grandes sacrificios i actos de valor.

***

Los concurrentes, concluidos los abrazos, ocuparon sus respectivos carruajes i en larga fila bajaron por la misma calle de la Catedral hasta la casa de la novia.

Juan acompañó a la familia Ramirez i tuvo el placer de ir al frente de su amada por corto rato.

Esta iba mas despejada, si bien con los ojos enrojecidos por el contacto frecuente del pañuelo.

Los novios solo se tomaron el tiempo suficiente para cambiar de trajes e inmediatamente se despidieron i partieron a la Estacion Central de ferrocarriles acompañados por una parte de los asistentes.

La feliz pareja tomó el tren del Norte para ir a pasar la luna de miel a Viña del Mar.

La familia Ramirez, Juan, Luis i Chardel se quedaron en la casa.

Pronto resonó ésta alegremente con el toque de las clásicas cuadrillas que bailaron numerosas parejas distribuidas en el salon principal.

Gonzalez i Montero tomaron parte en la danza i dieron franca espansion

al contento que sentian dentro de sus pechos.

No obstante, el primero estuvo inquieto al notar la ausencia de su amiga i de Chardel, por lo cual, apénas terminado el baile, se introdujo en las salas interiores en busca de la jóven.

Encontró a ésta sentada al lado de unas amigas i a Chardel en la misma sala conversando con su primo Celestino Pereira.

Juan se tranquilizó, tomó su sombrero i su abrigo, salió disimuladamente a la calle i se dirijió a la Moneda, a la que le era indispensable concurrir. Mas, apénas se vió libre de sus ocupaciones en palacio, regresó como a las tres de la tarde a la calle de la Catedral.

***

La casa presentaba un aspecto mui animado.

El baile no cesaba. Apénas se hacia cortos intervalos i continuaba de nuevo con creciente entusiasmo.

Gonzalez buscó a Hortensia i no tardó en encontrarla bailando con Chardel.

El enamorado Juan les contempló breves momentos, su semblante cambió de color i sus miembros se estremecieron cual si se hubiese puesto en contacto con una batería eléctrica. Una terrible imprecacion se escapó de sus lábios contraidos i avanzó dos o tres pasos con los puños crispados.

De pronto se detuvo, dió media vuelta i salió del salon trastornado, enloquecido por la cólera.

Montero le salió al encuentro i le dijo:

—¿Cómo fué en la Monede, amigo?

—Bien—contestó Juan sin saber lo que se decia.—¿Has visto?... añadió con voz trémula señalando la pareja de danzantes.

—Sí, mi pobre amigo. Mas no veo motivo para alarmarse. Este es un nuevo capricho de la jóven.

—Capricho que me saca de quicio, que me enfurece.

—Calma, Juan, calma. Desprecia, olvida a esa mujer. Ha llegado el instante en que el destino ha querido poner a prueba tu valor. Muéstrate como hombre. Yo te lo ruego encarecidamente por tu bien, por las consideraciones que debemos a la sociedad.

Gonzalez no respondió.

Estrecho dogal oprimia su garganta i su pecho parecia próximo a estallar.

—Animo, ánimo!—prosiguió Luis—Vamos a bailar, a divertirnos, a galantear a las hermosas damas que parecen provocarnos al placer de la danza.

I diciendo i haciendo arrastró a su compañero, le puso en baile con una esbelta i graciosa niña i él mismo elijió otra hermosura de las muchas que allí habia.

***

Desde ese instante Juan trató de entretenerse, de aturdirse con el ruido i el movimiento. Bailó dos o tres veces consecutivas, llevó a sus respectivas compañeras al comedor, donde habia onces permanentes, brindó por ellas i las cubrió de atenciones,

Secundado por su amigo, que contribuia eficazmente a distraerlo, Gonzalez llegó casi a embriagarse. Hubo

momentos en que se mostró decidor, gracioso, espiritual.

Empero el infeliz sentia un volcan dentro del pecho cada vez que se encontraba con Chardel, quien, ora bailando, ora paseando, llevaba siempre a Hortensia a su lado.

Esta, cuando no acompañaba a Chardel, era la dama de Celestino Pereira. En las cuadrillas entrambos primos hacian vis a vis, i no habia medio de arrancar a la jóven de los brazos de aquellos dos galanes que se la disputaban a porfía i la embriagaban con sus atenciones i requiebros.

—Ningun derecho tengo yo para interponerme entre ellos!— se decia el celoso amante.—Ni aun me queda el recurso de arrancar de manos de Hortensia el puñal envenenado con que está hiriendo mi corazon! Oh! Esta escena increible supera, ciertamente, en torturas a la que presencié la noche de San Juan! Yo no he debido permanecer un momento donde se encuentra Hortensia, donde se halla la mujer que desprecia mi dolor, que se burla de mis tormentos!.... Soi un cobarde, indigno de llamarme hombre!...

*
* *

El desventurado queria alejarse, queria huir de un espectáculo que lastimaba su amor propio, su dignidad de hombre i de amante; mas un poder misterioso, irresistible, le retenia allí donde se le estaba martirizando, allí donde sentia que le arrancaban una a una las raices del corazon.

Era en vano que tratara de desechar de su memoria el recuerdo de la escena que le mortificaba, porque en todas partes la veia, a todas partes le seguia Hortensia, siempre enamorada, siempre risueña al lado del serenense.

Inútiles habian sido sus esfuerzos por embriagarse, por aturdirse i no tardó en volver a su anterior melancolía.

Montero vino en su ausilio, enlazó su brazo al de su amigo i de esta suerte recorrieron las salas.

Hortensia, Chardel i Pereira, enardecidos los semblantes con la ajitacion de la danza, hallábanse sentados en un sofá en una sala vecina al comedor.

Luis dirijió algunas frases galantes de buen tono a las damas que habia en la mesa, invitó a beber a su compañero i en seguida penetró en la sala vecina i se acercó al grupo formado por los jóvenes del sofá.

—Hortensia — dijo cuando estuvo cerca de ésta—ten la bondad de acompañarme a dar un paseo. Traigo encargo especial para invitarte, ya que tus numerosos amigos de ámbos sexos desean a toda costa trabar conversacion contigo.

—Gracias—respondió la jóven con desusado laconismo sin aceptar la proposicion i sin moverse.

—Hortensia—insistió Montero con aire insinuante—hoi es dia de alegría i espansion i por lo mismo te debes a todos tus amigos, en especial a tus parientes.

Por otra parte la atmósfera de esta sala tiene algo de nociva i conviene abandonarla sin tardanza.

—Te equivocas, Luis. Yo me encuentro mui bien aquí.

—No insistas, amigo—dijo Gonzalez

que habia permanecido mudo devorando a la jóven con los ojos.—Vámonos. Este sofá tiene para élla un encanto irresistible. Si de él se aleja, va a enfermarse, va a morirse.

Hortensia no replicó. Ni siquiera se dignó mirar a los que la dirijian la palabra.

Los amigos se alejaron.

—Está visto— profirió Juan.—Ningun poder humano será capaz de arrancarla del lado de esos hombres!

—Está hechizada — confirmó Luis con irónica sonrisa—i trastornada por un galan que no es un Adónis por la hermosura, ni un Tenorio por la audacia o por el arte de la seduccion.

—Tienen las mujeres caprichos verdaderamente inconcebibles! — agregò Juan con hondo despecho.

***

Despues de algunos minutos, éste se apartó de su amigo i se situó en un balcon solitario que habia en el fondo de la casa.

No sentia el deseo de divertirse i sí solo en sus lábios el amargor insoportable de la hiel.

—Oh!—esclamó cuando se vió solo i pudo desahogar su oprimido pecho— Suerte inícua, cuándo te cansarás de perseguirme!...Pero para qué concurrí a estas bodas? ¿Para qué me acerqué a esa mujer que, sin quererlo, me fascina, me atrae i me hace soportar los ormentos de los condenados?...I yo, niserable de mí, no tengo fuerzas para uir de esa sirena peligrosa cuyos enantos no son otra cosa que filtros venenosos que matan!

Oh desdicha! I yo conozco, i yo siento aquí dentro del pecho bullir, exaltarse hora a hora, instante a instante esta pasion que ha de causar mi eterna desventura! ¡I yo conozco que jamas podré olvidarla, que jamas dejaré de quererla!...

I Hortensia, tan suave i pura, no tiene reparo alguno en exhibirse con Chardel delante de tantas jentes i en dar casi un escándalo ante la sociedad!

Estoi por creer que esa mujer es peligrosa, como varias veces me lo ha repetido mi amigo.

Ella, con su anjélica mirada, con sus modales inofensivos, es capaz de cometer todo jénero de infidencias i de perfidias, todo linaje de crueldades!...

Ah, qué idea!...

Talvez Azócar la amara como yo; acaso él presenciara escenas semejantes a las de hoi i de ahí que huyera de ella como de las garras del demonio, de ahí que despreciara sus falaces encantos, i de ahí que llevara a su hogar a una niña sencilla, franca, sin doblez, a una jóven que nada esconde, que a nadie engaña, que a todos dice lo que siente...

Todo esto es mui verosímil, ya que se me ha asegurado que Azócar estuvo enamorado de ella en otro tiempo.

***

Cuando Gonzalez volvió a los salones, Hortensia ejecutaba primorosamente un vals con su inseparable coquimbano.

No tardó Montero en ir al encuentro de su amigo.

—Qué te has hecho?—le preguntó

—Estaba en el interior.

—Lo sospechaba.

—¿Para qué habia de permanecer aquí? ¿Para que esos estraños novios se luzcan delante de mí?

—Déjalos en paz, amigo mio. Créeme, debes despreciarles, no acordarte mas de ellos, mucho ménos de la novia.

—Me das un sano consejo, mi querido Luis, i yo mismo estoi haciendo los mayores esfuerzos para cumplirlo al pié de la letra. Mas no basta a veces de la voluntad cuando ésta se estrella contra la fuerza dominadora de la pasion.

—Domínala ahora por todos los santos del cielo!—esclamó Luis, alarmado al ver la palidez mate del rostro de su amigo i al observar su mirada centellante.

—Ah! Cómo se conoce que tú no estás enamorado!...¡Dominar el corazon! ¿Acaso hai en la vida dificultad mas insuperable?...

Pero, perdona, amigo mio—añadió apartándose de su compañero.

Hortensia acababa de presentarse en la galería i Gonzalez corrió tras élla, la alcanzó i la dijo con voz trémula:

—No te haré perder un tiempo precioso que estimo en lo que vale i al que atribuyo la importadcia que tú misma le das. Tan solo te detengo para rogarte que me devuelvas la carta que en momentos de fiebre i de locura tuve la desgracia de entregarte en Junio.

—Nó; no puede ser. Despues te esplicaré... replicó la jóven huyendo i dejando a Juan sorprendido.

Este volvió al lado de su amigo, i por acuerdo comun, ámbos buscaron sus abrigos i salieron a la calle.

—¿Qué hablaste con Hortensia?—preguntó Luis a su compañero.

—La pedí simplemente que me devolviera aquella malhadada carta que tú sabes.

—¿I qué contestó élla?

—Que no me la devolvia i que ántes tenia que esplicarme...

—¿Qué cosa?

—Es evidente que se referia a su conducta de hoi.

—¿Pero cabe esplicacion posible?

—Eso mismo pienso yo.

—En fin, esperemos la esplicacion.

—Sí, esperemos!— concluyó Gonzalez como un eco.

*
* *

Dos dias despues éste entregó a Hortensia una nueva carta, cuyo tenor es el siguiente:

Mi querida Hortensia:

Seria en vano que intentara pintarte los tormentos que sufrí el dia que tú sabes.

No se trataba ya de un jóven soltero e interesante que con justo título pudiera constituirse en rival mio. El hombre a quien creia fuera de toda competencia, el hombre a quien creia muerto para siempre en los afectos de tu corazon, se levantó de improviso mas rendido, mas peligroso que nunca.

Jamas hiciste tales estremos por Azócar, acaso porque no te dió ocasion para ello, i eso que por este hombre venturoso habias despreciado al que hoi adoras.

Qué de inescrutables misterios encierra el corazon voluble de la mujer.

Qué de caprichos le conmueven, qué de encontradas i opuestas aspiraciones determinan sus inconstantes latidos!

Mas yo no te hago reproche alguno porque amas a Chardel, casado, mas de lo que lo amaste, soltero.

Te hago sí un cargo mui fundado por tu falta absoluta de caridad, por tu falta de consideracion para con el amigo, para con el hombre que te ha rodeado siempre de atenciones delicadas.

Podrás alegar que la mujer amante es egoista, que en nada repara ni nada atiende fuera del objeto de supre ferencia.

Cierto que existen raros ejemplares de ese jaez. Pero nunca ese egoismo llega a tocar los límites de lo inverosímil, nunca tampoco adquiere los caractéres que tú le has dado.

Cómo! ¿Has visto tú alguna mujer enamorada que haya llegado a menospreciar el propio decoro i las consideraciones sociales por agradar a un hombre que no es soltero, ni siquiera su pariente? ¿Has visto alguna dama medianamente educada i de regular posicion social que dé al mundo escándalo semejante? ¿No te avergonzarias tú misma si vieras en otra tan denigrante conducta?

¿Me dirás que por la misma razon de ser Chardel casado tus manifestaciones no debian inspirar recelos a nadie?

Sí?

Pues yo te desafío a que repitas la isma escena delante de la esposa de e hombre.

Nó, no harias delante de élla lo mis o que hiciste aquel dia.

Luego, lo que no es decente, lo que no es correcto, lo que no es lícito hacer en presencia de la esposa, no puede serlo tampoco en su ausencia.

He hablado de tu falta de caridad i te juro que para ello me sobra razon.

Sabes demasiado cuánto i cuán profundamente te amo. Sabes que por merecer tu cariño íntegro, seguro, consumaria yo los mayores sacrificios. Sabes que por una mirada afectuosa de tus ojos, por una palabra, por una promesa de tus lindos lábios venderia yo mi vida i mi porvenir.

No ignoras que el hombre es tanto mas susceptible cuanto mayor es el aprecio que tiene de su propia dignidad. No puedes desconocer que, por lo mismo que te adoro con frenesí, tengo celos de cuantos se te acercan, de cuantos te hablan, de cuantos te miran. Sabes que los tengo del rayo del sol que acaricia tus dorados cabellos, de la flor perfumada que adorna tu pecho, de la brisa que juguetea con los rizos de tu frente. Sabes que hai instantes en que los celos me enloquecen, en que siento ímpetus i furores desconocidos, en que me cuesta contener los deseos vehementes de arrebatarte del lado de los que te galantean para llevarte al eden encantado que mi fantasía ha ideado para nuestro amor. Sabes que hai para mí momentos terribles en que a trueque de saciar la ira que me devora no me detendria ni aun en el camino del crímen.

I tú que sabes todo eso, no has tenido reparo en provocar mi cólera, no has tenido compasion de mis tormentos, no has trepidado en arrojarme al abismo.

Indolente, ciega, sorda ante los numerosos espectadores de la escena, solo has tenido sensibilidad, atenciones, sonrisas i suspiros para un hombre.

No cabia que trepidaras entre un Chardel i un Gonzalez.

Era justo, era lójico que prefirieras al primero i que despreciaras al segundo.

El uno habia tenido la dicha de solicitar tu mano, el otro habia llegado tarde, habia pretendido obtener la felicidad cuando tu corazon estaba lleno con otros afectos.

Sin embargo, un resto de prudencia, un resto de dignidad, un resto de lealtad hácia el amigo que tanto ha sufrido por tu causa debió moderar tus veleidosos instintos i hacerte poner oído atento a los rujidos de mi despecho, a los ayes de mi dolor.

No lo hiciste así, i con ello probaste que nada te importaban los intereses i las cosas del mundo i sí solo i mucho la privilejiada persona de Chardel.

Tú pensarás que todo eso era mui natural, que aquel hombre es el único que te ha honrado pretendiendo hacerte la compañera de su vida.

¿Pero crees que yo no hubiera sido capaz de acometer tan grata empresa? ¿Acaso te he dado pié para que dudes de mi amistad? ¿Acaso no te la he ofrecido cien veces sincera, franca, leal?

Por otra parte, refrenando la vehemencia de mi pasion, yo he sabido contenerme siempre en los límites del decoro, tanto por guardar los fueros debidos a la sociedad, cuanto por no comprometerte con algun acto de locura.

Mas, ese hombre no ha tenido miramiento alguno i ha mirado con desden los respetos sociales. El es, como tú, todo egoismo i no pierde oportunidad para acercarse a tí i hacer alarde de ser tu preferido, de ser tu amado.

Su conducta imprudente i descarada parece obedecer a dos sentimientos que se aunan i se completan: la satisfaccion de su amor i la de su vanidad.

Ademas, es bien seguro que los favores que a él le dispensas no me los concederias a mí. Estoi seguro de que tú no te atreverias a ponerte en espectáculo conmigo como te pusiste con Chardel.

I todavía si crees deberle a éste gratitud ¿no bastaba un momento de esplicacion, un acto sincero i espontáneo de agradecimiento, una media hora de grata espansion? ¿Cómo esplicarse que te separaras de todos tus amigos, de tu madre, de tu hermana, de tus primas i demas parientes para consagrarte esclusivamente por tanto tiempo a ese hombre? ¿Cómo esplicarse que desecharas la invitacion de Luis i las de los otros jóvenes que intentaron apartarte de los dos galanes con los cuales estabas representando tan desdoroso papel? ¿Era tan interesante i tan compleja la materia de que tratabas?

En tal caso ella debe de haber quedado pendiente aun i será preciso renovar la conferencia i prolongarla dos o tres dias.

¿Piensas ir con ese objeto a casa de Chardel a proseguir allí con él i con su mujer la no terminada discusion?

Como sé que vas a esplicarme todo esos misterios, no insistiré mas en adivinarlos.

Lo que dudo que puedas esplicarn

satisfactoriamente es el lazo oculto que te reunió a Chardel.

¿Qué pudieron decirse ustedes en tan prolongada conferencia?

No es difícil acertarlo.

Chardel te hizo presente que habias quedado burlada en tus esperanzas de dicha con Azócar, lo cual causaba tu propia desgracia i la de él mismo, dado que tu amigo no tuvo reparo alguno para confesarte que no es feliz en su matrimonio.

Oh! Si Azócar no se hubiera interpuesto como un obstáculo insuperable en su camino, cuán dichosos hubierais sido tú i Chardel!

Mas ahora les separa a ustedes un abismo insondable, abismo de amarguras i de lágrimas que jamas lograrán salvar.

Tú, tú sola has sido la causa de la infelicidad de ese hombre, i hé ahí cómo se esplicaria tu empeño para distraerlo, para mitigar a toda costa sus grandes pesares.

Hé ahí que tú has formado el propósito inquebrantable de casarte con él tan pronto enviude, i que acaso tambien se lo hayas prometido solemnemente aquel dia.

I para realizar todo eso me has hecho víctima inocente de los movimientos inconstantes de tu corazon.

Tu pasion por Chardel se traduce en desprecio para mí; tu amistad por el hombre desdeñado significa renegar de la mia.

Los hechos hablan con elocuencia indiscutible.

Con efecto, las horas se te hicieron cortas para dedicárselas al coquimbano, miéntras los instantes que yo te detuve en la galería te parecieron eternos para tu impaciencia. Me dejaste con la palabra en los lábios i huiste presurosa de mi lado.

¿Iba Chardel tras de tus pasos para reunirse contigo en otro punto? ¿Era yo un estorbo para tus planes? ¿Habria pensado mal de tí tu nuevo amante si te hubiera sorprendido hablando conmigo?

Querida Hortensia, mide por este rasgo la jenerosidad de mi alma i la pasion inestinguible que me has inspirado.

Si me pruebas que yo estoi equivocado en mis apreciaciones, si me aseguras que no amas a Chardel, si me prometes ser en adelante mi amiga sincera i leal, te juro que lo perdono todo, que lo olvidaré como se desecha de la memoria el recuerdo de una pesadilla atroz.

Ademas, te haré una confesion.

Desde ayer he comenzado a practicar las dilijencias necesarias para realizar todos mis bienes i enviar al banco de Lóndres los fondos que éllos produzcan.

Dos son las causas que me obligan a esta determinacion.

Es la primera, la mas poderosa, el disgusto profundo que he sentido al presenciar las escenas en que tú figuraste el rol de protagonista.

Sin tu amistad, sin tu amor, que es mi vida, no quiero permanecer ni un dia mas en Chile.

Consiste la segunda en el peligro un tanto remoto de que nuestra causa política se pierda, en cuyo caso me será fácil espatriarme sin tener raices que aquí puedan detenerme.

Pero si tú me amas, vencedor o vencido, yo pondré a tus piés los laureles de la victoria o soportaré el rudo golqe de la derrota con sus funestas consecuencias i me quedaré contento para labrar como me sea posible tu felicidad.

En todo caso, ya aceptes o rechaces definitivamente mi amistad, ruégote qne tengas un poco de compasion para tu infeliz amante.

Ya que por otro has hecho tanto, presta un leve consuelo al que tiene henchido de amargura el corazon, al que ve oscuro el horizonte, al que nunca encuentra lenitivo a su dolor.

Tú eres buena, Hortensia, tú eres piadosa, creyente i no has de querer que yo me desespere, que yo reniegue de lo que siempre he venerado.

Díme una palabra de gratitud o de esperanza, dame un recuerdo de simple amistad, i me alejaré de tu lado, i me ausentaré de la patria llevando dentro de mi alma como un tesoro tu imájen idolatrada.

Ya que has hecho tan crítica, tan angustiosa mi situacion, pronuncia ahora esa palabra de lealtad i de franqueza, que jamas he conseguido arrancarte, i habrás desengañado para siempre o hecho inmensamente feliz a tu amigo

JUAN.

P. S.

En la [próxima semana iré a tu casa tres dias consecutivos por la contestacion.

Si así lo prefieres, puedes servirte del correo.

En caso que no quieras adoptar esos medios, te suplico que no rehuyas aceptar mi brazo despues de una comida en la Quinta Normal, a que serán ustedes invitadas por Luis.

***

Gonzalez cumplió su palabra i visitó las tres veces anunciadas la casa de las Ramirez.

Hortensia recibió con la acostumbrada amabilidad a su amigo, pero no se dió por entendida de la contestacion que tan hondamente preocupaba al infeliz amante.

No le quedaba a éste mas recurso que aguardar la comida de la Quinta. Por consecuencia tragó en silencio aquella nueva amargura i esperó.

Llegó por fin la tarde deseada.

Doña Trinidad i Estéban, María Luisa i Azócar, Sofía i Montero, Hortensia i Juan fueron los convidados que en este mismo órden concurrieron a la Quinta i ocuparon sus respectivos lugares en la mesa.

La comida fué animada i alegre. El buen humor i los chistes del injenio no decayeron un instante.

Tan solo Gonzalez se mantuvo invariablemente circunspecto, si bien amable, obsequioso, como lo era por educacion i por carácter. Tenia a su lado a Hortensia a quien atendió con esquisita galantería, mas no se permitió alusion alguna a los pasados sucesos, ni se desmidió con frases espresivas u otras manifestaciones que pudieran traicionar el secreto de su pasion ardiente.

Al levantarse de la mesa, los comensales echaron a andar por las hermosas avenidas de la Quinta.

***

La luna esparcia su pálida claridad por entre los árboles jigantes del pintoresco paseo i su luz se reflejaba fantásticamente en la tersa superficie de las aguas de la laguna.

Aquellos intervalos de sombra i de luz, la frescura de la brisa impregnada de emanaciones vejetales, el misterio de aquellos bosques encantados i la soledad i silencio de aquella naturaleza aletargada, comunicaban al lugar cierta poética tristeza que le hizo recordar a Gonzalez la noche de luna de la Granja.

El jóven fué dichoso aun algunos momentos, acaso los últimos de su vida. Llevaba a Hortensia a su lado, podia acariciar su delicada mano, escuchar el timbre suave de su voz i quizá tambien recibiria de sus lábios la palabra de esperanza i de consuelo que lo elevaria a las rejiones encantadas de la bienaventuranza terrenal.

—Nada me dices, amiga mia?—profirió Juan con timidez i con acento conmovido.

—No veo qué pueda decirte yo cuando tú te lo has dicho todo ya.

Perdóname si en mi horrible despecho haya podido ofenderte. Perdona a un loco, a un desgraciado a quien has hecho soportar todas las torturas del infierno.

—Tú me has hecho la injuria de creerme enamorada de Antonio i me has dejado comprender, ademas, que muchas personas se permitieron con-...ar mi conducta.

-Pero advierte que yo no tengo la ...pa de eso.

-No sé si tú la tienes ni me impor-...aberlo. Lo único que me preocupa es averiguar quiénes son esas personas que me han puesto en ridículo. Nómbramelas inmediatamente para conocer sus nombres, para saber quiénes son mis amigos i quiénes mis enemigos.

—Francamente no creo que me estés hablando con formalidad.

—Con toda la seriedad, con toda la gravedad posible.

—No te creo, no quiero creerte, porque no puedo convenir en que, despues de despreciar mi dolor, despues de atenacear mi pecho con hierro candente, despues de prometerme esplicar tu estraña conducta, pretendas rebajarme ahora hasta el bochornoso papel de delator.

—¿Quiénes hablaron mal de mí?—replicó la jóven con la insistencia propia de la niña mimada.

—No te empeñes en vano en saberlo por mi boca. Te declaro que me arrancaré la lengua ántes de desempeñar el papel de chismoso que quieres adjudicarme.

—¿I es así como tú comprendés la amistad, esa amistad por tí tan ponderada?

—Hortensia,—replicó Juan con voz grave—yo tengo de la amistad un concepto mui elevado, i por lo mismo no consentiré jamas en degradarla, en envilecerla con una mala accion.

—I como esa amistad tan bien comprendida será tambien el amor que me vendes, ese amor snblime, capaz de resistir todos los tormentos, todas las pruebas, todas las desdichas! ..

Ya ves que yo no hago mas que repetirte tus propias palabras.

—Te juro, Hortensia, que mi amor

es tal cual acabas tú de pintarle. Te juro todavía que el tuyo, el que ambiciono con todas las veras de mi alma, me es mas grato que la propia vida. Pues bien, te protesto que estoi resignado, resuelto a renunciar tan inmensa dicha ántes de cometer un acto indigno de caballero.

—¡Eres la lealtad misma!—esclamó la jóven, enternecida, subyugada por la entereza i dignidad de su compañero, a quien oprimió la mano.

—Amiga mia! — profirió Gonzalez con melancólica sonrisa—Los instantes son preciosos. La familia no tarda en disponer el regreso. La noche está fria. Háblame, pues, de lo que tanto me interesa!

—¿Quieres removerle todavía los huesos al pobre Chardel?

—Yo envidio su pobreza i quisiera estar en lugar suyo para que me dedicaras un dia entero, acaso una semana...

—Ya vuelves otra vez!—dijo la jóven visiblemente disgustada.

—Está bien. Cambiemos de tema.... ¿Me aceptas por amigo?

—Qué novedad! ¿No te lo he dicho ya muchas veces?

—Es que yo quiero que seas para mí una amiga especial.

—Dios mio!... ¿I en qué ha de consistir esa especialidad? En verdad que me haces temblar, Juan.

—En que has de guardarme en adelante todas las consideraciones que hasta hoi me has negado.

—¡Pero si te las he guardado todas, toditas!

—Te estás burlando de mí, Hortensia!

—Nada de eso. Te he hablado con toda injenuidad.

—Acabemos, en nombre del cielo! Ya ves que nos hallamos otra vez cerca del restaurant... Díme una palabra, una sola... ¿Me amas?

La jóven exhaló un suspiro i no contestó:

—Ya que no quieres hablar, haz un jesto, una señal, un movimiento cualquiera!—suplicó Gonzalez lleno de angustia i devorando con los ojos las bellas facciones de su amada.

Esta continuó en su anterior mutismo.

—Por Dios, por todos los santos, por mi salvacion eterna, mueve tu brazo o tu mano, envíame una de tus dulces miradas en señal de que me correspondes!...

El jóven aguardó en vano.

Los carruajes se acercaron, los convidados ocuparon sus respectivos asientos i la pequeña fiesta de familia quedó terminada.

Gonzalez nada habia avanzado, acaso habia retrocedido.



XII

LA BATALLA DE CONCON

La comida de la Quinta habia tenido lugar a fines de Julio.

Despues de vencer muchas dificultades, despues de repetidos afanes i dilijencias, Gonzalez consiguió, por último, enajenar sus propiedades i asegurar a su mujer i a sus hijos sus respectivas rentas.

Tales operaciones las ejecutó a principios de Agosto, en tiempo mui oportuno, como ha de verse mas tarde.

Entretanto los acontecimientos de la guerra se habian desarrollado con una precipitacion que hacia calcular fácilmente su próximo desenlace.

Los revolucionarios habian logrado formar un ejército considerable que les permitia operar libremente con 10,000 hombres de las tres armas.

Sabíase que no tardarian en efectuar un desembarco en un punto que algunos fijaban en Coquimbo, otros en Valparaiso o San Antonio i otros en Talcahuano.

***

Viva inquietud sobrecojia a los habitantes de todas las ciudades i pueblos de Chile, especialmente a los de la capital, porque veian acercarse rápidamente el desenlace de la terrible contienda i porque sabian que el choque de entrambos ejércitos seria tremendo.

Ocho meses hacia que duraba aquella guerra encarnizada en que se habian derrochado a manos llenas los tesoros nacionales i derramado mucha sangre jenerosa. Ocho meses en que los rebeldes habian echado mano de cuanto recurso vedado puede utilizar la perfidia i la mala fé. Ocho meses en que los alzados habian cometido todo jénero de crímenes i de atentados contra la civilizacion i contra el pudor.

***

El Presidente Balmaceda, por su parte, habia llegado a organizar un ejército de 40,000 hombres bien uniformados, abastecidos i disciplinados, el mas numeroso i brillante que haya existido en la América Latina.

Habíalo fraccionado en cuatro divisiones.

La primera, llamada de Santiago, constaba de 6,500 hombres; la segunda, Valparaiso, de 7,000; la tercera, Coquimbo, de 10,000, i la cuarta, Concepcion, de 10,000. El resto hallábase distribuido en las numerosas guarniciones de las ciudades i puertos i en la custodia de las vías férreas, puentes, túneles i telégrafos, que los revolucionarios del interior del pais intentaron varias veces destruir.

El plan de operaciones era mui sencillo i habia sido ya acordado por el Presidente i sus jenerales.

Si el enemigo atacaba por Coquimbo, haria allí la resistencia la division de este nombre. En caso de derrota, no quedándola otra vía espedita, la terce-

ra division efectuaria su retirada por tierra a la capital i afrontaria las penalidades de una larga i peligrosa marcha.

Si los rebeldes desembarcaban en las inmediaciones de Valparaiso, San Antonio o Talcahuano, las divisiones de Santiago, Valparaiso i Concepcion se reunirian por ferrocarril en el punto amagado, cuya concentracion daria un total de fuerzas de 20,000 hombres mas o ménos.

A fin de que el número abrumase al enemigo i se ahorrase en lo posible la efusion de sangre, no debia presentarse batalla sino cuando estuviesen reunidas estas tres divisiones.

Así dispuesta i organizada la defensa de la causa de la justicia, no era dudoso el resultado favorable para ésta.

Sin embargo, la suerte caprichosa de las armas trastornaria las mejores combinaciones, los mas acertados planes i concederia la victoria a los que abusarian cruelmente de élla, a los que se mancharian con nuevos i mas inauditos crímenes.

*
* *

—Vamos a ver por fin el desenlace de esta larga i costosísima guerra—decíale Luis a su amigo Gonzalez la noche del 20 de Agosto.

—Con efecto—respondió Juan con aire distraido.—Tan pronto se supo esta mañana el desembarco de las tropas revolucionarias en Concon, impartiéronse por telégrafo las órdenes convenientes a fin de que se pusieran en movimiento con destino a las márjenes del Aconcagua las divisiones de Santiago Valparaiso i Concepcion. Se ha enviado tambien la escuadrilla a Coquimbo para que trasporte poco a poco la tercera division, cuyos cuerpos pueden desembarcar en Talcahuano i llegar por ferrocarril hasta el teatro de las operaciones.

—Con tan acertadas disposiciones yo no dudo del éxito. Porque miéntras los 10,000 rebeldes desembarcan, operacion que durará dos dias, nuestros rejimientos pueden reunirse en Viña del Mar i ocupar allí las posiciones casi inespugnables que se tienen estudiadas. Ahora bien; supongamos que en vez de 20,000 hombres, solo se concentren 15 mil, protejidos por el fuerte Callao. Si los rebeldes intentan forzar esa línea, serán destrozados sin remedio; si desisten de su empeño verdaderamente descabellado, les será imposible penetrar en Valparaiso i no les quedará mas recurso que reembarcarse o emprender la marcha sobre Santiago, en cuyo último caso les picaremos la retaguardia i les tomaremos entre dos fuegos con las fuerzas que aquí quedan i con las que vayan llegando de Coquimbo.

—Todo lo que estás diciendo es cierto, como lo es asimismo que el espíritu del ejército i de sus jefes es excelente, lo cual puede decirse que nos asegurará indefectiblemente el triunfo. Mas, a pesar de eso yo tiemblo, mis nervios se crispan i mi ánimo es presa de una inquietud i desconfianza que no me es posible dominar...Ahora mismo siento un terror involuntario al escuchar los rujidos pavorosos de las locomotoras que arrastran los convoyes con tropas.

—Desecha esas ideas, Juan. Son hijas acaso de las tristes impresiones que

has recojido en tu funesta amistad con Hortensia.

—Puede ser que mi pasion desgraciada tenga en ello alguna influencia. Pero nó; es ese presentimiento adverso que me persigue sin cesar, que me hace ver por doquiera horizontes sombríos, desdichas irreparables.

—Ya te he dicho otras veces que ese fatalismo es impropio, indigno de un hombre ilustrado i de talento como tú.

—Reconozco la fuerza de tus razonamientos i yo soi el primero en rendirme a ella. Pero no puedo desechar esta preocupacion...

Escucha, Luis; cuando anduvimos esta tarde por el comercio i vimos los portales, las aceras i los paseos obstruidos por esa muchedumbre heterojénea i bulliciosa, acaso ávida de venganza i de pillaje, mi corazon se oprimió dolorosamente i sentí en mi cuerpo el sudor de la angustia. La ansiedad que se retrataba en los semblantes de nuestros amigos i hasta las fanfarronadas que por todas partes escuchábamos, pareciéronme signos seguros de próximos desastres.

Hablaba Gonzalez con una conviccion tan profunda, con tan conmovido acento, que el mismo confiado Montero sintió vacilar su fé en el triunfo.

—Mi querido amigo—dijo éste inspirado por una idea repentina—lo mejor que podemos hacer en esta situacion es distraernos.

—Convengo en ello. ¿Qué me propones?

—Que vamos a casa de las Ramirez. Si tus terribles presentimientos se realizan, habremos tenido esta noche ocasion de despedirnos de la familia; si triunfamos, se acabará tu tristeza i no nos faltará como celebrar la victoria. En todo caso no será malo tratar de tranquilizar a la excelente señora.

—Acepto; aun cuando no pensaba volver tan pronto a esa casa.

***

Gonzalez no habia vuelto a ver a Hortensia desde el paseo nocturno en la Quinta Normal.

El recuerdo de la jóven iba desde entónces mas acibarado que nunca porque habia llegado a persuadirse de que jamas conseguiria arrancarla una palabra franca i sincera que le hiciera ver con claridad su situacion.

Ademas, las esplicaciones prometidas habian corrido la misma suerte que todo lo que tenia relacion con aquella dama, para él siempre incomprensible, misteriosa, reservada.

¿Hortensia amaba de veras a Chardel? ¿De qué asunto tan interesante habian hablado ámbos en casa de doña Marta? ¿Por qué la jóven nada habia dicho acerca de esos puntos a los que Gonzalez atribuia tanta importancia? ¿Qué misterio se encerraba en todas esas estudiadas reticencias que le confundian, que le trastornaban, que le envolvian en las sombras de la duda? ¿Por qué élla suspiraba siempre en su presencia i a veces sus ojos se preñaban de lágrimas? ¿Por qué huia tambien delante de él i, cuando la ocasion de espancirse se ofrecia, sus lábios enmudecian i se ajitaba su pecho? ¿Serian esas las señales de un amor oculto que el decoro la prohibia manifestar? ¿Seria remordimiento por su pasada

conducta o simplemente compasion hácia el hombre a quien le era imposible amar? ¿Serian los impulsos naturales de su corazon veleidoso e inconstante?

***

Los jóvenes fueron recibidos por la familia Ramirez con manifestaciones inequívocas de cariño.

—Gracias a Dios que se les ve a ustedes por aquí!—dijo doña Trinidad al saludarlos—En la adversidad i en las situaciones peligrosas es cuando puede medirse el grado de la amistad.

—Por eso hemos venido—contestó Juan—porque la nuestra es sincera i profunda.

—Gracias, gracias!

—Presumíamos que ustedes estarian inquietas con la gran conmocion que reina en la ciudad i nos hemos apresurado a venir a ofrecerlas nuestros pobres servicios—añadió Luis.

—Ah! Dios mio!—esclamó Sofía.—La guerra, la próxima batalla, el movimiento de tropas que por todas partes se advierte, los siniestros rumores que se corren: todas estas cosas nos llenan de constantes sobresaltos.

—Pobres mujeres indefensas, solas—añadió Hortensia—nosotras estamos mas espuestas que otras a los peligros de esta situacion estraordinaria.

—Les ruego a ustedes que no se alarmen demasiado—dijo Gonzalez con firmeza—El Gobierno está decidido a guardar a toda costa el órden público i tiene las fuerzas necesarias para cumplir sus nobles propósitos.

—No lo dudo—replicó Hortensia.—Pero aquí llegan dia por dia noticias reservadas i alarmantes que anuncian el estallido próximo de un movimiento sedicioso en la ciudad.

—Tranquilícense ustedes. En tanto don José Manuel Balmaceda tenga un solo soldado a sus órdenes, no se alterará la tranquilidad pública ni peligrarán las personas ni los bienes de los ciudadanos.

—Se ha hablado de represalias i del confeccionamiento de listas en que figuran los nombres de los que han de ser perseguidos i robados.

—Tambien yo he oido esos rumores—dijo Juan—mas no les he dado crédito. Tales atentados, tales actos de salvajismo no son posibles en pais civilizado, ménos aun tratándose de una contienda entre hermanos.

—Por mi parte—agregó Luis—yo he oido hablar de esas listas en que figuramos los defensores de la Constitucion i de la democracia que hemos de ser víctimas de la venganza de nuestros adversarios; pero francamente que no me atrevo a creer que se alberguen tan ruines, tan bajos propósitos en el pecho de los hombres que pretenden ser nuestros redentores.

Así, pues, si triunfa Balmaceda, nada tendrán ustedes que sufrir; si la oposicion gana, seremos nosotros quienes soportaremos el peso de la derrota.

—Ya ven ustedes que nada hai que temer—confirmó Gonzalez.—En todo caso yo hablaré mañana con el intendente i le pediré dos guardianes seguros para que resguarden esta casa de posibles atentados.

—Oh, cuánto te agradezco, Juan—esclamó doña Trinidad.—Así podremos dormir mas tranquilas.

—Por otra parte—dijo Montero—nuestra victoria es segura. Por las noticias recientemente adquiridas i por las obtenidas de antemano, sábese que el ejército de los rebeldes no puede pasar de 10,000 hombres.

—¿No se engañan ustedes?—replicó la señora.—A mí me han asegurado que sube de 15,000 i hai quienes creen que llega a 20,000. Agrégase que viene armado con unas máquinas de guerra que deslumbran la vista i esparcen en torno la desolacion i el espanto i con fusiles de repeticion capaces de aniquilar en pocos minutos las filas enemigas.

—Respecto de los fusiles hai algo de verdad; mas nó en lo relativo a las máquinas i al número de tropas. Decia, pues, que contra ese ejército de 10 mil hombres podemos nosotros oponer otro de 20,000 con magnífica artillería i con una caballería brillante i numerosa que puede envolverles i arrollarles en un momento oportuno.

Mas aun.

Yo creo que en dos o tres dias mas se habrá resuelto la cuestion en el primer encuentro o en la primera batalla i que en seguida podremos todos dedicarnos tranqnilamente a nuestras pacíficas tareas.

—Para entónces les invitamos a ustedes desde luego a celebrar el triunfo de la revolucion!—dijo Sofía, que era una opositora ardiente—La causa de la libertad, la causa de Dios no puede perderse!

—No digas eso, querida Sofía—repli- Gonzalez—No mezcles a Dios en las ıerias i ambiciones de los hombres ıo quieres poner a la Divinidad en peligro de perder su gran prestijio. ¿Qué dirias si los rebeldes salieran vencidos? ¿No es evidente que tendrias que confesar que Dios habia salido vencido, derrotado?

Ademas ¿crees que son dignos representantes del Altísimo los traidores que se alzaron con las naves de guerra del Estado, los jefes Canto i Urrutia i el aleman Körner, traidores tambien que se han puesto al frente de las tropas reclutadas i bajo cuya autoridad se han cometido tan horrorosos delitos?

—Dios se sirve a veces de instrumentos indignos para castigar a los tiranos. Acuérdate, Juan, del festin de Baltazar i de las fatídicas palabras *Mane Thesel. Phares* que le anunciaron su próxima ruina i el fin de su reinado de crímenes.

—Quieres decir con eso que aquellas fatídicas palabras equivalen en este caso a estas otras: *Junta de Gobierno?*...... Pero aquí no hai ningun Baltazar.

—Hai un Balmaceda, que acaso sea peor.

—Famoso tirano que impulsa las artes i las ciencias, que ha elevado el crédito de Chile a una altura nunca contemplada, que ha improvisado en el pais numerosas obras de todo linaje, que ha cruzado nuestro suelo de ferrocarriles e hilos telegráficos que llevan a todas partes la civilizacion i el progreso, que ha proporcionado al pueblo trabajo abundante i bien remunerado i que en plena guerra civil se desvive por resguardar el órden público i protejer las vidas i las propiedades de amigos i adversarios.

—¿I lo de Lo Cañas, sucedido ayer no mas? ¿I los fusilamientos de Cumming i otros?

—La guerra es la guerra, Sofía, o sea una de las mayores calamidades que pueden aflijir a los pueblos. Tú hablas de esos sucesos porque han ocurrido aquí mismo i porque se les ha pintado con colores mui sombríos; pero ignoras los asesinatos cometidos por los partidarios de la revolucion contra los encargados de resguardar los puentes i las vías férreas en las provincias del sur; ignoras tambien los fusilamientos numerosos i los martirios inauditos ejecutados en el Norte.

—Pero eso de Lo Cañas ha consternado a todo el mundo, a amigos i enemigos.—dijo doña Trinidad—Se ha sacrificado allí a jóvenes de las mas ilustres familias de Chile.

—I bien; la guerra tiene exijencias terribles. ¡Caiga, pues, toda la sangre hasta aquí derramada sobre los autores i ejecutores de esta criminal i desastrosa revolucion!...Por otra parte, aun cuando yo mismo deplore profundamente el suceso, ni la Ordenanza militar ni ninguna lei chilena hacen distinciones entre nobles i plebeyos siempre que se trata de aplicar la pena a los infractores de sus disposiciones. Los jóvenes de Lo Cañas eran simples montoneros sorprendidos con las armas en la mano, estaban convictos i confesos de su crímen, revelaron sus planes de volar puentes, destruir telégrafos i ferrocarriles para producir catástrofes en el ejército que iba a movilizarse, invadir en combinacion con otras fuerzas a Santiago i formar aquí desórdenes espantosos etc., etc., i se les aplicó el castigo prescrito por la Ordenanza. En todo pais civilizado se trata a los montoneros como a bandidos o piratas. Ademas, la seguridad del ejército, defensa de nuestras instituciones, custodia de nuestras vidas i haciendas, exijia imperiosamente aquel doloroso sacrificio. Sin él nuestros jefes i nuestras tropas habrian quedado sin garantías i acaso hubiera comenzado entre ellos la desercion, ya porque no encontraban seguridad para su existencia, ya porque no querian morir estúpidamente en un desastre producido por la dinamita, sino batiéndose en campo abierto contra el enemigo...

Pero dejemos esto i hablemos de lo que mas directamente nos interesa. Nosotros vendremos aquí una o dos veces cada dia. Si les ocurriese alguna novedad estraordinaria, mándenme llamar a la Moneda, i Luis i yo nos trasladaremos aquí inmediatamente para ausiliarlas como podamos.

—En fin así respiraremos con mas desahogo—dijo la señora dando un ruidoso suspiro de satisfaccion.

—Queden ustedes tranquilas— concluyeron los jóvenes al despedirse.

***

Santiago era presa de estraordinaria alarma en la tarde del 21.

Grupos numerosos e inquietos recorrian incesantemente las plazas i portales, en particular las calles principales del comercio.

Los cafées i restaurants hallábanse atestados de concurrentes en los que reinaba la mas viva animacion i a veces la discusion ágria i apasionada de partidario.

Uno i otro bando se disputaban triunfo i se decia el mejor informa-

acerca de los acontecimientos desarrollados en las márjenes del Aconcagua.

Los gobiernistas decian que ámbos ejércitos habian llegado a las manos, que en esos momentos debian estar batiéndose i que no tardarian en llegar los despachos telegráficos que anunciarian la derrota i completa ruina de los rebeldes. Otros del mismo partido no daban por empeñada la batalla i se limitaban a decir que los belijerantes se encontraban a la vista en ámbas riberas del Aconcagua i que las caballerías gobiernistas estaban practicando un movimiento envolvente para tomar a los revolucionarios entre el nombrado rio, que se decia invadeable, i el grueso del ejército que a marchas forzadas se dirijia al mismo punto por Quillota o San Pedro.

Algunos, mejor informados de los planes estratéjicos del Presidente Balmaceda, decian que todos los cuerpos del ejército de éste estaban concentrándose en las posiciones de Viña del Mar, que allí tendrian que encontrar forzosa tumba las ambiciones bastardas de los malos hijos de Chile i que el resultado de la batalla no podria saberse ántes de dos dias.

Los partidarios de la revolucion aseguraban haber recibido correos especiales que habian reventado muchos caballos para recorrer la larga distancia que media entre Valparaiso i Santiago; que por dichos correos se sabia positivamente que la *Esmeralda* habia echa- [illegible] a pique al trasporte *Imperial* con [illegible]00 hombres a su bordo i apresado a [illegible] torpederos *Lynch* i *Condell*; que la [illegible]alla se habia librado esa misma ma[illegible]na quedando completamente deshecho el ejército del tirano; que las tropas victoriosas al mando del mui ilustre coronel Canto habian ocupado a Valparaiso en medio del entusiasmo delirante del pueblo; que el comandante Moraga, jefe de la escuadrilla, los marinos Fuentes, Várgas, Rivera i Salvá de la misma escuadrilla, i el intendente de de Valparaiso, contra-almirante Oscar Viel, habian sido ahorcados i colgados en los ganchos de los faroles del gas de aquel puerto, i que, por último, el desastre habia sido tan completo, que no le restaba al déspota Balmaceda mas que entregarse a discrecion o huir velozmente i embarcarse en Talcahuano para de allí hacer rumbo al estranjero.

¿Qué habia de cierto en todas esas noticias contradictorias? ¿Cuál era la verdad?

Héla aquí:

***

Hasta la mañana del 21, venciendo no pocas dificultades, solo habian logrado reunirse en la orilla izquierda del Aconcagua unos escásos 6,400 hombres del ejército del órden al mando de los bravos e infortunados jenerales Barbosa i Alcérreca.

Estas fuerzas habian formado una línea estensísima cortada por hondas barrancas i elevados lomajes que hacian imposible prestarse mútuo ausilio o practicar movimientos oportunos de concentracion o retirada.

Tenian ademas esas posiciones el grave inconveniente de que los rejimientos i batallones que formaban el ala izquierda se hallaban bajo los fue-

gos de la escuadra, fuegos que causarian horribles bajas en sus filas, i el no ménos grave todavía de hacerse casi imposible proveerlos oportunamente de municiones.

A decir verdad esas posiciones no eran propiamente tales para formar línea de batalla; se habia buscado en ellas los medios de hostilizar al enemigo e impedirle el paso del rio.

Los jenerales por su parte pensaban reunir allí fuerzas considerables i seguramente no esperaban que los rebeldes pudiesen tomar la ofensiva ese dia, ya que Barbosa, horas ántes que comenzase el combate, habia manifestado claramente su deseo de vadear el rio e irlos a atacar a la madrugada siguiente.

Todo esto hubiera sido mui acertado si en realidad el enemigo hubiese perdido un dia mas en prepararse para la accion.

Mas, una série no interrumpida de desaciertos por parte de los jefes gobiernistas i una larga cadena de adversidades preparadas por la fatalidad o la malicia de los hombres, produciria el irreparable desastre de Concon.



Sin contar lo desventajoso de las posiciones, los individuos de tropa solo llevaban 100 tiros i estaban armados de rifles Grass i Comblain, de 1,800 i 1,200 metros de alcance, respectivamente, miéntras los rebeldes lo estaban de los famosos Mannlicher, que alcanzaban 3,000 metros i cuyos cañones no eran susceptibles de caldearse como aquéllos.

Ademas, de los 6,400 combatientes que entraron en línea de batalla, 2,000 de ellos no pelearon porque sus jefes estaban vendidos al enemigo.

Así, pues, 4,400 hombres sostuvieron cinco horas de batalla contra 10 mil i contra los fuegos de la escuadra.

Pero ¿por qué hasta el medio dia del 21 solamente habian llegado a Concon 6,400 hombres cuando todo estaba preparado de antemano para hacer fácil i espedito el trasporte de tropas?

¿Por qué la division de Concepcion operó un movimiento relativamente rápido sobre Viña del Mar?

Porque esta division fué conducida personalmente por el activo i vijilante Ministro de la Guerra en campaña, señor Julio Bañados Espinosa, i porque tambien habia traidores entre los empleados de los ferrocarriles i telégrafos del Estado.

Con efecto, hubo convoyes con tropas que partieron de Santiago a las 2 i 3 de la madrugada del 21 i que llegaron a las 4 i 5 de la tarde a la estacion de San Pedro.

¡14 horas para recorrer 137 kilometros!

Tal les ocurrió a una pequeña fuerza de Cazadores de a Caballo i al rejimiento Chillan 8.º de línea, los cuales lograron encontrarse a algunas leguas del teatro de la guerra tan solo para imponerse del reciente desastre.



Mas no solo hubo error en la elec cion de aquellas posiciones, sino tam bien en hostilizar desde ellas al ene migo hasta el punto de empeñar all

mismo una batalla campal, casi decisiva por sus funestos resultados.

Supongamos que aquellas fuerzas, que aquellos 6,400 hombres, aumentados con mas de 1,000 soldados que no pudieron llegar al campo de Concon i quedaron en Viña del Mar, o sea un efectivo de 7,500 hombres, en vez de defender el paso del Aconcagua, se hubiera concentrado en las alturas de esta última ciudad, alturas protejidas por el fuerfe Callao.

¿Qué habria sucedido?

Que el ejército revolucionario habria vadeado cómodamente el Aconcagua, emprendido la marcha sobre Valparaiso, por el camino de Viña del Mar, o cortado la via férrea para hacer el movimiento de circunvalacion que ejecutó despues con el fin de apoderarse de aquel puerto por la espalda.

En el primer caso habria sido detenido en su marcha, como lo fué dos dias mas tarde, ante las estratéjicas posiciones de Viña del Mar, lo cual habria permitido la concentracion de las divisiones completas de Santiago, Valparaiso i Concepcion.

Dada esta situacion, las fuerzas rebeldes habrian quedado encerradas entre las alturas inaccesibles de Viña del Mar i el Aconcagua, i no habrian tenido mas que repasar el rio i reembarcarse o emprender espedicion sobre Santiago o sobre Casablanca para tomar en seguida el camino de la Placilla.

Aun suponiendo que la division de oncepcion i los restos de la de Sanago, no se hubiesen reunido en Viña el Mar, por hallarse interrumpida la nea férrea, la situacion de los rebeldes no habria por eso mejorado, ya que se habrian encontrado entre un ejército invencible de 7,500 hombres en las magníficas posiciones de Viña del Mar i otro de 13,000 dispuesto a obrar en combinacion con aquél i a tomar al enemigo entre dos fuegos.

En el otro caso, en el de que los revolucionarios adoptaran el movimiento envolvente para llegar a la Placilla, el ejército gobiernista los habria batido fácilmente, dado que la batalla se habria librado entre 10,000 rebeldes i 20,000 balmacedistas, nó entre 9.200 gobiernistas i 11,000 revolucionarios, como sucedió el 28 de Agosto.

Ademas, sin el desastre de Concon, las tropas del ejército del órden habrian marchado al combate con mas decision, con mas confianza, i acaso los traidores mismos se habrian visto obligados a permaner fieles al ver que los insurjentes estaban perdidos.

Porque el traidor solo vende su honra i su conciencia cuando está seguro de la impunidad de su crímen.

***

Por su parte el ejército revolucionario habia hecho el 20 un rapidísimo desembarco que le permitió quedar apto para comenzar las hostilidades en la mañana del 21.

Como era natural, los caudillos rebeldes comprendieron que el éxito de la jornada dependia principalmente de la celeridad de los movimientos de sus tropas, i hé ahí que esa circunstancia, i las dificultades imprevistas que sus adversarios encontraron para reunir sus huestes, les darian a aquéllos in-

disputables ventajas en la próxima lucha.

Desde luego contaron con la sorpresa que darian al enemigo, con la superioridad de su armamento (1) i con el ausilio poderoso de la escuadra que, no solo haria considerables bajas en las filas gobiernistas, sino que, en caso de derrota, protejeria eficazmente la retirada de los suyos.

Debe advertirse que en la márjen derecha del rio se estiende una série de montículos divididos por hondonadas caprichosas en que es fácil ocultar el número de tropas i aun sus movimientos, i que en el mismo nivel de las aguas hai alguna estension de terreno plano cubierto en parte por tupidos carrizales tras los cuales pudieron ocultarse los rebeldes, en tanto los gobiernistas combatieron a pecho descubierto en las faldas de la ribera opuesta, dado que allí los cerros forman verdaderas barrancas, al pié de las cuales corre el Aconcagua.

* * *

Algunos disparos de cañon de los rebeldes (10.30 A M) advirtieron a los jefes gobiernistas que el enemigo les provocaba i estaba resuelto a tomar la ofensiva.

Procedióse en el momento i con la precipitacion que puede suponerse a tomar posiciones i a elejir los puestos mas adecuados en el mismo terreno.

La escasa artillería armó sus baterías i contestó el fuego.

(1) Los rifles Mannlicher disparan 5 proyectiles en el mismo tiempo que los Gras i Comblain disparan uno.

Poco tiempo despues los disparos se hicieron mas nutridos en ámbas líneas i la batalla se empeñó allí mismo contrariando el plan acordado de no librar combate sino cuando estuvieran reunidas en las alturas de Viña del Mar las tres divisiones de Santiago, Valparaiso i Concepcion.

Las fuerzas gobiernistas, en forma de vanguardia, tan solo debieron hostilizar al enemigo en Concon i replegarse en seguida a Viña del Mar.

No se hizo así, desgraciadamente.

Hubo imprevision, atolondramiento, excesiva confianza en las propias fuerzas, i no tardarian en recojerse los amargos frutos de tamaña imprudencia.

* * *

El combate comenzó con encarnizamiento terrible, con ese denuedo del soldado chileno, mezcla de español i araucano, que lleva en sus venas sangre de bravos, sangre de héroes.

No tardaron en resonar aquellos montañosos parajes con el horrísono estruendo de cien tempestades.

Pronto el humo denso de la pólvora cubrió el espacio i la tupida lluvia de proyectiles sembró el suelo de cadáveres.

Ah! La muerte, con faz escuálida, sonreia espantosamente, esgrimia a diestra i siniestra la horrible guadaña i segaba vidas por centenares!

Como algunos grupos gobiernistas se vieron obligados a subir al cordon de los cerros para escapar a la metralla de la artillería enemiga i de las bombas de la escuadra, los revolucionarios protejidos por esos fuegos, lograron

vadear el Aconcagua sin gran peligro i ascender las faldas vecinas por los puntos accesibles.

El combate se empeñó desde entónces con verdadero furor.

Oh! Al ver la pujanza i denuedo de aquellos hombres, al observar el valor indómito de aquellos rejimientos de leones, concebíase fácilmente que veinte mil de ellos hubieran podido conquistar un mundo!

Las dificultades mismas parecian enardecer el valor de los combatientes, porque en ámbas líneas se peleaba con el heroismo propio del chileno i porque nadie queria ceder un palmo de terreno.

***

Los cuerpos del ejército del órden realizaron prodijios de valor e hicieron retroceder mas de una vez al enemigo. Algunos rejimientos de línea, deseosos de irse cuanto ántes a los manos i acabar con los rebeldes, calaron bayonetas i se lanzaron sobre éstos, imponentes, irresistibles en su pujanza, compactos cual acerado muro.

Si no les hubiese abrumado el número, la superioridad del armamento i la ventajosa posicion de sus adversarios, seguramente habria sido allí mismo aniquilado el ejército rebelde.

Desgraciadamente faltaron las municiones cuando mas arreciaba el combate i cuando los veteranos defensores del órden hubieran podido con su pujanza alcanzar el triunfo de la legalidad i de la Constitucion.

Los ayudantes de campo i hasta algunos jefes de brigada hicieron esfuerzos inauditos para proveer de municiones a los distintos cuerpos.

Mas, ya se ha dicho que las grandes quebradas que separaban a los rejimientos hacian difícil si no imposible tal operacion.

Agréguese a esto que el ala izquierda habia sido casi totalmente destrozada por los fuegos combinados de la infantería, de la escuadra i de la artillería enemiga, i se comprenderá la crítica situacion del ejército gobiernista.

La escasa artillería fué la primera que agotó sus proyectiles i la primera tambien que comenzó a flaquear cuando era mas importante i decisivo su concurso.

Hubo ocasiones en que, para sostener el fuego, los soldados de infantería se vieron obligados a recojer las municiones de sus compañeros muertos o heridos, operacion en que les secundaron eficazmente algunas heróicas mujeres del pueblo.

La caballería, mui superior en calidad a la de los rebeldes, no tuvo campo de accion en aquellos accidentados terrenos.

***

Tampoco se habia hecho el nombramiento de jeneral en jefe del ejército, porque el Ministro de Guerra en campaña, que llevaba las instrucciones del caso, no llegaria a Quilpué sino al terminar el dia.

Lo cual prueba una vez mas que ni el Presidente Balmaceda ni el señor Bañados Espinosa pudieron sospechar que iba a librarse la batalla en Concon, en vez de hostilizar aquí al enemigo i

ocupar en seguida las magníficas posiciones de Viña del Mar.

Por consecuencia de aquella falta de nombramiento, despertóse entre los jenerales Barbosa i Alcérreca cierta competencia, cierta diverjencia de opiniones que no pudo ménos de entorpecer la unidad indispensable de accion.

Sin embargo de tan desfavorables circunstancias, las fuerzas del órden pudieron resistir cinco horas el empuje formidable de un enemigo mui superior en número i en armamento.

***

La derrota se pronunció a las cinco de la tarde i los restos del destrozado ejército se replegaron a Quilpué.

El campo quedó sembrado de cadáveres, especialmente en los puntos ocupados por el ala izquierda gobiernista, donde hubo cuerpos, tales como el San Fernando i el 3.º de línea, que quedaron reducidos a una octava o décima parte de su efectivo.

El desastre fué tremendo, sangriento, acaso irreparable.

Mas los rebeldes quedaron tambien harto quebrantados i no supieron, por impericia o imprevision, aprovechar las ventajas del triunfo.

Habíales quedado espedito el camino para apoderarse de Valparaiso, i no solo no acometieron la fácil empresa, para la cual les habria sobrado con dos o tres mil hombres, sino que perdieron dos dias preciosos, que el Presidente Balmaceda utilizó en reunir en Viña del Mar los restos de las divisiones de Santiago i Valparaiso i la de Concepcion.

La ciudad de Valparaiso habia quedado así libre del azote de la guerra e imperaban en ella las autoridades constituidas.

***

Los asesinatos de los marinos leales i del intendente Viel, el hundimiento del *Imperial*, apresamiento de las torpederas, etc., etc., eran, por suerte, simples invenciones de los partidarios de la revolucion.

En cambio fueron efectivos algunos hechos cometidos por los vencedores durante la batalla i despues de ella, hechos horrorosos que indignan nuestra conciencia de chilenos i que serán condenados por la humanidad entera i por el tribunal inapelable de la historia.

La ambulancia gobiernista fué asaltada por los revolucionarios, i los jefes, oficiales i servidores que no se rendian profiriendo espresiones humillantes, eran bárbaramente asesinados.

El jefe del servicio sanitario, doctor Pinto Agüero, murió a manos de aquellas fieras.

Fué apresado el doctor Perez Font i hasta una cantinera que se ocupaba en vendar las heridas de los soldados, recibió un balazo de los desalmados vencedores.

En una de las cargas a la bayoneta dadas por la infantería gobiernista matáronle el caballo al comandante Waidele.

Este valeroso jefe habia perdido un pierna en la guerra del Pacífico i reemplazádola por otra de goma.

Por tal circunstancia fuéle difíci

herido i a pié, tomar su colocacion con los suyos.

Pues bien, hecho prisionero, un oficial del ejército, que por amargo sarcasmo ha dado en llamarse *libertador*, dijo a su tropa con rujiente voz:

—Ese es uno de los perros mas bravos de Balmaceda!...Mátenle!

Instantáneamente se echaron sobre el prisionero i le asesinaron de la manera mas horrorosa. (1).

(1) Estos episodios se hallan consignados en el pequeño libro titulado «Batallas de Concon i Placilla» del señor Víctor J. Arellano.



XIII

LA BATALLA DE LA PLACILLA

El desastre de Concon preparó la victoria de las armas revolucionarias o sea un desastre mayor, el mas grande e irreparable de los desastres.

El éxito obtenido en la última batalla alentó a los traidores que hacian alarde de entusiasta adhesion al Gobierno constituido i que solo aguardaban ocasion propicia para hacer causa comun con el enemigo.

Con efecto, algunos cuerpos de la division Concepcion estaban vendidos.

Uno de caballería al mando del traidor Tulio Padilla fué el primero que, dias ántes de la batalla de la Placilla, se incorporó a las filas de los rebeldes, i, mas tarde, en el momento decisivo, otros no se batieron i otros levantaron en alto la culata de sus fusiles.

Las fuerzas del órden, bien organizadas i mejor dirijidas ahora, ocuparon al fin las posiciones de Viña del Mar que debieron ocupar el 21.

***

Los directores de la defensa de nuestras instituciones tropezaron en esa vez con una gran dificultad.

Habíase perdido el parque en Concon i no habia municiones. No las habia en Santiago, ni en Valparaiso, ni en Concepcion i sí solo en Coquimbo.

¿Cómo proporcionárselas? ¿Cómo esponer a aquellos miles de hombres, casi desarmados, a las continjencias de un nuevo desastre delante de los ensoberbecidos vencedores de Concon?

Encargóse de esta importante i delicada mision al *Lynch*, i este pequeño esquife hizo rumbo al norte, fondeó en el puerto de Coquimbo, embarcó 500 mil tiros, burló la vijilancia de la escuadra i desembarcólos en Valparaiso, de donde fueron llevados por ferrocarril a Viña del Mar.

El jóven comandante de este torpedero, el intelijente i audaz capitan Alberto Fuentes, acababa de añadir un nuevo floron a su brillante corona de héroe.

Que sus valientes acciones en aquella campaña de deslealtades sirvan de provechoso ejemplo a los militares sin conciencia i sin honor.

***

Preparadas ya convenientemente para el ataque, las fuerzas revolucionarias tomaron posiciones frente a la línea de batalla de los gobiernistas, dejando entre ámbas el estero de Viña del Mar, la poblacion de este nombre i las faldas de los cerros vecinos.

En esta vez las medidas adoptadas por el ejército del órden serian acertadas i obedecerian al plan de operaciones indicado por el Presidente.

Los rebeldes por su parte habian aumentado su artillería i sus batallones con las piezas tomadas en Concon i cor

los soldados que no pudieron huir del desastre i que se les incorporaron despues de la derrota. Sus baterías estaban bien situadas i su línea apoyada por la poderosa artillería de la escuadra, dado que las posiciones que ahora ocupaban ámbos ejércitos se hallaban a corta distancia del mar, como lo indica el nombre de la ciudad en que iba a librarse el nuevo combate.

Situadas en las alturas de los encumbrados cerros de Viña del Mar, las fuerzas gobiernistas contaban ahora con magnífica artillería i hallábanse apoyadas por el fuerte Callao.

Esta fortaleza estaba dotada con algunas baterías de artillería de montaña i con dos magníficos cañones de 9 pulgadas i 10,0000 metros de alcance, i se halla construida sobre un morro casi inaccesible sobre cuyo pié se estrellan constantemente las inquietas olas del mar.

***

En las primeras horas de la mañana del 23, las baterías del fuerte rompieron el fuego.

Los rebeldes contestaron en el acto i no tardaron en colocarse a tiro de cañon i en són de combate el *Cochrane* i la *Esmeralda*.

Los grandes cañones del fuerte Callao hicieron fuego e imitaron su ejemplo las fortalezas Valdivia, Andes, Bueras, Pudeto i Yerbas Buenas, haciéndose nutridísimo el cañoneo entre las naves de guerra i las dichas fortalezas.

El torpedero *Lynch*, que la noche precedente trajera de Coquimbo los 500,000 tiros para el ejército, no quiso permanecer inactivo, se acerdó a la bahía de Viña del Mar i lanzó tambien sus proyectiles a las alturas ocupadas por los revolucionarios.

Esta accion hacia recordar la valiente actitud de la goleta *Covadonga*, la cual desde la poza de Antofagasta hizo fuego contra el *Huáscar*, su formidable enemigo.

Despues de un cañoneo incesante e infructuoso de tres horas, los rebeldes comenzaron a batirse en retirada.

La *Esmeralda* i el *Cochrane* hicieron rumbo a Concon i los jefes insurjentes reconocieron su impotencia para batirse con los fuertes i con la magnífica artillería dirijida por el hábil i valeroso coronel Fuentes.

***

Los revolucionarios adoptaron un nuevo plan, convencidos de que el ejército del órden era invulnerable en aquellas posiciones.

Despues de algunos reconocimientos practicados por el Estado Mayor gobiernista i encabezados por el Ministro de la Guerra, señor Bañados Espinosa, súpose que los rebeldes se habian dirijido a Quilpué. Mas tarde túvose la seguridad, la certidumbre de que su intento era efectuar un movimiento envolvente que les permitiria apoderarse de Valparaiso tomando ántes posesion de la Placilla, punto estratéjico desde el que parten todos los caminos que conducen a aquel puerto, o sea el vértice de un abanico jigantesco cuyos radios tocan las anchas espaldas de la metrópoli del Pacífico.

Por consecuencia de los movimien-

tos del enemgo, las tropas gobiernistas emprendieron la marcha hácia la Placilla en la tarde del 26 por caminos casi impracticables pero tomando una línea mas corta que la elejida por los rebeldes.

Durante algunas horas, a medida que iban acercándose al punto de término, ámbos ejércitos caminaron por líneas paralelas i tan solo a algunos centenares de metros uno de otro. Entrambos tambien, cual dos enormes serpientes de acero, marchaban resueltos a destruirse recíprocamente: uno para impedir el paso a las hordas esterminadoras del Norte, el otro para forzarlo i apoderarse de Valparaiso, su codiciada presa.

* * *

Las fuerzas rebeldes acamparon en la mañana del 27 en la hacienda de las Cadenas, a algunos miles de metros de los gobiernistas.

Estos formaron su línea en la misma mañana en las cerranías que dominan por el lado de Valparaiso el pequeño valle de la Placilla, cerranias llamadas Alto del Puerto, formadas por altos lomajes cortados aquí i allá por hondonadas que permitian resguardar las caballerías i las reservas, verdadera llave del imperio comercial del Pacífico por el interior.

Aquel dia ocupáronse los dos ejércitos en los preparativos de la batalla que se libraria el 28 i que decidiria la terrible contienda entre los que defendian el principio de autoridad, la justicia i la Constitucion, i los que habian comprado con oro las conciencias para arrastrar al pais a un abismo de miserias i de horrores.



La Placilla es una pequeña aldea de aspecto triste i miserable, casi despoblada, con unas cuarenta casas rústicas de pobre apariencia, i se estiende 500 metros al sur de los cerros llamados del Puerto.

Los rebeldes habian elejido sus posiciones en las alturas opuestas, de suerte que la nombrada aldea quedaba entre ambos campamentos.

Los revolucionarios habian desembarcado el dia 20 un ejército de 10 mil hombres, habian sufrido mil bajas en Concon, i sin embargo aparecieron en la Placilla con mas de 11,000, lo que prueba que lo habian engrosado con no ménos de 2,000 gobiernistas.

Este detalle caracteriza la contienda civil de 1891, contienda que ha debido llamarse la guerra *de las traiciones*, como mui acertadamente lo ha dicho Luis Montero, uno de los personajes de esta historia.

El ejército del órden contaba el dia 28 con 9,200 hombres que, dadas sus magníficas posiciones, habrian alcanzado un triunfo seguro si cada uno de ellos hubieran cumplido su deber, mejor dicho si se hubieran batido como chilenos i como leales.

La noche del 27 los rebeldes avanzaron i se situaron en las alturas mas próximas al campamento gobiernista.



Monstruosa, bárbara, cruel exijenci de las guerras intestinas!

Veinte mil chilenos, veinte mil he

manos iban a despedazarse unos contra otros como fieras sedientas de sangre!

Veinte mil combatientes hijos de un mismo suelo, de una misma madre se aprestaban para destruirse con las máquinas de guerra que el injenio infernal del hombre ha inventado para aniquilar a la humanidad!

Veinte mil chilenos, muchos de ellos padres de familia, esposos, hijos amados que con su muerte iban a dejar un vacío irreparable en el hogar, acaso en la indijencia a una viuda desvalida, aprontábanse para destrozarse con encarnizado furor, unos por defender las instituciones, la moralidad, el crédito, el bienestar del pais, ¡los otros por amparar las ambiciones bastardas de unos cuantos, arrastrados quizá por el deseo vehemente de conquistar un rico botin!

Ah! I cuán terrible responsabilidad para los promotores, para los ejecutores de aquel trastorno, para aquellos a quienes no les inspirara ningun ideal justo, ningun sentimiento noble i elevado.

Cuán tremenda responsabilidad para los que en plena paz, en plena i envidiable prosperidad enarbolaran el negro pendon de la revuelta i aplicaran la destructora dinamita al hermoso monumento de nuestras instituciones!

***

Apénas disipadas las brumas de la mañana del 28, i hallándose los rebeldes a la vista, la artillería gobiernista rompió el fuego.

Aquellos contestaron la estruendosa salutacion i no tardó en jeneralizarse el ataque por la artillería e infantería de ámbas líneas.

Tan simultáneas i nutridas fueron las descargas en los primeros minutos del combate, que el humo espeso de la pólvora impidió conocer los efectos de los proyectiles.

Los combatientes, mejor dicho aquellas máquinas automáticas, solo se preocupaban de disparar con acierto sus proyectiles i caian en uno i otro campo cual las espigas abatidas por furioso huracan.

El jénio misterioso de las batallas, envuelto en densas nubes de humo, terrible, feroz, rujiente en su entusiasmo, tocaba con su dedo mortífero las frentes altivas de aquellos leones i les arrojaba en tierra como heridos por el rayo.

¡Cuánto valor, cuánto heroismo, cuánto sacrificio sublime inútilmente consumado en pro de una causa mil i mil veces justa, mil i mil veces sacrosanta!

I por la otra parte ¡cuánta sangre derramada, cuántas atrocidades, cuántos crímines inauditos cometidos para arrancar la banda tricolor del pecho del mas ilustre, del mas magnánimo, del mas noble de los Presidentes de Chile!

***

La artillería de línea, mandada por el bravo coronel Fuentes, causó bajas considerables en las filas enemigas. Sus proyectiles hábilmente dirijidos barrian el campo de los rebeldes i esparcian por doquiera el terror i la muerte.

Los jenerales Barbosa i Alcérreca,

por su parte, condujéronse heróicamente en la accion i dieron ejemplos de bravura i de valor. Los leales e infortunados jefes corrian incesantemente de un punto a otro de la línea, disponiendo lo conveniente para asegurar el éxito, animaban a las tropas i las comunicaban el ardor patriótico que bullia dentro de sus pechos.

Veteranos en los campos del honor, soldados aguerridos en cien combates, conocian que de su denuedo i valentía dependia la suerte de la patria i de antemano habian hecho el sacrificio de sus vidas.

Por eso las despreciaron altivos i jenerosos; por eso sus corazones latian; por eso sus ojos chispeaban de noble emulacion; por eso murieron como leones en el puesto del deber!

I tambien por eso las presentes jeneraciones veneran su memoria i la historia imparcial i justiciera les tiene dedicada ya una pájina brillante en el libro de oro de la patria!

*
* *

Un momento llegó en que las tropas del ala izquierda revolucionaria empezaron a perder terreno i concluyeron por retroceder en desórden. Al mismo tiempo flaquearon en su avance las guerrillas del centro i ala derecha. Mas, reforzadas oportunamente, volvieron al ataque, con lo cual la lucha recrudeció espantosamente en ambas líneas.

Fué preciso hacer avanzar las reservas gobiernistas para decidir la victoria que no tardaria en coronar los esfuerzos de los defensores de la causa de la justicia.

Si en tales momentos hubieran cumplido todos sus sagrados deberes militares, si los cuerpos encargados de defender sus posiciones hubieran permanecido firmes en sus puestos i combatido como leales, con el arrojo i denuedo de chilenos, los rebeldes habrian sucumbido sin remedio, ya que eran rechazados con grandes pérdidas en toda su línea i ya que hasta entónces apénas se habian batido bien poco ménos de dos tercios del ejército legal.

Sin la defeccion de los cuerpos vendidos al oro de la oligarquía, sin el abandono inaudito de soldados que jamas retroceden al frente del enemigo, la faz de los acontecimientos habria cambiado por completo, el pais se habria salvado i las hordas del Norte no habrian asombrado al mundo con sus actos de esterminio i de crueldad.

*
* *

Empero, en esos mismos instantes comenzaron a retirarse los cuerpos de la reserva i los artilleros de las baterías de montaña de la division de Concepcion abandonaron tambien sus cañones.

Al observar esos movimientos, los rebeldes comprendieron fácilmente que la artillería de Fuentes, la que sostenia vigorosamente la batalla, quedaba indefensa, sin proteccion de la infantería i que solo bastaria un esfuerzo para alcanzar el ambicionado triunfo.

En tan críticos momentos para l fuerzas del órden cayó herido el intı pito coronel Fuentes.

Este fatal suceso i el abandono los cuerpos de la reserva i otros dǝ

línea, hicieron comprender a los jenerales Barbosa i Alcérreca el inminente peligro que corria el ejército de su mando.

Estos heróicos veteranos no trepidaron un instante. Avalanzáronse a los cañones i ellos mismos dirijieron las baterías que con sus últimos disparos sembraron de destrozos el campo enemigo.

Mas ¡ai! que serian infructuosos sus actos de valor!

A aquellos bravos i leales jefes tan solo les restaba ya cortos instantes de vida...

Poco despues de las diez los rebeldes dominaban el centro de la línea de los leales, el jeneral Barbosa era acuadrillado i ultimado por los soldados del traidor Padilla, i el jeneral Alcérreca ferozmente asesinado en una ambulancia a la que acababa de conducírsele herido.

Ambos cadáveres fueron mutilados i profanados de la manera mas inícua i salvaje.

***

El abandono criminal de las baterías de Concepcion, el de los cuerpos de la línea i de la reserva, la herida del coronel Fuentes i la muerte horrorosa de los nombrados jenerales: todo eso produjo la derrota inevitable de las fuerzas del órden.

En cortos minutos, de aquel ejército 'llante solo quedaron algunos restos ıpersos que huian en todas direccio-s de la saña cruel de sus implacables ɜmigos.

A las 10.30 A. M. no quedaba un solo soldado en las posiciones gobiernistas. Todos buscaban salvacion i se escurrian por las quebradas tratando de llegar cuanto ántes a Valparaiso. Sabian que los que caian en manos de los crueles vencedores eran ultimados sin misericordia.



Valparaiso, infortunada ciudad, jamas olvidarán tus habitantes pacíficos e industriosos las escenas de horror que presenciaron en la tarde i noche del 28!

Los soldados, por cruel sarcasmo llamados *constitucionales*, proclamaron a gritos que se les habia prometido tres dias de saqueo i, con autorizacion de sus jefes i de la Junta de Gobierno, comenzaron su obra devastadora con un refinamiento de crueldad, con una saña que, ciertamente, excedia lo límites de lo verosímil.

Oh! Aquel cuadro de horrores solo es posible bosquejarlo a grandes pinceladas!

No hai pluma bastante hábil para pintar los incendios o grandes hogueras que iluminaron con sus siniestros reflejos las escenas de barbarie exhibidas por aquellos grandes criminales.

Ensordecian el espacio las incesantes detonaciones del fusil i éstas confundíanse con los ayes de dolor de las víctimas sacrificadas al ódio de los vencedores.

Brillaba por do quiera el puñal del asesino, escuchábanse por todas partes las imprecaciones de los *libertadores* i oíanse aquí i allá los clamores de los perseguidos, de los ancianos, de los niños i de las mujeres.

Estas eran arrancadas de sus hogares, profanadas, violadas i asesinadas en las calles cual si se hubiese tratado de un pais estraño conquistado, cual si vándalos modernos hubiesen entrado a saco en un pueblo de bárbaros, en una ciudad maldita.

***

Los prisioneros de guerra fueron paseados desnudos por las calles de Valparaiso i muchos de ellos entregados al furor de las desenfrenadas soldadescas.

Los cadáveres de los bravos jenerales Barbosa i Alcérreca, traidos espresamente de la Placilla, fueron exhibidos a la espectacion pública i paseados en inmundos carretones de la basura con sus miembros destrozados i en actitud cínica i repugnante.

Al principio se perseguia i se asesinaba a todo el que era tildado de gobiernista i en seguida, en medio de la embriaguez de alcohol i de sangre de aquellos forajidos con uniforme, hízose víctima a los que trataban de resistir sus crueles instintos.

Segun unos subieron a 800, segun otros a 1,000 los cadáveres que de las calles de Valparaiso se estrajeron en la mañana del 29.

A los que simpatizaban con la justa causa del Presidente Balmaceda no les era dado lamentarse ni hacer duelo por la ruina de la patria porque ello equivalia a denunciarse i a correr la suerte de los vencidos. Era preciso vivar a los vencedores para tener siquiera alguna probabilidad de escapar a la terrible venganza.

Hé ahí en pálido resúmen las primicias sangrientas que la culta Valparaiso cosechara de la revuelta armada iniciada el 7 de Enero!

Hé ahí el magnífico presente que los libertadores modernos ofrecerian a aquella desdichada ciudad como una débil manifestacion de sus patrióticos anhelos!



XV

LAS HORAS DE ANGUSTIA EN LA MONEDA

Entretanto [illegible] a la [illegible] empe-ñada, González i [illegible] habian visitado [illegible] veces por [illegible] intervalos la casa de [illegible] i tratado de [illegible] en las horas de angustia [illegible] com-prendidas entre [illegible].

La exitacion de los [illegible] era [illegible] progre-sivamente a medida que se acercaba el desenlace de la [illegible].

Habíase [illegible] el ruido de ca-rruajes desde las tres de la tarde hasta las siete de la mañana i sin embargo en la tarde del [illegible] las avenidas del co-mercio, sus [illegible] i portales hallábanse incesantemente recorridos por nume-rosísimos paseantes ávidos por adquirir noticias o propalar las que les sujería su fecunda [illegible].

No poco esfuerzo se [illegible] a los guardianes del órden pú-blico para dispersar pacíficamente los grupos que por todas partes se forma-ban con frecuencia.

Sabíase que ese dia debia librarse el gran combate, la batalla decisiva, i por lo mismo los ánimos estaban exaltados i pintábanse en todos los semblantes las señales de la incertidumbre i la an-siedad.

Por otra parte, la situacion de la ciu-dad era harto peligrosa.

Con sobrada razon temíase que de un momento a otro estallara un movi-miento sedicioso de los muchos que hasta entónces fracasaron i que ahora [illegible] mejores [illegible] de [illegible].

El [illegible] del [illegible] de las propiedades i de las personas [illegible] [illegible] de la ciudad.

***

—[illegible] que [illegible] —de-cia [illegible] Montt [illegible] del salon de recepciones de la Moneda.

—Es que [illegible] poder [illegible] de esta [illegible].

—Ten presente que nuestro ejército ocupa posiciones magníficas en el Alto del Puerto i que nuestras tropas i nues-tros jefes leales están en deseos de des-truir de una vez las hordas semi salva-jes traidas i capitaneadas por el traidor Canto.

—Recuerda tú tambien el desastre de Concon que ha dado nuevo aliento a los traidores i abatido acaso el ardor de los leales.

—Piensa que en las alturas en que se encuentra nuestra poderosa artillería, al mando de nuestro bravo i heróico coronel Fuentes, somos casi invulnera-bles.

—Ah! Desde la catástrofe de Concon, en que se contrariaron los principios mas elementales de la estratejia i no se siguió el plan acordado, no tengo ya

16

fé en el éxito. Concon ha muerto mis esperanzas i aumentado la sombría tristeza de mi ánimo.

—Pero, amigo mio, sé razonable i recuerda el combate del 23 en que lo ventajoso de nuestras posiciones i nuestras certeras punterías obligaron a los rebeldes a rehuir el combate i a las naves de guerra a retirarse.

—Ya que hablas de la escuadra, debes pensar que nuestros enemigos cuentan seguro el triunfo al apartarse, al abandonar la proteccion i refujio de sus buques. Ningun ejército medianamente organizado i dirijido deja atras sin poderosa causa el camino de la retirada, el camino de la salvacion para entregarse maniatado a los azares de la guerra.

—Es que ellos están obligados a jugar a una sola carta el todo por el todo.

—Olvidas que nuestros enemigos son tahures de mala fé que juegan con naipe marcado i que saben mui bien que saldrá primero que la otra la carta en que acaban de confiar fortuna.
El traidor Padilla ha debido instruir a los jefes rebeldes de nuestros recursos, de la disposicion de ánimo de los que sufrieron la derrota i de muchas otras cosas de suma importancia, favorables para ellos. La defeccion de Padilla, que puede traducirse en una nueva derrota para nosotros, ha determinado seguramente el movimiento último del ejército revolucionario. Yo atribuyo una importancia decisiva a ese fatal suceso.

—Preocupacion, nada mas que preocupacion, creelo, mi querido amigo.

—Dime, Luis ¿no ha pasado por tu mente la idea de que Padilla tenga imitadores en nuestro ejército?

—Mas de una vez, te lo confieso; pero yo no puedo consentir en ello.

—Ah! Nuestra justa causa parece parseguida incesantemente por la adversidad! A pesar de los esfuerzos constantes i enérjicos de nuestro Presidente; a pesar de su bondad injénita i de su jenerosidad inagotable, por todas partes brotan los traidores i me temo que aun aquí mismo, dentro de este palacio, los haya tambien encubiertos i prontos a rebelarse en un momento dado contra su jefe.

—Exajeras los peligros de la situacion. Acuérdate de lo que sucedió hoi a medio dia. Acuérdate que nuestro honorable Ministro Manuel Arístides Zañartu, dando forma a un sentimiento noble de su alma, propuso a S. E. comunicar la noticia de nuestra victoria al mismo tiempo que la de una amplia amnistía. Te pregunto ahora ¿crees que tan jeneroso proceder sea a propósito para concitarnos nuevas enemistades?

—Ya lo sé que nó; i aun cuando el Presidente, los Ministros i otros altos consejeros aceptaron unánimemente tan levantada idea, ello no quita que aquí pueda haber traidores i que se haya perdido la batalla.

—Eres un fatalista incorrejible, querido Juan.

—Puede ser. Entretanto no me negarás que, habiéndose recibido a medio dia comunicacion telegráfica anunciando que a las 7.30 A. M. habia comenzado el combate, es harto sospechoso el que hayan trascurrido cuatro horas sin que se nos participe nuevas noticias.

—A mí no me alarma eso. Nadie

puede prever las variadas e imprevistas peripecias de una batalla.

—Convendria contigo en eso si se tratase de otra clase de combatientes. Mas como sabemos que ámbos ejércitos son de chilenos, o sea de los soldados mas audaces i ardorosos del suelo americano, no es aventurado suponer que el desenlace ha llegado ya. Ahora bien, si nosotros hubiésemos obtenido la victoria, no habria faltado modo para comunicárnoslo a estas horas... La tranquilidad, la sangre fria inalterable de S. E. a mí no me inspira confianza. Yo leo un no sé qué de adverso, un no sé qué de fatal en la serenidad misma de aquella frente noble i despejada.

—Juan, por favor no hables así. Encuentro en tus palabras i en tu acento algo de fatídico, algo de lúgubre que ha llegado a impresionarme en estos instantes solemnes.

—Mis presentimientos funestos, Luis; siempre mis presentimientos!

—Oh! Si ellos se cumplieran, cuántas desdichas preveo para esta patria infeliz, ayer no mas próspera i dichosa.

¡Cuántos proyectos de engrandecimiento nacional quedarian para siempre sin ejecucion! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! Cuántos sacrificios perdidos! ¡Cuánta sangre inútilmente derramada!... Ah! te aseguro que si tan tremendo descalabro llegara a sufrir nuestra causa, seria de maldecir de la suerte, seria de maldecir de la justicia humana!

—Pobre Luis; tú no conoces como la maldad de los hombres que han hecho la revolucion...

Pero discúlpame... Estoi impaciente, nervioso... Déjame bajar a la oficina telegráfica para ver si hai noticias,

—Bajaremos juntos—dijo Montero.

I entrambos se dirijieron a la oficina indicada.

El telégrafo estaba mudo i nada pudo comunicarles.

*
* *

En aquellas alternativas de esperanza i de zozobra, de ilusiones i desconsuelos llegó la noche.

De temperamento nervioso e impresionable, Juan era presa de una tristeza i abatimiento profundos.

Las crueles incertidumbres de la situacion i la muerte reciente de un amigo suyo, muerte orijinada por la noticia del desattre de Concon, habian acentuado, si cabe, sus negros presentimientos.

En tal disposicion de ánimo convino con Montero en ir a casa de las Ramirez.

Aun cuando no conservase ya mas que una vaga esperanza de ser correspondido por Hortensia, el enamorado queria darse un rato de solaz, acaso el último de su vida, olvidar momentáneamente su pena o aliviarse del enorme peso que gravitaba sobre su corazon.

Ademas, él encontraba un placer tan grato en la contemplacion de la jóven beldad, que habria repetido incesantemente sus visitas a la calle de la Catedral, si no se lo impidiese la propia dignidad.

Era tan pura, tan inmaculada la frente de su amiga, tan dulce su mirada, tan armonioso i suave el timbre de su voz, tan bello el conjunto de su ros-

tro virjinal, tan distinguidos sus modales, tan esbelto i elegante su cuerpo, que la contemplacion de su hermosura causábale siempre un embeleso involuntario, una especie de adoracion íntima de la que no le era posible prescindir.

***

—Qué noticias nos traen, amigos mios!—dijo doña Trinidad con voz alterada despues de saludar a los jóvenes.

—Cuéntanos, Juan, todo cuanto se dice en la Moneda—agregó Hortensia.

—Nada definitivo se sabe allá todavía. A eso de las doce comunicaron telegráficamente desde Limache que el combate se habia empeñado en la mañana en las cercanías de la Placilla, i desde entónces no hemos vuelto a recibir noticia alguna del teatro de la guerra.

—Es estraño—profirió la señora con secreta alegría.

—Tanto mas—añadió Hortensia—cuanto circulan por todas partes voces que dan el triunfo definitivo a la oposicion.

—Por mi parte temo mucho que esos rumores se confirmen—replicó Gonzalez enviando a su amiga una mirada melancólica.

—Escucha, Juan—dijo doña Trinidad movida por un sentimiento de compasion.—Si tal fuese la verdad, como todo parece indicarlo, i hubiere para tí algun peligro, te ruego tengas presente que aquí encontrarás asilo cariñoso i seguro.

—Señora—contestó el jóven conmovido— agradezco de todo corazon su jeneroso ofrecimiento, aun cuando espero que el caso no ha de llegar, ya que, por fortuna, vivimos en pais civilizado i ya que en esta contienda los adversarios somos todos hermanos.

—A pesar de todo no hai que vivir mui confiados. La prudencia aconseja tomar medidas de precaucion.

—Sobre todo—agregó Hortensia con interes—tratándose de una persona tan comprometida como tú en la política.

—Eres mui buena para conmigo, Hortensia—replicó el jóven con emocion.—Jamas olvidaré las demostraciones de interes que aquí acabo de recibir de ustedes i que empeñan mi gratitud eterna.

—En cuanto a Luis, puede encontrar refujio en casa de Gregorio, el cual estará ya libre si ha triunfado su causa.

—I lo estará aun cuando se haya perdido!— rectificó Montero con voz enérjica.

—Cómo es eso!

—Ni mas ni ménos. Nuestro magnánimo Presidente ha acordado el perdon i el olvido de los delitos políticos, caso que nosotros obtengamos la victoria.

—Jenerosa conducta!—profirió la señora en un arranque involuntario de admiracion.

—Sí, tan jenerosa cuanto es noble i santa su causa!—añadió Luis.

—Ese hombre es verdaderamente grande!—dijo Hortensia sin poder r-primir su entusiasmo.

—Oh!—replicó Gonzalez—Esas pa labras proferidas por tus lábios borra de una vez la mala impresion que t ideas políticas causaran en mi ánin

—Ellas son hijas de un sentimiento espontáneo i me oirás repetirlas cada vez que se trate de acciones caballerescas.

—Posees un corazon de oro, Hortensia. Solo siento no haber merecido arrastrarte a mi bando para que hubieses sido mi ausiliar, mi mas firme apoyo en las discusiones ardientes que tantas veces se han suscitado durante esta larga i desastrosa guerra civil.

—Consuélete siquiera el hecho de que a última hora me siento inclinada a pasarme a tus filas—dijo la jóven con graciosa sonrisa.

—Ah! Si así fuese, si hablas con sinceridad, llegaria casi a consolarme en mi derrota!

—Vencedor o vencido, no olvides que dejas aquí amigas que te quieren —dijo Hortensia con acento visiblemente conmovido.

—Oh! Nunca podré olvidarlo!—esclamó Juan enviando a la jóven una mirada de gratitud sincera....

Pero es fuerza que nos despidamos para regresar a la Moneda. Si nos lo permiten las circunstancias volveremos aquí mas tarde.

Los amigos se despidieron i se encaminaron silenciosos al palacio.

—Ah!—pensaba Juan en el trayecto —Qué poder tan admirable ejerce sobre mí Hortensia! Cómo una frase de sus lábios, un destello de sus ojos reaniman mi espíritu abatido i le hacen concebir nuevas i sonrosadas esperanzas!...Ella me ama! ..Ninguna mujer tiene espresiones ni miradas tan elocuentes para el hombre despreciado. Ninguna mujer que no esté enamorada se conmueve ante el peligro del amigo que le es indiferente...Yo no se qué pensar, qué creer... Hortensia sigue siendo para mí un enigma. ¿Estaré condenado a no leer jamas con claridad la pájina misteriosa oculta en el fondo de su pecho?...

* * *

En la Moneda reinaba la calma propia de las moradas patriarcales.

Respirábase allí esa atmósfera tranquila i suave que suele observarse en las casas solariegas habitadas por familias nobles i de ejemplar conducta.

Ninguna alteracion habian sufrido sus costumbres.

Los empleados estaban en sus oficinas respectivas, la misma guardia de siempre custodiaba la entrada principal, poblaban los salones los amigos cuotidianos del egrejio majistrado, i éste con su dignidad i cortesanía habituales, seguia atendiéndolo todo i de nada ni de nadie se olvidaba.

La familia del Presidente se sentó a la mesa poco ántes de las ocho de la noche, i nuestros amigos Gonzalez i Montero, como otras veces, tomaron allí su colocacion respectiva.

Durante la comida reinó la mayor cordialidad i no dejó de brillar a veces la sonrisa en algunos rostros juveniles.

Hubiérase dicho que la tranquilidad de las conciencias de aquellos hombres se reflejaba en sus semblantes i les hacia despreciar los peligros de la situacion tremenda que atravesaban.

* * *

Hacia pocos minutos que habia empezado la comida cuando el empleado

del telégrafo pidió permiso para entrar en el comedor, avanzó, se acercó respetuosamente al Presidente i depositó en sus manos un papel doblado que contenia el último despacho telegráfico que el ilustre majistrado recibiera en palacio.

Balmaceda desplegó el papel con naturalidad, leyó su contenido, volvió a doblarlo i lo dejó al lado de su plato, cual si se tratase de algun asunto de secundaria o mínima importancia.

Algunos de los comensales observaron con disimulo el semblante del digno majistrado; mas nada avanzaron porque éste se mantuvo sereno, inmutable, sin que se alterara un solo músculo de sus facciones ni cambiara el color pálido de sus mejillas.

Despues de algun rato el Presidente se levantó i se dirijió a la sala del despacho.

Al pasar cerca del señor Alfredo Prieto Zenteno tocóle lijeramente en el hombro.

Este caballero abandonó a su vez la mesa i fué a reunirse poco despues al Presidente, quien sin pronunciar palabra alguna le presentó a su amigo el telegrama que recibiera en el comedor.

El despacho contenia unas cuantas palabras, pero ellas eran de una significacion terrible.

Hé aquí mas o ménos su contenido:

Desastre completo en la Placilla.

Barbosa i Alcérreca muertos.

***

Momentos despues llegó a la misma sala el ministro Manuel Arístides Zañartu i, en medio de la mayor tranquilidad, acordóse lo que debia de hacerse en esa noche.

El anuncio de aquella catástrofe que desquiciaba bruscamente el sólido monumento de las instituciones chilenas, que desvanecia de improviso tantas nobles aspiraciones, que deprimia la moralidad i la justicia i entronizaba la maldad, que arrastraba a millares de ciudadanos honrados a la ruina, a las cárceles i al destierro, que daba la razon ciega, brutal, estúpida de la fuerza a la perfidia, a la usurpacion, al soborno, a la traicion: todo ese cúmulo de horrores, de trastornos i desdichas, no logró alterar la calma estóica de aquellos hombres superiores, consagrados esclusivamente a la noble tarea de evitar mayores males a su patria.

El Presidente dispuso que uno de los amigos de palacio fuese en busca del señor Eusebio Lillo, a quien mas tarde se rogó que se pusiese de acuerdo con el jeneral Baquedano con el objeto de que éste concurriese a una conferencia que tendria lugar en casa del jeneral Velasquez.

Convínose asimismo en que el jefe del Estado se asilaria por cortos dias en la Legacion Arjentina i su familia en la Legacion Norte-Americana.

Dispúsose que fueran citados a palacio todos los consejeros de Estado, senadores i diputados que fuesen habidos.

El ministro Zañartu se encargó de conferenciar con el decano del cuerpo diplomático, enviado arjentino, señor José E. de Uriburu acerca del aludido asilo, i otro practicó igual dilijencia con el representante de Estados Unidos señor Patrik Egan.

Al mismo tiempo suplicóse a los amigos que a la sazon se hallaban en la Moneda que no se alejasen, porque iba a comunicárseles mas tarde noticias de gran interes.

***

El ministro de la Guerra, jeneral Velasquez, vivia en una casa situada a espaldas del palacio de la Moneda, i hallábase postrado en cama por causa de la fractura de una pierna ocurrida no hacia mucho en una caida de a caballo.

Fatal accidente que privara de los importantes servicios de este ilustre jeneral a la causa de la democracia i que acaso ocasionara el desastre de Concon, oríjen i causa de la catástrofe de la Placilla!

Por tal circunstancia el ministro del Interior, señor Julio Bañados Espinosa, desempeñaba, como se ha visto, provisionalmente el ministerio de la Guerra.

Cuando se le avisó que el señor Baquedano se hallaba en casa del jeneral Velasquez, el Presidente se dirijió allá acompañado de un amigo.

La conferencia proyectada tuvo efecto i reinó en ella la mas perfecta cordialidad.

Tomaron parte en la reunion el Presidente Balmaceda, el ministro Zañartu, el jeneral Velasquez, el ministro Ugalde, que llegó a ella poco despues que los demas, el señor Eusebio Lillo i jeneral Baquedano.

El Presidente reveló al auditorio el astre de la Placilla i espuso que, n cuando contaba en Santiago con 46 hombres de tropa disciplinada i fiel, inclusos 1,100 de policía, capaces de oponer enérjica resistencia a los vencedores, un levantado sentimiento de patriotismo le obligaba a ahorrar nueva efusion de sangre i a dimitir el mando en manos del jeneral Baquedano, allí presente.

Añadió que al fijarse particularmente en el nombrado jeneral para encomendarle las responsabilidades de tan alto puesto, habíale guiado en primer lugar sus honrosos antecedentes i su honorabilidad sin tacha, i en seguida la aceptacion unánime que amigos i adversarios encontrarian en su designacion. Ademas, los principales caudillos de la revolucion se le habian indicado como el único digno de desempeñar con acierto el puesto de honor que iba a confiarle.

***

El jeneral Baquedano asintió a todo con muestras inequívocas de complacencia i satisfaccion.

En cambio de la dimision voluntaria i de la obediencia que las autoridades le prestarian al Presidente provisional, el señor Balmaceda exijió a éste que se respetase al ejército que habia sido siempre leal i que habia obrado en cumplimiento de sus deberes militares, que se resguardase de todo peligro a sus partidarios i amigos i que en ningun caso se atentase contra las personas i los bienes de los ciudadanos en jeneral.

El señor Baquedano aprobó la conducta patriótica del ilustre Presidente i se comprometió solemnemente a cumplir en todas sus partes lo que acababa de pactarse delante de tan respetables testigos.

Aludiendo a la seguridad i afianzamiento del órden público, que de preferencia le preocupaba, i a fin de facilitar al jeneral Baquedano los medios apropiados al objeto, el Presidente le indicó a éste distribuir las fuerzas en grupos en todos los barrios de la ciudad con el propósito de impedir las aglomeraciones de la muchedumbre i evitar posibles trastornos.

Designóle todavía al respetable caballero señor Francisco Echáurren Huidobro para que, si éste lo tenia a bien, le sirviese de secretario i le ayudase con sus luces i con su proverbial rectitud i competencia en las complicadas tareas que le aguardaban.

***

Al terminarse la conferencia i al despedirse, el Presidente recomendó mui especialmente a su madre i le rogó al jeneral que velase por su seguridad.

El señor Baquedano tranquilizó al señor Balmaceda en ese punto como en todos los demas i le prometió que haria custodiar la casa de la respetable señora por una guardia de individuos disfrazados de paisanos, que así no llamarian la atencion.

Confiados en las reiteradas promesas del viejo jeneral, el Presidente i sus amigos se retiraron tan tranquilos como les era posible a hombres que acababan de ser víctimas de un grande e inmerecido infortunio.

De regreso en la Moneda, el señor Balmaceda se ocupó en redactar el decreto de trasmision del mando supremo en manos del jeneral Baquedano i en disponer lo necesario para que su familia se fuese a la Legacion Norte-Americana.

Llegada la hora, el digno majistrado se despidió de su esposa e hijos i se alejó del palacio en carruaje acompañado por el ministro Zañartu, por el intendente Cerda i Ossa i por el señor Luis Antonio Vergara.

En la puerta de la Legacion Arjentina se despidió de sus compañeros, acaso mui distante de pensar que seria eterna aquella separacion.

***

Los inseparables amigos Montero i Gonzalez permanecieron aun en la Moneda hasta horas mui avanzadas aguardando las noticias prometidas.

El movimiento que allí se observó a media noche, la salida de la familia del Presidente i otros trajines propios de las circunstancias, hiciéronles sospechar la terrible verdad.

Por fin se reunieron con muchos otros personajes en el gran salon de honor.

Allí se les hizo conocer el desastre de la Placilla i el pacto recientemente celebrado con el jeneral Baquedano.

Los jóvenes se recojieron desalentados a su casa despues de las 2 de la madrugada.

—Tenias razon, Juan!—decíale Montero a su amigo.

—Lo estás viendo, querido Luis. Hai presentimientos fatales que se cumplen!

—Oh! Cuán horrible desgracia, a. go mio!

—Sin contar todavía las que han sobrevenir.

—Cómo!...... Crees que habrá mas aun?

—Sin duda—murmuró Gonzalez elevando la mirada con profunda tristeza cual si leyese en el brillo opaco de los astros los destinos futuros de su patria. —Sí; yo presiento aun desdichas imponderables, catástrofes inauditas que infunden pavor a mi alma!

—Dios del cielo!.... No sé qué tienes hoi, Juan, que tu acento, que tus palabras penetran cual saetas aceradas en mi corazon!...

—Escucha, Luis— interrumpió su amigo a tiempo que entraban en la casa i se instalaban en la sala de recibo. Tan poca fé, tan poca confianza me inspiran los hombres sin conciencia que no han trepidado en sacrificar a su pais por llegar al logro de sus bastardas ambiciones, que no creo en las promesas del jeneral Baquedano i me avanzo hasta aconsejarte que tome tus medidas en resguardo de tu persona i de tus intereses. Por mi parte, si yo los tuviese en Chile, no estaria tan tranquilo como me ves.

—Oh! De seguro te ofusca la pasion! ¿Cómo te atreves a dudar de la palabra de un caballero, de un militar de honor, de un veterano que se ha encontrado en cien combates, que ha ceñido su frente con los laureles de la gloria alcanzada en guerra internacional, que sabe, por último, lo que vale un compromiso solemne?

[illegible]l jeneral Baquedano es revolucio[illegible] i, por lo tanto, no puede ser hon[illegible].

[illegible]Te engañas, amigo mio. El jene[illegible] un hombre de bien. Pruébalo el [illegible]ho de que nunca quiso encabezar en Santiago una revuelta armada, como varias veces se lo propusieron sus amigos de la coalicion parlamentaria.

—Obró así porque no quiso empañar sus laureles i porque él no necesita de asonadas ni de revueltas para disfrutar de consideraciones sociales i la gruesa renta, que Balmaceda nunca le negó i que otro Presidente mas práctico le habria seguido suministrando con la condicion precisa de su participacion activa en favor de la causa de la justicia.

—Si no quiso ántes empañar sus laureles ¿cómo crees que ahora los arrojará de su frente i comprometerá su reputacion?

—Hoi es distinto porque nada arriesga, porque cuanto mal se haga a los vencidos quedará impune, porque nada hai que temer estando del lado de los vencedores.

—Confieso que tus razonamientos tienen hoi una lójica de acero. Sin embargo, ellos no me convencen.

—Peor para tí, Luis. Créeme, amigo. Yo he visto muchas veces al jeneral en íntima amistad con los conservadores, especialmente con Cárlos Walker Martinez, i temo mucho la influencia perniciosa de esos hombres.

—Algo de cierto hai en todo eso—dijo Casablanca presentándose en la sala.—En todo caso, mi querido Luis, cuenta con un refujio seguro en mi casa.

—Gracias—dijo Montero.

—Los dejo, mis buenos amigos—agregó don Gregorio despidiéndose.—Hasta mañana!

—Haz tus preparativos—agregó Gonzalez insistiendo en su idea—reune tu dinero i tus alhajas, escóndelo todo o

llévalo en tu persona, ármate hasta los dientes, como pienso hacerlo yo, i prepárate a aceptar el asilo que de buena voluntad acaba de ofrecerte mi tio.

—No haré tal. Llevaré conmigo mi revólver i a esto se reducirá todo...... Buenas noches—añadió Luis despidiéndose de su compañero i dirijiéndose a su dormitorio.



XV

EL 29 DE AGOSTO

En jeneral los partidarios, amigos i afectos a la causa liberal-democrática pensaron como Luis Montero, confiaron ciegamente en Baquedano i no se preocuparon de resguardar sus personas i sus bienes de posibles atentados.

La noche corrió silenciosa i tranquila.

Por las solitarias calles solo rodaron de tarde en tarde los carruajes de gobierno i no se percibió otro ruido que el de las patrullas que recorrian lentamente el barrio del comercio central.

Hubiérase creido que la ciudad estaba muerta o profundamente aletargada i que sus moradores se entregaban al descanso fatigados por las vivísimas emociones o fatigas del dia.

Mas ¡ai! que su despertar seria terrible!

El sol del 29 de Agosto alumbraria escenas de barbarie que deshonrarian el nombre de chileno, que avergonzarian a la humanidad civilizada!

Hasta las 8.30 A. M. todo permaneció en calma, ménos en la Moneda donde funcionaba ya el Presidente provisional a cuyas órdenes fueron a ponerse los jefes militares de los diversos cuerpos de la guarnicion de Santiago.

Dichos jefes fueron despedidos por el jeneral Baquedano con la recomenlacion de volverse a sus cuarteles, pero sin que éste les diera las órdenes o instrucciones del caso en resguardo de la tranquilidad pública.

***

Momentos despues fórmanse grandes grupos de pueblo que recorren las calles proclamando el triunfo de la revolucion.

Al mismo tiempo échanse a vuelo todas las campanas de la ciudad; adórnanse las casas con guirnaldas de flores; enarbólase el pabellon nacional en todos los edificios; cúbrense las jentes, los animales i hasta los vehículos con cintas i trapos rojos; brotan de todos los puntos cardinales hordas de descamisados sedientos de pillaje que cruzan las calles exhalando gritos salvajes de victoria i de venganza; surjen por doquiera numerosos capitanes de levita que, lista en mano, conducen a las pobladas al saqueo i destruccion de los gobiernistas i comienza en todas las calles, en todos los barrios el desórden i la anarquía mas espantosa.

El latrocinio i confusion aumentan por instantes.

No son ya grupos mas o ménos numerosos los que invaden la ciudad; son masas compactas, amenazadoras, desenfrenadas, ébrias de alcohol i de sangre que, cual avalancha irresistible, penetran en las casas, roban i despedazan cuanto encuentran. Es el jénio del mal, es el rayo destructor que aniquila, que pulveriza cuanto toca.

I las campanas siguen tocando a rebato, i crujen las maderas destrozadas, i rechinan los hierros, i ensordecen el espacio los ayes de dolor mezclados

con los aplausos i con los gritos feroces de venganza.

***

Las puertas, ventanas i balcones están repletos de espectadores de toda condicion, sexo i edad, cubiertos con los consabidos trapos rojos, i sus ¡vivas! frenéticos a la libertad i a la oposicion, i sus ¡mueras! al tirano i a sus infames satélites apagan los clamores angustiosos de las víctimas del fanatismo político, de las víctimas de aquella cruzada inícua de venganza.

I las señoras ancianas, i las madres i doncellas i los niños inocentes, arrojados de improviso de sus lechos, huyen despavoridos de aquellas lejiones de demonios sin encontrar refujio ni amparo en medio de la horrenda tempestad.

I las hordas desenfrenadas atacan i destruyen, no solo las casas, propiedades e industrias de los gobiernistas, sino tambien los edificios i mobiliarios fiscales, no tardan en invadir los cuarteles i depósitos de armas i en presentarse provistos de municiones i armados de fusiles.

Mujeres, muchachos i hombres de la hez del pueblo, mugrientos, desgreñados corren de casa en casa i salen de ellas cargados con el rico botin que los cobardes vencedores les señalaran como presa de guerra, allí, donde no se libró ningun combate, allí, a 187 kilómetros del teatro de las operaciones militares.

***

Entre esas revueltas muchedumbres habia numerosas cuadrillas de *pechoños* de la hermandad de San José, las cuales robaban i destruian i corrian por las calles al són de campanillas, ni mas ni ménos que si acompañasen a la Majestad divina i llevasen a los enfermos los ausilios espirituales.

I se daba carácter relijioso a aquella cruzada de venganza estúpida, salvaje contra los defensores de un bando político que habia armonizado los intereses del catolicismo con los del Estado, que habia colmado de honores i distinciones a los sacerdotes i prodigado los tesoros nacionales para la reparacion i construccion de los templos!

I hubo muchos jóvenes del gran mundo, de esos que se dicen pertenecer a las clases distinguidas porque llevan un nombre retumbante que, no solo capitaneaban a los saqueadores i los llevaban de casa en casa, sino tambien se confundian con las chusmas a las que disputaban la posesion de ricas alhajas u objetos preciosos de arte.

Aquella tromba humana nada respetó en su furor satánico: soberbios mobiliarios, galerías de cuadros, bibliotecas de gran precio, oratorios con sus imájenes i vasos sagrados, modestos haberes, planteles, jardines i flores, oficinas fiscales, cajas de hierro, libros de contabilidad, joyas, pobres industrias, muebles, carruajes i caballos; todo, todo fué presa de la rapacidad de aquella plebe azuzada por los conservadores o ultramontanos, o sea por los que pretenden ser representantes de la Divinidad en la tierra, por los encargados de predicar las doctrinas sublimes d[el] Evanjelio.

***

Pero lo que verdaderamente horrorizaba era la actitud de las familias afectas a la revolucion que se decian aristocráticas o de alta alcurnia.

Veian invadir la casa vecina i salir de ella a los forajidos cargados de despojos, i esclamaban poseidas de entusiasmo delirante:

—¡Viva, viva la oposicion! ¡Viva la libertad!

Las señoras saqueadas, las niñas i las sirvientas salian de sus casas despavoridas, pálidas, casi muertas de terror, i las familias de los balcones gritaban desaforadamente:

—¡Viva la revolucion! ¡Mueran los defensores de la tiranía!

Algunos hombres tuvieron una idea peregrina.

Estrajeron de su cochera un magnífico carruaje con sus respectivos caballos de tiro. Engancharon éstos al vehículo despues de empaparle en parafina, le allegaron fuego i así ardiendo le hicieron rodar por las calles en medio del entusiasmo estruendoso de la chusma.

A la vista de tan nuevo e interesante espectáculo las familias de las ventanas vociferaban:

—¡Viva la causa de la Constitucion! ¡Vivan los heroicos libertadores! Muera, muera el tirano i sus secuaces!

***

Diez años hacia que el jeneral Baquedano entrara en Lima victorioso al frente del antiguo ejército, el cual tocaba marchas militares i no el himno nacional por no herir el sentimiento patriótico de los vencidos.

Aquella entrada triunfal, aquella ocupacion de la capital del Perú con las tropas formadas en columnas i sometidas a la mas severa disciplina, fué un acto honroso, humanitario, imponente que dió prestijio a Chile i a sus armas i que prestó garantías de seguridad al pais conquistado.

I adviértase que se trataba de un enemigo estranjero i que nuestras gloriosas huestes habian alcanzado una costosísima victoria despues de tres sangrientas batallas en que las bajas se contaron por millares.

I adviértase todavía que hubo traicion i alevosía en el combate de Miraflores i que el teatro de la guerra distaba acaso ménos de Lima que la Placilla de Valparaiso.

Pues bien; el jeneral Baquedano que guardara los fueros debidos a la civilizacion i a la cultura, que dictara en Lima órdenes estrictas para que no se faltase en lo menor a los vencidos estranjeros, que cumpliera entónces con honradez i con altura sus deberes militares, era el mismo que el 29 de Agosto faltaba a su palabra solemnemente empeñada, el mismo que libertara de la cárcel de San Pablo a 360 presidiarios para que celebrasen el triunfo de la revolucion, el mismo que deliberadamente dejaba inactivas las numerosas fuerzas puestas a sus órdenes, el mismo que entregaba a la capital de Chile i a sus propios conciudadanos a las turbas desenfrenadas, ávidas de destruccion i de pillaje.

Acaso ese hombre funesto i débil fuese instigado por los consejos falaces de sus amigos ultramontanos; acaso diese oidos a sus propias inspiraciones i sofocase el grito acusador de su con-

ciencia; lo cierto es que su nombre quedó deshonrado, envilecido i que lo maldicen millares de hombres, de ancianos, de mujeres i de niños a quienes la catástrofe dejó sin pan, sin hogar, sin refujio, sin abrigo.

***

Gonzalez i Montero, casi trasnochados, comenzaron a disfrutar el sueño reparador en las primeras horas de la mañana del 29. Las vivísimas emociones esperimentadas recientemente, el golpe rudo, tremendo de la derrota, la incertidumbre de su propia existencia, la suerte infeliz que divisaban para su patria; todo esto habia prolongado su insomnio i ajitado vivamente sus nervios.

Particularmente Juan estaba sobresaltado i miraba su próximo porvenir con vaga zozobra, ¿Qué sucesos se preparaban para el siguiente dia? ¿Cuál seria la conducta de los que acababan de obtener la victoria? ¿Comenzarian pronto las persecuciones, los encarcelamientos, las venganzas encarnizadas? Ah! no era difícil calcularlo, conocidos los actos de crueldad ejecutados por los vencedores despues de cada victoria! ¿Cumpliria su palabra el jeneral Baquedano? ¿Se mantendria el órden público en la ciudad?...

Hasta los individuos de la servidumbre de Montero se habian levantado esa mañana mas tarde que de costumbre por haber aguardado hasta horas avanzadas la llegada de sus patrones.

Sabiendo que éstos no saldrian de sus piezas ántes de las diez, Tadeo, el sirviente, se permitió echar un paseo por las calles centrales para adquirir noticias, como a eso de las 8.40 A. M.

El buen hombre no tardó en saber el triunfo de la revolucion i en presenciar los primeros saqueos. Como amaba de veras a Montero i al amigo de éste i calculó fácilmente el peligro, corrió a su casa i tomó por la calle de la Moneda, a tiempo que por esta misma calle bajaba una gran poblada.

***

Tadeo apresuró aun el paso i penetró como una flecha dentro del patio esterior.

—Señor, señor!—gritó casi sofocado el buen servidor introduciéndose bruscamente en el dormitorio de Luis.—Están salteando las casas de los gobiernistas i ya vienen aquí cerca los saqueadores!..... Son muchos, muchísimos, patron!

—Qué estás diciendo!—esclamó el jóven saltando de la cama cen los ojos soñolientos i comenzando a vestirse apresuradamente.

—¡Ai, señor, qué va a ser de nosotros!... Si viera usted cómo vienen esos demonios!... ¡Ah, contra ellos no hai resistencia posible!...

—Pronto, pronto!...... Recuerda a Juan!... Que se vista sin tardanza!—gritó Luis como para que le oyese su compañero desde la pieza vecina.

—Estoi listo!—respondió éste abriendo la puerta de comunicacion i presentándose con sombrero puesto i revól en mano.

—Bueno!.... Mejor!.... Luego te i vestido en un minuto...

—No tal. Al acostarme solo me saqué el sombrero i el calzado...

—Señores, por Dios!—gritó de nuevo el criado.—Acabo de asomarme a la calle i he visto a los saqueadores a diez pasos de aquí!... Pronto, pronto por la Vírjen Santísima!... ¿No oyen sus rujidos feroces?.... ¿No sienten las campanas echadas a vuelo?...

—Ya estamos!—dijo Luis empuñando su revólver i saliendo al patio con su amigo.

Tadeo preguntó desde el zaguan:

—Qué hago, señor?...... ¿Cierro la puerta?...

—¿Qué resolvemos?—esclamó Montero lleno de incertidumbre.

—Déjala abierta—ordenó Gonzalez a tiempo que una muchedumbre inmensa invadia el zaguan i penetraba en el interior de la casa.

—Adelante, ciudadanos! — vociferó Juan con enérjico acento i con aire de Neron.—Esos pícaros gobiernistas se nos han escapado, pero yo sabré encontrarlos pronto... Vamos a buscarlos en la vecindad i os los entregaremos...... Entretanto limpiad todo eso, muchachos!

—Vivan los opositores! ¡Viva la revolucion!—contestaron muchas voces.—El capitan de esta partida viene mas atrás, pero dejen paso libre a los patroncitos revolucionarios!

La poblada llenó la casa en un santiamen i nuestros amigos pudieron escapar ilesos.

***

—Qué haremos ahora?— preguntó is cuando ámbos se vieron libres en calle.

—Tú, a casa de mi tio Gregorio; yo, a la de doña Trinidad.

—Eso lo sabia mui bien .. Pero cómo llegaremos a nuestros destinos sin ningun trapo rojo? Ya ves que todos los lucen como pasaporte, como insignia sangrienta en esta nueva i horrorosa jornada de San Bartolomé.

—Nada mas sencillo, amigo mio—replicó Gonzalez deteniéndose.

En seguida gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la libertad! ¡Abajo la tiranía!

—¡Viva! Viva!—contestáronle en coro numerosas voces de los transeuntes i de las familias de las puertas i ventanas.

—Señorita!—añadió Juan dirijiéndose a una hermosa dama que habia allí cerca en una ventana-balcon—¿Seria usted tan amable que quisiera cedernos esos lazos de cinta lacre que la sobran a usted en los puños i que no la hacen falta para realzar su belleza?

—Caballero.... —dijo la dama con alguna desconfianza.

—Ya calculará usted, mi hermosa correlijionaria, que nosotros venimos saliendo del escondite en que hemos estado largos meses por causa de los tiranos...

—Ah, sí! Eso se conoce a la legua!—replicó la dama desprendiéndose las cintas i dándoselas al gobiernista.

—Gracias!... ¡Viva la libertad! Viva la belleza!—esclamó Gonzalez atronando la calle.

—¡Vivan los simpáticos revolucionarios—contestó la desconocida miéntras los jóvenes se alejaban corriendo hácia el norte.

—Sin pérdida de un instante, Luis, afea tu sombrero con esa cinta maldita, que yo haré lo propio sin dejar de correr.

* * *

Nuestros amigos iban por el medio de la calle con el objeto de encontrar así ménos obstáculos en su marcha; sin embargo eran estorbados a cada momento por numerosas pobladas de a pié, por carretones i coches cargados de despojos i por individuos que llevaban a cuestas ya un sillon, ya una dorada cornisa, ya una estátua hermosa, ya un valioso objeto de arte.

Los gritos de venganza i los ¡vivas! a la oposicion eran tan atronadores, el movimiento de las hordas de descamisados tan aterrador, la confusion en las casas saqueadas tan indescriptible, que Luis, fatigado, sudoroso, casi sin aliento se detuvo i díjole a su compañero:

—Ah! Esto no es el desenlace de una contienda política ni el triunfo de un partido sobre otro partido!.... Esto es un remedo horroroso del infierno del Dante!... La parodia espantosa del juicio final!...

—Agrega todavía que esta es la infamia de las infamias... la venganza cobarde i ruin elevada hasta la insensatez... Pero no me negarás ahora que yo tenia razon cuando desconfiaba de ese miserable jeneral Baquedano que ha arrastrado por el lodo inmundo su nombre, su reputacion i sus galones!

—Sí, dices bien.... Maldicion eterna para ese hombre sin dignidad que acaba de traicionar un compromiso solemne!

Los fujitivos llegaron a la calle de la Catedral sin que les ocurriese ningun accidente desgraciado.

—Ea, Luis!—dijo Gonzalez.—Sube dos cuadras i en seguida la escalera de la casa de mi tio, miéntras yo bajaré lo necesario para asilarme donde las Ramirez.

—Entónces, adios!—esclamó Montero abrazando a su amigo.

—Adios!—contestó éste.—Hasta luego o hasta que nos veamos en la eternidad!...

—O en el patíbulo!...



Montero encontró a Casablanca en el camino i ámbos penetraron sin novedad en casa del último.

Gonzalez por su parte encontró un carro urbano que iba de bajada i subió a él. El piso bajo i la imperial iban repletos de pasajeros que, puestos en pié, gritaban desaforadamente i contestaban a las familias de las puertas i balcones.

Cuando el fujitivo estuvo cerca de la casa de doña Trinidad desmontóse, ajitó su sombrero i lanzó la consabida frase de victoria.

—Allí va un gobiernista!—vociferó un transeunte señalando a Juan.

—A él, a él!—gritó Gonzalez indicando con la mano a un individuo que corria como a 30 pasos hácia el poniente.

Los espectadores quedaron perplejos i Juan aprovechó ese instante precioso para lanzarse en el interior de la casa de las Ramirez.

—Dios mio, es Juan!—esclamó Hor-

tensia, quien acababa de reconocer a su amigo, al mismo tiempo que llenaba con su cuerpo el vacío que el jóven dejara al penetrar por la puerta.

—Que no se nos escape!—gritó con voz de trueno el individuo que ántes le denunciara.—Yo le conozco; es uno de los mas terribles secuaces del tirano!

—Miente usted!—replicó Hortensia con un valor i seguridad tal, que infundió la duda en el numeroso grupo allí reunido.—El que acaba de entrar es mi hermano, i en mi familia no hai, felizmente, ningun gobiernista.

—Que se presente para mirarle bien la cara!—dijo uno de los del grupo.

—Sí, sí!— añadieron varios.— Que salga a la calle!

—Señores!—contestó la jóven con entereza.—Si quereis satisfaceros, enviad a uno de vosotros al curato de Santa Ana, que está cerca de aquí, haced venir al cura o preguntadle quiénes son las señoritas Ramirez i cuáles sus convicciones políticas.

—Me parece bien—profirieron algunos.—Así nos desengañaremos de una vez.

—Andad, pues! — gritó Hortensia con imperio.—Que vayan unos pocos i se queden aquí los demas.

—Allí viene el cura!—dijeron algunas voces.—Llega mui a tiempo....

Varios caballeros vecinos, justos apreciadores de la angustiada familia, acercáronse al grupo i trataron de persuadir a los que le componian de que nada habia que recelar de aquella casa, tan conocida en todo el barrio.

El cura por su parte declaró que él se hacia responsable de todo i que los

que amagaban la casa podian proseguir confiados su camino.

El denunciante refunfuñó algunas frases de despecho i emprendió la marcha seguido de la turba.

Hortensia, con su actitud enérjica i su presencia de ánimo, acababa de salvar a su amigo de una muerte segura e ignominiosa.

***

Gonzalez lo habia oido todo desde la pieza vecina al salon de la calle.

Dispuesto a morir, pero a morir matando, tenia un revólver en cada mano i estuvo resuelto a salir a la calle mas de una vez para vender bien cara su vida i ahorrar nuevas angustias a la familia.

Cuando la muchedumbre se alejó, Hortensia fué a ver a su amigo.

Apénas la jóven se presentó en la sala, Juan se arrodilló a sus piés i la besó la orla de su vestido.

— Qué haces, mi pobre amigo?—dijo ella.

—Adorarte!—replicó Gonzalez con voz trémula i los ojos anegados en llanto.

—Eso no vale la pena—profirió la jóven levantando al fujitivo.

—Mucho, mui cruelmente me has hecho sufrir, Hortensia... Mas en compensacion acabas de salvarme la vida, esta vida miserable que con una palabra de tus lábios podrias hacer dichosa!

—Déjate de esas cosas, mi buen Juan... No es oportuno el momento.... Lo que ahora conviene es instalarte tan cómodamente como sea posible.

I diciendo esto arrastró a su amigo

al interior de la casa i le llevó de la mano hasta su misma pieza.

—Descansa aquí, mi pobre proscrito! —díjole.—Este es mi aposento que te cedo gustosa. Dispon de él i de todo cuanto contiene como de cosa propia.

Gonzalez, mudo de emocion, no pudo articular palabra. Tan solo consiguió cubrir de besos la mano de Hortensia i rociarla con sus lágrimas.

La jóven le contempló un instante enternecida. Despues, en un rapto indeliberado de excitacion irresistible, apoderóse de la cabeza de su amigo, besóle en la frente i díjole al oido:

—Juan mio!... Yo te amo!...

I huyó precipitadamente.

El proscrito quedó sorprendido, abismado.

Tántas, tan bruscas, tan profundas emociones le anonadaban.

—I yo que habia llegado a dudar de ese ánjel — esclamó pasados algunos instantes postrándose al pié de un retrato de su amada. — Ah! Pero esta prenda es mia!—continuó incorporándose, desprendiendo el retrato de la pared i cubriéndolo de caricias.—Sí; me pertenece como su corazon. En adelante estarás siempre sobre mi pecho!

I el enamorado despojó la tarjeta del marco que la contenia i se la colocó bajo el chaleco al lado del corazon.

***

Trascurrieron dos horas durante las cuales el refujiado fué presa de emociones estraordinarias.

—Venga ahora la muerte; no la temo!—se decia.—Vencedores infames, desencadenad la tempestad sobre este pueblo pacífico i laborioso!—Que ruja el trueno sobre nuestras cabezas; que corra a raudales la sangre del hombre honrado i del inocente, que a mí solo me arrancareis con la vida este tesoro!

—Otra poblada, mi pobre Juan!—esclamó Hortensia presentándose en el cuarto pálida de terror—Dios mio.... Yo desfallezco!...

—Nada temas, mi dulce amiga..... He visto realizarse mi ambicion mas ardiente i voi a morir bendiciéndote!

I el jóven se puso el sombrero, empuñó sus dos revólvers i se dirijió a la puerta.

—Atras!—gritó Hortensia con voz enérjica interponiéndose delante de su amigo.—No saldrás de aquí... Si tú mueres, te juro que habrá dos cadáveres en vez de uno... I ello será justo, porque te declaro que desde hoi abjuro de mis pasados errores... Porque desde este instante soi gobiernista, soi balmacedista en cuerpo i alma!.... Porque ahora maldigo la revolucion, maldigo a esos bandidos de quienes debe avergonzarse la humanidad entera!

—Oh dicha!—profirió Gonzalez radiante de elegría.—Me amas... perteneces a mi partido... ¿Qué mas podria yo desear?... Pero tu sacrificio seria estéril, mi adorada Hortensia, i es preciso evitarlo a toda costa.

—Tienes razon i solo le consumaré en un caso estremo... Pero déjame pensar...

—Ilumíname, Madre de los Desamparados!—añadió la jóven postrándose al pié de una imájen de Purísima a la que dirijió una mirada suplicante.

—Ah! Qué idea!—prorrumpió en seguida— Espérame aquí un momento.

Hortensia corrió a la puerta de ca-

lle, llamó a Estéban con disimulo, hizo que éste colocara una escala de mano apoyada en la pared de un pasadizo interior cerca de la portañuela que los obreros del gas habian practicado en la techumbre entablada, hizo subir por allí a Juan i cerrar nuevamente la pequeña puerta, i en seguida, ayudada siempre por Estéban, lanzó la escala a la casa vecina por sobre la muralla divisoria, que no tenia mas de dos metros de altura.

La casa de la vecindad habia sido saqueada en la mañana i hallábase a la sazon deshabitada i destruida.

La jóven regresó a la puerta de calle sin pérdida de un instante.

***

Hombres de rostros atezados i siniestros invadian la acera i pretendian entrar a viva fuerza para estraer al infame gobiernista.

Numerosos caballeros, transeuntes i vecinos, habian logrado contenerlos i se esforzaban en persuadir a los mas audaces de que estaban engañados.

—¿De qué se trata?—dijo Hortensia presentándose en la puerta con aire resuelto.

—Pretenden que hai aquí escondido un gobiernista—respondió doña Trinidad trémula de miedo.

—Sí; se les ha puesto que mi pariente es de esa ralea—replicó la jóven.—Pues bien; mi hermano salió hace rato i anda recorriendo la ciudad.

—Queremos cerciorarnos!—gritaron algunos.

—Está bien. Que se convenzan... Que entren cuatro acompañados de estos caballeros i que se rejistre la casa... Adelante, pues!

Cuatro robustos mocetones, acaso cuatro bandidos escapados de San Pablo en la mañana, salieron al frente i se introdujeron en la casa vijilados por otros tantos vecinos.

Hízose un rejistro minucioso en todas las habitaciones, en todos los ángulos, en todos los muebles, en todos los rincones; pero nada se encontró.

Convencidos de que ningun estraño se ocultaba en la casa, los chasqueados perseguidores emprendieron la retirada mohinos i despechados.

—¿Qué les decia yo?—prorrumpió Hortensia triunfante.— Aquí no hai mas que revolucionarios de tomo i lomo... Viva la libertad! Vivan los rejeneradores!

—¡Viva!... Viva!—respondió la turba alejándose.

—Gracias! ¡Oh, gracias, Vírjen Madre de los Dolores!—esclamó la jóven arrodillándose en el pavimento de la pieza vecina.

En seguida se fué al pasadizo i díjole al asilado elevando la voz a la techumbre:

—Ten un poco de paciencia, mi pobre amigo, hasta que se tranquilice la ciudad.

—No te parezca que aquí me hallo tan mal. Estoi abrigado i me siento casi feliz al escuchar el eco dulcísimo de tu voz.

—Me alegro.

—Ven, te lo suplico, lo mas a menudo que puedas. Acabas de salvarme por segunda vez la vida i quisiera tenerte cerca para venerarte como a una santa.

—Te lo prometo. Hasta luego...



Hortensia volvió al cabo de dos horas.

—Díme, siguen siempre los saqueos? —preguntó el escondido.

—Esto es horroroso, Juan. Siguen con encarnizamiento feroz. Acaban de asegurarnos que tambien han sido despojadas muchas casas de industrias de estranjeros ¡i aun de revolucionarios, por equivocacion.

—Si esto se prolonga, no será estraño que se convierta en saqueo jeneral, en un cataclismo en que serian tambien víctimas los mismos autores de estos crímenes inauditos.

—Oh, esto es atroz! Las habitaciones del Presidente han sido saqueadas en la Moneda, la intendencia ha corrido la misma suerte, i la casa de doña Encarnacion Fernandez de Balmaceda, madre del primer majistrado, fué una de las primeras que cayó en manos de los forajidos.

—Pobre señora, a quien tanto ama i venera nuestro desventurado Presidente!

—No es esto solo... Como han sido saqueados algunos cuarteles i depósitos de armas, esos descamisados andan armados de fusiles, rifles, revólvers, puñales etc. i se les ve disparando sus armas por las calles..... Córrese que ha habido ya muchos asesinatos.....

—Oh ánjeles esterminadores! Bajad presurosos de las alturas i vengaos de esos miserables, i protejed la honradez i la lealtad, ya que no hai justicia en esta tierra!

—Dices bien, amigo mio. Esos monstruos, llámense conservadores o liberales, no tienen entrañas, no tienen relijion......

Pero ahora que me acuerdo, tú debes estar en ayunas i son ya cerca de las dos de la tarde..... ¿Qué haremos para subirte alguna cosa? La escala fué arrojada a la casa vecina.

—Ello es fácil, salvadora de mi vida. Enrolla un cordel en el estremo del plumero largo i suspéndelo hasta la portañuela, la cual abriré yo oportunamente.

—Comprendo.

I la jóven, ájil como una chiquilla, practicó en cortos minutos la indicada operacion.

Gonzalez se apoderó de la cuerda, arrojóla al suelo sosteniendo uno de los estremos i luego dijo:

—Ahora, si quieres introducir un poco de pan i una botella de agua dentro de una pequeña cesta i liarla al estremo del cordel, yo no tendré mas que recojer éste para hacer venir a mis manos tu jeneroso refrijerio.

—Aguarda!—dijo Hortensia echando de nuevo a correr.

No tardó en encontrar en el comedor una cesta, en la cual depositó unas cuantas tajadas de jamon i de queso, cuatro panes, una botella de vino Benitez destapada, un vaso i un precioso ramillete que ella llevaba sobre su corazon.

—Ya está, mi querido prisionero!—esclamó la jóven, satisfecha, cuando estuvo en el pasadizo.

—Voi a abrir mi escotillon—contestó Gonzalez haciendo jirar la portañuela i devorando con los ojos a su amad

—Cuán hermosa estás hoi, mi adora carcelera!

—Este es dia de verdades, de rea

dades terribles, no de galanterías... Te prohibo los requiebros.

—Advierte que yo no me permito galantearte, heroina de mi alma. Tan solo te he dicho la verdad, porque te juro que nunca me has parecido mas interesante ni mas bella.

—Basta ya, hablador incorrejible—replicó Hortensia poniéndose ruborosa i enviando una dulce mirada al prisionero.

—Obedezco. Mi lengua enmudece. Mas creo que les será permitido a mis ojos contemplar tu frente de vírjen.

—Bueno, bueno. Haz cuanto quieras... Pero mira tambien dentro de la cesta para que me digas si algo te falta.

—Oh, oh!—prorrumpió Juan cuando hubo ascendido la cesta—Queso... jamon... vino; pero todo esto es un banquete... I un ramillete todavía!... Ah! Va a dejarme sin comer la alegría...Eres un ánjel, Hortensia idolatrada!

—Me voi para que se despierte tu apetito... Adios! Hasta luego!

—Que yo no pueda bajar para adorarte!—murmuró el enamorado cerrando la portañuela.

***

El entusiasmo frenético de los aplaudidores fué amortiguándose a medida que declinaba el dia. A la espansion de aquella alegría loca sucedió el temor, la zozobra, la ansiedad cruel.

No se pensaba ya en la persecucion venganza contra los vencidos por la icion; tratábase de la seguridad i de la vida de todos los ciudadanos.

Habíase permitido al pueblo *esclavizado* unas cuantas horas de solaz, i éste, rujiente, embravecido, inconsciente, máquina ciega de destruccion, como lo son los populachos en todos los paises del mundo, amenazaba arrasarlo todo en su satánico entusiasmo.

Poco a poco fueron apagándose los aplausos a los vencedores, los ecos espontáneos o forzados de millares de corazones que se exhalaban por el miedo o por el fanatismo político.

El comun peligro obligó a cada individuo, a cada familia a cerrar puertas i ventanas i a tomar todo jénero de medidas para resguardar sus vidas e intereses.

En algunos barrios centrales improvisáronse patrullas de vecinos que a veces consiguieron imponer respeto a las pobladas i disminuir los estragos de las terribles avalanchas.

Con todo, los saqueos continuaron durante el dia sin interrupcion en los barrios apartados del comercio principal.

Grupos ménos numerosos recorrian las calles centrales i disparaban sus fusiles en todas direcciones aumentando, si cabe, la alarma en la ciudad.

Densas i opacas nubes cubrian la atmósfera, i una brisa húmeda i fria, precursora de próxima lluvia, comenzó a azotar los semblantes de los transeuntes.

***

A eso de las 4, poco ántes de empezarse el cierra puertas, Hortensia se acercó al pasadizo i díjole a su huésped:

—Mi querido Juan, parece que el

peligro va alejándose i que dentro de poco podrás salir de ese incómodo encierro.

—Harto lo deseo, mi bondadosa amiga, no tanto para andar libremente por el suelo, cuanto para poder contemplarte a mis anchas.

—Pobre amigo; si esas no mas son tus aspiraciones, pronto las verás satisfechas porque yo misma estaré al pié de la escala cuando tú bajes.

—Una súplica, mi ánjel salvador!

—Cuál?

—Deseo que no haya nadie mas que tú cuando yo descienda.

—¿Para qué?

—Para decirte... para revelarte un secreto.

—¿Tambien tú te vuelves misterioso?

—Qüien anda entre la miel...

—Pero tú andas entre las vigas.

—Si, por desgracia. Mas ántes anduve cerca de un ánjel...

—Mi pobre proscrito; ahora no mas se me ocurre que, a no ser que hayas creado alas, no podrás bajar de allí, puesto que no tenemos escala.

—No veo gran dificultad en todo eso. Ello se allanará con que me proporciones una cuerda mas fuerte que la que me sirvió para elevar la cesta.

—No hai ninguna en casa.

—Diantres! Nada gracioso seria pasar la noche metido en esta ratonera.

—Ya tengo la cuerda!—esclamó la jóven con el semblante iluminado por la sonrisa de la alegría.

—Cómo!

—Aguarda un momento.

I Hortensia corrió a la puerta de calle i suplicó a su primo Estéban que fuese en busca de su cuerda de bombero.

—En el acto—dijo el jóven encaminándose a buen paso a casa de su padre.



Antes de veinte minutos Hortensia estaba en posesion del objeto solicitado.

—Aquí está la cuerda, Juan—dijo cuando estuvo en el pasadizo.

—Allá va la cesta—replicó Gonzalez abriendo la portañuela i desprendiendo con cuidado el adminículo que tan oportuno servicio le prestara.

Hortensia recibió la cesta i en su lugar colocó el tahalí de bombero, el cual fué inmediatamente suspendido.

—Espera unos instantes, Hortensia, miéntras yo preparo la cuerda.

—No tengo ningun asunto que reclame mi presencia en otra parte. Puedes hacer con toda calma la operacion. Mas aun. Te recomiendo que lo hagas con la mayor solidez posible a fin de que no haya peligro en tu descenso.

Juan, entretanto, afianzó en una viga un estremo de la cuerda e hizo en la estension de ésta diversos nudos destinados a servir de puntos de apoyo a las manos. Terminado este trabajo, recomendó a su amiga que se apartase a un lado i comenzó el descenso con lentitud.

Hortensia le miraba bajar ansiosa, llena de temores, como suele presenciarse el espectáculo de esas pruebas peligrosas de jimnástica en el trapecio volante.

—Mi amiga, mi salvadora, mi heroina!—esclamó el proscrito cuando estu-

vo en tierra, apoderándose de una mano de la jóven.

—Mi mano es mui poco!—dijo ésta abriendo los brazos.—Mi corazon!...

Juan se arrojó al cuello de Hortensia i ámbos se abrazaron estrechamente.

—Voi a revelarte el secreto—profirió Gonzalez con acento conmovido por la gratitud.

—Vamos a ver,

—Pues bien, te declaro que yo, Juan Gonzalez, diputado, balmacedista, defensor del órden público me he convertido tambien en saqueador.

—No puede ser.

—Si, soi un ladron.

—¿De corazones?

—Nó; de prendas, pero de prendas o reliquias preciosas... Mira!

I el jóven se abrió el chaleco i mostró a su amiga la tarjeta fotográfica de que ántes se apoderara.

—Mi buen amigo, cuántas locuras has cometido hoi i cuántas me has hecho cometer a mí!

—No digas eso, mi bella Hortensia. Ah! Jamas pude imajinarme que la tremenda catástrofe llegara a proporcionarme tánta dicha!

—Ese retrato es tuyo, mi querido saqueador; yo te lo obsequio en memoria de este dia de tan variadas i terribles emociones...... Pero la cuerda no puede quedar así.

—Tienes razon. Tráeme el plumero largo.

Gonzalez hizo de la cuerda un rollo i n el ausilio del plumero introdujo e en el piso de la techumbre i cerró portañuela.

En seguida Hortensia instaló a su amigo en el comedor i fué a reunirse a la familia.

***

Poco ántes de que ésta se sentara a la mesa, la jóven llevó al huésped a una sala vecina i le dijo:

—Conviene que despues de comer te despidas de nosotras...

—Tan pronto!—interrumpió Gonzalez con pesadumbre.

—Así es preciso para desorientar a la servidumbre.

—I debo ausentarme para que los criados... Vamos, no lo entiendo!

—Pero es que no te ausentarás.

—Es decir que me quedo!—esclamó el jóven respirando ruidosamente.—Mas, la verdad sea dicha: Ménos lo entiendo ahora.

—Falta ahora tu despejada intelijencia? ¿No calculas que será simulada tu despedida?

—Acabáramos! ¿Pero cómo quieres que no me confunda si comienzas por hablarme de ausencia? ¿No comprendes que el dolor de la separacion trastorna todas mis ideas?

—Tampoco yo quiero esponerte al peligro ni que sufras.... Conviene que hagas bien tu papel. Te despides, dices que tienes un asilo seguro i que aquí no te encuentras bien...

—Protesto! Eso nunca podré decirlo.

—Nosotras te acompañamos hasta la puerta de calle i en seguida te introduces en el salon i por las piezas interiores llegas al cuarto de la ropa, que tiene claraboya i al que nunca entran las criadas.

—Bravo! A ese cuarto sí que llegaré contento!

—Allí se te arreglará una cama, i lo demas correrá por cuenta de las dos con Sofía.

—Espléndido!... Ahora sí que me despediré confiado i risueño!... Pero cuán buena i previsora eres, mi adorada Hortensia!

—Bueno, bueno!... A la mesa!

***

La comida se hizo al principio monótona, triste. Los espíritus inquietos i sobresaltados ejercian poderosa influencia sobre los estómagos.

Tan solo Hortensia i Juan, los mas dichosos, los mas valientes, comieron con regular apetito.

A los postres se habló de los variados episodios presenciados durante el dia.

—Yo—dijo Estéban—me encontré en la Alameda cuando saqueaban la casa del jeneral Velasquez.

Entré en ella por curiosidad al mismo tiempo que un valiente *constitucional* de apellido Irarrázaval, que iba a caballo. Este Irarrázaval, no el caballo, (o sea los dos a la vez), llegó hasta el dormitorio del jeneral, el cual, como se sabe, estaba postrado en cama por causa de la fractura de una pierna.

La poblada rodeó el lecho, resguardado únicamente por las hijas de Velasquez, i el de a caballo envistió a éste sable en mano con aire amenazador.

Las niñas suplicaban e Irarrázaval se mantenia impertérrito en su empeño por acabar con el sicario de Balmaceda.

En ese momento sucedió una cosa inesperada. Uno de los que rodeaban el lecho, al parecer jóven decente, se abrazó de Velasquez i juró que si atentaban contra su vida, él moriria tambien defendiéndole.

La multitud sorprendida, atónita se apartó de la cama i dejó con vida al jeneral.

—Bravo!—gritó Gonzalez.

—Magnífico!—esclamó Hortensia.

—Cómo!—dijo Estéban con estrañeza—¿Tú celebras, Hortensia?

—Sí, aplaudo una accion noble i jenerosa.

—Yo creia que tú eras de los nuestros.

—Pues te has equivocado. Yo no puedo ser partidaria de los que hoi han cometido crímenes que el lenguaje humano es impotente para calificar.

—Cáscaras! Este si que es cambio brusco!

—Tanto cuanto ha sido mi desengaño.

—¿Cuál?

—Yo creia de buena fé que los hombres que hicieron la revolucion eran honrados, que perseguian un ideal justo, que triunfantes en la lucha, serian jenerosos con los vencidos i que solo pensarian en restituirnos nuestra libertad i en labrar la felicidad de todos sus conciudadanos.

—¿I qué mas ha habido?

—Tánto que el nombre de chileno se ha deshonrado! Tánto que estas persecuciones inícuas claman al cielo! Tánto que tan solo es propio de los tigres esta venganza cobarde contra ancianos, mujeres i niños a quienes de improviso se deja sin lecho, sin pan sin refujio!

--Vaya! Qué cosas tan raras se están viendo!

—Tú lo encuentras raro porque estás ofuscado por la pasion. Yo no estoi en el mismo caso; yo veo las cosas tales cuales son. Por lo mismo puedo asegurarte que ningun hombre honrado dejará de condenar enérjicamente estas persecuciones feroces contra adversarios indefensos que han abrazado de buena fé una causa justa...... Las buenas causas se defienden con valor. con heroismo, con actos de nobleza. Tan solo las causas malditas echan mano de recursos vedados i sus defensores consuman atentados tan horrorosos como los que hemos presenciado hoi.

—Caracoles!...... Advierte que estás echando una escomunion mayor sobre nuestros hombros.

—Algo mas que eso merecen los autores de tantos crímenes.

—Así será, Hortensia... Pero déjame con vida un momento mas para continuar mi narracion.

La actitud del jóven defensor de Velasquez exasperó a Irarrázaval, el cual acometió con nuevos brios al anciano.

Una de las jóvenes Velasquez, valiente muchacha que decia a gritos que se robasen todo lo de la casa pero que dejasen en paz al enfermo, alzó los brazos en defensa de su padre i aun tomó sus débiles manos las bridas del ballo para rechazarlo.

Entónces Irarrázaval montó en cóle- i dió pruebas de poseer acerados ios.

Suspendió a la niña de los cabellos i la llevó arrastrando hasta el medio de la Alameda, donde la arrojó al suelo como carga inútil.

—Infame!... Infame!—vociferó Juan rechinando los dientes de coraje.

—Cobarde!—esclamó Hortensia.

Gonzalez prosiguió:

—¿I entre tantos que presenciaron el espectáculo no hubo un solo hombre honrado que derribara i cubriera de lodo inmundo a aquel miserable?

—¿I no hubo ningun roto heróico que aplastara aquella víbora humana disfrazada con un nombre aristocrático?—agregó Hortensia.

—Ninguno. I ello es natural, ya que nadie osa defender a los caidos porque saben que esponen la propia vida.

—Hé ahí las consecuencias horribles del terror!

—Subiendo por la misma Alameda entré en la casa de don Adolfo Eastman, saqueada en las primeras horas de la mañana.

Podia penetrarse en ella por diversos puntos, porque solo quedaban los claros donde habia habido puertas i ventanas.

Los saqueadores la recorrian en todas direcciones, i, como nada encontraban que aprovechar en aquellas ruinas, salian mohinos i desalentados a la calle.

Yo penetré hasta el oratorio i lo ví arrasado como las demas piezas de aquella lujosa mansion. Era evidente que se habia violado aquel pequeño santuario i hecho presa de los orna-

mentos i vasos sagrados, de las imájenes, estátuas etc. (1).

Confieso que el espectáculo me horrorizó.

—Hai que advertir—añadió Gonzalez—que ese caballero es uno de los mas bondadosos i honorables de Santiago, que no ha cometido otro crímen que el de ser Presidente del Senado en el Congreso Constituyente i que él i su esposa hacian grandes beneficios al pueblo menesteroso. (2).

—Lo único bueno que hoi he visto—dijo Sofía—es la conducta de algunos vecinos que nos ausiliaron en circunstancias bien críticas, i la de mi madre al rechazar la compra de objetos saqueados.

—Sí—confirmó la señora—lo haré siempre así. Jamas mancharé mis manos con la posesion de los despojos de tantos infelices!

—I yo aplaudo su noble proceder!—dijo Juan con entusiasmo.

* * *

—Yo me retiro—dijo Estéban, terminada la comida. De aquí me voi a formar en la Guardia del Orden que se ha improvisado en el barrio.

(1) El mencionado palacio de don Adolfo Eastman, esquina oriente de la calle de Serrano, permanece hoi mismo en el estado en que lo dejaron los saqueadores del 29 de Agosto como una muestra palpable de ignominia, como un recuerdo acusador de los dias malditos del triunfo revolucionario.

[2] Deliberadamente he hecho mencion solo de los saqueos de las casas del jeneral Velasquez i del senador Eastman, porque llenaria gruesos volúmenes si hubiera de relacionar los innumerables ocurridos en todo el pais.

—Que ella no olvide esta casa en que viven mujeres solas.

—No tanto por ahora, ya que Juan las acompaña.

—Yo me voi dentro de poco—contestó éste.

—Entónces, adios. Tendré un placer en vijilar especialmente esta cuadra.

—Gracias.

Trascurridos algunos minutos, Gonzalez se despidió i espresó a la familia su viva gratitud por el asilo transitorio que tan oportunamente se le prestara.

Doña Trinidad se opuso a la partida del proscrito i le hizo ver los peligros que correria en cuanto pusiese el pié en la calle. Mas aquél insistió tenazmente en su resolucion alegando que no era larga la distancia que tenia que recorrer.

La familia acompañó a Juan hasta la puerta de calle. Esta fué abierta i cerrada con ruido, i en suma todo se hizo como de antemano estaba acordado.



Apénas entrada la noche comenzó a caer una lluvia fina que fué gradualmente engrosando i que se prolongó hasta el siguiente dia, que era domingo.

Aquella lluvia fué considerada por muchos corazones aflijidos como un dón celestial, ya que ella contribuyó eficazmente a enfriar el furor de las masas embriagadas por frecuentes libaciones.

La lluvia providencial i las medid espontáneas tomadas por los vecin en diversos barrios, hicieron disminu considerablemente el pillaje en las c lles centrales, si bien se estendió o

recrudecencia inaudita a los suburbios i a los campos.

En las propiedades rurales o quintas vecinas de Santiago i en las haciendas mas lejanas, los saqueadores robaron o despedazaron ganados, muebles, carruajes, máquinas, materiales de construccion, bodegas de licores, galpones, despachos de provisiones, planteles, viñedos, jardines i cuanto podia ser útil a sus lejítimos dueños.

Como los caidos no habian sido bastante escarmentados aun, fué preciso, no solo arruinarlos, sino tambien secarlos en las cárceles, procesarlos i confiscarles sus bienes i sus depósitos en los bancos.

Los individuos que componian las fuerzas destinadas a resguardar el órden público, casi todos ellos adictos a los partidos triunfantes, se ocupaban, no tanto en perseguir i desarmar a los forajidos, cuanto en descubrir los asilos de los desgraciados *dictatoriales*, como empezaban a ser llamados los defensores del derecho i de la justicia.



Aquellos hombres perversos se gloriaban de desempeñar tan innoble oficio, se disputaban entre sí la honra de haber sido los captores de los perseguidos i aguzaban el injenio para inventar todo jénero de martirios contra los que caian en sus manos.

Muchas casas, que por un favor de la Providencia habian escapado a la ola invasora del populacho, fueron violadas por los encargados de protejer las personas i las propiedades.

El sarcástico apodo de *dictatorial* era sinónimo de bandido, de perro hidrófobo o de indómita fiera que era indispensable aniquilar por todos los medios propios de hambrienta jauría.

Se allanaron sin órden judicial casas particulares, edificios públicos i hasta manzanas enteras para descubrir a los aborrecidos proscritos.



LAS PRISIONES

XVI

Grata i envidiable temporada disfrutó Gonzalez servido por las delicadas manos de Sofía i Hortensia.

Verdaderos ánjeles de caridad, estas jóvenes se esmeraron a porfía en endulzar las amarguras del proscrito con atenciones i cuidados esquisitos propios de la delicadeza injénita de la mujer.

La jóven chilena de clase distinguida posee un dón especial, acaso único entre las diversas nacionalidades del mundo, siempre que se trata del desempeño de una mision esencialmente humanitaria. Ninguna es mas amable, ni mas suave, ni mas graciosa, ni mas abnegada. Diríase que en táles casos está en su elemento i que ha nacido espresamente para hacer el bien a sus semejantes i para sacrificarse por ellos.

Objeto constante de tantos cuidados, Juan encontraba pobre, inadecuado el lenguaje humano para espresar lo que sentia su alma. El hubiera querido decir un poema en cada frase, un cántico en cada suspiro de su pecho para manifestar a Hortensia su amor, a Sofía su gratitud ardiente.

Dejaremos por ahora al asilado i a sus amables carceleras i volveremos la atencion a la sala de despacho de la Intendencia.

***

Serian las diez de la mañana cuando se presentó al intendente de la provincia una dama ricamente ataviada, cubierto el rostro con tupido velo negro. Por su traje i apostura parecia ser viuda i pertenecer a las clases elevadas de la sociedad.

La dama solicitó audiencia de aquel mandatario, dijo que tenia que comunicarle noticias de grande interes i pidió ser admitida en la sala a la mayor brevedad posible.

El dicho funcionario despidió a unos cnantos caballeros con quienes trataba de asuntos administrativos e hizo introducir a la desconocida.

—Puede usted tomar asiento i descubrirse, señora — dijo el intendente cuando la dama hubo entrado en la sala.

—Señor, replicó ella—pido a U S. mis escusas i le suplico me permita mantenerme con el velo puesto.

—Yo deseo saber con quién tengo el honor de hablar.

—Trata U S. con una señora que no quiere ser reconocida, porque su nombre no añadiria ningun interes a la revelacion que se propone....

—¿Tiene usted alguna revelacion que hacer?

—I de no poca importancia.... Pero ella la haré a condicion espresa de que no se descubrá el incógnito que quiero conservar.

—Adivino que se trata de dictato[illegible] les—repuso el intendente con cie[illegible] sonrisa que anunciaba su satisfacc[illegible] interior.

—No se ha engañado U S.

—¿I son buenas presas?

—Lo son.

El mandatario reflexionó breves instantes. Entre conocer el nombre de la misteriosa dama i ejercer la venganza atroz contra los vencidos no habia que trepidar. Por consecuencia alzó la voz i dijo:

—Puede usted hablar con velo puesto. ¿Pero me dirá usted el objeto que se propone al dar el presente paso?

—El de salvar a mi pais de dos enemigos mui peligrosos.

—¿Cómo ha descubierto usted sus guaridas?

—Ese es mi secreto, señor, ligado tambien en parte al que quiero guardar acerca de mi nombre.

—Esta mujer es impenetrable—pensó el funcionario—Pero yo no tardaré en descubrir el misterio.

—Comprendo—dijo en alta voz. Hable usted sin reserva, señora.

—Juan Gonzalez, diputado al Congreso i amigo del dictador, hállase actualmente escondido en la calle de la Catedral, número..., casa de doña Trinidad Alvarado viuda de Ramirez.

—Tome usted nota, señor secretario.

—El otro es Luis Montero, tambien amigo del tirano i de Gonzalez, i se encuentra en la misma calle, número ..., en casa de don Gregorio Casablanca.

—¿Está usted segura de los datos que acaba de suministrarme?

—Tanto como del glorioso triunfo alnzado por las armas constitucional.

—¿I si usted hubiese sido mal inrmada i resultaran falsas sus notiıs?

—Me ofrezco a la disposicion de US. i permaneceré aquí hasta que se haya averiguado la verdad, o dejaré a la puerta de la Intendencia mi propio carruaje, por cuyo cochero podrá U S. averiguar mi nombre i mi domicilio.

—No hai necesidad de eso, señora. Puede usted retirarse.

La desconocida hizo una altiva inclinacion de cabeza i salió de la sala.

—Señor secretario,—dijo el intendente—Haga usted seguir el carruaje de la señora. Pronto!

Sonó un timbre, el empleado dió sus órdenes i éstas fueron cumplidas inmediatamente.

***

Una escena de distinto jénero se desarrollaba una hora despues en casa de la familia Ramirez.

—Amiga mia — decia Gonzalez a Hortensia cuando ésta le servia el almuerzo en el cuarto con claraboya—Si alguna vez se descubre mi asilo; si algun dia se me arranca de este paraiso oculto i misterioso en que dos ánjeles me cubren con sus alas, ten presente que aquí bajo las almohadas dejo mi tesoro.

—Cuál?

—Este que no he desteñido aun con mis besos—contestó Juan mostrando el retrato de la jóven.

—Es decir que me le devuelves?

—De ninguna manera.

—¿Para qué le dejas entónces?

—Para que tu imájen adorada no sea profanada por los sicarios de la llamada Excma. Junta de Gobierno.

—Crees que?...

—Sí; creo que si me descubren seré minuciosamente rejistrado.

—¿Debo, pues, guardar la tarjeta para devolvértela cuando hayas salido de la prision?

—Algo mas pudieras hacer, Hortensia, por tu desgraciado amigo.

—I lo haré con sumo agrado siempre que ello me sea posible.

—Me le llevarás a la cárcel cuando allá vayas con tu madre o con mi tio Gregorio.

—¿I si te rejistran nuevamente?

—No es probable, ya que el prisionero político nada puede encontrar en su fria i desmantelada celda.

—Te prometo qne serás complacido, mi pobre Juan... Pero a qué hablar de estas cosas? ¿Quién tiene interes en descubrir tu paradero?

—Ah! Cómo se ve que tú no conoces a los *rejeneradores*!

—Harto los conozco, por desgracia. Mas yo no me referia a ellos, sino a enemigos particulares.

—Yo creo no tenerlos, porque jamas he hecho daño voluntario a nadie. Sin embargo, bueno es vivir prevenido.

—Tu asilo permanecerá como hasta hoi oculto. Yo ruego todos los dias a la Vírjen que te proteja, i tengo fé en que mis súplicas serán escuchadas.

—Sí; seguramente que la divina Señora atenderá los ruegos de una de las vírjenes mas puras i bellas de la tierra. Pero acuérdate de aqnel proverbio: a Dios rogando i con el mazo dando.

—Creo que tienes razon.

—Ademas, en mis horas de soledad i de tristeza, cuando tu presencia no inunda con rayos fulgurosos mis sombríos pensamientos, he reflexionado i he llegado a persuadirme de que no es posible abusar indefinidamente de tu bondad i de que es preciso salir de aquí cuanto ántes.

—Juan—dijo Hortensia con voz triste i quejumbrosa—si no conociera la delicadeza esquisita de tus sentimientos, yo me daria por ofendida con tus palabras.

—Pero, amiga mia...

—Pero, mi querido proscrito ¿crees que nosotras podemos aburrirnos? ¿Crees que no practicamos los deberes de la hospitalidad con agrado, con verdadero entusiasmo? ¿No sabes que pagamos contentas, risueñas, llenas de dulce satisfaccion la deuda sagrada contraida el año próximo pasado en tu hacienda?

—Sí, lo sé, Hortensia amada, porque ahora leo perfectamente en tu mirada los nobles sentimientos que impulsan tus acciones.

—Pues si lees en mi interior, debes saber tambien cuán grande es mi pena al pensar solo en tu próxima ausencia.

La jóven pronunció estas frases con acento alterado i con los ojos preñados de lágrimas.

—¿Seria yo tan dichoso que...?—prorrumpió el jóven con vehemencia apoderándose de una mano de su protectora.

—Demasiado lo sabes!—profirió ésta con voz débil i con espresion de profunda melancolía.

—Mi dulce amiga!—esclamó Gon[illegible]lez—Bien sabes tú tambien que jam[illegible] hombre alguno ha amado como yo [illegible] amo. Bien sabes, Hortensia mia, [illegible] yo lo sacrificara todo, que yo di[illegible]

hasta el alma por vivir eternamente como ahora, viéndote tres o cuatro veces al dia, contemplándote arrobado de dicha, acariciando tus manos... Pero el deber exije esta separacion que se impone dolorosamente a las aspiraciones vehementes de mi amor. Tan imperiosa es esta exijencia, que a veces he estado casi resuelto a salir de aquí para entregarme espontáneamente a mis enemigos.

—Nó; no harás tal. Te secarian en la cárcel esos verdugos. No lo intentarás siquiera, porque yo no lo consiento. Porque yo te lo suplico... Porque yo te lo mando!...

—I yo, tu esclavo, te obedezco! I yo, que te debo la vida, cumplo i acato las órdenes de mi heroica salvadora!

—Así te quiero, sumiso, complaciente... ¿Crees que yo haya pasado tántos sustos, soportado tántas angustias para verte marchar, tranquila, al suplicio? No lo esperes!

—El peligro de muerte ha pasado, Hortensia. En los quince dias trascurridos las ráfagas ardientes de la venganza han mermado su fuerza. Ademas, estoi madurando un plan que ha de sacarme de esta situacion insostenible. Para realizarlo vas a hacerme el favor de mandar llamar mañana a mi tio Gregorio. Deseo ponerme de acuerdo con él en ciertos detalles.

—Cuál es ese plan?

—Mi tio me ayudará a trasladarme a la Legacion Norte-Americana. El señor Patrik Egan es un cumplido caballero e ántes dió asilo a los revolucionas i que no lo negará a los vencidos. allí, cuando lo permitan las nieves la cordillera, me trasladaré a la Reblica Arjentina.

—¿Pero, no es mejor que te quedes aquí? ¿No te encuentras seguro en casa?

—Amiga mia; aquí pueden atraparme un dia u otro, miéntras seré invulnerable en la Legacion de Estados Unidos.

—Está bien. Se cumplirán tus deseos....

La jóven se interrumpió.

Acababan de sentirse grandes golpes en la puerta de calle.

Entrambos amigos prestaron atencion.

***

Estos no tardaron en percibir las voces de doña Trinidad i de Sofía, las cuales señoras sostenian un vivo altercado con un hombre cuyo acento les era desconocido.

El nombre de Juan Gonzalez fué repetido dos o tres veces por la voz enérjica del recien llegado.

Los jóvenes empalidecieron, se enviaron una mirada de ansiedad i se estrecharon tiernamente las manos.

Acababan de comprender lo que pasaba.

—Toda tentativa de ocultacion o de resistencia será infructuosa!—decía un oficial de policía que avanzaba ya por el patio seguido de tres soldados.

—De todo punto inútil — añadió Gonzalez.—Adios, Hortensia...Te recomiendo mi reliquia i unos bonos a ella adjuntos... No olvides mi encargo.... Adios!...

I ántes de que la jóven hubiera podido impedirlo, el proscrito salió al patio i dijo al oficial:

—Yo soi Juan Gonzalez, por quien usted pregunta.

—En tal caso me ahorra usted el trabajo de rejistrar la casa.

—¿Trae usted órden escrita de allanamiento?

—Ni; no se necesita cuando se trata de pícaros dictatoriales como usted.

—Puede usted, señor oficial, cumplir el mandato de sus superiores, pero ningun derecho tiene usted para insultar a un prisionero que no opone resistencia i se somete de buen grado a su autoridad.

Por toda respuesta, el oficial dijo con áspera voz de mando:

—Muchachos, amarren a este hombre, a este perro dictatorial! Se me ha asegurado que es un animal mui peligroso.

—Pero esto es una indignidad, una villania impropia de un pais culto!—prorrumpió Hortensia, pálida de cólera.

—¿Por qué este tratamiento cruel si él no se resiste?—dijo doña Trinidad,

—Nada tienen ustedes que replicar,—añadió el jefe de la tropa.—Muchachos! cumplan mis órdenes inmediatamente

Los soldados se arrojaron sobre el preso i, sin ningun miramiento, le amarraron las manos por detras cual si hubiese sido un ladron o un asesino vulgar.

—No se altere, mi querida señora—dijo Juan—I tú, Hortensia, no te aflijas. Mi martirio ha comenzado, pero yo le sufriré con entereza i con valor.

—Ea, recoje esa lengua i en marcha! —concluyó el oficial empujando brutalmenie al primero i caminando tras él con los tres sayones.

***

En la puerta de calle habia quedado una veintena de éstos, rodeados por una muchedumbre deseosa de ver las facciones del nuevo dictatorial que iba a aumentar el número de los que a la sazon llenaban las cárceles.

Las señoras, entretanto, horrorizadas, habíanse entrado en sus habitaciones para no presenciar un espectáculo que lastimaba las fibras sensibles de sus corazones.

Hortensia, mas indignada, mas conmovida que las otras cubrióse el rostro con las manos i se echó a llorar.

El preso marchó por las calles, mejor dicho se le hizo caminar a empellones i se le cubrió de groseros insultos que las jentes celebraban con estúpido entusiasmo.

—Otro maldito dictatorial a San Pablo!

—Así se les llevara por millares!

—Que se les ahorque en las cárceles para que se estinga la raza!

—Mueran los tiranos!

—Vivan los constitucionales!

—Viva la revolucion rejeneradora!

Tales eran las voces que el desgraciodo prisionero oia en su dolorosa via-crúcis.

Mas de una vez estendió en torno la mirada para ver si encontraba un rostro amigo, un semblante compas[illegible] que hiciese muda protesta de t[illegible] injusticia.

Empeño vano.

Tan solo encontró por doquiera [illegible]

tros airados, encendidas pupilas que lanzaban los rayos de su ira feroz.

Aquellas jentes, fanatizadas por la pasion política, por la ignorancia o por el miedo, no tuvieron una palabra de compasion o de condolencia para el infortunado que defendiera con honradez i abnegacion el sagrado principio de autoridad, el Código fundamental de Chile.

Llegado a la Cárcel se le despojó de su reloj, cadena, alhajas, papeles i dinero, objetos que jamas volvió a recuperar. En cambio se le remató una barra de grillos i se le puso en la mas estricta incomunicacion.

En ese estado permaneció mas de un mes, comiendo unos frejoles detestables, con excepcion de los primeros ocho dias en que solo se le dió agua i un pan negro i duro.

Su encarcelamiento duró mas de cien dias i nunca se le llevó a presencia de algun juez, no se le interrogó, ni se le hizo saber la causa de su prision.

Verdad es que todo eso se consideraba innecesario, inoficioso. Bastaba haber sido defensor del órden público i dela Constitucion del Estado para hacerse reo de los mayores delitos i merecedor de los mas crueles castigos (1).

***

Luis Montero fué arrancado del asilo de Casablanca i tratado con la misma aspereza que Gonzalez.

Exasperado por tantas crueldades e injusticias, don Gregorio corrió a la Prefectura, a la Intendencia i a los Ministerios en demanda de la libertad de sus amigos.

Celebró conferencias con los mas altos funcionarios; espuso mil razones de equidad i de justicia; hizo ver a los vencedores que con el réjimen implantado se deshonraba su causa; que con las fechorías i actos de barbarie cometidos despues del triunfo habia bastante para escarmentar a los vencidos; que el pueblo chileno i los estranjeros estaban escandalizados de tantos horrores; que era preciso ser jenerosos i magnánimos con los hombres que acababan de soportar el rudo golpe de la derrota, la destruccion i ruina de sus hogares, la miseria i el desamparo de sus familias, la pérdida de sus empleos, etc., etc. Mas todos sus esfuerzos fueron inútiles, porque para los reos políticos no habia garantías individuales, no existian las leyes que aseguran la inviolabilidad de las personas i propiedades, ni las eternas e inmutables de la equidad.

Los amigos redentores le escucharon con impaciencia, le miraron de reojo i le aconsejaron desistir prudentemente de sus pretensiones.

***

Don Gregorio era un revolucionario convencido que creia de buena fé en la justicia de su causa i en la éra de prosperidad i bienestar que sobrevendria despues de tan costosísima victoria.

Las crueldades inauditas contra los vencidos en los campos de batalla, los

(1) Por no ser difuso, omito pormenores [que] podrian completar el drama sombrío [desa]rrollado en las cárceles i dar una idea [del] sistema verdaderamente inquisitorial [emp]leado con los vencidos en aquel tiem[po] de terror i de venganza.

asesinatos, incendios i salteos a la luz del dia perpetrados en las principales ciudades i en los campos de Chile, las prisiones a destajo, las confiscaciones, destituciones etc., etc., despues del triunfo comenzaron a minar la firmeza de sus convicciones i a operar en su espíritu una verdadera transformacion.

Poco a poco el desengaño fué matando una a una sus patrióticas ilusiones i concluyó por maldecir enérjicamente la revolucion i justificar la causa de los defensores del derecho.

Muchos hombres honrados hubo que, desengañados, protestaron i abjuraron de sus pasados errores.

Casablanca fué de los primeros que se contaron en ese número i de los primeros tambien en formar resueltamente en las filas de los caidos, en las filas de los ciudadanos abnegados que consumaran sacrificios inauditos en beneficio del pueblo, de las instituciones i engrandecimiento de la patria.

***

—Trinidad— decíala don Gregorio una tarde que daba cuenta a esta señora de sus infructuosas dilijencias—vivimos en unos tiempos...

—De verdadera tiranía, interrumpió Hortensia.

—Exacto!—confirmó Casablanca.—Me has arrebatado la palabra El gobierno de Balmaceda fué un gobierno benigno, progresista, prudente, conciliador. Ni aun durante el estado de guerra, cuando asumia un poder omnímodo, se vieron atrocidades comparables a las ejecutadas en tiempo de paz por esta famosa Junta instituida en Iquique bajo la presion de la fuerza bruta.

—Tio—profirió Hortensia incorporándose i estrechando la mano de Casablanca. Veo que el martirio de tantos hombres injustamente sacrificados nos convertirá o nos ha convertido ya a la verdad. Yo me declaro francamente balmacedista i tengo á honor el participar de las opiniones de usted.

—Mi querida sobrina—replicó don Gregorio—Tienes una intelijencia despejada i un corazon bien puesto... Desde hoi cuenta con mi amistad a toda prueba. Posees mis mismas ideas i convicciones i esto estrechará aun mas los lazos de parentesco que nos unen.

—Tambien yo me siento inclinada en favor de los vencidos—dijo doña Trinidad.

—I yo lo estoi del todo—agregó Sofía.

—Bravo!—gritó Hortensia palmoteando.

—Excelsior!—esclamó Casablanca oprimiendo en un solo nudo las manos de las tres señoras reunidas en un acto espontáneo de entusiasmo i simpatía.

—Gracias a Dios!—dijo doña Trinidad despues de breves instantes—Ya no habrá divisiones entre nosotros!

—Una cosa me preocupa hondamente—agregó Hortensia.

—Cuál?

—La suerte de ese hombre magnánimo tan cruelmente perseguido por el infortunio.

—Ah! Desgraciado Balmaceda si [illegible] gran apoderarse de él aquellas fiera[illegible]

—Que la Vírjen le proteja!—[illegible] Sofía.

—Que Dios omnipotente le defienda!—añadió doña Trinidad.

—Yo no sé por qué—dijo don Gregorio—he dado en compadecer, en querer entrañablemente a ese hombre tan calumniado, tan bueno i tan jeneroso.

—I mucho mas le querria usted, tio, si supiese lo que respecto a la nobleza de su alma me han contado nuestros amigos Juan i Luis.

—Ah! yo temo una nueva catástrofe, porque para esos chacales hambrientos ya no hai virtud, honor, dignidad ni ningun sentimiento elevado. Para ellos no hai mas que desenfreno, sangre, sed de destruccion i de venganza.

—¿I ha logrado, tio, ver a los prisioneros?—preguntó Hortensia.

—Imposible; están rigorosamente incomunicados.

—¿Quién descubriria el asilo de esos desgraciados? Muchas veces me he preguntado esto mismo sin poder atinar con la respuesta.

—Van a saberlo ustedes; pero ello será a condicion de que me guardarán el secreto.

—Lo prometemos—dijeron simultáneamente las tres señoras.

—En una de mis primeras conferencias con el intendente, este funcionario me dijo que una señora se habia presentado ex-profeso a denunciar el domicilio de los dos dictatoriales. Añadió que ella no habia querido alzarse el velo que cubria su rostro i que, como iba a prestar un servicio importante a patria, él habia consentido en la exi- ıcia de la denunciadora. Solo que al spedirse ésta, el intendente habia te- ido la precaucion de hacer seguir el rruaje que la conducia. Contestando a mi pregunta, el jefe de la provincia me reveló el domicilio de la señora, la cual vive... A que no adivinan ..

—Nada es mas sencillo—interrumpió Hortensia—Calle de la Compañía, número...

—Eso es!

—La casa de Zoila—esclamaron doña Trinidad i Sofía.

—La misma.

—Esa mujer es mala—dijo la señora.

—Tiene entrañas de fiera!—añadió Casablanca.

—Con decir que es revolucionaria fanática, está pintada de cuerpo entero.

—Que Dios la perdone—dijo Hortensia.

—Hé ahí los frutos de esa revolucion desquiciadora que ha estraviado a tantas jentes sensatas i pervertido hasta a los ministrosdel altar.

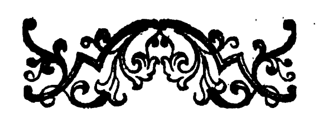
—Horror!—esclamó doña Trinidad —Hasta ese punto ha llegado la perfidia de los unos i la mala fé de los otros.

—Escucha—añadió Casablanca con voz grave— Antes del triunfo de la revolucion yo creia en la honradez i acrisolada virtud del partido conservador i del clero. Yo creia que nuestros sacerdotes eran sin excepcion verdaderos apóstoles del Evanjelio, verdaderos ministros de una relijion de paz i de concordia, verdaderos hombres de bien ajenos a las ambiciones i miserias terrenales. Pues bien, desde el 29 de Agosto mi fé relijiosa se ha enfriado i ahora miro con desprecio a ese hato de farsantes, a esos modernos fariseos que trafican con las conciencias, esplotan

la ignorancia del vulgo i abusan de su sagrado ministerio para ejercitar la venganza ruin i llegar al logro de sus bastardas ambiciones.

—No digas eso, Gregorio—replicó la señora escandalizada.

—I aun cuando yo no lo diga, ello está en la conciencia de todo el mundo, ya que los hechos han sido públicos i ya que la cuestion relijiosa no ha tenido relacion alguna con la contienda política.



XVII

BALMACEDA

Habia llegado el momento terrible del desengaño, del desastre inesperado que tronchaba de un solo golpe las esperanzas de un triunfo casi seguro!

Los esfuerzos estraordinarios hechos por el señor Balmaceda durante ocho meses de consagracion incesante a los intereses de la guerra; sus prolongados i penosos insomnios; sus angustias i zozobras; la vasta organizacion de un ejército numeroso i bien disciplinado; sus acertadas medidas de prevision' todo, todo habia caido al fin derribado por el soplo de la fatalidad que lo perseguia sin cesar. Todo el inmenso edificio construido a costa de tantos sacrificios se convertia de improviso en un monton informe de humeantes ruinas. Todo, todo lo habia anonadado en unas cuantas horas la impericia i la traicion!

El cumplimiento de un deber ineludible habíalo obligado a sostener con inquebrantable entereza aquella guerra a que habia sido arrastrado por sus enemigos. Ese deber se imponia a su conciencia i a la vez se derivaba de un mandato espreso de la Carta Fundamental que le ordenaba mantener el órden público interior i la seguridad esterior de la República, guardando i ·ciendo guardar a todos la Constituon i las leyes.

El señor Balmaceda podia descansar ı la confianza de que habia puesto ›dos los medios de su parte a fin de debelar el movimiento revolucionario que estaba arruinando al pais.

Mas tambien ¡cuán caro le habia costado i le costaria aun el cumplimiento de aquel deber sagrado!

No podria ya descender tranquilo del alto puesto que ilustrara con su talento, con su actividad, con su trabajo ímprobo i penoso de cinco años!

No podria disfrutar el sosiego apetecido, la calma necesaria, el descanso iudispensable despues de labor tan tan abrumadora!

No podria volver ya a su antiguo ho, gar, querido de sus deudos i amigos· respetado por el pueblo al que colmara de beneficios!

*
* *

I acaso ese mismo pueblo, estraviado su criterio, ofuscado por el éxito de sus enemigos, maldeciria su memoria i la cubriria de improperios inmerecidos!

Acaso estuviese condenado a ser víctima de la perfidia e ingratitud de los hombres sin encontrar nunca en su camino la justicia severa que castiga al culpable, que absuelve al inocente i premia i honra al que ha consagrado gran parte de la existencia a labrar la felicidad de la patria!

Ah! todo un pasado de labor fructífera, toda una vida de sacrificios útiles a su pais, toda una vasta red de obras i de monumentos imperecederos que-

darian para siempre olvidados, desconocidos!

En su odio feroz, sus enemigos tratarian de borrar de las láminas de bronce de la historia el nombre grande e ilustre del autor de tantas maravillas!

I todavía su brillante porvenir quedaria destruido i su presente reducido a una existencia impregnada de disgustos, henchida de amargura!

Haber ocupado el puesto mas prominente de la República, haber vivido desde la cuna con el regalo que dan la encumbrada posicion i las riquezas, i i verse de improviso aislado, solo, separado de la familia i de los amigos, obligado por la fuerza incontrastable de los acontecimientos a mendigar un asilo bajo estranjero pabellon!

Ah! cuánta amargura debió rebosar de su corazon bondadoso, derramarse dentro del pecho i ahogar sus jenerosos latidos!

Seguramente no ha existido otro hombre a quien hayan oprimido injustamente tántos, tan acerbos, tan múltiples i tan profundos dolores!

***

Asegurado el órden i la tranquilidad de Santiago, segun el pacto acordado con el jeneral Baquedano, el señor Balmaceda nada tenia que hacer en la Moneda i se despidió de su familia para encaminarse a la Legacion Arjentina.

Aquella brusca despedida, si bien penosa como toda separacion, acaso fuese transitoria i de corta duracion, ya que en las luchas entre hermanos las pasiones se enfrian pronto despues de la victoria, i ya que no era posible que esas pasiones revistieran caractéres de crueldad impropios de la índole jenerosa del pueblo chileno.

Ademas, segun la Constitucion el Presidente de la República solo podia ser juzgado i condenado por el Congreso en la forma establecida en los artículos 74 i 84 hasta el 91 inclusive.

Antes de separarse de su familia, el Presidente Balmaceda notó que no tenia dinero i lo pidió a su digna esposa, quien puso en sus manos algunos billetes de banco.

Precedente es este digno de observacion, que prueba la honradez i pureza del gobierno del señor Balmaceda.

Con efecto, el primer majistrado de la nacion, el que habia dispuesto de injentes sumas, el que habia distribuido millones en sofocar la revuelta armada i en las grandes obras llevadas a cabo i en construccion, no tenia un solo billete con que atender a las necesidades de la vida en tan anómala situacion.

Aparte de todo eso, su propia fortuna, que no era mui crecida, hallábase grabada con un crédito de 90,000 pesos; de suerte que sus haberes, léjos de haberse acrecentado durante el período legal de su gobierno, habian sufrido un menoscabo considerable.

***

El asilo solicitado i otorgado por e señor Uriburu habia sido por corto dias.

Estos le permitieran al President aguardar con ciertas seguridades lo

acontecimientos, de los cuales, contando con el decidido concurso del jeneral Baquedano, esperaba una solucion que quizá no fuese del todo adversa a su causa.

El honorable Ministro arjentino habia accedido sin vacilar a la demanda de asilo, si bien en alto grado sorprendido del desenlace de la terrible contienda.

El Presidente de Chile llegaba así en medio del silencio de la noche a la hospitalaria casa, calle de Amunátegui, número 47, distante dos i media cuadras de la Moneda, sin mas aparato i sin mas compañía que tres amigos de confianza.

La amabilidad esquisita del señor Uriburu debió ser un lenitivo para el hondo pesar del ilustre proscrito en los primeros momentos de su instalacion en el jeneroso refujio. Empero cuando se vió solo en una casa que no era la suya, cuando contempló su aislamiento, su abandono, su separacion absoluta de toda amistad i parentesco, cuando se vió, por decirlo así, fuera de toda participacion en los actos de la vida social, su corazon debió esperimentar un sacudimiento profundamente doloroso.

Qué transformacion tan inesperada, tan brusca, tan terrible acababa de operarse en su desgraciada suerte!

Qué mutaciones tan tremendas de escena ofrece a veces el teatro de la vida política de las naciones!

Apénas hacia unas cuantas horas ue el señor Balmaceda ocupara con onra i prestijio el puesto mas encumbrado de su pais; apénas hacia unas cuantas horas que rijiera los destinos de una de las repúblicas mas prósperas del continente sud-americano, i encontrábase ahora proscrito, pisando el suelo hospitalario de un representante estranjero i casi a merced de sus mas encarnizados enemigos!

***

He dicho que el señor Balmaceda se encontraba solo i debo rectificarme en este punto.

Nó; no estaba solo el desventurado estadista. Acompañábanlo un mundo de pensamientos, ora sonrientes como la aurora sonrosada del comienzo de la vida, ora tristes, sombríos, cual los forja a veces negro presentimiento.

Acompañábanlo las mil i mil decepciones soportadas durante su existencia, las mil i mil perfidias de que habia sido la víctima obligada, las mil i mil infamias que con ánimo sereno habia contemplado i que acababan de arrastrarlo al precipicio.

Acompañábanlo tambien, cual inesperado oasis en medio de árido desierto, el grato recuerdo de los amigos que le habian sido fieles, de los que con él habian compartido sus pesares i alegrías, sus peligros i sus azares, de los que habian rendido la vida en los campos del honor por defender la causa suya, que era la causa de la justicia.

Mas, ese mismo recuerdo de los buenos aumentaba todavía su honda pena.

Habian sido estériles los sacrificios consumados, las vidas inmoladas, la sangre vertida, la lealtad, la abnegacion de numerosas víctimas.

Ah! Todo habia sido inútil, todo caia

ahora sobre su cabeza con peso abrumador!

No era eso solo.

Las terribles consecuencias que él empezaba a soportar por causa del desastre de la Placilla caerian tambien fatalmente sobre los miembros de su familia i sobre los numerosísimos empleados civiles i militares de toda la República.

I cuántos de éstos ¡ai! maldecirian quizá su memoria i lo harian responsable de sus desgracias!

En verdad que todo ese cúmulo de desdichas era capaz de abatir al corazon mas entero i perturbar el ánimo del mas frio.

***

Dotado de una organizacion privilejiada i enérjica, habituado a un trabajo cuotidiano al que no daba reposo ni en las horas apetecibles del sueño, el señor Balmaceda veíase ahora obligado a forzada inaccion i a concentrar la actividad de su espíritu en la contemplacion del sombrío cuadro que acabo de bosquejar

Las calles permanecian silenciosas i solitarias. Ni un leve rumor ni próximo ni lejano alteraba aquella calma semejante a la de un campo santo. Solo a intervalos percibíase la nota melancólica de la campana del reloj del cuartel de Cazadores que anunciaba periódicamente la marcha impasible del tiempo.

Miéntras Santiago yacia adormecida en aparente sopor ¿qué suerte habria corrido Valparaiso? ¿Qué de horrores i desastres habria tenido que lamentar ese pueblo jeneroso? ¿Qué de nuevos crímenes habrian cometido allí los crueles vencedores de Pisagua, Iquique, Pozo Almonte i Concon?

Los fieles i bravos jenerales Barbosa i Alcérreca muertos! Tánta lealtad, tánto heroismo, tántos i tan cruentos sacrificios estérilmente consumados!

Cuántos otros jefes, oficiales i soldados habrian sucumbido en la última jornada!

Qué habria sido de sus amigos Claudio Vicuña, Julio Bañados Espinosa, Oscar Viel i tantos otros!

Ah! Qué de horrores presentia el corazon leal del desventurado Presidente!

***

Hasta entónces la fuerza enérjica de su voluntad habia dominado la materia i conseguido relegar a lo mas recóndito de su pecho las emociones naturales de que el corazon humano no puede prescindir. Habia hecho abstraccion de sí mismo para atender tan solo a sus deberes de mandatario previsor, de hijo amante, de leal amigo, de padre afectuoso.

Empero, sin testigos ahora, aislado, frente a frente con su propia desgracia, la naturaleza habia recobrado su imperio i el hombre sus debilidades; si debilidad puede existir cuando se siente profundamente el golpe rudo que troncha para siempre un noble ideal largo tiempo acariciado, por el cual se ha sostenido dolorosa i prolongada lucha.

En tal disposicion de espíritu ¿habria podido el señor Balmaceda sent un momento de calma i de reposc ¿Habria podido entregarse al descan del cuerpo cuando su mente trabajal

sin cesar mirando siempre delante de sí el sombrio panorama que por todas partes le rodeaba con sus figuras enlutadas i sangrientas?

Nó! No era posible que el infortunado Presidente disfrutase un instante de tranquilidad.

El sueño huia espantado de sus párpados, i sus ojos, abiertos siempre por la fuerza irresistible del espíritu, debieron vagar inconscientes por los ámbitos de la reducida habitacion, convertida para él en anticipada tumba.

***

El señor José E. Uriburu habia destinado al Presidente Balmaceda un departamento del segundo piso, amueblado con decencia, situado al lado norte de la puerta principal de la Legacion Arjentina. Componíase este departamento de dos piezas, una al fondo, destinada a dormitorio, i la otra a sala de recibo con puerta balcon a la calle de Amunátegui.

Rufina Lagos, antigua i honrada sirvienta, chilena, de 42 años de edad, hallábase encargada de confeccionar en anafres la comida al ilustre huésped i practicar en las habitaciones los oficios de camarera.

Esta buena mujer, de lealtad probada i de corazon excelente, servia con esmero i acaso con íntima compasion al que habia sido, jeneroso en la grandeza i seguia siendo digno en la desgracia.

Por uno de esos caprichos raros del destino, Rufina Lagos, destinada a servir i, por decirlo así, a contar uno a uno los latidos del corazon del mártir, debió contemplar tambien con veneracion imprescindible la personificacion de un grande infortunio.

Acaso ella no se diera cuenta cabal de sus propios sentimientos; pero cada vez que se ponia en contacto con el noble huésped debia contemplarlo con ese respeto invencible con que se mira al jigante derribado, a la augusta majestad caida.

***

Poco a poco fueron invadiendo las habitaciones los azulados resplandores de la nueva aurora i disipando las sombras de aquella noche de zozobras.

Aquella luz diáfana i pura, precursora de hermoso dia, traeria acaso horas de calma a los espíritus inquietos i perturbados de los vencidos.

Acaso en esos mismos momentos, en cumplimiento de un compromiso solemne, el jeneral Baquedano lo habria dispuesto todo convenientemente a fin de que no se alterase el órden público en la ciudad i de que pudiese instalarse el gobierno revolucionario sin perturbaciones i sin trastornos.

Acaso la victoria decisiva de la Placilla inspiraria a los vencedores sentimientos nobles que los impulsarian a obrar con jenerosa hidalguía.

Acaso los vencidos podrian así en no lejano dia darse el abrazo de fraternal reconciliacion con sus enemigos de ayer.

Empero el ilustre próscrito, que desde largos meses marchara por interminable via-crucis de amargas decepciones, hallábase condenado a soportar aun cruelísimas e indecibles torturas.

***

Percibiéronse poco a poco esos ruidos peculiares en una ciudad que despierta a la vida, tales como el rodar estrepitoso de algunos coches del servicio público, el de los carretones de los lecheros i panaderos, el chirrido metálico de los carros del ferrocarril urbano de la línea de Agustinas i los herrados cascos de algunos caballos.

De pronto siéntense carreras precipitadas de carruajes, de hombres de a caballo i de a pié, i en seguida grandes gritos de alarma confundidos con los clamores metálicos de las campanas.

Al mismo tiempo cúbrense las casas de banderas i de adornos, i las jentes, cubiertas de rojos atavíos, corren en todas direcciones lanzando gritos atronadores de victoria i de venganza.

A la tranquilidad i silencio de las primeras horas de la mañana habia sucedido una algazara infernal de esclamaciones de muerte, de ¡vivas! estruendosos, de disparos de cohetes, de carreras desenfrenadas i ahullidos feroces.

A los gritos de ¡viva la oposicion! ¡mueran los gobiernistas! ¡viva la libertad! ¡abajo el tirano Balmaceda! habian comenzado los saqueos simultáneos en todas las casas de los defensores del órden.

***

Cuando el desgraciado Presidente percibió los múltiples clamores de las campanas, cuando sintió las carreras desenfrenadas, los gritos i la algazara del populacho debió fácilmente calcular que acababa de hacerse público el desastre de la Placilla.

Aun cuando su alma enérjica i varonil estuviese preparada para recibir este golpe, previsto ya desde algunas horas, su corazon debió sufrir un terrible sacudimiento.

Aquellas campanas echadas a vuelo proclamaban la victoria de los rebeldes, sus enemigos encarnizados.

Aquel regocijo frenético, loco, parecido a una inmensa bacanal; aquellos gritos, aquellas carreras, aquellos ¡vivas! eran las señales ostensibles del desquiciamiento del órden constitucional, el anuncio estrepitoso de la caida de un coloso, cuyo pedestal acababa de ser traidoramente minado.

Era el edificio inmenso, construido por la labor infatigable del gran majistrado, que se desplomaba i se derribaba violentamente i cuyos ensangrentados fragmentos recojia alborozado un pueblo insensato, fanatizado, azuzado por caudillos sin conciencia i sin honor.

Lo que aquellos hombres aplauden es el desastre, la caida del mas noble i grande de los Presidentes de Chile, es la ruina del liberalismo honrado, fiel a sus principios i a su bandera, es la ruina de los defensores del derecho, es la sangre preciosa derramada en los campos del honor.

I triunfaba el cohecho, la traicion tenebrosa, la perfidia insolente i descarada!...

Ah! El ilustre mártir no debia esperar ya justicia en la tierra!

Tan solo le restaba la justicia de Dios; i ésta vendria tremenda acaso, tardía, mas no la verian sino sus descendientes o los descendientes de sus amigos!...

***

Pero aquellos ruidos siniestros se prolongan demasiado.

No son ya gritos humanos: es el huracan, es el trueno, es el rayo destructor que hiere i mata, es la avalancha que todo lo arrasa en su vertijinosa carrera, es el volcan cuyas lavas incandecentes sepultan el principio de autoridad, el órden constitucional, el derecho sagrado de la propiedad!

Es que la ciudad de Santiago, la tranquila i culta capital de la República, ha sido entregada al pillaje.

El desventurado proscrito, colocado cerca de la puerta del balcon de la calle, ve pasar las hordas enfurecidas llevando a cuestas los despojos de los vencidos. Sabe que están persiguiendo a sus correlijionarios políticos, a sus parientes i amigos, i no tarda en reconocer algunos muebles del menaje de su madre querida llevados en triunfo por el populacho.

—Ah!—esclama con intensa amargura:—Todos arruinados, todos lanzados a la calle!

Cuán inmenso despecho, cuán inmenso dolor debió triturar su corazon en aquellos terribles momentos!

***

Ah! Una nueva i horrorosa decepcion que agregar todavía a tantas otras!

El jeneral Baquedano acababa de quebrantar su formal compromiso de resguardar el órden de la ciudad i los intereses de los ciudadanos. Se habia [illegible]ibido del mando en una hora opor[illegible]na, contaba con fuerzas numerosas i [illegible]sciplinadas, i nada habia hecho, nada [illegible]bia querido hacer para cumplir im[illegible]scindibles deberes o para hacer ho[illegible] a su palabra empeñada.

En presencia de los horrores que estaban cometiéndose por los que se titulaban *constitucionales*, el Presidente Balmaceda debió comprender que no quedaba a esos hombres un solo rastro de dignidad, ni un asomo de jenerosidad o de nobleza, i que si su persona hubiera caido en poder de sus enemigos, éstos habrian degradado la especie humana i repetido o superado las escenas de barbarie consumadas por los peruanos contra los infortunados hermanos Gutierrez.

***

Entretanto los tumultos i desórdenes aumentan a cada instante, las campanas siguen tocando a rebato i anunciando al aÿllado la anarquía; el furor desenfrenado de las hordas populares que proclaman a gritos la muerte del tirano.

Con qué talento, con qué arte infernal habian logrado sus enemigos estraviar el criterio público i pervertir a las masas inconscientes!

Aquello era un sarcasmo inaudito, sangriento, atroz!

Ser llamado tirano por el pueblo mismo cuyos intereses habia defendido a todo trance!

Pedir frenético su cabeza el pueblo a quien habia consagrado siempre sus fatigas i desvelos!

Pedir a gritos el esterminio del único Presidente que habia proporcionado al obrero trabajo abundante i bien remunerado, del único mandatario que habia dotado al pais de instituciones i monumentos destinados a suministrar al pueblo el alimento del cuerpo i del espíritu!

Ser insultado, escarnecido por el pueblo al que habia colmado de beneficios i cuya prosperidad i bienestar lo habia preocupado aun durante los dias de ajitacion i de zozobra de la guerra civil!

Ah! todo eso excedia, ciertamente, a cuanto puede concebir la imajinacion exaltada por la mas horrible pesadilla!

*
* *

Pero el ilustre asilado no solo presenciaba aquellos horrores, sentíalos tambien con peso abrumador dentro de su sér. Estremecíanse las fibras sensibles de su cuerpo, una especie de vértigo paralizaba a intervalos los movimientos de su corazon, porque sabia mui bien que la persecucion i ruina de sus amigos provenia del ódio invencible que sus enemigos le profesaban.

El conocia que todos aquellos desastres, que todos aquellos dolores i martirios gravitaban con enorme peso en medio de su pecho.

Los que tuvieron la honra de tratar íntimamente al mártir del deber, los que pudieron apreciar i conocer la grandeza i jenerosidad de su alma, han debido comprender tambien hasta qué punto debió llegar el sufrimiento que de mil maneras destrozó su corazon en el aciago dia que vengo recordando.

I lo doloroso, lo terrible, lo desesperante era que él no podia alterar o modificar la situacion, que él no podia prestar el menor auxilio a aquellas infelices familias, que no habia acento humano capaz de imponer a aquellas masas enfurecidas, embriagadas, capitaneadas por sus mas rencorosos enemigos.

Ah! Si hubiera podido rescatar con su propia vida la vida i los intereses de sus amigos! Con cuánta satisfaccion, con cuánta alegría se habria preparado para el sacrificio!

¿Qué tenia que esperar de los hombres? ¿No habia visto colmadas sus mas grandes i lejítimas ambiciones al rejir con altura los destinos de su pais? ¿No tenia la conciencia tranquila por haber desempeñado siempre con honradez e hidalguía sus obligaciones de alto majistrado? ¿Qué podia aguardar ya en la tierra? Nada. ¿Qué podia esperar de su sacrificio? Mucho. Acaso mitigar la sed insaciable de venganza de los vencedores. Acaso hacer cesar bruscamente las persecuciones contra los caidos.

*
* *

Pero en esos momentos todo esfuerzo seria inútil. Su muerte misma no seria sino un crímen mas añadido a tantos otros. Ante el furor creciente de la humana tromba todo se doblegaba, todo se abatia, todo pasaba inadvertido.

Las mas atroces crueldades, los actos mas repugnantes no eran sino simples accidentes, detalles insignificantes, débiles pinceladas que darian mas tarde el verdadero colorido al gran cuadro de iniquidades preparado por la revolucion triunfante.

Era preciso aguardar mejor oportunidad.

Quizá en próximo dia, saciados ya los vehementes deseos de vengan[illegible] volveria la calma a los espíritus i l[illegible] rebeldes, en posesion tranquila d[illegible] poder, colmadas sus mas ardientes a[illegible]biciones, darian de mano a las per[illegible]

cuciones i se dedicarian únicamente a constituir un gobierno sério i respetable.

A la tremenda lucha, a la deshecha tempestad sobrevendria la calma. A los torrentes de sangre fratricida reemplazarian apacibles arroyos de cristalinas ondas. A los estruendosos estampidos del cañon, a los gritos destemplados de la cólera sucederian los sentimientos humanitarios, i los que ayer habian combatido con bravura heróica en pró de sus ideales se darian mañana el abrazo de reconciliacion.

¿No era eso lójico, natural, tratándose de una contienda entre hermanos? ¿No era eso racional tratándose de la victoria de un bando que no tenia de su parte la justicia i que habia vencido a sus adversarios por medio de la deslealtad i la traicion?

Ah! Ilustre i desventurado Presidente, cuán engañado estábais si tal esperanza concebísteis, si tal ilusion os forjásteis!

Como vuestro corazon era jeneroso i bueno, creísteis muchas veces en la lealtad, en la hidalguía, en la caballerosidad de los otros. Como poseíais un alma noble i elevada, juzgásteis a vuestros enemigos dotados de idénticos sentimientos.

Empero la realidad os obligó repetidísimas veces a apurar hasta las hedes la ancha copa de amargura que los desengaños os brindaron.

***

Nó, nó viviais entre chilenos, entre hermanos.

Viviais entre fieras indómitas cuya baba sangrienta os habria salpicado el rostro si logran acercarse a vos. Viviais entre chacales hambrientos cuyas afiladas zarpas os habrian abierto el pecho i arrancado palpitante el corazon si consiguen apoderarse de vuestra persona.

Hicísteis bien al quitaros la vida con vuestra propia mano. Hicísteis bien al arrebatar a vuestros verdugos la mas grande, la mas jenerosa, la mas preciada de sus víctimas.

Obrásteis acertadamente al ahorrar un nuevo i horrendo crímen a vuestros enemigos, una nueva vergüenza, un nuevo baldon de ignominia a vuestra patria.

Ademas, vuestro sacrificio voluntario os ha rehabilitado a la faz del mundo civilizado.

Las naciones estranjeras que, mal informadas de los sucesos por vuestros crueles enemigos, os habian creido un déspota i un tirano, se han desengañado ya, os dan en todo la razon, justifican vuestra causa i admiran vuestra enerjía, vuestra abnegacion i vuestra honradez i civismo.

Vuestro sacrificio heróico, vuestro desprendimiento en favor de vuestros amigos han atraido a vuestra causa prosélitos por millares.

El antiguo i honrado partido liberal democrático de que fuísteis su ilustre jefe, alista sus compactas filas i se agrupa confiado bajo los pliegues protectores de la bandera que vos prestijiásteis con vuestra muerte.

El 19 de Setiembre de 1891, fecha memorable en los fastos de Chile, os fueron abiertas las doradas puertas de la inmortalidad i desde entónces, como vos mismo lo vaticinásteis, los acontecimientos sucesivos i los hombres de hoi os van preparando el camino hasta conduciros al tribunal inapelable en que recibireis el fallo justiciero de la posteridad.

XVIII

EL SACRIFICIO

(1) Desde que se instaló en Santiago la Junta de Gobierno, no pasó un solo dia sin que resonasen por las calles las bulliciosas manifestaciones del regocijo público i los aires marciales de las bandas militares.

Comenzáronse los afanosos preparativos para un gran baile que se daria en el templo de las leyes, convertido ahora en simple sala de festines i de placeres, transformado ántes por la mayoría parlamentaria en teatro de difamacion i de ridícula comedia.

Pronto se organizó tambien un banquete colosal en la galería San Cárlos, iluminada con la luz de Edison, al mismo tiempo que en los conventos de los frailes se festejaba con opíparas comidas a las hordas victoriosas en los llamados *homéricos combates contra la tiranía.*

Celebráronse a la vez grandes fiestas, bailes, banquetes, *Te Deums* en las principales ciudades de la República.

I todo eso se hacia, i se pronunciaban brillantes discursos, i los vencedores se adjudicaban hazañas i glorias imponderables, i las damas i caballeros de la alta aristocracia de Santiago iban a engalanarse con sus mas vistosos atavíos i sus joyas de mayor precio, i enloquecidos de placer iban a lanzarse en alegre i frenética danza, miéntras innumerables familias honradas jemian en el desamparo i la desnudez, miéntras millares de viudas i huérfanos derramaban lágrimas de desconsuelo, miéntras millares de valientes soldados yacian abandonados en los campos de batalla, miéntras millares de chilenos distinguidos eran perseguidos como fieras por el crímen de haber sido leales a su bandera.

No se crea que haya en todo eso exajeracion.

Ni en los primeros dias del triunfo, ni en el tiempo trascurrido hasta hoi, o sea dos i medio años que se consumára lo que debe llamarse con propiedad *la traicion de la Placilla*, ningun ajente de las autoridades civiles o militares se ha tomado la pena de publicar, siquiera por caridad hácia las inocentes familias, los nombres de los jefes, oficiales i soldados leales muertos o heridos en las dos últimas batallas.

***

Mas, qué importaba todo eso? ¿Acaso los vencidos eran hermanos de los vencedores? ¿Acaso podia haber algo de comun entre los soberbios aristócratas i banqueros i los dictatoriales, los ilotas, los miserables vencidos?

Error, absurdo!

Los que habian defendido el principio de autoridad, la Constitucion i las leyes, eran párias, escomulgados que no merecerian ver la luz del sol ni mi

(1) Aun cuando este capítulo ha sido ya publicado, he creido conveniente incluirlo en el cuerpo de esta obra con el propósito de ilustrar al pueblo.

trir sus naturalezas con el aire vivificante de la patria.

Los que habian caido precipitados al abismo preparado por la traicion no eran diguos de la alta misericordia de los millonarios que ahora se pavoneaban por nuestras calles arrastrando lujosos trenes.

¿Por qué esos señores habian de preocuparse de séres tan despreciables?

Los vencidos tan solo merecian el oprobio de sus dominadores.

Los salteos, incendios i asesinatos cobardes contra enemigos indefensos no habian sido para los feroces vencedores sino levísimos castigos. Era preciso perseguirlos sin descanso, agobiarlos, hundirlos, anonadarlos para siempre a fin de que se estinguiese la aborrecida raza.

La prensa revolucionaria en masa, con voz unísona, ponderaba i proclamaba los nefandos crímenes de los dictatoriales, predicaba la persecucion i la venganza i rebosaba de infernal coraje cuando sabia que algun proscrito habia tenido la insolencia de respirar el aire de las calles de la ciudad.

***

Cuando el señor Balmaceda resolvió leer los diarios de Santiago i Valparaiso, debió quedar asombrado al observar el espíritu de venganza implacable consignado en sus columnas.

Groseros insultos, infames calum-[illegible]s, apreciaciones maliciosas de los [illegible]esos, invenciones de crímenes inau-[illegible]tos e inverosímiles, persecuciones [illegible]esantes, injuriosos conceptos contra los que habian sucumbido noblemente en el campo del honor: hé ahí la propaganda, la mision indigna à que la prensa triunfante consagraba sus mas constantes esfuerzos.

La Junta de Gobierno, entretanto, espedia decretos ordenando a las autoridades respectivas la confiscacion o prohibicion de enajenar los bienes muebles e inmuebles de los dictatoriales i la iniciacion inmediata de los numerosísimos procesos que harian efectiva la responsabilidad civil de los culpables del gran crímen de lesa patria que se llamaba *Dictadura.*

No habia cuartel, no habia piedad para los caidos.

Arruinados, saqueados sus hogares, cesantes en sus empleos, prófugos, perseguidos cual hidrófobos mastines, era preciso todavía encarcelarles, vejarles i obligar a sus familias a perecer de hambre.

***

Ante esa cruzada odiosa de venganza, nunca contemplada en las guerras intestinas del continente americano, el desventurado Presidente debió comprender que se estrechaba mas i mas el círculo de acero en que se hallaba encerrado i que acababan de clausurarse para siempre las puertas de una fugaz esperanza.

Nada habia que aguardar de hombres que utilizaban la inesperada victoria únicamente para ejercitar sus instintos feroces contra los vencidos, para insultar su desgracia, para hacer escarnio hasta de sus muertos.

Nada podia esperarse de partidarios que no se habian señalado por un solo

acto de caballerosidad o de nobleza i que, por el contrario, habian cubierto de oprobio la causa que ellos llamaban santa.

Nada habia que esperar de los que todo lo habian degradado, pervertido, de los que habian estraviado el criterio público hasta el punto de que habia muchos que no tenian ya una concepcion clara de lo que es el bien i el mal.

Nada habia que aguardar de los que habian pisoteado la Constitucion i las leyes, de los que habian deprimido la dignidad humana i enaltecido, divinizado la deslealtad, la traicion, el asesinato, el crímen en sus formas mas horripilantes.

***

Dias impregnados de amargura habian sido para el ilustre proscrito los trascurridos en la primera quincena de Setiembre.

Las ajitaciones estruendosas de la ciudad, como los ecos estridentes del himno nacional, que tanto conmoviera en otro tiempo su alma de chileno, percibíalos ahora con honda tristeza, ya que ellos eran un nuevo sarcasmo que insultaba su infortunio i ya que significaban el anonadamiento de la causa de la justicia, de la causa de la democracia i la consagracion del réjimen de la soberbia i corruptora oligarquía.

Aquellos ecos recordábanle el desquiciamiento, la ruina inevitable del hermoso monumento construido en largos años de ímproba labor, fundado por el esfuerzo i cruento sacrificio de los padres de la patria i de muchos otros abnegados e ilustres ciudadanos.

Ellos patentizaban tambien la muerte segura de sus acariciados proyectos, de sus planes de engrandecimiento nacional, de sus deseos vehementes i patrióticos de elevar a Chile sobre el nivel de las demas naciones civilizadas del orbe.

***

Mañana i tarde llegaban a sus oidos los rumores i anuncios de nuevos banquetes, de nuevos festejos en que su persona era el blanco obligado de la maledicencia.

Dia por dia se imponia tambien por la prensa de las largas listas de dictatoriales que ingresaban a las cárceles i de las crueldades con que eran tratados en las prisiones.

Por el tono acre i destemplado de la prensa triunfante, por el procedimiento irregular empleado en los procesos contra los reos políticos, por las persecuciones feroces contra éstos ha podido verse que la revolucion hecha gobierno pensaba ménos en el establecimiento del órden legal, que en organizar un sistema de terror destinado a aniquilar para siempre a sus adversarios indefensos.

Todos los actos públicos o privados tendian a ese fin.

Mas aun.

No se hablaba, no se escribia, no se referia una anécdota sin que en ella figuraran el señor Balmaceda i sus partidarios como protagonistas cubiertos de oprobio, como autores de crímenes mas abominables.

***

La noche del 18 quemáronse en la Alameda unos famosos fuegos artificiales que atrajeron a ese estenso paseo estraordinaria concurrencia de paseantes.

Podia decirse que allí se habia dado cita medio Santiago.

Habia en verdad justificadas razones para tan inusitado entusiasmo, dado que, aparte del regocijo despertado en el pueblo por tantas i tan repetidas fiestas, los fuegos prometian ser espléndidos, nunca vistos, únicos en su jénero.

Con efecto, el fabricante habia sobrepujado las esperanzas del público i se habia esmerado en la novedad i excelencia de las piezas, en la variedad i gusto de las combinaciones.

Lluvias brillantes de oro, ramilletes en que se ostentaban todos los colores del íris, estruendosos volcanes en erupcion, alegorías de los combates de Concon i la Placilla: todo aquello era magnífico i arrancaba aplausos atronadores a la muchedumbre.

Sin embargo, nada era todo eso comparado con la sorpresa que a la postre le estaba reservada.

En esta clase de espectáculos se exhibe regularmente un juego injenioso, que consiste en una enorme serpiente o salamandra de fuego que se mueve en diverso sentido para perseguir una linda mariposa de azuladas alas. El monstruo se inclina, retrocede, avanza, mueve incesantemente sus ro-s anillos i abre sus anchas fauces ra tragarse a la inofensiva mariposa; as ésta sigue atentamente los movi-ientos de la serpiente i consigue ırlar siempre sus esfuerzos.

Esa estraña caza divierte mucho al pueblo i le hace reir a mandíbula batiente.

Ahora bien; imajínese cuál seria el gozo del populacho i de los aristócratas vencedores al ver que la mariposa habia sido reemplazada en esta vez por la cabeza del Presidente Balmaceda, con escaso talento caricaturada. Júzguese cuál seria el entusiasmo loco de aquella concurrencia ávida de venganza al contemplar al que élla llamaba tirano, degradado, envilecido, muerto de terror huyendo de un enemigo formidable, horroroso que lo persigue, que lo acosa sin tregua ni descanso.

La serpiente avanza siempre, la distancia se acorta por momentos i ya no tarda en destrozar con sus agudos colmillos la cabeza del dictador aborrecido.

—Ya lo alcanza!

—Ya lo engulle!

—Que muera pronto el tirano!

—Viva la oposicion victoriosa!

—Viva la serpiente!

Tales son las voces que resuenan, tales los deseos que dominan a aquella enloquecida muchedumbre.

I ese espectáculo inmoral que prostituia la dignidad humana, que degradaba grosera i públicamente al primer majistrado de la nacion, que insultaba cobardemente su desgracia, tenia lugar la víspera del sacrificio, unas cuantas horas ántes de que se consumara lo que con propiedad debe llamarse una irreparable catástrofe nacional!



Afortunadamente no era posible que la gran víctima se impusiera de los ver-

gonzosos detalles de aquella fiesta, lo cual ahorró de seguro a su corazon disgustos que el injenio mas fecundo no habria sabido inventar.

Es cierto que no necesitaba de este nuevo jénero de martirio para que su pecho rebosara de amargura, ya que habia soportado con resignacion los mas horrorosos suplicios.

Es cierto que tan grandes desgracias, que golpes tan tremendos no habian logrado abatir la entereza i dignidad de su alma. I eso que la medida estaba colmada ya; i eso que no habia dolor que no hubiera soportado, que no habia aguda punzada que no lo hiriese en sus fibras mas insensibles.

Es que los hombres verdaderamente superiores se sobreponen a la desgracia i a fuerza de voluntad i enerjía consiguen llegar a puerto seguro cuando se ven envueltos en las rudas tempestades de la vida.

***

El digno Presidente habia resuelto poner fin a su existencia.

Ningun destello ni aun remoto de esperanza podia halagarle ya.

La justicia de los hombres no podia ampararle, dado que no existia en Chile, ayer no mas pais clásico del buen sentido, de la lealtad, de la honradez.

El vendabal de las bastardas ambiciones habia desencadenado la revolucion, i ésta, cual avalancha irresistible, todo lo habia arrasado, todo lo habia corrompido i degradado.

No habia tribunales de justicia que merecieran este nombre, no habia jueces imparciales que aplicaran las leyes con independencia i equidad. Tan solo habia enemigos encarnizados, verdugos para martirizar a los caidos.

No le restaba al ilustre asilado sino la justicia de Dios, el veredicto certero de la posteridad.

Consumando el sacrificio, emplazaba a sus crueles enemigos ante ese último tribunal, el cual, sin duda alguna, sabria justificar sus actos i condenar los de los revolucionarios triunfantes.

***

Por otra parte no era posible que abusara por mas tiempo de la jenerosa hospitalidad que el honorable señor Uriburu le concediera por cortos dias. Prolongando su permanencia en la Legacion Arjentina comprometeria la tranquilidad del caballeroso representante de esa nacion amiga i acaso interrumpiria bruscamente las relaciones amistosas que ligaban a entrambos paises, provocando conflictos que a toda costa queria ahorrar a su patria.

Su muerte desarmaria a sus feroces enemigos i éstos, acaso satisfechos con la catástrofe que les libraria de su mas grande i odiado adversario, suavizarian el rigor de la persecucion a los parientes i amigos de la víctima.

Proponíase tambien con su muerte ahorrar a su pais una nueva venganza, un nuevo crímen que lo habria degradado i puesto al nivel de los pueblos salvajes.

Sabríase un dia u otro el lugar donde se hallaba asilado, i estaba en la conciencia del señor Balmaceda i en la de todo el mundo que la soldadesca desenfrenada i las chusmas armadas por los caudillos revolucionarios in-

dirian furiosas el vedado recinto, cometerian en él toda clase de iniquidades i en la persona del desventurado Presidente actos de ferocidad que ningun caballero puede consentir.

Las atrocidades cometidas, los asesinatos alevosos contra partidarios indefensos habíanle dado a conocer todo cuanto podia esperarse de los que acababan de usurpar el solio augusto de la República.

Su claro entendimiento hacíale ver con perfecta certidumbre que, aun cuando pudiese burlar la vijilancia de sus enemigos i salir del pais, su dignidad le prohibia echar mano de ese recurso salvador.

Sabia, por lo tanto, que aquel asilo transitorio no era otra cosa que una prision estrecha i sin salida en que de improviso le colocara la suerte, una tumba en suelo arjentino que pronto encerraria, junto con sus despojos ensangrentados, sus nobles ambiciones de engrandecimiento nacional, sus esperanzas de rehabilitacion social i política, el poema de sus grandes i mudos dolores.

***

No habia mas remedio que morir.

Ah! Terrible trance, trance cruel!

Morir cuando podia sonreirle aun la fortuna!

Morir despues de haber realizado prodijios de actividad, de intelijencia i de valor civil!

Morir cnando habia adquirido sobra-[illegible] títulos al reposo en el seno de su [illegible]ar!

[illegible]orir cuando debia consagrar los [illegible]os de su robusta vida a los cuida-[illegible] i atenciones de una esposa digna i honorable i de unos hijos inocentes é idolatrados!

Morir sin despedirse, sin ver, sin estrechar contra su corazon a esos parientes queridos, a su madre adorada, a sus hermanos, a sus amigos fieles.

Morir acaso insultado por el pueblo en beneficio del cual habia realizado tantas i tan importantes obras de todo linaje!

Morir aborrecido por ese mismo pueblo a quien iba a sacrificar su propia existencia despues de haberle consagrado sus incesantes desvelos!

Morir cuando su nombre se hallaba cubierto de oprobio, cuando sus enemigos triunfantes habian conseguido presentarle ante las naciones estranjeras como a un monstruo abominable, como a un sér depravado!

Morir cuando no podia confundir a sus calumniadores, cuando le era imposible hacer brillar delante del mundo la luz de la verdad.

Aplazar indefinidamente su justificacion cuando su alma se sentia devorada por el deseo ardiente, insaciable infinito de realizarla cuanto ántes!

***

Con todo, esos obstáculos invencibles, esos deseos vehementes, esos despechos de la impotencia no lograron modificar o alterar un solo instante su resolucion.

Fundábase ésta en bases sólidas, en convicciones profundas que pueden condensarse en estas virtudes, capaces por sí solas de dar merecida fama al que las colocara como brillantes peldaños para ascender a la vida de la inmortalidad: gratitud, dignidad, patriotismo, abnegacion.

Gratitud, porque prefirió morir a comprometer la jenerosa hospitalidad que el señor Uriburu le otorgara.

Dignidad, porque prefirió concluir con su existencia a consentir que la canalla soez cometiera en su persona actos de repugnante salvajismo.

I esto último habria sucedido irremisiblemente en corto plazo, i el infortunado Presidente se habria visto obligado a defenderse i acaso a herir con su propia mano a mas de un insolente asesino, cosa que repugnaba a sus nobles instintos.

Patriotismo, porque con su muerte quiso ahorrar a su pais el mas horroroso de los crímenes, el mas bárbaro de los atentados i, seguramente, un conflicto internacional de fatales consecuencias.

Abnegacion, porque su sacrificio aliviaria el peso enorme que gravitaba sobre sus amigos i correlijionarios políticos.

Sublime abnegacion del que todo lo habia cedido, del que todo lo habia sacrificado i del que no habia trepidado un momento en rendir la vida por la patria.

Martirio imponderable del que habia hecho cumplido honor a sus principios, del que iba a ofrendar el tesoro inapreciable de su vida en aras de una causa sacrosanta cuando habia tenido en la contienda toda la justicia i cuando su corazon habia apurado todos los dolores imajinables.

***

De regreso de la funcion de gala celebrada la noche del 18 en el Municipal, el señor Uriburu subió a las habitaciones del Presidente, con quien entabló una corta plática.

El Excmo. señor Balmaceda estuvo perfectamente tranquilo. Ninguna alteracion o movimiento nervioso pudo traicionar en esa vez su proverbial i esquisita amabilidad, sus maneras corteses i distinguidas.

El señor Uriburu se apartó de su huésped despues de la media noche.

Este al despedirse pronunció las últimas palabras que brotarian de sus lábios.

—«Adios—dijo.—Felicidad ahora i para siempre!»

I estrechó cordialmente la mano al honorable Ministro.

El enviado arjentino no pudo sospechar la terrible resolucion del ilustre asilado i durmió tranquilo.

No le sucedió lo mismo al señor Balmaceda, quien veia acercarse rápidamente su postrer momento.

Es mui verosímil que al separarse del señor Uriburu, se ocupara el Presidente en confeccionar su última carta a ese digno i jeneroso amigo i la que dirijió a sus hermanos, señores José María, Elías, Rafael i Daniel.

***

En esa última, como que tiene un carácter mas confidencial, el mártir se mostró mas espansivo, dió razones mas detalladas en justificacion de su sacrificio, hízoles a sus hermanos algun recomendaciones referentes a la publ cacion de un documento histórico r mitido al señor Eusebio Lillo, al cu documento atribuyó grande importa

cia, i aun les rogó que velasen por sus hijos, que cuidasen i acompañasen a su madre i que fuesen siempre amigos de los que lo fueron suyos.

El hombre magnánimo que acababa de caer víctima de la traicion, cuyo corazon se hallaba destrozado de dolor, en cuya alma noble se habian amontonado las desdichas de un gran partido; ese hombre, digo, acosado pero no abatido por tan inmerecido infortunio, tenía, aun en el trance mas terrible de su vida, la entereza, la hidalgnía, la jenerosidad de dar buenos consejos a sus hermanos i de prescribirles honrar a su madre, protejer a sus hijos i ser fieles i consecuentes con sus amigos.

***

Si no estuviera en la conciencia de todo el mundo, especialmente en la de los hombres honrados, que los actos del insigne majistrado se ciñeron estrictamente a las prescripciones constitucionales i que, por consecuencia, estuvo mui léjos de merecer el dictado de tirano, esa carta íntima i confidencial, escrita con la sincera solemnidad del que va a abandonar la tierra, confundiria de seguro a sus gratuitos detractores.

Con efecto, no puede ser déspota ni perverso el hombre que aprovecha los postreros instantes para desempeñar hasta lo último una mision noble i santa.

Nó, no puede ser depravado el hombre que honra a sus padres, el que trata de protejer a los miembros amados de su hogar, el que rinde culto sagrado a la amistad.

Nó, no puede ser vulgar ambicioso el que con ánimo sereno arrostra el peligro i rinde la vida ántes de entregarse a los verdugos que han de sacrificarle, ántes que ver abatida su dignidad i arrastrado su nombre por el fango del deshonor.

Nó, no puede ser despreciable el hombre que se sacrifica por su patria i por hacer cumplido honor a la amistad.

***

El Excmo. señor Balmaceda, dueño de sí mismo, calmado, tranquilo, íntimamente convencido de la legalidad incontrovertible de su causa da una mirada escrutadora al porvenir, penetra, seguramente, sus misteriosos arcanos, ve lucir en lontananza un rayo esplendente de luz que ilumina las tinieblas de lo desconocido, vaticina una éra de rejeneracion i de paz i esclama:

—*Despues vendrá la justicia histórica.*

I vendrá, no lo dudeis, noble mártir! I llegará acaso mas pronto de lo que os habiais imajinado!

I vendrá para restablecer la verdad de los sucesos, para colocar a cada cual en el puesto que le corresponde, para que alumbre con deslumbradores destellos la luz de la justicia, para que la posteridad os erija monumentos de bronce imperecedero, porque fuisteis el mas grande de los Presidentes de Chile, el mas abnegado de los defensores de la democracia i de la Constitucion!

***

Cinco años hacia que por el sufrajio popular habia sido elevado a la primera majistratura con universal aplauso

de sus conciudadanos, mui particularmente del gran partido liberal que miraba en él a un caudillo prestijioso capaz de realizar el progreso moral i material del pais.

Prenda segura de ricas esperanzas para el porvenir, el señor Balmaceda llevaba como enseña i norte del rumbo que imprimiria a sus actos un programa político en armonía con las lejítimas aspiraciones de la República.

Habia corrido el tiempo, el programa estaba cumplido en todas sus partes, habíase realizado la magna obra encomendada a su intelijencia i patriotismo, i sin embargo, los mismos hombres que a manos llenas le prodigaran el incienzo de sus alabanzas, movidos por la ingratitud, la inconsecuencia i la ambicion, habíanle tendido un lazo traidor para aherrojarle i someterle a un jurado de verdugos sedientos de sangre.

El habia sido fiel a sus principios i habia hecho flamear con honra i dignidad la hermosa bandera del liberalismo-democrático.

El habia ilustrado el período de su administracion con leyes i proyectos de reforma constitucional que le habian valido universales aplausos.

El habia dirijido las relaciones diplomáticas con las naciones estranjeras con tino i sagacidad, con tacto esquisito i con un talento que, no solo habia constituido un timbre de honor para el hábil majistrado, sino tambien importantes beneficios para los altos intereses del Estado.

Ningun nacional o estranjero tenia motivos justificados para hacer inculpaciones al proceder del caballero o del mandatario.

Solo que se habia tomado por debilidad su esquisita cortesanía i que nadie habia sospechado la enerjía incontrastable escondida tras las obsequiosas apariencias del digno Presidente.

*
* *

Sus enemigos creyeron dominarle fácilmente, pretendieron imponerle Gabinetes i reducirle a la condicion de simple autómata, desconociendo la prerogativa espresa que la Constitucion le otorgaba, i hé ahí que sobrevino el desengaño, i hé ahí que el hombre se reveló tal cual era en toda su grandeza i dignidad.

Aquéllos pretendieron todavía la implantacion del réjimen parlamentario irresponsable con Presidente i Ministros responsables, sistema rechazado por la ciencia política i por la sana razon, i el señor Balmaceda resistió como era su deber este nuevo avance.

Los coaligados obstruyeron las leyes de presupuestos i de fijacion de las fuerzas públicas, leyes que constituyen los elementos indispensables de vida del organismo social i político de la República, obstruccion que perturbaria la marcha regular del mecanismo del Estado i ocasionaria al pais males incalculables, i el digno Presidente afrontó con varonil entereza las consecuencias de la situacion creada por sus enemigos, como siempre, apoyado en los preceptos constitucionales que le ordenaban gobernar el Estado, guardar i hacer guardar a todos la Constitucion i las leyes.

Los asombrados corifeos de la mayoría del Cangreso, defraudados en su esperanzas por la voluntad de acero d

aquel hombre superior, cohecharon a algunos capitanes de la armada nacional i se levantaron en armas contra el gobierno constituido.

El ilustre majistrado no se intimidó un solo instante ante el formidable enemigo. Nada era capaz de abatir su entereza ni desviarle del camino trazado por sus sagrados deberes.

La Constitucion le ordenaba atender por todos los medios posibles a la conservacion del órden público interior i a la seguridad esterior de la República, i él se preparó a resistir la revuelta armada con intelijencia i con valor, tal como ántes resistiera los ataques a la dignidad del alto puesto que ocupaba.

Habíale sido aduersa la suerte de las armas i tocádole la peor parte en la tremenda lucha.

Ese era su único delito, si bien preparado por la traicion, arma que en todos sus actos esgrimiera la oligarquía revolucionaria.

***

La mañana del 19 presentóse hermosa, sonriente, engalanada con los encantos indescriptibles que la pródiga naturaleza nos regala en la perfumada primavera.

El ilustre proscrito no habia cerrado sus párpados en la noche, ni se habia quitado una sola pieza de su vestidura.

Con el rostro pálido i enflaquecido por largos i dolorosos insomnios, per-
necia al lado de su mesa contem-
ndo por última vez la progresion
ta i variada de la luz que penetraba
: las cerraduras del salon de la calle
nirando con indecible melancolía esos tonos sonrosados e inimitables, claros i diáfanos cual las vaporosas nubes que envuelven á los ánjeles en su ascension a las etéreas rejiones.

No volveria a presenciar ya espectáculo tan bello ni admiraria como en los años de su plácida niñez el despertar grandioso de la naturaleza que arrobara su alma de poeta i le meciera en suave i delicioso éxtasis.

Ah! I cuán insondable abismo le separaba ahora de aquella dichosa época! ¡Cómo habian huido veloces los dias serenos i apacibles de su juventud!

Cómo, despues de haberse elevado por su talento i por sus méritos a los puestos mas prominentes, despues de haber difundido en el pueblo las luces de la intelijencia, habia surjido de pronto la tempestad que todo lo arrasara i que le envolviera a él mismo en su furioso torbellino.

Cómo, despues de haber dotado al pais de obras i monumentos imperecederos, despues de haber consagrado largos años de su existencia al engrandecimiento de su patria, despues de haber ilustrado su nombre ante las naciones del orbe civilizado, veíase al fin de su brillante carrera maniatado, impotente, perseguido, cual nuevo Prometeo encadenado.



En la deshecha borrasca desencadenada por la exaltacion de las malas pasiones i por la torpe deslealtad de los marinos, sus subordinados, habia zozobrado la nave que con prevision i acierto dirijiera, habíase visto arrastrada por corrientes impetuosas, irresistibles al fatal escollo, su quilla habia es-

tallado con horrísono estruendo, sus tripulantes leales habian perecido o eran prisioneros de tribus salvajes, i solo él, naufrago impotente, cubierto de heridas encontrábase en medio del océano, protejido por un islote, un peñon desmantelado i árido.

Aquel refujio seria transitorio, no le serviria sino para prolongar un tanto mas su cruel agonía. El frio, el hambre, la sed acabarian pronto con su estenuada humanidad.

Situado el islote en ignoradas latitudes, léjos de toda civilizacion i amparo, jamas le seria dado divisar desde allí la blanca vela de un buque, el humo espeso de un vapor, un esquife cualquiera al que hacer señales o pedir socorro miéntras conservaran ajilidad sus miembros.

Tal era la situacion del ilustre asilado, i acaso por su mente cruzarian pensamientos semejantes.

***

Empero, no era el Presidente Balmaceda un náufrago vulgar que se anonadase con aquel reves de la suerte, con aquella catástrofe inaudita.

Por el contrario, aquel peñon abrupto, sombrio, desierto, poblado tan solo de cuervos marinos dispuestos a echarse sobre su presa, o sea el estrecho recinto de la Legacion Arjentina le serviria de peldaño para ascender a las serenas rejiones a donde no alcanzan los incesantes rumores del mundo ni los ecos estridentes de los rencores de los hombres.

Alejado de las miserias i bastardas ambiciones que impulsan los actos de los bandos políticos, él olvidó su propio infortunio i las ofensas recibidas, su espíritu se remontó a los espacios celestes, i desde allí siguió haciendo fervientes votos por la felicidad de la patria, *a la que amara sobre todas las cosas de la tierra.*

***

Las horas avanzaron con su marcha monótona e impasible.

Percíbense ya esos ruidos característicos de un pueblo que se entrega a los afanes de la vida.

La ciudad está cubierta de gala. En todos los edificios públicos i particulares se ostenta airoso i flotante el pabellon nacional.

Los rumores aumentan. Conviértense pronto en alegres gritos, en toques de cajas de guerra i de cornetas que anuncian llamada a las tropas de la guarnicion.

Anímanse estraordinariamente las calles.

Todo el mundo se prepara afanoso para disfrutar una de las mas grandiosas fiestas que haya presenciado Santiago.

Va a celebrarse la gran parada militar del 19 de Setiembre, fiesta cívica que ahora no conmemorará las glorias i sacrificios de los que nos dieran patria i libertad, sino las recientes victorias de los que por atrapar el poder anegaran en sangre fratricida el suelo de Chile, de los que triunfaran contra la causa de la legalidad i de la justi[illegible] por medio del cohecho i la traicion

Horrible ironía de la suerte!

Miéntras los traidores van a lucir galas i donaire ante un pueblo á[illegible]

de espectáculos, miéntras ellos van a ser aclamados, acaso cubiertos de coronas i laureles en premio de su obra de destruccion i de ruinas, el hombre probo i justiciero, el majistrado digno i caballeroso que jamas se apartara de la senda del deber, va a exhalar el último suspiro casi olvidado del mundo, proscrito, desacreditado, calumniado por sus enemigos victoriosos!

***

El infortunado mártir se ha dado a sí mismo un plazo fatal i éste va a espirar pronto.

Su resolucion es irrevocable.

El mismo nos lo ha dicho en esta frase que pinta su serenidad, su inmutable enerjía.

La distancia de esta rejion a la otra es ménos de lo que nos imajinamos.

Dispuesto i de antemano todo pre visto para el terrible trance, el mártir se recuesta en el lecho, prepara el revólver i se aplica a la sien derecha la fria boca del cañon.

Sus lábios murmuran suavemente, i, mas que con ellos, con el corazon, profiere esta postrer despedida:

—«Adios Chile...patria amada!...

Adios madre, esposa, hijos idolatrados!...... Adios hermanos, parientes, amigos fieles!!»...

Su mano mueve el mortífero resorte, la bala estalla i el cruento sacrificio queda consumado.



XIX

EN SAN PABLO

La noticia de la catástrofe se estendió rápidamente a todos los barrios de la ciudad i causó profunda impresion en todos los círculos sociales, especialmente entre los amigos i correlijionarios políticos de la gran víctima.

No pocas personas arrancaron de sus puertas el pabellon tricolor que por miedo a los saqueadores izaran; otras le pusieron a media asta; otras se cubrieron de rigoroso luto i prohibieron en sus casas la música o cualquiera otra manifestacion ruidosa de contento por la celebracion de las fiestas patrias.

La consternacion fué tan grande i tan estraordinario el pesar sufrido, que algunos amigos del egrejio majistrado contrajeron enfermedades peligrosas. (1)

Por su parte los vencedores dieron pobre i modesto entierro a los restos del gran repúblico, continuaron sin interrupcion sus ruidosos festejos i con nuevo encarnizamiento las persecuciones i las venganzas contra los caidos, e insultaron cobardemente la memoria del digno majistrado cuando no habia prensa independiente ni una voz que pudiera protestar de tan infames calumnias.

Pero todo eso era poco aun.

Un ministro del Dios de paz i de mansedumbre, un apóstol del Evanjelio divinizó la revuelta armada i justificó la sangre derramada en los campos de la traicion.

En una oracion fúnebre declamada en el templo metropolitano, seis dias despues de consumado el sacrificio del mártir, ese sacerdote indigno proclamó a los revolucionarios muertos en la guerra civil hijos jenerosos que habian salvado a la patria al precio de sus vidas. Declaró que esos buenos hijos habian muerto en defensa de la Constitucion i las leyes i restablecido el órden i la libertad.

«Sacrificio sublime—esclamó— que los ha transformado en instrumentos de los designios adorables de Dios!»

***

Ese mismo discípulo del Redentor de la humanidad, despues de ponderar la excelencia de la Constitucion chilena i los beneficios del órden público, acusó al Presidente Balmaceda de haber perturbado éste i conculcado aquélla, i de haber, hijo ingrato, clavado [illegible] puñal de ese crímen en el corazon [illegible] su madre!

Con un cinismo que asombra, [illegible] ministro de un Dios de verdad [illegible]

(1) El autor de este trabajo esperimentó la mas cruel impresion con la noticia del desastre. Aun cuando no tuvo la honra de ser amigo de la ilustre víctima, aun cuando no tomara parte activa en los últimos sucesos políticos, abrazó desde entónces con enerjía i conviccion la causa de los vencidos i puso su modesta pluma al servicio de ella. Desde entónces tambien emprendió algunos trabajos destinados a justificar los actos del desventurado mártir.

...izo responsable al egrejio ma... de los mismos horrendos crí...es cometidos por los instigadores i ...petradores de la revolucion, por los ...erturbadores del órden público, por ...s traidores que, iracundos, pisotearon ...a Constitucion i las leyes del pais.

Con un descaro desconocido en los ...nales de nuestra historia, ese mismo ...resbítero, que solo recibiera mercedes ... distinciones de aquel a quien ca...umniaba, estableció como positivo el ...echo absurdo, inaudito de un Presi...ente perturbador del órden público, ...e un Presidente que se hace revolu...ion a sí mismo e infrinje la Constitu...ion unos cuantos meses ántes de dejar ...l mando supremo.

***

Pero todo eso no es bastante.

El mismo sacerdote, profanando su ministerio de paz i la sagrada cátedra del Espíritu Santo, vertió en tal ocasion las siguientes frases:

—«Esta corriente universal (la provocada por la enseña de órden i de libertad enarbolada por los marinos rebeldes) vino a recibir empuje decisivo cuando pudo conocerse *aquel admirable documento* llamado a figurar en nuestra historia al pié de la Constitucion de la República. Me refiero, señores, *al acta monumental* en que la mayoría del Congreso, poniendo por testigo de sus intenciones al Supremo Juez del Universo *con el objeto de restablecer el réjimen* ...*itucional, asegurar la tranquilidad* ...*ior, atender a la comun defensa i* ...*zar los beneficios de la libertad i de* ...*eyes, en nombre i por autoridad del* ...*lo,* solemnemente declaró: que el Presidente de la República estaba absolutamente imposibilitado para continuar en el ejercicio de su cargo.»

No podia llevarse mas allá la obcecacion i la insensatez humanas.

Proclamar monumental i digna de figurar al pié de la Constitucion chilena el acta infame suscrita por unos cuantos sediciosos!

Llamar admirable aquel documento confeccionado en las sombras tenebrosas del crímen, aquella pieza inícua que alentaria a los malvados i a los traidores i levantaria nubes tempestuosas i sangrientas en el sereno cielo de la patria!

Acusar de asesino de su madre, de dictador, de tirano al magnánimo Presidente vencido por el cohecho, al que combatiera en defensa de las instituciones i de la doctrina republicano-democrática, al que acababa de consumar el sacrificio de su vida por una causa noble i justa!

Ah! Todo eso equivalia a predicar la venganza, a infamar la memoria de un hombre desventurado e ilustre, a profanar desde el púlpito el silencio sagrado de las tumbas!

***

A pesar de todo, si el sacrificio sublime del señor Balmaceda no logró conmover las entrañas de fiera de los modernos rejeneradores, él no fué infructuoso.

Cual chispa eléctrica él tocó los corazones de los vencidos, uniólos mas estrechamente en la desgracia, prestóles nuevo aliento para sufrir las persecuciones i los tormentos, alentó sus

esperanzas amortecidas e hízoles vislumbrar mas despejados horizontes.

No fué eso solo.

La prensa estranjera, mal informada por los ajentes revolucionarios acerca del oríjen i desarrollo de la contienda i por lo mismo inclinada en favor de los alzados de Enero, reaccionó bruscamente, conoció que habia estado en el error, condenó el proceder inícuo de los que habian triunfado por medio de la traicion i elevó su voz potente para admirar al ilustre americano i deplorar su trájica muerte.

***

A mediados de Octubre alzóse la incomunicacion de algunos reos políticos, entre los cuales tuvieron la suerte de contarse nuestros amigos Gonzalez i Montero.

Ansiando salir de sus respectivos encierros, moverse i respirar otro aire que el infecto de sus calabozos, entrambos apresuráronse a hacer uso de lo que en aquellos tiempos de terror podia llamarse un precioso don de la suerte.

Ya en el patio de las prisiones, Luis no tardó en encontrarse con algunos amigos i correlijionarios políticos, con los cuales trabó animada conversacion.

De pronto interrumpió la recien comenzada plática i fijó la atencion con creciente interes en un individuo de alta estatura, estremadamente pálido i delgado, el cual con lentos pasos se dirijia al grupo.

—Debe ser ilusion de mis sentidos —profirió Montero sin dejar de mirar al reo aludido.—Pero es su misma talla, casi diria sus mismas facciones..... Mas nó; no puede ser!

—Juan! Juan!—gritó Luis despues de breves instantes, presa de vivísima emocion.

Al escuchar ese nombre dos veces repetido, el prisionero pálido alzó la cabeza, miró al que le llamaba i corrió a su encuentro para ahorrarle la mitad del camino.

Un momento despues ámbos se unieron en estrecho i prolongado abrazo.

—Cómo! Tú tambien aquí, mi pobre Juan!—dijo Montero cuando se hubo apartado de los brazos de su amigo.

—Ya lo estás viendo. Pero mi sorpresa es aun mayor que la tuya al encontrarte en la cárcel, puesto que yo te creia seguro en casa de mi tio.

—Tambien yo me encontraba a salvo de toda sorpresa en el protector asilo de don Gregorio, que es un cumplido caballero. Parece, sin embargo, que los rejeneradores tienen sabuesos de fino olfato, porque un dia se presentaron en la casa los esbirros, rodearon la propiedad, rejistraron todos los rincones i me sorprendieron tanto mas fácilmente, cuanto yo no habia tomado precauciones, confiado en que nadie se atreveria a sospechar de un revolucionario tan teñido como tu hidalgo pariente.

—¿Cuándo ocurrió eso?—preguntó Gonzalez pensativo.

—El 15 de Setiembre.

—¿A qué hora?

—A las once de la mañana.

—Singular coincidencia!

—¿Cuál?

—En el mismo dia i hora fuí tambien sorprendido en casa de d[illegible] Trinidad.

—Es estraño.

—Ciertamente que lo es. I tanto que llego a sospechar que una misma mano oculta nos ha herido a los dos simultáneamente.

—Es mui verosímil. ¿Pero sospechas asímismo quién sea ese enemigo encubierto i aleve?

—Nó, por desgracia, en este momento. Mas creo que no tardaré en descubrirlo.

—En todo caso no ganaríamos mucho con adivinar el enigma.... Hablemos de otros asuntos.

—Como te parezca. Desde luego cuéntame cómo se condujeron contigo los que se apoderaron de tu persona.

—Ah! No quisiera evocar recuerdos tan amargos!—dijo Montero poniéndose rojo de cólera.

—Pobre Luis—profirió Gonzalez con voz triste. — Estamos pagando mui cruelmente el crímen de no haber sido revolucionarios, sobre todo el de haber defendido lealmente la causa de la legalidad i de la justicia.

—I esos hombres han triunfado i sus crímenes horrendos quedarán impunes!—esclamó el fiel amigo con despecho—Ah! Qué se ha hecho la justicia en Chile, ayer no mas la tierra clásica de la probidad i de la honradez!

—El ciclon revolucionario todo lo ha degradado i envilecido i acaso nunca volverán a prevalecer en este desventurado pais el espíritu levantado i los nobles anhelos que ántes impulsa- las acciones de todos sus hijos.... ro cuéntame, Luis.

—Allá voi. Tan pronto me hubieron isado, los sayones de la Indecentísi- Junta se vinieron a mí cual manada de tigres, me cubrieron de soeces insultos i pretendieron apoderarse de mi persona.

—Atras, canalla miserable!—esclamé yo amartillando mi revólver i apuntando al que tenia mas cercano.—Para aprisionar a un hombre honrado no es menester insultarle, ménos aun cuando no hace resistencia alguna.

La escena ocurria en la ancha galería del segundo patio.

El oficial que iba al mando de la tropa, respondió:

—Tú podrás decir que eres hombre honrado, pero yo tengo órden de llevarte amarrado.

—Señor mio—replicó don Gregorio pálido de ira.—Esto es atroz, indigno de hombres civilizados. En ningun pais del mundo se injuria a los prisioneros políticos. Luis es un cumplido caballero por el cual respondo yo con mi persona i con mis bienes. Exijo, pues, que se le guarden las consideraciones debidas.

—Qué caballero ni qué niño muerto! —profirió el oficial.—Usted no debe amparar a los pícaros, señor don Gregorio. El señor es dictatorial i por lo mismo debe ser un bandido i como a tal ha de tratársele.

—Esto mas despues de allanar mi casa!—rujió don Gregorio fuera de sí.

—Acabemos!—gritó el jefe de la tropa, exasperado al ver que su jente vacilaba ante mi enérjica actitud.—Perro dictatorial, si no arrojas el revólver, te hago fusilar aquí mismo!

—Podrás hacerme matar—repliqué yo resuelto—pero tú tambien morirás, miserable asesino!

I al efecto apunté el revólver a la frente del oficial.

Entretanto Casablanca se habia acercado a mí tratando de evitar una catástrofe.

—Soldados, apunten!—rujió el oficial rechinando los dientes de furor.

Los cobardes sayones inclinaron sus fusiles i se aprestaron a consumar un asesinato.

En ese mismo instante don Gregorio estendió el brazo i me arrebató el arma de la mano.

Apénas desarmado, aquellos buitres hambrientos se echaron sobre mí, me abofetearon, me injuriaron groseramente i me amarraron las manos por detrás cual si yo fuese un gran criminal sorprendido infraganti.

—Pobre amigo.

—Yo bufaba de coraje i hubiera querido esterminar a aquellos miserables i devolverles golpe por golpe, insulto por insulto, infamia por infamia.

Casablanca por su parte, rebosando de ira me dijo:

—Ten paciencia, mi desgraciado huésped. Corro a la Intendencia i a la Moneda a denunciar estos atentados salvajes, inauditos. Te prometo que estos hombres serán castigados i que no será larga tu prision.

—Lo veremos!—gritó el oficial enviando a Casablanca una mirada altanera i provocadora.

Me sacaron de la casa a empellones i me exhibieron a las muchedumbres cual si yo fuese un animal indómito o un capitan de bandoleros de aterradora fama.

—Tambien a mí me condujeron de idéntica manera—dijo Gonzalez.

—Ah!—prosiguió Montero.—Yo creí perder la razon, tan terrible era mi despecho, tan inmensa mi cólera, tan espantoso mi sufrimiento. Al verme maniatado, escarnecido por la chusma vil, concebí el deseo ardiente de la venganza i execré enérjicamente el triunfo de la revolucion. Si me hubiera sido posible, me habria alejado para siempre de Chile a fin de no seguir presenciando escenas que deshonran nuestro nombre de nacion civilizada... Ah! Horroroso, Juan, tremendo fué mi martirio!...

Los amigos guardaron silencio.

Este fué interrumpido por Gonzalez, quien le preguntó a su compañero:

—¿Te han interrogado o hecho saber la causa de tu prision?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Exactamente como a mí.

Sintióse en ese momento la voz agria i destemplada del carcelero que les ordenaba a los reos meterse en sus cuevas respectivas.

Los amigos se estrecharon las manos i se prometieron reanudar al siguiente dia su interrumpida conversacion.



Al mismo tiempo que llegó para los reos la ansiada hora de salir al patio, nuestros amigos fueron llamados al dia siguiente a la reja del locutorio.

Luis pensó en Casablanca; Juan en Hortensia.

Los prisioneros no se engañaron. Esas mismas personas eran las que venian a visitarlos.

Despues de los recíprocos saludos i apretones de mano, Gonzalez se apartó un poco de sus amigos i trabó conversacion con Hortensia.

—Aquí te traigo lo prometido—dijo ta sacando del bolsillo un sobre cerado.

—Gracias, mi querida amiga—contestó el jóven recibiendo el obsequio.

—Ademas de mi retrato, ese sobre contiene otro que... Adivina, Juan.

—¿Cuál otro puede serme mas grato en este momento que el de tu anjelical hermana?

—No es ese.

—¿El de tu madre bondadosa?

—Tampoco.

—¿El de mi Juanita?

—No aciertas.

—Me doi por vencido.

—La tarjeta que te traigo representa a un hombre ilustre, a un hombre verdaderamente grande...

—Balmaceda! —esclamó Juan con acento gozoso.

—El mismo.

—Ah! Cuán buena eres i cuán previsora, mi amada Hortensia.

—No he concluido aun—añadió la jóven sacando un precioso ramillete i obsequiándolo a su amigo.

—Gracias!—dijo Gonzalez conteniendo sus vehementes deseos de besar la mano de su interlocutora.

—Queda algo mas todavía.

—Qué feliz me haces, mi dulce amiga.

—Para regalarte este último pequeño objeto necesito que te inclines un momento.

Gonzalez obedeció la insinuacion de su amiga, i ésta colocó en el cuello de aquél un precioso medallon que contenia una imájen de la Vírjen pendiente e un fino cordon de seda.

—Conservando esta reliquia—dijo Hortensia al propio tiempo que efectuaba la dicha operacion — te verás exento siempre de todo peligro.

—Nunca me separaré de ella!—replicó el prisionero enviando a su amiga una mirada de espresion indefinible.

—Observo—prosiguió la jóven con cierta indecision—que tú no te hallas al corriente de lo que ha pasado durante el tiempo de tu incomunicacion en esta cárcel.

—Ello es natural, ya que el infeliz reo político no tiene con quien hablar en su solitaria celda.

—Prepárate, Juan, para recibir una mala noticia.

—¿Puede haber algo que haga mas crítica o mas desgraciada nuestra suerte?

—Lo hai.

—Me asustas, amiga mia.... ¿Pero qué puede ser ello?

—Se ha consumado...

—¿Un nuevo i horroroso crimen?

—Nó... una catástrofe.

—¿Ha sido descubierto el asilo del Presidente Balmaceda? ¿Le han asesinado aquellas fieras humanas? ¿Han fusilado o asesinado a algunos otros de nuestros amigos como asesinaron al ministro i cumplido caballero Aldunate, al distinguido periodista Leon Lavin, a los jefes Villota, Garin, Barrientos i demas víctimas del furor constitucional?

—Vas acercándote a la verdad.

—Oh! Por favor no me dejes mas tiempo en la incertidumbre!

—El haberte traido el retrato de Balmaceda puede darte mucha luz en el asunto.

—Cómo! ¿Esos antropófagos han sacrificado a nuestro digno i amado Presidente?

—Nó; no lo han sacrificado... lo han obligado a sacrificarse... Se ha sacrificado él mismo por salvar su dignidad, por aliviar a sus amigos de los tormentos de la venganza cruel...

—Ah! Mi noble jefe, mi jeneroso amigo!—esclamó Gonzalez cubriéndose el rostro con las manos.

Hortensia guardó silencio durante algunos instantes. Respetó el dolor de su amigo i le dió tiempo de enjugar su silencioso llanto. En seguida agregó:

—El pudo salir del pais i escapar al furor de sus enemigos, pero renunció a esa satisfaccion por las razones que te he dicho. Dejó escritas algunas cartas... Por estos diarios te impondrás detalladamente del suceso.

I la jóven entregó a Gonzalez un paquete.

—Revolucion maldita! ¡Cuántas desgracias, cuántas ruinas i desastres irreparables ha acarreado a esta patria infeliz!—prorrumpió Juan enviando una mirada iracunda al sombrío edificio en que se hallaba.

—Amigo mio—dijo Hortensia con voz dulce.—Nosotros no podemos hacer otra cosa que aceptar la situacion tal como nos la presentan los acontecimientos, pero sin desesperarnos. Todas estas calamidades tendrán un término i acaso el sacrificio de Balmaceda las hará mas llevaderas.

—Dices bien, Hortensia querida· El martirio de ese hombre jeneroso va a producir, seguramente, una reaccion estraordinaria en los espíritus de los vencidos. El nos estrechará para siempre con los lazos indestructibles de la comun desgracia i nos dará fuerzas i valor para resistir las persecuciones i defender enérjicamente nuestros derechos conculcados.

—Escucha, Juan. Ya sabes que yo soi de los tuyos desde el dia de las terribles venganzas; pero es preciso que sepas tambien que mi madre, mi hermana i mi tio Gregorio se han convertido...

—Cómo!

—Lo que oyes. I ello no te asombre. No cabe en pechos honrados el aceptar como válidos i justos atentados que pugnan contra la conciencia, contra la caridad, contra la moral, contra la relijion, contra la humanidad.

—Bien dicho!

—Mas todavía. Aunque reprobado por nuestra relijion, el sacrificio inmenso de Balmaceda nos ha consternado profundamente i ha elevado hasta el fanatismo nuestra admiracion por ese grande hombre. Ahora nos enorgullecemos de pertenecer a un partido que tales hombres ha contado i cuenta en su seno.

—Ah! Tus palabras, Hortensia, mitigan mi hondo pesar i caen sobre mi abrasado corazon como gotas de dulce rocío!

—Ellas son hijas de una conviccion profunda. Son un grito espontáneo del alma, un grito involuntario de justicia i admiracion en favor de aquel esclarecido patricio que hasta para morir supo legar a sus conciudadanos ejemplos de nobleza e hidalguía.

—Exacto. Posees, amiga mia, la elocuencia irresistible del sentimiento.

—Balmaceda ha ennoblecido, div zado nuestra causa. La revolucion sus atrocidades i el mártir con su j rosidad sublime han causado un dadero trastorno en la sociabilidad

lena. En lo venidero no habrá mas que dos bandos en Chile: revolucionarios, ajentes de destruccion i de anarquía, defensores crueles i sistemáticos de los privilejios de raza i de banca, enemigos irreconciliables de la democracia; vencidos o liberales independientes, representantes de la legalidad i de la justicia, defensores del pueblo i de las instituciones.

—Pienso como tú, Hortensia. Las antiguas fracciones políticas con sus diversas denominaciones i doctrinas han de destruirse mútuamente i desaparecerán con el tiempo para dejar lugar a esas dos grandes entidades que tú prevés.

***

Entretanto Casablanca i Montero habian trabado animado diálogo.

—No pienses, Luis—decia el primero—que yo descuido un momento lo relativo a la libertad de ustedes.

—Segun van las cosas, me parece que eso es por ahora empresa de titanes.

—A pesar de todo no desmayo i creo que he de salir airoso en mi empeño.

—Dios lo quiera!

—Yo creo que ántes de concluir el mes podré sacarlos de este encierro. Debo confesarte que ahora no se trata solamente de amigos i parientes—títulos vanales en los tiempos que corren—sino tambien de mis queridos correlijionarios políticos.

—¿Es posible?

—Ni mas ni ménos.

—Mas, ¿cómo en tan cortos dias ha podido usted cambiar de opinion?

—Ello nada tiene de estraordinario. Los saqueos, los incendios, asesinatos i crueldades que yo mismo he presenciado; todos esos horrores i venganzas contra los vencidos, baldon de eterna ignominia para sus instigadores i ejecutores, han traido a mi ánimo la conviccion profunda de que no son honrados los hombres que hicieron la revolucion i de que su causa es una causa maldita.

—Sí—confirmó Luis con enerjía—porque esta ha sido una guerra impía, guerra del rico contra el pobre, guerra del oro i del privilejio contra el industrial honrado, guerra de castas i de clases dirijentes contra el proletario, guerra inícua de los poderosos contra el pueblo esclavo.

—No debes admirarte entónces de mi conducta. I aun ménos la estrañarás cuando sepas que entre los liberales i conservadores revolucionarios hai muchos hombres honrados que se han apartado de sus respectivos bandos i que maldicen como tú i yo los resultados desastrosos de esa revolucion provocada por simples i bastardas ambiciones.

—Bien—dijo Montero con voz grave i conmovida estrechando con efusion la mano de Casablanca.—Desde hoi será sincera i eterna nuestra amistad.

—I yo me honraré con ella i con la de todos los que han caido como leales en defensa del órden i de la legalidad... Pero todavía tengo una razon mas para pretender el honor de formar en las deshechas filas de tu partido.

—Cual?

—Ella tiene relacion estrecha con un acontecimiento que tú ignoras i que

ha llenado de justa admiracion al mundo entero.

—No se me ocurre...

—Ni es fácil... Balmaceda...

—¿Ha sido descubierto su asilo en la Legacion Arjentina?

—No es eso. No queriendo comprometer al señor Uriburu, sabiendo que que en vez de jueces solo encontraria verdugos i deseando aliviar la suerte desgraciada de sus amigos i correlijionarios políticos, el ilustre proscrito se ha sacrificado en aras del deber en la mañana del 19 de Setiembre.

—Gran Dios!—esclamó Luis cambiando de color—Balmaceda tan bueno, tan jeneroso, tan noble, tan leal!...

—Ha sido una desgracia irreparable.

—Ah! Otra catástrofe que cargar a la cuenta interminable de esas fieras sedientas siempre de sangre!

—Sí; pero tambien cuánto ha descendido la causa triunfante i cuánto se ha elevado la nuestra con el sacrificio del mártir.

—Dice usted bien, mi excelente amigo! Aun cuando nos cueste lágrimas mui amargas, el martirio jeneroso de Balmaceda ha inmortalizado nuestra causa! Ah! No es difícil prever desde luego que nuestro pendon prestijioso, recientemente abatido en los campos de la traicion, se levantará un dia triunfante, sostenido por los brazos robustos de un pueblo entero! El nombre del gran repúblico será aclamado entónces desde el cabo de Hornos hasta el desierto de Tarapacá.

—Lo creo! El nombre de Balmaceda será en lo venidero una enseña maravillosa, una nueva cancion de Rouget de Lisle, un grito de guerra que electrizará a los pueblos, que hará temblar a los tiranos i abrirá anchos horizontes a la democracia oprimida.

—Sí; la sangre de tantos mártires ha fecundizado esta tierra jenerosa i de ella brotarán héroes a millares, héroes invencibles que nos restituirán nuestra amada libertad i nuestro crédito de nacion civilizada.

***

La hora de la visita habia concluido.

Los visitantes se despidieron i prometieron volver dentro de algunos dias.

Cuando los prisioneros pudieron comunicarse nuevamente, refiriéronse sus mútuas impresiones esperimentadas con motivo del sacrificio de Balmaceda, tema que largo tiempo preocupó a los hombres de todas las clases sociales.

—¿I cómo van tus asuntos con Hortensia? — preguntóle Montero a su amigo cuando hubo un intervalo de silencio.

—Pronto voi a satisfacer tus deseos. Pero ahora que has nombrado a Hortensia, por una ilacion natural del pensamiento, me he acordado tambien de Zoila.

—¿I qué tiene que ver tu mujer en nuestros asuntos?

—Acaso mas de lo que imajinas.

—Crees entónces que ella haya podido influir?...

—Nada ménos que en nuestra prision.

—Pero, cómo puede ser?

—Sospecho, Dios me perdone, que Zoila ha obtenido medios para descubrir nuestros respectivos asilos i que ella misma nos ha denunciado a las autoridades revolucionarias.

—Me inclino a pensar que te hallas en el rumbo de la verdad.

—Yo tengo casi la certidumbre.

—Esa mujer tiene malos instintos, pero es mui desgraciada. Olvidémosla, compadezcámosla. En cambio hablemos de tu amiga.

—Ah! querido Luis; tú no sabes cuántos tesoros de bondad, de intelijencia i de heroismo encierra en su pecho ese ánjel.

—Caracoles! Harto sospechoso me parece ese entusiasmo. Ya no dudo que la diestra araña ha concluido por enredarte de cola i tirantes, como decíamos en los dichosos tiempos en que jugábamos al volantin.

—No te chancées, amigo mio, en asuntos graves que se relacionan con la salvacion de mi vida.

—Eso es distinto. I si, como sospecho, ha sido ella quien ha contribuido a tan hermoso resultado, estoi dispuesto a proclamarla desde luego la reina de las heroinas de novela.

—Observo que es mui difícil arrancar de tu pecho esa desconfianza sistemática que siempre te ha inspirado la conducta de mi amiga.

—Eso consiste en que, siendo ella una santa, yo no he tenido la suerte de presenciar sus milagros. Pero no te detengas, Juan; cuéntamelo todo.

Gonzalez refirió a su amigo punto por punto las escenas de terror i de angustia en que Hortensia figurara tan importante papel.

*
* *

—Mi querido Juan—dijo Montero cuando su amigo hubo terminado la relacion.—Veo que te hallas colocado en situacion bien singular. Has encontrado dos ánjeles en el camino de tu vida: uno malo que quiere tu perdicion i te envía al suplicio; otro al parecer bueno que te salva de un peligro inminente. Ambos luchan en campos opuestos i persiguen distintos fines. ¿Cuál obtendrá al fin la victoria? Hé ahí el secreto del porvenir.

—Yo tengo confianza en que me será favorable la solucion.

—I yo la miro con vaga zozobra.

—Ahora eres tú el fatalista.

—No lo niego. Siempre lo he sido en este punto.

Cuando los amigos se apartaron, Luis, confundido, sin poder desechar un resto de desconfianza, siguió reflexionando i se dijo:

—Ciertamente que es estraordinario todo cuanto se relaciona con Hortensia. Su corazon es voluble, inconstante, veleidoso, i sin embargo tiene arranques jenerosos, sublimes, capaces de estraviar el mas sano criterio. Su heroismo para salvar a Juan la presta una fisonomía nueva, estraña, incomprensible, dada su conducta desleal en todos los actos de su vida anterior. ¿Se fijará alguna vez su corazon en un solo hombre? ¿No volverá a ser mi amigo un simple juguete de sus caprichos incomprensibles?



XX

LA PRUEBA

Habia llegado el mes de Enero de 1892.

Los acontecimientos políticos habian tenido el desarrollo que era de esperarse de los crueles vencedores que rejian los destinos del pais.

El sistema de terror establecido el 29 de Agosto habia recrudecido de dia en dia i las persecuciones implacables contra los vencidos continuaban sin interrupcion.

Los que habian alcanzado la victoria por medio del cohecho i la traicion, sentian contra sus víctimas un odio insaciable, inestinguible.

Habíanse practicado en Octubre de 1891 las elecciones jenerales de electores de Presidente, de senadores, diputados i municipales. En ellas no habian tomado parte los adictos a la recien pasada administracion, los cuales componian la gran mayoría de los sufragantes i se hallaban a la sazon encarcelados, perseguidos, prófugos o desterrados.

En tales condiciones se habia hecho la eleccion.

Así tan descaradamente procedieron los que habian engañado al pueblo diciendo que emprendian la revuelta armada en beneficio esclusivo de la libertad electoral.

Las diversas fracciones liberales en conjunto habian obtenido mayoría en el Congreso, pero ella era tan débil, que podia convertirse en minoría por la defeccion de unos cuantos o por otra causa cualquiera.

Así, pues, los conservadores, en favor de los cuales se habia derramado tanta sangre, derrochado tantos millones i se habian cometido tantos i tan horrorosos crímenes, habian alcanzado una minoría respetable que los hacia casi dueños del poder.

Porque es evidente que sin la desastrosa revolucion jamas habrian alcanzado un triunfo tan completo.

Esa situacion estraordinaria producida por la eleccion incorrecta de Octubre dió por resultado que ningun bando político tuviera fuerzas propias para elevar a sus caudillos al ambicionado puesto.

En tal emerjencia, defraudadas las esperanzas de los que habian anegado en sangre fratricida el suelo de la patria, viéronse obligados a aceptar una especie de transaccion, la cual dió por resultado la proclamacion del capitan Montt para Presidente de la República. (5 de Noviembre de 1891.)

Dicho capitan, en premio de su traicion i de sus grandes delitos, fué investido con el mando supremo. (26 de Diciembre de 1891.)

***

Don Gregorio Casablanca, fiel a su promesa, habia rendido fianza de cárcel segura por los reos Gonzalez i Montero

i obtenido su libertad a principios de Enero.

Ya porque fuese la época conveniente, ya por descansar de las fatigas de tantos i tan continuados afanes, Casablanca se trasladó a su encantadora propiedad de campo i se llevó consigo a la familia de doña Trinidad.

Escusado es decir que Juan i Luis fueron tambien invitados a la Granja i que éstos aceptaron complacidos la oportunidad de distraerse i de olvidar en aquel eden las mil i mil penurias i martirios soportados en San Pablo.

Particularmente el primero de los nombrados sentia verdaderas ansias de permanecer en la Granja unos dos meses para ver con frecuencia a su amada, para rodearla de atenciones i estrechar mas i mas los lazos de su amistad.

La debia tánta gratitud, tánto cariño, tántos sacrificios, que las mayores locuras, los mayores estremos le parecian inadecuados para corresponder los favores recibidos.

***

Su pasion por la jóven habia llegado al paroxismo. Con ella hablaba a solas, con élla soñaba i su figura distinguida i anjelical le seguia a todas partes. Léjos de Hortensia estaba siempre inquieto, de mal humor, todo le causaba hastío. A las otras mujeres encontrábalas antipáticas, desagradables, sin injenio, sin talento. Léjos de su heróica salvadora todo lo encontraba pálido, sin animacion, sin vida.

Sabido esto, júzguese cuál seria el gozo que esperimentó el enamorado cuando una mañana emprendió con su fiel amigo el camino de la Granja.

Cuán bello le pareció el azul diáfano de nuestro cielo incomparable! Cuán hermosos encontró los campos, las verdes praderas, las sombrías alamedas, las azuladas montañas, los jardines perfumados! Cuán sonriente le pareció el aspecto armonioso de la naturaleza, cuán alegres los monótonos cantares de los aldeanos i los trinos de las avecillas!

La Granja era un verjel, un nuevo paraiso terrenal en que se hallaba aquella Eva mas pura, mas hermosa, mas casta, mas virjinal que su propia projenitora.

En adelante todo seria placidez i dulce calma.

Qué envidiable temporada iba a disfrutar despues de haber soportado tántas i tan dolorosas torturas!

Como se solazaba su alma con solo imajinarse que iba a vivir bajo el mismo techo que su amada!

Cómo de antemano veia sonreirse de placer a cada uno de los miembros de aquella virtuosa familia a quienes amaba mas que si fuesen sus propios hermanos!

***

Montero por su parte confesábase interiormente que nunca habia visto a su amigo tan alegre i espansivo.

—Pobre Juan!—se decia—Como esto dure, me reconcilio de veras con Hortensia.

Los viajeros llegaron a su destino i fueron afectuosamente recibidos por Casablanca.

Desde luego chocó desagradablemen-

te a Gonzalez el notar que no se encontrase allí la familia en el momento de su llegada.

Los amigos fueron conducidos por don Gregorio al bosque de los naranjos, el cual, como se sabe, daba a los corredores interiores de la casa.

A la sombra de los corredores se hallaba la familia, tan entretenida a la sazon, que no percibió el ruido del carruaje que acaba de detenerse en la puerta principal.

Apénas Juan divisó el grupo de señoras, púsose mas blanco que la pechera de su camisa.

El infeliz acababa de reconocer a Chardel sentado al lado de Hortensia.

Gonzalez disimuló cuanto pudo su viva emocion, saludó con amabilidad i sin afectacion a cada señora i tendió la mano a su rival.

Hortensia, entretanto, habia cambiado varias veces de color al ver la palidez i el sufrimiento retratado en el semblante de Gonzalez; mas no por eso cambió de posicion i permaneció cerca de Chardel.

*
* *

Solo unos cuantos minutos tomó parte Juan en la conversacion jeneral. En seguida dijo que iba a mudarse de traje i pidió permiso para retirarse.

Luis no tardó en ir a hacerle compañía.

Este encontró a Gonzalez echado sobre un sofá, presa de abatimiento profundo.

—Ten un poco de calma, amigo mio —díjole Montero—Veo que la presencia de ese hombre ha enturbiado, convertido en acíbar tu alegría. Mas no me negarás que Hortensia nada ha hecho que no sea perfectamente correcto.

—Así es la verdad; lo confieso. Pero yo no puedo reprimir mi hondo disgusto. Ese Chardel, cerca siempre de mi amada, envenena mi sangre i hace brincar de dolor hasta la última fibra de mi cuerpo.

—Domínate, Juan, por el cielo! No vayas a cometer aquí algun acto de violencia!

—Nada temas. Te juro que en esta vez, como siempre, no habrá otra víctima que yo.

—¿Por qué nos abandonan ustedes? —profirió Hortensia desde la puerta con acento lijeramente conmovido.

—Amiga mia—replicó Gonzalez con forzada sonrisa—vienes a tiempo para que me concedas un favor.

—Cuál?

—El que lleves a doña Trinidad i a mi tia Marta esos objetos que ámbas me habian encargado hace dias.

—Está bien—dijo Hortensia recibiendo un paquete.—Voi a cumplir tu cometido; pero ello será con una condicion.

—¿Haber?

—Que ustedes se reunirán pronto con nosotras.

—No tardaremos—contestó Luis.

—¿I tú, Juan?

—Lo mas pronto posible.

—Entónces hasta luego—dijo la jóven alejándose.

Montero empleó cuanta elocuencia i persuacion le fué posible para sacar a su compañero de la habitacion; mas éste se mantuvo inflexible.

*
* *

Llegada la hora del almuerzo, Juan no pudo escusarse i vióse obligado a ir a la mesa.

El asiento que se le habia destinado hallábase entre doña Marta i Estéban.

Hortensia estaba entre su madre i Chardel i éstos tenian al frente a Sofía i Montero.

Don Gregorio ocupaba la cabecera.

Como en otro tiempo, como siempre, Chardel de cerca o de léjos provocaba la conversacion de Hortensia, la dirijia frecuentes atenciones i la enviaba espresivas miradas.

Gonzalez, que todo lo observaba sin quererlo, hallábase en el potro del tormento.

La conversacion fué animada i cordial.

Hablóse de política, de la reciente celebracion del aniversario del 7 de Enero, que fué comentada con la acritud que merecia, de la imprevista exaltacion del capitan Montt, de los pasados sucesos de la guerra civil, etc., etc

—Pido tregua para la política—dijo Hortensia.—Les ruego que bebamos una copa por los viajeros que acaban de llegar.

La invitacion fué aceptada con gusto i los favorecidos con ella dieron las gracias con nuevos i elocuentes bríndis.

Despues del almuerzo Juan fué con su tio a recorrer la propiedad.

A su regreso encontró a la familia empeñada en una partida de monte, juego a que las señoras eran mui aficionadas.

Sofía tocaba el piano i Estéban escuchaba la música en una silla próxima.

En la mesa de juego Chardel estaba al lado de Hortensia.

***

Juan abarcó de una sola ojeada el cuadro tranquilo que presentaba la sala i su corazon sufrió un nuevo vuelco de dolor.

Se acercó al piano i dió la espalda a los jugadores; pero por un espejo vió sin pensarlo las sonrisas que a cada instante se cambiaban entre Hortensia i Chardel.

El coquimbano no vivia, no comprendia la existencia sino cerca de la jóven, i ésta poseia en sus miradas un iman irresistible que lo atraia, que lo fascinaba.

Gonzalez no pudo soportar su despecho, salió de la sala i se fué a su habitacion.

Aquel martirio era cruel, insoportable.

Pensó regresar inmediatamente a la ciudad i no volver nunca a la Granja. Mas, qué dirian don Gregorio, las señoras i demas personas de la casa de una despedida tan brusca e inesperada.

Era preciso quedarse i soportar en silencio aquel tormento superior a sus fuerzas, aquel martirio que estaba a punto de trastornar su razon.

Quiso distraer su honda pena, tomó un libro i fué a perderse en el bosque. Introdújose dentro de una gruta sombría i trató de serenar su espíritu con la lectura interesante de un drama de Echegaray.

Inútil esfuerzo!

El libro temblaba en sus manos i los caractéres parecian destacarse del papel, moverse i desparramarse en todas direcciones cual bandada de pequeños insectos.

—¡Qué haré, Señor!—esclamó el jóven en un momento de desesperacion

arrojando el libro i enviando al cielo una mirada suplicante.

Permaneció algunos minutos con la cabeza apoyada sobre las manos i sumerjido en profunda meditacion.

De pronto dijo:

—Es preciso que esto acabe de una vez para siempre.

I en el acto sacó su cartera, estrajo de ésta una hoja de papel i un lápiz i escribió la siguiente carta:



Hortensia amada:

La presencia de Chardel ha desbaratado de improviso mis mas hermosos planes de dicha.

Yo habia venido al paraiso i he encontrado aquí los tormentos del in fierno.

Soi un réprobo, un condenado.

Los celos atenacean mis entrañas i me causan vértigos i dolores imponderables.

Te juro que me es imposible soportar un dia mas este tormento que me asesina, que me enloquece, que exalta mi pasion hasta el paroxismo.

No te hago ningun cargo de inconstancia en esta vez.

He palpado los jenerosos esfuerzos que tú has hecho para mitigar mi dolor, para demostrarme que no estás enamorada de ese hombre.

Tú misma quieres engañarte i engañarme; pero tu corazon te traiciona i tus ojos, i tus lábios i tu alma toda vuelan hácia el afortunado serenense que me roba mi dicha, mi amor, lo que aprecio en mas que la propia vida.

Sé que jamas obtendré de tus lábios contestacion clara i categórica que me saque del abismo de la duda.

He ideado, por lo tanto, la manera de entendernos sin que tú te veas obligada a proferir un monosílabo.

Si el cariño que sientes por mí es tal cual me le has manifestado otras veces, si ese cariño es superior al que abrigas por Chardel, mañana en el almuerzo me invitarás a beber con cualquier pretesto.

El que no concurras a la mesa o el que no me invites mañana, serán señales evidentes de que prefieres a mi rival.

Temblando de zozobra quedo por mi suerte.

Hasta mañana, Hortensia adorada!

La luz del nuevo dia alumbrará mi felicidad o mi eterna desventura.

Tu desgraciado amigo

JUAN.



Un tanto desahogada la opresion de su pecho, Gonzalez se dirijió a su habicion, sacó de su maleta dos cartuchos de confites que habia llevado para obsequiar a las dos niñas, introdujo dentro del mas lindo el papel que acababa de escribir i se los guardó en los bolsi llos.

Pidió despues un caballo ensillado i salió de la Granja.

El desgraciado llevóse vagando por los caminos públicos hasta que regresó a la hora de la comida.

Todos los miembros de la familia ocupaban ya sus respectivos asientos en el comedor.

Gonzalez disculpó su ausencia espo-

niendo que su médico le habia aconsejado sacudir sus miembros en escursiones a caballo.

Repitiéronse las mismas amables manifestaciones entre Hortensia i Chardel.

Juan observó, ademas, que la jóven no tenia ya para él, como ántes, esas atenciones, esas finezas que el enamorado recibiera con íntimo gozo.

Hubiérase creido que ella tenia cierto temor o vergüenza de hacer alguna manifestacion en favor de Gonzalez delante de su antiguo amante.

Cuando los comensales se levantaron i salieron a los corredores, Juan se adelantó, alcanzó a las jóvenes i las obsequió los confites consabidos.

Al practicar este acto pudo deslizar a Hortensia unas cuantas rápidas frases en que la anunciaba que dentro de su cartucho habia un papel escrito.

Despues dijo que iba a recojer un libro olvidado en el bosque i desapareció.

***

La familia comenzó a pasearse por el suave pavimento del emparrado.

Don Gregorio dió el brazo a doña Trinidad, Montero ofreció el suyo a doña Marta, Chardel a Hortensia i Estéban a Sofía.

De tal manera se habian arreglado las parejas, que Gonzalez habria quedado de mas si hubiera acompañado a los paseantes.

El infortunado amante nada veia de cuanto pasaba en el emparrado, pero calculaba mui bien que, sin la presencia de Chardel, Hortensia le habria llamado, habria ido a buscarle al bosque i le habria llevado hasta reunirle a la familia.

Terminado el paseo, todos regresaron a la sala en que habian estado durante el dia i allí comenzaron una nueva partida de monte.

Con el propósito de alejarse de la mesa de juego, Juan se situó en otro ángulo de la sala e invitó a Estéban a una partida de ajedrez.

Mas, no por atender al movimiento de sus piezas dejaba Gonzalez de observar a hurtadillas a su amada.

***

Era visible la inquietud de la jóven, i ello se esplicaba fácilmente.

La conducta fria de Gonzalez, ántes obsequioso i amable, la desazonaba, la infundia miedo, la hacia temer algo grave, un peligro inminente, desconocido.

Ademas ¿qué la diria en el papel? ¿Qué nueva exijencia, qué nuevo reclamo habria allí consignado? ¿Sería una de tantas quejas, uno de tantos cargos impregnados de amargura que ella habia dejado sin satisfaccion i que él habia olvidado siempre?

Hortensia conocia, sin embargo, que Gonzalez, despues de lo ocurrido el 29 de Agosto, tenia mas derecho que nadie a su cariño i que, por lo mismo, habian cambiado mucho las circunstancias.

—Juan... Estéban! — esclamó de pronto la jóven, presa de viva inquietud.— Déjense de ajedrez i vengan aquí al monte. Si vieran lo entretenido que está!

—Tambien esta partida es mui interesante— contestó Gonzalez— Es una

lucha de vida o muerte. Trátase de una nueva i encarnizada guerra entre los vencidos de la Placilla, ya rehechos i organizados, i los revolucionarios del 91.

—Mis simpatías i mis fervientes votos por los primeros!—repuso Hortensia.—Que los defensores de la justicia menudéen sus descargas con los famosos Mannlicher, que se despleguen en órden disperso i que arrollen pronto a los traidores.

—Pero es que este campo de batalla es mui accidentado, cortado por anchos precipicios o profundas hondonadas que hacen difíciles i peligrosos los movimientos.

—Mejor. Yo confio ciegamente en la pericia militar del jeneral balmacedista... Supongo que será el ilustre Velasquez...

—El es, ciertamente. Ni pericia ni valor le faltan.... Solo que yo temo las defecciones... las terribles defecciones!

La jóven comprendió en el acto la indirecta i no replicó.

—Si Chardel no estuviese aquí—pensó Juan—ella habria abandonado su asiento, habria desarmado el tablero i me habria llevado a la mesa de juego.

El infeliz no sabia hacer las jugadas, miraba las piezas sin apreciar su colocacion e intencionalmente, a fin de prolongar la partida, demoraba un cuarto de hora en mover un peon o un arfil.

Casi al mismo tiempo que sonó la campanilla anunciando estar servida la mesa del té, Estéban gritó con voz robusta:

—Jaque al rei!

—I jaque mate!—agregó Gonzalez levantándose con semblante melancólico—No hai ya esperanzas para mi desgraciada causa!

***

Despues del té comenzóse nuevamente la partida de monte.

Hortensia invitó a Juan a hacer una compañía.

Este aceptó porque presentia que esa seria la última noche que le fuese dado contemplar a su amada. Por consecuencia sentóse al lado de su amiga i observó su manera de jugar.

La situacion de Hortensia hízose difícil.

Era la de la mujer que acepta los galanteos i atenciones de dos hombres igualmente enamorados a los cuales ha alentado sus esperanzas i teme agraviar con algun acto de preferencia.

Chardel llevaba la banca.

Durante las primeras manos la jóven se espidió con cierta soltura i ganó algunas apuestas.

Mas, trascurrido algun tiempo, Juan observó con disimulo que su compañera retiraba algunas veces el dinero cuando habia ganado la carta.

Era evidente que así obraba Hortensia con el propósito de ahorrar a Chardel una parte de las pérdidas que estaba haciendo.

El jóven disimuló al principio. Pero llegó un momento en que el dinero de la sociedad quedó reducido a un pequeño caudal, que ella apostó a una carta.

Esta se cubrió de dinero, miéntras la contraria parmaneció desierta.

La partida se hizo interesante.

Si los apuntes ganaban, se arruina el banquero i ello constituiria un trifo para todas las señoras que mira

ansiosas las cartas que aquél iba descubriendo con lentitud desesperante.

No tardó en aparecer la carta deseada, la cual fué saludada con vivas manifestaciones de alegría.

Cuando eran mas ruidosas las aclamaciones de la victoria, Hortensia alargó la mano para retirar la parada.

Su compañero no pudo contenerse i la dijo quedo:

—Eso no está bien, Hortensia. Advierte que así vas a arruinar a la sociedad en beneficio esclusivo del banquero.

La jóven se sonrojó involuntariamente porque conoció que acababa de ponerse en descubierto ante su compañero.

Gonzalez por su parte no añadió una palabra mas i tragó en silencio la nueva dósis de amargura que su amiga le brindaba.

El movimiento espontáneo de Hortensia al pretender obsequiar su propia ganancia a Chardel, con perjuicio de su socio, desazonó hondamente a éste i le hizo calcular los injeniosos recursos que en cualquier juego saben encontrar los amantes para manifestarse sus recíprocas simpatías.

***

En lo sucesivo no se preocupó ya del juego i sí solo de los movimientos de su compañera.

Mostrábase ésta profundamente afectada.

Consultaba a su amigo cada jugada i dirijia la palabra con suave acento al si le compadeciese mui de veras, o sus miradas lánguidas se encontraban a cada instante con las del coquimbano i de su pecho se escapaban frecuentes suspiros.

La partida de banca se terminó con incidencias mas o ménos semejantes a las descritas i Juan se retiró a su habitacion con el corazon oprimido.

El siguiente dia por la mañana éste subió a caballo i no regresó hasta la hora de almuerzo.

Sentíase presa de una inquietud estraordinaria. Sus nervios excitados, su corazon hondamente conmovido no le dejaban un momento de reposo.

Iba a jugarse su suerte en el albur incierto del corazon insconstante de una mujer; iba a decidirse su porvenir en la prueba a que habia sometido a su amiga, i el suceso, en apariencia trivial, revestia para él las proporciones de un acontecimiento grave i trascendental.

—Hortensia es buena—se decia—es piadosa i no ha de querer mi desdicha, mi desesperacion eterna. Ella sabe cuánto la amo, adivina en mi semblante las torturas de mi alma i no ha de querer vaciar en mi pecho nuevos torrentes de amargura.

Ah! Ella nos ama a los dos...

Hasta dónde puede medirse el cariño que siente por mí, lo ví, lo esperimenté en los terribles dias de Agosto i Setiembre. ¿Habria realizado actos semejantes de heroismo i abnegacion por Chardel? No me es dado calcularlo.

¿Tiene Hortensia en qué fundar su preferencia por mi rival? Sí, por desdicha mia!... El la conoció primero i la amó ántes que yo. El tuvo la dicha de cortejarla i de pedirla en matrimonio. El ha prestado a su familia servicios importantes... ¿Puedo yo exhibir títu-

los semejantes? Ah! Nunca me atreveré a pretenderlo siquiera!...

Pero ella sabrá engañarme, sabrá mentirme un afecto que no siente i yo podré vivir como hasta ahora alimentándome con una falsa ilusion!

El pobre enamorado, en su inmenso desconsuelo, no pedia ya amor, correspondencia o lealtad: imploraba compasion, solicitaba un bálsamo eficaz que mitigase el dolor horrible de la ancha herida que llevaba en el corazon.

***

Colocados todos en la mesa en sus respectivos asientos, el almuerzo comenzó con esa regularidad apacible, con esa serenidad patriarcal que suele observarse en algunas familias pudientes i honorables.

En medio del armonioso concierto que allí reinaba, tan solo Hortensia i Gonzalez sentian el desasosiego que perturbaba sus espíritus.

La primera estaba mas pálida que de costumbre. Conocíase que un insomnio pertinaz la habia atormentado durante la noche. ¿Se habia librado encarnizada lucha en el fondo de su pecho inconstante? ¿Habia tomado alguna resolucion definitiva? ¿Por cuál de sus dos amantes iba a decidirse?

El segundo estaba sério, mudo, sin apetencia. Probaba apénas los manjares i contestaba con monosílabos las preguntas que se le dirijian. La hora tenia para él algo de solemne, algo de terrible. Esperimentaba las angustias estremecedoras del reo a quien va a leérsele su sentencia de muerte.

Chardel, por el contrario, mostrábase comunicativo, alegre, espiritual. Hubiérase dicho que presentia, que adivinaba un triunfo que ningun esfuerzo habria de costarle.

Cuando se habian servido casi todas las viandas, Casablanca se levantó i dijo:

—Amigos mios, os pido una copa, hoi 15 de Enero, en celebracion de un aniversario glorioso. Aludo a las costosísimas victorias alcanzadas por nuestro antiguo i leal ejército en los campos sangrientos de San Juan, Chorrillos i Miraflores.

La invitacion fué recibida con entusiasmo i todos los comensales aplaudieron i bebieron en conmemoracion de tan fausto acontecimiento.

Los bríndis continuaron, animáronse las conversaciones, chocáronse las copas i llegó ese momento de íntima espansion en que los lábios se ponen elocuentes, en que los ojos chispean i cobran nueva i exhuberante vida los afectos.

***

Juan, mudo, grave, inalterable aguardaba la invitacion de Hortensia, i hallábase fija su mirada en los movimientos de ésta.

Su ansiedad fué creciendo a medida que el tiempo avanzaba.

Hubo un momento en que solo parecia quedar vida en los ojos del enamorado. En su semblante pálido i enflaquecido brillaban éstos con fuego febril, con ese brillo estraño que anuncia la locura.

El almuerzo iba a terminar.

Hortensia no tardaria en llamarle atencion hácia algun recuerdo de

aciagos dias del triunfo revolucionario, lo cual la serviria de pretesto para invitarle a beber.

Vana esperanza!

La jóven parecia ajena al drama mudo i doloroso que cerca de ella se estaba desarrollando.

Hubiérase creido que sus ojos no habian recorrido aquellas líneas que su amigo trazara con mano temblorosa en medio de angustias indescriptibles.

Las sirvientes comenzaron a servir el café.

Cuando le hubieron colocado el azúcar en su taza, Gonzalez se levantó con lentitud, i, con tardos pasos, se encaminó a las caballerizas, dispuso que se enganchasen los caballos a su carruaje i volvió a su pieza.

Allí escribió cuatro letras a su amigo Luis anunciándole que iba a la ciudad por cortos dias i que pronto regresaria a la Granja.

Hecho eso, arregló apresuradamente su maleta, salió al patio esterior, llegó a su carruaje, que le esperaba listo, i se echó en los cojines casi muerto de dolor.

***

No se habian levantado aun de la mesa los convidados, cuando Montero salió en busca de su compañero. Corrió a su pieza, notó la falta de la maleta de Juan i encontró la carta de éste, que no tardó en leer con cierta sorpresa.

—Pobre amigo—pensó—Los celos le nloquecen.

Creyendo encontrarle aun en la uinta, se dirijió al patio esterior, donle supo por los mozos que Gonzalez habia partido hacia quince minutos.

Reunida la familia en los anchos corredores, el dueño de casa preguntó por el ausente.

—Tuvo que ir a la ciudad por un asunto urjente—contestó Luis.—Pero a mí me dejó especial encargo de disculparlo ante ustedes i de prevenirles que pronto estará aquí de regreso.

Al pronunciar estas frases, el jóven fijó atentamente la mirada en Hortensia.

Esta se puso lívida i volvió el rostro a otro lado.

—Aquí ha pasado algo grave—se dijo el excélente amigo.—Esta Hortensia!... Hortensia!...

—He observado un no sé qué de estraño en Juan—dijo doña Marta.

—Tambien yo—confirmó doña Trinidad.—Andaba triste i preocupado i parecia huir de toda sociedad.

— El pobre ha sufrido tanto con sus asuntos domésticos i con las venganzas *constitucionales*—dijo Sofía.

—Luego le veremos contento—añadió don Gregorio.—Cuando vuelva nos esmeraremos todos en alegrarle. ¿No es así, amigos mios?

—Con el mayor agrado—dijeron los oyentes, ménos Hortensia que estaba muda i Chardel que rebosaba de gozo.

La existencia siguió haciéndose plácida i tranquila para los moradores de la Granja, i la ausencia de Gonzalez no añadió ni quitó nada a sus encantos.

El coquimbano continuó rodeando de atenciones a la bella Hortensia.

Esta, desde la partida de Juan, manifestóse mas esquiva, en particular cuando Luis estaba presente.

Habia corrido una semana i Gonzalez no volvia.

Montero comenzó a alarmarse i ya se proponia ir a la ciudad, cuando recibió de su amigo la siguiente comunicacion:

* * *

Mi querido Luis:

Cuando esta carta recibas, yo iré ya trasmontando los Andes, camino de Buenos Aires, para tomar en este puerto el vapor de Europa.

Me ausento de la patria querida, hoi tan infortunada, porque me es imposible soportar aquí el último golpe recibido en la Granja.

Ademas, la presencia de Hortensia me haria sufrir horriblemente i me humillaria.

El desaire que esa jóven me infirió en nuestro último almuerzo es de aquellos que anonadan i no pueden vengarse.

El hombre que ofende a una mujer es un mal caballero, es un villano, i yo no descenderé nunca hasta la infamia.

No encuentro remedio alguno para mi mal, sino cortando para siempre toda relacion con la familia. Esto lo obtendré seguramente alejándome del pais en que tanto he padecido i donde el porvenir solo me ofrece desdichas, desventuras sin fin.

Yo habia soñado un eden maravilloso poblado de seres inofensivos que vivian en perpétua paz rejidos por las leyes de la democracia i de la fraternidad.

Habia allí hermosos i eternos horizontes, prados, bosques i jardines incomparables, aves de plumajes multicolores cuyos armoniosos cantares recreaban mis oidos i me hacian vislumbrar la bienaventuranza celestial.

Hortensia, bella i bondadosa, respetada i amada, era la reina de ese eden. Sus dichosos moradores la rendian homenaje i se esmeraban a porfía en agradarla, en hacer grata su preciosa existencia.

Yo era su mas humilde vasallo, su esclavo que velaba su sueño, su jenio protector que alejaba de su lado todo disgusto, todo peligro.

Yo pasaba horas enteras enajenado en la contemplacion de su belleza, i cuando ella dormia, besaba su frente virjinal i acariciaba sus blancas i delicadas manos.

Rindiendo culto a mi reina, adorando así a mi jenerosa salvadora, yo me encontraba dichoso i no sentia correr el tiempo.

Ah! Yo habia alimentado durante cinco meses la conviccion de que Hortensia me amaba, i por lo mismo mi desengaño ha sido mas violento, mas brusco, mas doloroso, mas cruel!

Ilusiones, quimeras, sueños de dicha: todo, todo se ha desvanecido de pronto, todo ha desaparecido como los encantados paisajes en las decoraciones de los teatros.

Yo no hice mas que vislumbrar la felicidad para caer despues desvanecido en la sima tenebrosa del dolor....

He dado el adios a mi patria, a mis afecciones, a mis amados recuerdos, a mis martirios prolongados, i te juro que me ausento con el corazon destrozado, con el alma henchida de amargura...

Recibe el cariñoso abrazo de despedida de tu amigo

JUAN.

P. S.

La carta adjunta es para Horten-

Léela ántes de darla el destino conveniente.

Me olvidaba esplicarte en qué consistió el desaire de Hortensia.

Para manifestarme que me amaba mas que a Chardel, la jóven debia invitarme a beber durante el almuerzo. No haciéndolo así, era señal evidente de que preferia a ese hombre.

Hortensia no me invitó....

—Ah! esclamó Luis enjugando una lágrima cuando hubo terminado la lectura.—Mi buen Juan, mi desgraciado amigo!... Presiento que no volveré a verte!... Pero veamos la otra carta.

***

Querida Hortensia:

Mui airosa saliste en la prueba a que te sometí. No quisiste invitarme a beber, porque eso hubiera equivalido a posponer al amado, al preferido de tu corazon.

De antemano habia calculado yo el resultado.

De ello no me quejo,

Solo que nunca podré perdonarte tu falta de injenuidad i de franqueza para con el que cien veces te ha abierto su pecho.

¿Por qué no me desengañaste en nuestras primeras entrevistas? ¿Por qué no me dijiste que no me amabas, que no podias amarme cuando te confesé la pasion que me inspirabas en el bosque de los Maitenes? ¿Por qué permitiste que mi cariño se alimentara i creciera mes a mes, hora a hora, minuto a minuto? ¿Por qué exasperaste este sentimiento profundo provocando mis celos i haciendo que mi corazon se revolcase en las convulsiones de la desesperacion? ¿Por qué alentaste mis esperanzas con tus lágrimas, con tus suspiros comprimidos, con tus reticencias, con tu conducta heróica, con tus palabras fascinadoras?

¿Es concebible aberracion semejante?

¡O mintieron tus lábios en las horas amargas i peligrosas de los saqueos!

¡O es que alientas dentro de tu pecho un depósito inagotable de afectos que te hacen apta para amar a varios hombres a la vez!

Todo esto es estraño, absurdo, incomprensible.

La piedad cristiana, si no otro sentimiento, debió inspirarte una conducta mas compasiva, mas en armonía con la delicadeza de tu sexo, con tu clase con tu educacion.

Para que así no obrases, preciso es que hayas tenido razones mui poderosas.

Cuáles son ellas?

Lo ignoro.

Lo único que sé es que me has ofendido cruelmente. Lo único que me consta es que deliberadamente has resuelto cortar los lazos de mi amistad para afianzar mas i mas los que te ligan a Chardel.

Sea como tú lo quieres. Te dejo libre para siempre de mi presencia.

Porque tú debes calcular que ya es imposible toda relacion entre nosotros.

Tú has debido pensar que no se debe jugar con el corazon de ciertos hombres. Has debido calcular tambien que al inferirme tan inmerecida ofensa dabas un golpe de muerte a mi dignidad de hombre i de amante.

Si hubiera de verte en adelante, tu presencia me humillaria, me recordaria a cada instante tus agravios, tu menos-

precio, tu inconstancia, tu falta de caridad.

Sabes mui bien que por tí permanecia yo en Chile, que únicamente por tí sufria, por tí gozaba, por tí esperaba.

Sabes mui bien con cuánto cuidado guardaba yo dentro del arca impenetrable de mi pecho el tesoro de mi amor. Sabes tambien que él era el bálsamo prodijioso que curaba mis heridas mas dolorosas, el néctar divino que endulzaba mis amarguras, el refujio seguro en las borrascas de mi vida.

Pues bien, desde que perdí ese tesoro, huyó para siempre el encanto que aquí me retenia i es justo que vaya a expiar en el destierro mis torpezas i mis errores.

Voi a paises lejanos a esconder mi vergüenza i humillacion.

Mi existencia correrá desconocida, triste, monótona entre seres estraños. Ella alentará como un simple mecanismo impulsado por la fuerza del destino sin emociones, sin afectos, sin alegría.

Mas nó, que me resta esa segunda vida de los desgraciados, la vida de los recuerdos: placer de sabor amargo que me traerá a la memoria las escenas en que fuí dichoso, aquellas en que un ánjel de belleza me estrechaba en sus brazos, besaba mi frente i deslizaba en mi oido la palabra divina del amor.

Te envío, Hortensia, mi adios de despedida protestándote que tu último desaire jamas alcanzará a borrar en mi alma el sentimiento de la gratitud.

Queda admirando tu heroismo i abnegacion i te desea felicidad sin nubes tu desventurado amigo

JUAN.

***

Apénas terminada la lectura de la carta precedente, Montero corrió a desempeñar su comision, entregó a Hortensia la misiva, se despidió de la familia i partió a la ciudad.

El buen amigo no queria permanecer un momento mas allí donde el desgraciado Juan acababa de soportar tan doloroso golpe.

Cuando llegó a su casa encontró sobre su velador una estensa carta de Gonzalez, la cual contenia instrucciones referentes a sus intereses pecuniarios i tambien un prolijo itinerario de su viaje i de los paises que pensaba recorrer.

Profunda impresion causó a Hortensia la carta de su amigo i, mas que todo, su inesperado espatriamiento.

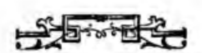
Durante algunos dias permaneció encerrada en su habitacion, de la que solo salia para ir a la mesa.

Chardel no sabia cómo esplicarse la conducta de la jóven, ahora tan retraida i melancólica, ántes tan alegre i espansiva.

Tambien él sufrió en parte las consecuencias de aquella situacion estraordinaria.

Permaneció unos cuantos dias mas en la Granja i regresó a la ciudad diciéndose:

—Hortensia es, ciertamente, una mujer mui singular. En los años que la conozco no he alcanzado a comprenderla aun.



EPÍLOGO

El cuadrante infalible del tiempo ha señalado un año mas con su aguja misteriosa e invisible.

Un año mas de persecuciones i de venganzas contra los vencidos del 91. Un año mas de torpezas, desaciertos, derroches i vergonzosos traspiés de los rejeneradores.

Durante ese año los tiranos de la oligarquía comprometieron la honra nacional, mandaron saquear varias veces las imprentas de los caidos i concluyeron por reducir a cenizas la que imprimia *La República*, órgano principal del partido liberal democrático.

Ese atentado sin ejemplo en los fastos de las naciones civilizadas, ha quedado hasta hoi impune i fué perpetrado en plena paz, un año despues de hallarse constituido lo que los usurpadores han dado en llamar *réjimen legal.*

Pero aquí me detengo, lector amable, i renuncio de buen grado a trazar el cuadro de miserias i de ruinas que la revolucion de Enero nos ha dejado como muestra sangrienta de su obra devastadora e inícua.

Cúmpleme ahora dar remate a la narracion de esta historia con la trascripcion de las siguientes cartas:

***

Mi querido Juan:

Recientemente ha ocurrido aquí un eso lamentable que me apresuro a ticiparte.

Desde ayer eres viudo.

Una apoplejía fulminante apagó en cortas horas la existencia robusta de la desgraciada Zoila.

Despues de una discusion acalorada en la que yo tomé parte en mi calidad de tutor de tus hijos, i en la que doña Francisca, tu suegra, i doña Trinidad se disputaban el derecho de cuidar i atender a tu Juanita, resolvióse que esta linda criatura quedara en casa de la última de las nombradas señoras.

Hortensia ha tomado la niña a su cargo i puedo asegurarte que la mima i la acaricia acaso mas que su propia madre.

Nunca te he hablado de esa jóven en mi anterior correspondencia, pero creo que debo hacerlo ahora.

Mis antiguas prevenciones contra ella se han desvanecido i la antipatía que me inspiraba hase convertido en un sentimiento irresistible de compasion.

Su corazon voluble i apasionado ha llegado a fijarse al fin en un solo hombre.

Han sufrido una transformacion completa sus instintos, sus afectos inconstantes en favor de cuantos rendidos adoradores se la acercaban.

Acaso ella necesitara un rudo sacudimiento, un toque galvánico dentro del pecho para concentrar la vehemencia de su pasion, para reunir todas esas afecciones dispersas i dedicarlas a un solo objeto.

Diríase que ha despertado de un sueño alegre i pintoresco, de ese sueño



de sonrisas i de triunfos que constituyen el encanto de la niña coqueta. Solo que su despertar ha sido triste i que al encontrarse en el mundo real ha invadido su ánimo una melancolía profunda.

Creeríasela presa del remordimiento o de un dolor tenaz, incesante, abrumador.

Su carácter mismo se ha transformado. No es ya bulliciosa, atolondrada, altiva, indolente. Ahora ès humilde, callada, melancólica.

Tu partida la ha anonadado.

Rara vez va a la antesala o a paseo. Ya no se sienta al piano, ni canta, ni siquiera sonrie. Parece víctima de una enfermedad incurable. Su palidez es estremada i ha perdido el apetito.

Ya sabes que Chardel es pertinaz.

Este, como puedes suponerlo, siguió imperturbable visitando la casa i cortejando a Hortensia; mas ella comenzó desde luego por mostrarle cierto despego i concluyó por sentir hácia él una aversion verdadera.

Llegó una época en que al solo anuncio de la aproximacion del coquimbano, la jóven abandonaba la sala con precipitacion e iba a encerrarse en su pieza.

Su animadversion se estendió tambien a Azócar, con el cual observaba idéntica conducta.

Yo he presenciado estas escenas que me han hecho reflexionar en la inconstancia de ciertas mujeres, las cuales muchas veces no saben ellas mismas lo que quieren i lo que no quieren.

Ademas, cuando yo voi a la casa, aunque se halle enferma, ella va a saludarme i no pierde oportunidad para preguntarme por tí con un interes, con una emocion que no es dueña de disimular.

A mí es el único hombre a quien trata con su antigua esquisita amabilidad.

Mas aun.

Cada vez que me ve, retrátase en sus facciones un dolor tan sincero, un deseo tan vehemente de sincerarse, de pedirme perdon, que yo he estado a punto de provocar una esplicacion satisfactoria.

Un solo tema de conversacion tiene la virtud de reanimarla i de volver los colores a sus pálidas mejillas.

Cuando se habla del nefando 29 de Agosto sus ojos chispean, su frente se cubre de rubor i sus lábios exhalan suspiros comprimidos. Creeríase que la conmueven mui gratos, mui deliciosos recuerdos. Diríase que al evocar sus propios actos de heroismo creyese tener cerca de sí al hombre por quien espusiera la vida.

Este verano no ha querido ir a la Granja, a pesar de los ruegos de doña Trinidad, de Sofía i de don Gregorio. Ha declarado que no volverá al campo i que desea morir en Santiago, en la casa de su madre, en esa tranquila mansion en que ella fué dichosa algunos dias.

Si tal estado de cosas se prolonga, temo que la infeliz contraiga una enfermedad incurable que la llevará a la tumba ántes de terminarse el año.

Te aseguro por mi parte que ho[illegible] aprecio i la compadezco tanto cu[illegible] ántes la aborrecia.

La pobre habia vivido engañada sus propios afectos. Tan pronto c[illegible]

perderte para siempre, conoció que a nadie en el mundo amaba mas que a tí.

De ahí su melancolía profunda, su transformacion, su aborrecimiento por los serenenses, causa de su propia desdicha i de la tuya.

Vuelve cuanto ántes a la patria, amigo querido!

Regresa a este pais tan trabajado por la anarquía, pero cuyo cielo te recibirá sonriente.

Corre a recibir el abrazo de tus hijos, el de tu amada i el de tu amigo

Luis.

Cuatro meses despues recibió éste la siguiente contestacion:

***

Mi querido amigo:

Cuán gratos i benéficos son los oficios de la amistad i cuánto bien me han hecho ahora los tuyos.

Zoila ha muerto i yo la he perdonado todo el mal que me hizo.

Desde hoi su memoria es para mí sagrada.

Me anuncias que soi libre i que Hortensia me ama...

Ah! Me parece un sueño tánta dicha!

La patria, la mujer amada, los hijos, los amigos: todos esos afectos reunidos, todos esos nobles amores que elevan el espíritu del hombre i le hacen grande [...]neroso: todo eso que en el ostracis[...] se mira como un ideal irrealizable [...]engo yo allá en aquella hermosa e [...]omparable faja de tierra que llama[...] Chile.

Tú no sabes cuán dulce, cuán grato es este nombre para el misántropo que vaga errante de pueblo en pueblo llevando dentro del alma un pesar abrumador!

Tú no conoces la nostaljia, ese mal horrible que se contrae cuando no se escucha nunca un acento amigo, cuando no se óye el hermoso idioma de Cervantes que al desterrado le recuerda la lejana patria!

Tú no sabes cuánto se aumenta con la distancia ese amor infinito que ha dado tantos mártires a la patria de Arturo Prat i por el cual se sacrificara el gran Balmaceda!

Si no me mata la alegría, si mi razon no se trastorna con tan inesperada, tan brusca transicion, casi al mismo tiempo que esta carta me tendrás en esa.

Juzgo que hai que proceder con lealtad en esta nuéva situacion.

Así, pues, en cuanto leas estas líneas, corre a casa de doña Trinidad i pídela en mi nombre la mano de Hortensia.

Estoi resuelto.

No me cuido ya de calcular si en el proyectado enlace encontraré mi desventura o mi felicidad.

Acepto sin vacilar las consecuencias.

Si ella sigue siendo inconstante i siembra de amargos disgustos el camino de mi vida, soportaré mi desgracia resignado i sin quejarme.

Porque ante todo debo satisfacer una deuda sagrada de gratitud.

Hortensia me salvó la vida i yo sacrificaré esa misma existencia para labrar su dicha.

Nada me detendrá en este propósito.

Penurias, privaciones, contrarieda-

des, vijilias: todo me parecerá poco para agradarla, para hacer venturosa su existencia, para rodearla de comodidades i de atenciones esquisitas.

Mas que marido, seré su esclavo; mas que esposo, seré su amante sumiso que nunca se permitirá darla una queja o formular contra ella un cargo.

Te juro que desde hoi olvidaré eternamente mi resentimiento profundo, mis penas, mis dolores, mis prolongados i horribles martirios.

Díla que si en estas condiciones me admite por compañero, habrá colmado mi ambicion mas ardiente.

Díla tambien que no olvide que hai en el destierro un desgraciado que sabrá pagar debidamente las caricias que ella prodiga a mi Juanita.

Saluda a todos afectuosamente en mi nombre i recibe un estrecho abrazo de tu amigo

JUAN.

***

A mediados de Junio del mismo año celebróse con jeneral aprobacion de la escojida sociedad la boda de mis personajes protagonistas.

Estos disfrutan hoi una existencia envidiable rodeados de las consideraciones i del cariño sincero de sus parientes i amigos.

Montero ha visto feliz a su amigo en el matrimonio, le ha cobrado aficion al sacramento i está en vísperas de cargar la misma cruz que tan pesada le hiciera Zoila a Gonzalez.

Luis ha elejido por compañera a Sofía, con lo cual se estrecharán mas i mas aun los lazos que le ligan a su amigo Juan.

Entrambos amigos, de nuevo varias veces encarcelados despues del 91, han tomado parte activa en la última campaña electoral, han contribuido con su propaganda a la inmensa reaccion operada en la opinion pública i cooperado eficazmente a la espléndida victoria alcanzada en las urnas el 4 de Marzo del presente año.

La importante representacion que el partido mártir tendrá en el próximo Congreso i el espíritu levantado que anima a sus miembros son, ciertamente, prenda segura de prosperidad nacional, de paz i concordia para la familia chilena, de perdon i olvido para las pasadas ofensas.

«El pasado ha concluido—ha dicho recientemente el señor Enrique Salvador Sanfuentes, jefe de la Junta Ejecutiva del partido caido—a él solamente debemos dirijir la vista para derivar lecciones i enseñanzas, jamas para buscar la satisfaccion de innobles venganzas.»

Las jenerosas manifestaciones i protestas de los que soportaron tántas i tan horribles injusticias, tántas i tan tremendas calamidades, tántos i tan inauditos desastres son la prueba mas palpable de la justicia de su causa i de su elevado patriotismo.

Diríase que el espíritu del grande hombre que rindió culto sagrado a su patria, que el espíritu de Balmaceda vaga sin cesar en las etéreas rejiones en torno de Chile, i que él inspirase los pensamientos i las acciones de los fueron sus amigos.

***

Gonzalez i Montero, estremecidos de gozo, han visto lucir al fin el sol esplendente de la libertad, hado protector i misterioso que ha abierto de par en par las puertas de las prisiones i hecho volver al hogar cariñoso a los desterrados políticos.

Ellos, arrobados de dicha, han contemplado el espectáculo imponente de un pueblo que rompe las cadenas de la esclavitud i reconquista su perdida autonomía.

Ellos han tomado parte en el concierto universal, en la alegría arrebatadora que ha conmovido profundamente a todos los pueblos de la República.

Entrambos tambien, derramando lágrimas de íntimo gozo, han entonado cánticos de alabanza i glorificado al mártir Balmaceda, cuya prediccion se ha realizado mucho ántes de lo que hubiera podido concebir la imajinacion mas atrevida.

Porque desde el 4 de Marzo ha comenzado la justicia histórica anunciada por el gran repúblico.

El veredicto del pueblo ha justificado la causa de los defensores de la Constitucion i condenado severamente la criminal revolucion de 1891.

I esa victoria espléndida se ha obtenido sin efusion de sangre, sin revueltas, sin trastornos, sin perturbaciones, al amparo del derecho; si bien éste fué restrinjido por el decreto de estado de sitio i por el terror i cuando los directores del bando perseguido se hallaban prófugos i desterrados.

Hé ahí que el vaticinio admirable del mártir Balmaceda se cumplia al pié de la letra, treinta meses despues de su sacrificio, cuando en su carta póstuma dijo:

«Si nuestra bandera, encarnacion del gobierno del pueblo i verdaderamente republicana, ha caido plegada i ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo, *en tiempo no lejano*, i, con defensores numerosos i mas afortunados que nosotros, flameará un dia, para honra de las instituciones chilenas, i para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la tierra.»

FIN.

ALGUNAS RECTIFICACIONES

Con el propósito de acceder a los ruegos de algunos caballeros que me han pedido publique el nombre del heróico jóven que tan eficazmente contribuyó el 29 de Agosto de 1891 a salvar la vida al jeneral don José Velasquez, i a fin de dar al suceso la amplitud conveniente, creo necesario trascribir en seguida el relato publicado por Talquino Colatino en abril de 1892, relato verídico en todas sus partes, si bien pálido en cuanto al colorido real de las horrorosas escenas desarrolladas en el domicilio del ilustre jeneral.



EL JENERAL VELASQUEZ

I

Hai sucesos en la vida de los pueblos i de los hombres que, a fuerza de ser sombríos, llegan a formar épocas luctuosísimas de inolvidable memoria.

La revolucion reciente, que durante tantos dias azota sin compasion a la República, flajeló tambien con látigo de fuego a muchos caractéres altivos, indoblegables a las tentadoras insinuaciones que hacen una mercancía de las conciencias.

Si no fuera que la sola esposicion del cínico i trájico incidente que vamos a referir constituye por sí misma una terrible protesta contra el atentado inícuo i vituperable, romperíamos nuestra pluma, sellaríamos nuestro labio, pondríamos cadena a nuestro pensamiento indignado, i nos resignaríamos a cubrirnos el rostro en silencio, con el horno de la vergüenza en la frente l paroxismo del dolor en el alma.

II

ran las 9 P. M. del 28 del próximo ado Agosto.

El alambre habia vibrado en los ámbitos de la Moneda con lúgubres ecos. El gobierno constitucional acababa de sucumbir en los campos de la Placilla bajo el hacha sangrienta i traidora de los verdugos del pueblo. La imponente i sombría trajedia habia tenido ya su desenlace fatal. La rebelion armada habia puesto ya su pié de hiena sobre las sagradas e inviolables instituciones nacionales. El órden, el derecho i la libertad eran ya tristes despojos arrastrados por las olas sombrías del mar de las ruines pasiones desencadenadas. Qué desencanto para los corazones patriotas, para las almas convencidas, para los hombres de fé. Aquel desastre no era la simple derrota de un partido, el simple desgarramiento de una bandera, el simple golpe de muerte dado a un credo político. Era el hundimiento de todas las tradiciones i esperanzas de gloria de un pueblo. Era la absoluta anulacion de todos los esfuerzos jenerosos de setenta años de vida nacional por el ensanchamiento del horizonte de la libertad, por el afianzamiento de

las bases del órden, por la implantacion del derecho.

Sin embargo, en medio del naufrajio nniversal, cuando ya todo estaba perdido, el Excmo. señor Balmaceda encontró todavía en su propia conciencia fuerzas i alientos bastantes con que hacer un último i supremo esfuerzo en servicio de su patria.

Su Excelencia habia tenido una alta inspiracion, la de dar cita al jeneral Baquedano en casa del jeneral Velasquez para celebrar una conferencia con él.

Supo la noche misma del desastre fatal, por medio del señor intendente Cerda Ossa que el jeneral Baquedano, accediendo a su llamado, se preparaba para ir a casa del jeneral Velasquez, que se hallaba a la sazon postrado en el lecho.

Salia ya de la Moneda acompañado del señor intendente i del señor A. Prieto Zenteno, cuando se encontró con el señor Ministro de Hacienda don Manuel A. Zañartu, que a ése tiempo entraba. Comunicóle su propósito; i los cuatro se dirijieron a casa del jeneral Velásquez.

Llegaron allí casi simultáneamente con el jeneral Baquedano, que iba acompañado de don Eusebio Lillo, el cual, una vez en el umbral, trató de despedirse.

Don Manuel A. Zañartu, viendo la actitud del señor Lillo, lo instó encarecidamente a que los acompañase a entrar i a solemnizar con su presencia e ilustrar con su opinion el acuerdo que iba a celebrarse. El señor Lillo accedió al fin.

El Excmo. señor Balmaceda habia resuelto dimitir el mando del ejército en poder del vencedor del Perú i Bolivia por ser él uno de los militares mas prestijiosos i el hombre que, por lo tanto, podia hacer llegar mejor que nadie, en aquellas circunstancias anárquicas i terribles, la voz de la concordia i del órden a las almas empujadas por el ardor del combate a todos los deplorables estremos de la pasion.

El Excmo. señor Balmaceda, con la entereza propia de los espíritus abnegados en un grado sublime; con la serena magnanimidad de los héroes, que en las difíciles horas de prueba se olvidan de sí mismos para no acordarse mas que de sus semejantes; con la conciencia recta i profunda de los mártires, que encuentran oportunos todos los momentos de la vida para cumplir con su elevada mision, dijo entónces al jeneral Baqnedano estas bellas palabras, que demuestran con una elocuencia incontrastable que lo que mas presente habia tenido siempre habian sido sus altos deberes de gobernante:

«—Jeneral: las fuerzas existentes en Santiago son las mejores del ejército. Por consiguiente, le será fácil a usted proveer a la seguridad pública. Creo que está de mas encargar tambien a usted que no ahorre esfuerzo alguno en procurar que el ejército no sea víctima de persecuciones ni de ultrajes de ningun jénero. Su disciplina ejemplar, su celo probado por la honra de la patria, las glorias inmortales que en la ruda campaña del norte, dirijida por usted mismo, ha dado a la República, son un título que nadie puede arr[illegible] tarle i en la posesion del cual es p[illegible] so conservarle siempre. Usted que [illegible] noce mejor que nadie, la subordinac[illegible] la bravura, el heroismo sin límites

que a los ojos de usted mismo ha dado tantas i tan brillantes pruebas, está, pues, en el deber de velar por él.

Le recomiendo especialmente al jeneral Velasquez, aquí presente, el cual encarna, por su consagracion absoluta a la patria, las virtudes mas puras del Ejército glorioso que pongo a las órdenes de usted.

El jeneral Baquedano, por su parte, contrajo el solemne compromiso de velar por el ejército, i especialmente por la persona del jeneral Velasquez, diciendo:

—No tenga usted cuidado alguno. El ejército puede estar seguro contra toda clase de vejámenes; i el jeneral Velasquez puede descansar absolutamente en la confianza de que será respetado.

La conferencia duró como una hora i media. En ella quedó acordado todo lo referido i se estipuló que al dia siguiente el Ministro del Interior, señor Zañartu, en representacion del señor Balmaceda, concurriera a la Moneda a las 10 A. M. para esperar la definitiva trasmision del mando i dejar constancia de ella.

III

Vino el 29 de Agosto.

Eran apénas las ocho de la mañana, ando don Manuel Arístides Zañartu recibió del jeneral Baquedano la peticion de que accediera inmediatamente a entregarle la fuerza.

El señor Zañartu, como era natural, esperimentó cierta estrañeza al recibir semejante peticion.

No obstante la grande anticipacion de la hora convenida para tal objeto, la fuerza le fué entregada al jeneral Baquedano por el señor Zañartu en la misma Moneda.

El apresuramiento del *popular vencedor* del Perú i Bolivia para hacerse cargo de las fuerzas de línea existentes en la capital, estaba llamado a hacer presumir que acto contínuo iba a tomar sabias i oportunas medidas estratéjicas para mantener el órden público. Pero ¡cuánta equivocacion! En efecto ¿qué medidas fueron las que tomó? No conocemos otra que esta: la de haber ido inmediatamente a las cárceles a abrir sus puertas para dispensarse la gloria de dar libertad a una cantidad de reos, de los cuales unos lo eran por razones políticas, i otros por causa de otra especie que para nadie constituyen un timbre de honor.

El deber que entónces las circunstancias le imponian era de una gravedad tal, que su cumplimiento no admitia absolutamente postergacion de ningun jénero; pues se trataba de la vida i de la propiedad de un gran número de

*



ciudadanos i estranjeros, para los cuales, como mas tarde lo demostraron los acontecimientos, no debia haber compasion alguna por haber simpatizado con una causa sagrada para ellos.

Pero, léjos de ponerse a la altura de las exijencias de tan imperioso como trascendental deber, lo único de que dió pruebas fué de que, si se apresuró a hacerse cargo del mando de la fuerza, fué solo para darse, siquiera por algunas horas, la torpe satisfaccion de ejercer el poder supremo, que jamas hasta entónces habia podido merecer. I hai tantos mas motivos para creerlo así, cuanto que para mantener el órden público no tenia necesidad ni aun de hacer uso de las fuerzas que se le habian confiado, pues habíale solo bastado presentarse ante la chusma desencadenada, la cual, al verlo, habria abandonado inmediatamente su propósito criminal de asesinato i vandalismo. El la dejó obrar libremente. El la dejó matar i saquear a las órdenes de individuos que la arrastraron con su consejo i con su ejemplo; i no dió un solo paso sério conducente a detenerla en su perversa tarea.

Cualquier otro ciudadano habria hecho sacrificios sin cuento en obsequio al cumplimiento de su alto deber, al órden de la capital, al prestijio de su patria.

A él se le elijió para tal objeto, porque al mismo tiempo que erradamente se contaba con su buena voluntad, se contaba tambien con su influencia en el ejército i en el pueblo.

El tristísimo espectáculo que el dia 29 i siguientes ofreció la capital de la República ante la América i el mundo, arroja sombras eternas de vergüenza i horror que no recaen mas que sobre él. Es él quien carga mas directamente que nadie con el peso inmenso de la responsabilidad orijinada por los grandes crímenes de que fué teatro sangriento la capital en ese epílogo de luto i de perversidad que completó la obra nefasta de la revolucion.

A la historia le corresponde dar su fallo sobre aquellos actos abominables i marcar la frente de los culpables con el estigma de fuego que han merecido.

IV

Rayaba el alba del fatal 29 de Agosto.

Muchos de los amigos íntimos i parientes cercanos del jeneral Velasquez, fueron a su domicilio a suplicarle que abandonase inmediatamente su ho[illegible] pues su permanencia allí lo esponi[illegible] los mas grandes peligros, a morir, [illegible]zás, despedazado por las turbas sedi[illegible]

tas de botin i de sangre que dentro de pocos momentos ensordecerian las calles de la capital con sus gritos feroces de venganza i esterminio. Pero el noble guerrero, que jamás habia temblado en los campos de batalla, i que estaba acostumbrado a mirar la palabra del militar como un juramento sagrado, respondió con una serenidad que hizo recordar el estoicismo de Leonidas:

—Estoi tranquilo, porque descanso en la paz de mi conciencia i en la fé de las promesas del jeneral Baquedano.

Sus amigos i deudos tuvieron, pues, el dolor de retirarse sin haber podido lograr que él accediese a sus repetidas instancias. Algo les hacia temer que aquella vez la palabra de oro de un militar no fuese la que en todos los puntos de la tierra ha pesado siempre tanto en la balanza del honor.

I, por desgracia, sus temores no fueron infundados, porque al fin se realizaron de la manera mas cruel.

No hacemos inculpaciones a nadie. Por un olvido inconcebible, o por inconvenientes que aun no conocemos, el hecho es que hasta las dos de la tarde de aquel dia de funesta memoria, la casa del jeneral Velasquez no estuvo [illegible]todiada por mas fuerza que dos sol[illegible]os; los cuales, como es natural, ade[illegible] de ser impotentes para contener [illegible]quier amago hostil de las turbas, no podian servir para otra cosa que para indicarles con su presencia el punto mismo que ellos habian resuelto atacar. I así sucedió en efecto.

V

Eran las dos de la tarde.

La culta capital de Chile ofrecia el pavoroso i abominable espectáculo de los peores dias de la Comuna.

Desde el centro de la ciudad hasta los mas apartados arrabales, no se veian ir i venir por las calles, mas que hordas de demagogos, armados de piedras i de garrotes, con un trapo rojo en el sombrero o en el pecho, ébrios de rabia, hambrientos de pillaje, capitaneados por individuos de sotana, de levita o de casaca i galones, que, por una triste ironía del destino, creian quizás haber escalado aquel dia la cumbre del predominio jenial de los caudillos de Aténas i de Roma sobre la plebe.

Una de las turbas se detuvo delante de la casa del jeneral Velasquez. Iba capitaneada por un señor Irarrázaval, que montaba un brioso caballo i llevaba un sombrero apuntado de jeneral.

La turba parecia vacilar. Pero su capitan, con una elocuencia satánica, la hizo avanzar como una inmensa i fu-

riosa ola en direccion a la puerta principal de la casa.

La turba penetró ál zaguan, donde se agolpó junto a una reja de hierro, defendida heróicamente, pero en vano, por el leal teniente coronel Abel Reyes Bazo, uno de los ayudantes del jeneral.

La reja cedió al fin al recio empuje de aquella terrible avalancha humana.

El señor Reyes Bazo fué arrastrado a la calle en medio de las vociferaciones mas indignas i bajo los golpes mas alevosos.

La turba se dividió entónces en dos grupos. El uno avanzó resueltamente al interior de la casa. El otro se alejó llevando entre las garras la víctima de que acababa de apoderarse.

VI

El señor Reyes Bazo recorrió un largo i doloroso calvario.

Parecia que la chusma queria darse el placer salvaje de prolongar lo mas posible su agonía, de contar uno por uno todos sus amargos estertores en su lucha sin término con la muerte.

En la calle de Ahumada tuvo el señor Reyes Bazo la mala estrella de encontrarse con el Rvdo. padre Maturana, antiguo amigo suyo. En vano imploró su caritativo amparo en aquel trance sin nombre. El Rvdo. Padre, por toda respuesta, volvió a un lado la cara i continuó su camino tranquilamente.

Esta circunstancia fué un nuevo motivo para que la chusma se sintiera estimulada en su obra nefasta. Ver absolutamente cerrado el corazon de un sacerdote a las imploraciones últimas de un hombre condenado a una muerte fatal, era, en efecto, para los fanáticos verdugos de una víctima inocente, una completa justificacion de su crímen, una profunda complicidad de la relijion misma en su infame atentado.

No estaba, pues, dispuesto por la Providencia que terminase allí la tremenda vía-crucis del señor Reyes Bazo. Así es que tuvo que proseguir todavía su marcha, cargando sobre su cabeza la montaña de injurias i de golpes con que se le abrumaba.

Sin alientos ya, ni físicos ni morales, con que continuar resistiendo tamaña afrenta i tamaño dolor, hubo de hacer comprender a sus victimarios con su aniquilamiento, que habia sonado fin el instante en que, una vez por das, debian concluir con él.

En efecto, al llegar a la Plaza de Armas, iba ya la chusma fanática a despedazarlo, cuando desde cierta distancia partió una voz que gritó a la multitud con diapason poderoso:

—No maten a ese miserable. No se manchen las manos con su sangre. Entréguenlo a la justicia. Ella lo hará fusilar.

Estas palabras fueron pronunciadas por un caballero cuyo nombre por ahora se nos escapa. Bajo las apariencias del desprecio, ellas encerraban indudablemente un sentimiento de profunda jenerosidad.

La chusma se dejó dominar completamente por el tono despreciativo con que fueron lanzadas. Fué, por cierto, un asombroso milagro.

Solo debido a esta estraña casualidad pudo salvar el señor Reyes Bazo su vida.

De allí fué conducido a la Intendencia, donde quedó preso.

VII

El grupo que habia resuelto penetrar en la casa del jeneral Velasquez, consiguió fácilmente su objeto. En un momento invadió los patios i las habitaciones, derribando puertas, vociferando como una lejion infernal arrastrada por el vértigo de la destruccion i de la muerte.

Irarrázaval entró a caballo hasta el lecho del jeneral, acompañado de un ...hacon i otro sujeto mas, que tam... penetraron en la misma forma. ... sereno resplandor con que ilumi... la gloria aquella frente surcada ...venerables arrugas i coronada de canas; la tranquila majestad que imprimia el dolor en aquellas facciones estenuadas por la enfermedad, entristecidas por el infortunio; la presencia augusta de aquel guerrero envejecido, mas que por los años, por los sacrificios heróicos que habia hecho por la patria, nada fué bastante a impedir la violacion sin nombre de aquel recinto respetable i sagrado para todos los chilenos; nada fué bastante a impedir la inaudita profanacion de aquel hogar, donde solo iban a aprender virtudes los que se habian hecho dignos de salvar sus umbrales; nada fué bastante a impedir que Irarrázaval i sus satélites entraran a él con la amenaza en el labio i la guadaña en el brazo. Agotando el repertorio de las injurias procaces, i blandiendo en derredor del venerable guerrero la espada en actitud de descargarla sin respeto i sin piedad sobre su cabeza, parecian tres tigres hambrientos que se disputaban la sangre de su desgraciada víctima. Entre tanto, la chusma rujia detras, como si temiera no alcanzar a tocar alguna gota de esa sangre jenerosa.

La familia del jeneral habia corrido, fuera de sí, trastornada por la desesperacion, en torno de su lecho. Su esposa i sus hijos rodeábanlo con los brazos estendidos, suplicando con amargos sollozos un rasgo de clemencia para él i para ellas. Sus hijos pequeños se asian de sus piernas, pálidos de terror, llorando sin consuelo.

Pero los ultimarios, léjos de ablandarse ante aquel cuadro de horror, sobre el cual la viudez de una esposa i la orfandad de varios hijos parecian como arrojar ya sus fúnebres sombras, cobra-

ron, por el contrario, nuevo empuje para seguir adelante en su obra criminal.

Comprendiendo que su fin ya estaba fatalmente decretado, el jeneral apartó entónces como pudo de su lado a su esposa i a sus hijos; se incorporó en su lecho con la reposada altivez de los grandes mártires i dijo a sus verdugos:

—No prolonguen mas esta dolorosa escena. Mátenme.

I acto continuo mostró su noble corazon.

Un inmigrante se abrió paso bruscamente por entre la multitud, i se dispuso a cumplir aquella estraña órden.

—Oh! Nó! esclamó el jeneral. Máteme un chileno; pero nó un estranjero.

Apénas acababa de decir estas palabras, cuando un jóven apellidado Tapia, se precipitó hácia su lecho, i cubriéndolo con su cuerpo, gritó:

—El que lo mate, tiene que principiar por mí.

Al oir estas palabras inesperadas, los señores de a caballo se retiraron del dormitorio, dejándolo abandonado a la turba de a pié, que comenzó a blandir palos, hachas i carabinas en actitud de consumar el crímen. Pero el jóven Tapia continuó en su colocacion, i no cesó de hacer valer su influencia con los asesinos, a favor del jeneral.

Notando que la turba parecia estar ya dispuesta a dejarlo con vida, Irarrázaval se avanzó de nuevo sobre el lecho, dándole varios estrellones con su caballo.

En esas circunstancias, una de las simpáticas señoritas Velasquez, cobrando un valor heróico, enjendrado por el amor i el peligro, tuvo un arranque sublime. Se lanzó sobre las riendas del caballo de Irarrázaval, revólver en mano, dispuesta a dispararle un balazo si persistia en su criminal intento. Irarrázaval entónces la asió del cuello, i clavando su caballo, la arrastró hasta la calle, donde unas mujeres del pueblo se apoderaron de ella. El traje de esta señorita quedó hecho jirones.

VIII

Fué en tales momentos cuando, por fin, llegó la fuerza pública. Tropa de Zapadores, bajo las órdenes del señor Gabriel Alamos, se presentó allí, haciendo alejarse a Irarrázaval, que pretendia recobrar su presa,i disiparse a la multitud, que de otro modo habria indudablemente consumado el mas nefando de los crímenes en la persona del jeneral Velasquez.

Irarrázaval se alejó, despues de haber insultado groseramente al señor Alamos, que no hacia mas que cumplir con su deber.

La fuerza pública no habria venido jamas o habria venido cuando ya no hubiera sido tiempo, si en el momento mismo de presentarse la turba en la puerta principal de la casa del jeneral Velasquez, no hubiera ido a solicitarla el señor Arístides Villalobos, otro de sus ayudantes, escabulléndose vestido de paisano por una puerta falsa de la misma casa hácia la calle de Morandé.

IX

Instantes despues llegó allí el j[illegible]ral Baquedano, acompañado de ayudantes los tres traidores No[illegible] Lopetegui i Campos. Iba a pres[illegible] la gloriosa obra de su gobierno.

Novoa, al ser detenidamente mirado por una de las señoritas Velasquez, se sonrojó, a su pesar, i dió frente a retaguardia, movimiento que fué inmediatamente repetido por Lopetegui, como si uno i otro hubieran obedecido a un resorte comun. Estaban enlazados por la triste fraternidad del crímen.

El jeneral Baquedano hizo una segunda promesa al jeneral Velasquez. La de hacerlo conducir en las primeras horas de la noche por los Zapadores, mandados por el señor Alamos, a una legacion.

Apénas se oscureció, el jeneral Velasquez fué efectivamente sacado de su casa en una camilla, i trasportado a la legacion alemana, bajo las atenciones i cuidados de los señores Marcial Guzman, Cárlos Bombal i Alejandro Salvo.

El doctor Guzman fué quien consiguió del Ministro aleman que admitiera al jeneral en su legacion, pues el Ministro no queria admitir a nadie.

X

Hacia ya quince dias que el jeneral Velasquez permanecia en la legacion alemana.

Una noche, aprovechando la ausencia momentánea del Ministro, tuvo don Rodolfo Ovalle, jefe de Granaderos, la temeridad inaudita de irlo a secuestrar con tropa de su cuerpo.

La violacion del hogar ajeno, la profanacion de la hospitalidad jenerosa, era entónces una práctica comun i puesta en moda por todos los gloriosos partícipes de la revolucion triunfante.

…como la ignorancia de los deberes …s el… mentales del hombre para con …hombre i de un pueblo para con otro pueblo, se daba la mano con la mala fé que hace de la conciencia una tapia sorda a la voz del remordimiento i de la vergüenza, llegó tambien a ser objeto de atentados sin nombre hasta el hogar i la hospitalidad de los representantes estranjeros.

El jeneral fué, pues, secuestrado por Ovalle, para quien no valieron ni las especiales i graves circunstancias que favorecian al presunto reo, ni las tiernas i humildes súplicas de su esposa desolada.

Al arrastrarlo fuera de la legacion, Ovalle le dijo:

—Nada me importan tus sufrimientos a mí que he sufrido ocho meses de ruda campaña. Tú firmaste, infame, una sentencia de muerte contra mí. Está bien.

El jeneral guardó silencio. Pero como Ovalle volviese otra vez a hacerle este cargo sangriento i calumnioso, él entónces le replicó tranquilamente:

—Yo no he firmado sentencia alguna contra usted.

Tres veces dió Ovalle órden a la tropa de sacarlo de la legacion.

La tropa, que no participaba del ruin sentimiento de venganza que él queria practicar, parecia como resistirse a consumar aquel crímen.

El jeneral Velasquez fué conducido a la prefectura, por no haber cabido en la puerta de los calabozos de la cárcel el catre en que lo habian trasportado.

XI

Media hora despues de este triste i vergonzoso incidente, volvió el Ministro a la legacion.

Grande i mui lejítima fué su indig-

nacion al ser impuesto de lo que acababa de suceder por el respetable señor F. W. Kerr, jefe de los teléfonos, i por la esposa del señor dueño del Hotel Oddo.

Acto contínuo se dirijió a la Moneda a exijir la devolucion inmediata del jeneral, so pena de que si no se le devolvia, daria cuenta a su Gobierno del atropello inaudito que se habia hecho a su legacion. Se le contestó que inmediatamente se le devolveria. El Ministro se dirijió a su domicilio a esperarlo.

No hacia muchos instantes que estaba de vuelta, cuando llegó un oficial apellidado Barros a la legacion a proponer a la señora del jeneral que fuese a la policia a acompañar a su esposo.

El Ministro contestó:

—La señora no admite ninguna proposicion. El jeneral volverá ahora mismo a mi legacion.

El oficial se retiró.

Eran las tres i media de la mañana cuando el jeneral tornaba otra vez a la legacion alemana.

XII

Teniendo conocimiento de que el jeneral estaba asilado en esta legacion i de que su mal estado de salud exijia cuidados especiales que solo la amistad podia prodigar, la señora Victoria Subercaseaux de Vicuña tuvo la amabilidad de ofrecerle su casa. El jeneral aceptó este ofrecimiento jeneroso, tanto porque iba a residir en un hogar amigo que espontáneamente se ponia a su disposicion, como porque allí se creia tan inviolable como en la legacion en que estaba. Su excesiva buena fé le hacia inferir del hecho de haber respetado el gobierno anterior el asilo que en él se habia dado a muchos revolucionarios, la consecuencia temeraria de que el gobierno actual haria otro tanto. I esta consecuencia le parecia tanto mas lójica, cuanto que, por la circunstancia de haber sido la señora Subercaseaux una de las mas entusiastas heroinas de la revolucion, el actual gobierno le tributaria toda la deferencia i consideraciones a que sus importantes servicios a él prestados le hacian acreedora.

Allí permaneció, en efecto, hasta que, tratando de poner término a su irregular situacion, juzgó oportuno presentarse a las autoridades revolucionarias. La resolucion que respecto a él se tomó entónces, fué la de encerrarlo en la cárcel; resolucion que inmediatamente se llevó a cabo.

Cuando mas tarde logró obtener su escarcelacion bajo fianza, fué a residir otra vez a la misma casa que tan bondadosamente le habia abierto sus puertas.

En ella se encontraba asilado, cuando de un momento a otro, violando toda garantía individual, atropellando los fueros de dueño de casa de la jenerosa señora Subercaseaux, pisoteando todos los deberes de la patria para con la viuda ilustre de un hombre a cuya memoria están vinculadas las mas excelsas tradiciones nacionales, faltando a todos los compromisos de honor de un gobierno para con una matrona distinguida que habia cooperado con t[illegible] jénero de influencias i de esfuerzo[illegible] su establecimiento, fué arrancado allí i llevado a bordo de un buque, tomar en cuenta sus años, ni sus

lencias, ni su brillante colaboracion en la obra del engrandecimiento i de la gloria de Chile.

Si es cierto que todo muere, si es cierto que cuando se derrumba el organismo corpóreo, brota de su seno, como una esencia impalpable, una forma intanjible i luminosa, un espíritu alado i divino, que vuela a cernerse en la inmensidad azul, a vibrar en las cimas celestes como un laud de oro, como un arpa cristalina, qué notas de indignacion no tendrá hoi el alma sublime de Vicuña Mackenna, al contemplar desde allá arriba el triste i vergonzoso espectáculo de aquí abajo! Demócrata de corazon durante su peregrinacion sobre la tierra, luchador incansable por el derecho, por la libertad, por el pueblo, él quizá maldice hoi desde las alturas, la obra nefanda de los que han arrastrado por el polvo sangriento del circo la bandera inmaculada i bendita de la democracia que el aliento titánico de su palabra hizo flamear siempre tan alto.

XIII

En Valparaiso, en la estacion del Puerto estaba reservado al jeneral Velasquez un trance no ménos funesto que los anteriores.

Una vez que se le hizo desembarcar en esta estacion, se le mantuvo en ella largo tiempo a la espectacion pública, sin saberse de fijo a donde conducirle. Era, por cierto, bien estraña la órden que se ejecutaba con él. Trasportado [pre]so a un punto remoto, sin hallar, al [tér]mino de la jornada, a quien entre[ga]rlo, ni dónde ni aun en qué condi[cio]nes establecerlo, es algo que, si no [acu]sa una profunda mala fé, pone al ménos de manifiesto la ofuscacion inmensa que el vértigo i la embriaguez del triunfo habian dejado en el espíritu de los nuevos conductores de los destinos de la República.

Al cabo se resolvió llevarlo a la Intendencia. Allí no se le admitió. Llevósele entónces a la Comandancia de Armas. Allí tampoco se le quiso admitir.

Parece que no habia otro propósito que el de aumentar su indignacion de haber sido arrancado del seno de su familia con el ultraje de exhibirlo como un criminal al público de un pueblo no bien repuesto aun de su reciente escitacion revolucionaria. Triste propósito, que descubre la negra profundidad de las almas rencorosas i estraviadas que lo forjaron i lo pusieron en práctica.

De la Comandancia de Armas fué llevado a la Comandancia de Marina, la que, al fin, lo admitió. De aquí fué conducido en seguida al muelle para relegarlo a bordo de un buque de guerra.

En el momento de ser embarcado fué nuevamsnte amenazado por una turba furiosa que pretendia despedazarlo.

El oro i el alcohol, que a tantos acababan de arrastrar a la traicion i al crímen, fueron indudablemente los poderosos ajentes de este gran movimiento de turbas asalariadas, que no fué mas que una vergonzosa repeticion de los muchos otros que ya le habian precedido.

Si no es por la oportuna intervencion de un marino, que, mediante esfuerzos inauditos, logró librarlo de la cólera brutal de la chusma, aun no saciada de víctimas humanas, el jeneral habria tenido un fin terriblemente trájico.

Se le dió por cárcel la *Magallanes*.

Pocos dias despues se le trasbordó al *Presidente Errázuriz*.

En este buque se hallaba cuando el jeneral Canto hizo una visita a las naves de guerra surtas en la bahía de Valparaiso. Allí se encontraron los dso. Canto manifestó a los marinos su estrañeza profunda por la prision del guerrero ilustre.

Tenia razon. La gloria no es un crímen.

Lástima grande que las palabras de Canto no hayan sido mas que una de esas apariencias vanas a que se apela siempre que se trata de encubrir o disculpar una vergonzosa falta.

¿Con que él ignoraba que el jeneral Velasquez estaba preso a bordo de un buque? ¿Con que acaso su viaje a Valparaiso no ocultaba bajo pretesto fútil de visitar las naves de guerra, el propósito poco honorable de ver cómo era tratado el jeneral Velasquez por los marinos, cuyas espontáneas simpatías por el preso glorioso eran para él como ascuas candentes que le quemaban el corazon? Ah! Bien ha dicho álguien que para ciertos hombres el arte de la palabra no es mas que el arte de disfrazar el pensamiento.

XIV

Actualmente el jeneral Velasquez se encuentra preso a bordo del *Huáscar*. Acaso todavía se tiene el propósito de proseguir andando con él de buque en buque, como se ha hecho hasta aquí. Profundamente lamentable seria que así sucediera. Semejante procedimiento, ademas de ser cruel para un enfermo, es altamente vejatorio para un hombre venerable.

Entre tanto su familia anda errante i dispersa, sufriendo amargamente la funesta i obligada ruptura de los dulces vínculos domésticos. Ella lo ha perdido todo: tranquilidad, esposo, padre, hogar. El saqueo brutal i salvaje de que fué objeto la casa en que habitaba, arrastró con todo jénero de muebles. Los libros i papeles del jeneral fueron a parar destrozados al arroyo de la calle o fueron llevados a poder de personas estrañas.

Todo lo que el jeneral ha podido recobrar hasta hoi de los despojos a que sus bienes quedaron reducidos por el huracan desencadenado que barrió tantos hogares el fatal 29 de Agosto, ha sido una casaca. Las señoritas Velasquez, sus hijas, iban por la Alameda. En su camino encontraron una mujer que marchaba en sentido contrario. Esta mujer llevaba la casaca del jeneral, batiéndola al viento con torpes gritos de entusiasmo alcohólico i licencioso. Las señoritas Velasquez la detuvieron i lograron de ella que se las devolviese.

Uno de los objetos cuya pérdida ha sido mas sensible para el jeneral, es una espada del jeneral O'Higgins, que conservaba en su poder como una reliquia sagrada. Ultimamente se ha corrido el triste rumor de que álguien que hoi posee esta espada ha pretendido obsequiarla a uno de los grandes caudillos de la revolucion.

XV

¿Cuándo terminará la terrible crúcis del jeneral? ¿Cuándo será de tivamente fallada su libertad? Hé -

una pregunta que a cada momento se hacen todos aquellos cuya conciencia honrada no puede transijir con el atropello inaudito de que él es víctima.

Aparte de la criminalidad que entraña en sí misma su prision, a ella se agrega una circunstancia profundamente viciosa. La de haberse hecho tabla rasa de la lei de Garantías Individuales, que dispone que nadie puede ser arrestado sino en su propia casa o en una cárcel pública. Nos parece a todas luces que un buque de guerra no es lo uno ni lo otro.

La criminalidad que entraña en sí misma su prision, se ofrece tan desnuda, tan resaltante i monstruosa, que es imposible concebirla en un pais en que los principios que reglan los derechos i los deberes de los ciudadanos habian hecho ya tantos progresos.

¿Dónde está el delito del jeneral Velasquez? ¿Lo constituyen acaso sus convicciones políticas, su concurso a la obra de un gobierno lejítimo, hostilizado por el interes egoista, por el libertinaje vergonzoso, por el odio mortal a todo principio de órden i de estabilidad, de progreso i de perfeccionamiento social? ¿Lo constituyen acaso su reputacion i su prestijio de hombre público intachable, de servidor abnegado de su patria, de militar tan hábil como pundonoroso, incontrastable a las sujestiones perversas de rebelion i alzamiento que solo arrastran a los que hacen de [illegible]nciencia una moneda que debe [illegible]rse a la primera carta, a los que [illegible]en del patrimonio moral i material [illegible]n pueblo un miserable artículo de [illegible]sta pública?

[illegible] como simple ciudadano, ni como militar, aparece en su conducta ejemplar una sola mancha que pueda enrostrársele.

La eterna acusacion que, como a otros tantos patriotas ilustres se le dirije, es ya un resorte que está demasiado gastado a fuerza de hacerlo jirar en vano hácia todos lados para producir la ilusion imposible de que su virtud probada es un crímen!

La resolucion del 9 del próximo pasado marzo en la cual la Excma. Corte Suprema niega lugar al recurso entablado por don Belisario Vial para que se enmendara el procedimiento judicial observado para con el benemérito jeneral, es una triste vergüenza nacional. La Excma. Corte funda su negativa en que las reglas del procedimiento empleado respecto a él, no pueden ni deben ser las ordinarias, sino las militares.

Las garantías con que cuenta un simple ciudadano en órden a su detencion i juzgamiento por las faltas o delitos que puedan serle imputados, no rijen para con el jeneral Velasquez.

Así es que su detencion en uno de los buques pueda justificada. Lo quedaria igualmente su incomunicacion absoluta en una apartada caverna o en un espantoso desierto.

Para con el jeneral Velasquez la Excma. Corte no tiene, pues, el deber natural de velar acerca de si se encuentra o nó en la posibilidad de hacer llegar hasta ella peticion alguna sobre la irregularidad de su arresto, la seguridad de su persona, las dificultades que le impedian el ejercicio ámplio de su derecho de defensa, sobre nada, en fin, que ponga a sus jueces en el caso de apreciar su situacion.

Cuando el primer tribunal de la República se hace eco de una doctrina tan perniciosa, i da curso a una práctica tan deplorable, es porque ya es tiempo de pensar que estaban mas cerca de nosotros que lo que nos imajinábamos los peores dias del terrible Consejo de los Diez que dejó huellas tan sangrientas en las tradiciones del mas bello de los pueblos de Italia.

Cuando al lado de la tiranía política levanta su trono la arbitrariedad judicial, es porque ya se trata de convertir al pueblo en una tribu miserable de las primitivas edades o en una recua vil destinada a marchar bajo el silbido del látigo.

I, cosa profundamente estraña, la Excma. Corte ha incurrido en su resolucion del 9 de marzo próximo pasado en una abierta contradiccion en lo que no hace mucho tiempo dictó sobre una peticion análoga a la de don Belisario Vial, interpuesta por don Gabriel Alamos. Hé aquí cómo espone esta contradiccion inesplicable *La República* en su editorial del 2 del presente mes.

«En los primeros dias de enero de 1891 el teniente coronel don Gabriel Alamos se presentó al Supremo Tribunal, reclamando que se le hubiera reducido a prision por las autoridades militares, cuando ni ellas tenian existencia legal despues del 1.º de Enero, ni el solicitante carácter militar, puesto que no se habia promulgado la lei que fija las fuerzas de mar i tierra.

La Excma. Corte aceptó el recurso, declarando conformes a nuestro derecho constitucional las teorías del ocurrente.

Hoi, sin embargo, opina que el jeneral Velasquez es militar, que no ha dejado de serlo durante el año de 1891 i que sus actos como jeneral i jefe del ejército durante ese tiempo, deben ser juzgados por las autoridades militares.

Pero solo se le considera militar para lo que puede perjudicarle. ¿Acaso se le da el medio sueldo que la lei acuerda a los militares procesados?

Nó.»

XVI

Cualquiera que sea la injusta condenacion que se haga recaer sobre el ilustre jeneral Velasquez, mas alto que ella hablará la indignacion pública; mas alto que ella hablará la historia, ante cuyo augusto tribunal todos los tribunales de la tierra son llevados a comparecer por la justicia inmortal, a dar estricta cuenta de su ministerio i a recibir el fallo inmutable que han merecido.

El defecto jeneral de los grandes hombres, decia Víctor Hugo, es preocuparse demasiado de la opinion de sus contemporáneos i mui poco de la opinion de la posteridad.

El ilustre jeneral Velasquez en la soledad de su dura i arbitraria prision, puede tener siquiera el supremo consuelo de que los brillantes servicios que ha prestado a su patria son un título incontrovertible que le da pleno derecho a esperar de las jeneraciones del porvenir el discernimiento de la merecida gloria que la negra ingratitud de la actual administracion pretende negarle.

Aliéntalo, pues, al ménos a sopor las amarguras que se le hace devo en la soledad, la conviccion profur de que un gran número de sus conc

dadanos están con él, haciéndose un deber i un timbre de honor en participar de su glorioso infortunio. Aliéntalo, pues, al ménos la conviccion profunda de que hai filas vigorosas que se estrechan con ardiente entusiasmo en derredor de la inmaculada bandera por la cual él ha luchado siempre i que ellas no desmayarán jamas en la tarea santa i patriótica que se han impuesto.

Al ilustre jeneral, que habia respirado tantas veces el aire de fuego de las batallas, que habia visto caer tantos héroes a su lado que habia recojido en su gran corazon el último aliento, la última mirada, el adios postrero de tantos soldados sublimes que se han inmolado en aras de la patria; que habia asistido a las mas brillantes citas de Chile con la gloria en el teatro de las luchas a muerte del derecho libre que se abre paso i de la fuerza fatal que lo estrecha; al ilustre jeneral Velasquez que ya lo era todo: ciudadano ejemplar, estadista honrado, guerrero eminente, no le faltaba mas que una sola cosa: ser su mártir! Qué gloria para él, i qué baldon para los que le ultrajan!!!

TALQUINO COLATINO.

***

La otra rectificacion se refiere a la conducta observada por la artillería de la division de Concepcion en la batalla de la Placilla.

Le es mui satisfactorio al autor de este trabajo acceder a la solicitud de los interesados i declarar que la artillería de campaña de la citada division, situada en el ala izquierda de la línea gobiernista o balmacedista, cumplió su deber con lealtad i disparó hasta el fin sus cañones contra el enemigo.

El abandono de que se ha hablado en el capítulo titulado «La batalla de la Placilla» se refiere a la artillería de montaña de la division nombrada, hecho consignado en la pájina 67 del ya citado libro del señor Víctor J. Arellano.

***

A propósito de los sucesos ocurridos en Santiago la noche del 28 al 29 de agosto de 1891, trascribo en seguida la relacion inédita que de ellos hizo el leal coronel Manuel J. Jarpa.

Eran las 2.30 A. M. del 29 de agosto cuando los coroneles Manuel J. Jarpa i Leandro Navarro salieron de la Moneda i se dirijieron a casa del jeneral Baquedano.

Despues de las demoras i dificultades propias de lo avanzado de la hora los coroneles consiguieron que el ordenanza del jeneral fuera a anunciar a su señor que los visitantes solicitaban una entrevista para tratar de asuntos urjentes del servicio público.

El jeneral Baquedano, sentado en la cama, recibió a los coroneles con la mayor atencion, i en el acto se entabló entre ellos el siguiente diálogo, que refleja en cuanto es posible la verdad de lo ocurrido:

Jarpa—Mi jeneral: habiéndome hecho saber el señor Presidente de la República que habia resuelto dimitir el mando en S. S. como representante de la revolucion victoriosa en la Placilla, he creido de mi deber venir con el coronel Navarro, mi jefe de Estado Mayor, a ponerme a las órdenes de S. S., como tambien las tropas de línea que

guarnecen la capital, de las cuales soi comandante jeneral de armas de la plaza.

Baquedano.—Mui bien, Jarpa; agradezco mucho el paso que ustedes dan. Yo iré al palacio como a la una de la tarde, hora en que se habrá publicado ya el bando que me dará a reconocer, i allá hablaremos.

Jarpa.—Señor: dos son los objetos que nos han traido: el que dejo espuesto i el recibir de S. S. las instrucciones del caso *para evitar el saqueo i el pillaje*, que indudablemente habrá de producirse si no se toman medidas mui enérjicas para contener el populacho, sobre todo en los primeros momentos en que se sepa la noticia del triunfo de la revolucion. Desde luego creo que debe ordenarse en el acto que dos rejimientos de línea circunden la Moneda, lugar donde primero ocurrirán las pobladas i donde primero principiarán a producirse los desórdenes. (¡Cuán léjos estaba el digno jefe que hablaba de imajinar que seria él la primera víctima de la culpable conducta del jeneral!) Debe tambien hacerse salir la caballería, al amanecer, en piquetes de 20 o 25 hombres al mando de un oficial para disolver los tumultos, evitar los saqueos i guardar el órden...

Baquedano interrumpiendo.—Nada, coronel. Ni un soldado ha de salir de sus cuarteles. Deben permanecer listos no mas para acudir donde se les llame. Lo demas seria provocar al pueblo. Por otra parte, fíjese, coronel, *que bastará que el pueblo sepa que Baquedano está en la Moneda i es Presidente para que nadie cometa desacato de ninguna especie.*

Jarpa.—Pero, señor, si S. S. se niega a que se mueva un soldado de sus cuarteles, con tal medida—discúlpeme S. S.—me parece imposible evitar el saqueo, ya que, como es natural, éste se efectuará en 80 o 100 puntos a la vez. Esta disposicion de S. S. hará inútil toda proteccion de la tropa a la propiedad, dado que, aunque el aviso se reciba oportunamente, lo cual será de todo punto imposible, los soldados llegarian cuando ya no quedaran sino las huellas acaso sangrientas del robo i el pillaje ejecutado a la luz del dia: fatal resultado que ninguna razon podria justificar.

No espere, señor, la una de la tarde. Por el contrario, haga publicar al amanecer el bando que lo dará a reconocer como Jefe provisional de la República. S. S. podrá ir temprano a la Moneda para que pueda oportunamente tomar las medidas conducentes a evitar los trastornos que han de producirse en los primeros momentos de alarma.

Baquedano.—Está bien, coronel. Publíquese el bando a primera hora, que yo iré a palacio como a las ocho de la mañana.

Con esta última resolucion del Jeneral se dió por terminada la conferencia.

***

Hé aquí cómo refiere el coronel Jarpa lo ocurrido en las primeras horas del 29:

A las 6.15 A M. llegaba el Jeneral Baquedano a la Moneda i se instalaba en el sillon que acababa de abandonar el ilustre Presidente Balmaceda a quien el destino adverso hundiera en abismo de desgracia.

Yo llamé por teléfono a todos jefes de cuerpo con el objeto de co renciar con ellos.

A las 6.30 A. M. un batallon del rejimiento 4.o de línea publicaba el bando en que el Presidente Balmaceda hacia dimision del mando supremo e investia con él al Jeneral Baquedano.

Reunidos todos los jefes en la secretaría privada del Presidente, híceles saber el nuevo estado de cosas.

Ya he dicho que yo habia aceptado la nueva situacion, tanto en mi nombre como el de mis compañeros, ya que no éramos servidores de un hombre, sino de la Nacion. I porque la habia aceptado como era mi deber, habia ido a las 2.30 de la madrugada a ponerme a las órdenes del nuevo mandatario, a pedirle instrucciones i a hacerle ver la necesidad de mover en el acto las tropas de línea perfectamente disciplinadas con que contábamos para que al amanecer ocuparan los lugares mas convenientes a fin de evitar el saqueo, que yo miraba como inevitable.

Los jefes por unanimidad aprobaron la conducta que yo habia observado de poner el ejército a disposicion del nuevo Gobierno.

Mas como el señor Baquedano se negara tenaz i redondamente a que saliera un soldado de sus cuarteles, porque ello seria provocar al pueblo, nada pudo hacerse en resguardo de la propiedad i del órden público i no hubo mas que cumplir las órdenes del Jeneral de permanecer en los cuarteles esperando las que éste nuevamente impartiera.

***

Miéntras tanto el pueblo se reunia gran cantidad vivando a Baquedano los jefes revolucionarios.

A las 8.30 todo el primer patio de la Moneda, las escaleras que dan a las salas de Gobierno i las antesalas habian sido materialmente invadidas.

Los ¡vivas! a los vencedores i los ¡mueras! a los vencidos eran atronadores.

En prevision de lo que todos veian iba a suceder, mandé con tiempo colocar dos centinelas i trancar bien la puerta que da a la ancha escalera que conduce a las habitaciones de la familia del Presidente.

Si no se toma pronto esta medida en resguardo de los intereses de la Nacion, no habria sido posible contener al pueblo, ébrio de robo i de pillaje, i habríamos tenido que lamentar el saqueo completo del palacio con sus numerosas e importantes oficinas, maquinaria etc., i acaso tambien el incendio del vasto edificio.

En estas circunstancias me mandó llamar el señor Baquedano para comunicarme que habia nombrado comandante jeneral de armas al jeneral Arteaga i que a mí solo me quedaba el mando en jefe de las tropas.

Desde ese momento estaba terminada la mision que me retenia cerca del jeneral Baquedano, ya que mi puesto se hallaba desde entónces en los cuarteles.

Resolví trasladarme inmediatamente a ellos con el fin de poder atender con mas oportunidad el cumplimiento inmediato de las órdenes que el jeneral o el comandante de armas impartieran para el mantenimiento del órden público.

***

Momentos despues pretendí salir de la Moneda para dirijirme al cuartel de Cazadores, sito al frente del palacio, i allí subir a caballo i recorrer los diver-

los cuarteles de la ciudad. Pero, vencidas muchas dificultades, no bien hube logrado abrirme paso por entre la compacta muchedumbre, cuando un individuo grande i gordo, a quién no conocí, con voz estentórea gritó:

—Allí va Jarpa!...Muera Jarpa!... Muera el Intendente de Talca! etc. etc.

Apénas lanzado ese grito, cual si hubiera sido la señal convenida para sacrificar la primera víctima cuya sangre estuviera destinada a enardecer los ánimos de la canalla para el salvaje i aleve atentado contra las personas e intereses de los caidos, crímen de antemano preparado i organizado, fuí repentinamente acometido a bofetadas, golpes de palo e instrumentos cortantes i empellones para despojarme del uniforme, que en cortos momentos quedó hecho trizas, i, sobre todo, del dinero i prendas de valor, lo cual consiguieron inmediatamente.

Así, en medio de una batahola espantosa, acosado sin cesar, casi sin darme cuenta de lo que me sucedia, pude llegar al medio del patio cerca de la pequeña pila que adorna el palacio. Allí se interpusieron algunos caballeros para salvarme siquiera por el momento de las garras ensangrentadas de aquellas fierras humanas.

I ello sucedió en el instante preciso en que el infame asesino, capitan de la turba, se disponia a darme el golpe de gracia con mi propio sable, el cual acababan de arrancarme por la espalda.

No habiendo otro refujio que una especie de cochera situada a la izquierda, la cual comunica con el patio de la servidumbre del Presidente, los aludidos caballeros me empujaron hácia adentro, cerraron la ancha puerta i se quedaron afuéra para impedir que la canalla me siguiera.

***

Desgraciadamente la puerta de comunicacion con el interior estaba condenada i no me quedaba mas salida que aquella por donde acababa de entrar.

Mis perseguidores, miéntras tanto, vociferando como lejiones de demonios, lanzáronse sobre la puerta esterior, en la que fueron contenidos por los caballeros que la guardaban, entre los cuales hubo uno que permaneció adentro encerrado conmigo i cuyo nombre siento no conocer.

La hambrienta jauría continuaba ahullando i pidiendo la cabeza del prisionero.

La pieza estaba acorralada i los perros la husmeaban por todas las rendijas de la puerta.

El olor de la sangre habia despertado los instintos feroces de aquellos hombres i convertídolos en verdaderos tigres.

Escapar era de todo punto imposible.

Aquello no podia tener mas que una solucion inevitable, segura, fatal: ser bárbaramente descuartizado para que mis miembros sirvieran de glorioso trofeo a los revolucionariós triunfantes!

En esos momentos supremos en que nada podia aguardar de mi propio esfuerzo ni de los mios, con la fé del creyente, dirijí mi última plegaria Vírjen del Cármen, que fué siempr patrona, para que me salvara d muerte atroz que me esperaba.

Mi súplica fué escuchada ben

mente, i, merced al auxilio divino, pude salir de aquella ratonera sin ser despedazado i escribir, como hoi lo hago, lo que me ocurrió en la hora amarguísima en que por instantes estuve esperando ser la presa indefensa de las enfurecidas hordas.

* * *

Entretanto la grita infernal de amenazas i de ¡mueras! aumentaba de rato en rato.

Se comprendia que los jóvenes defensores de la puerta no podrian resistir mas sin inminente peligro de ser ellos mismos sacrificados.

Así debió juzgarlo tambien el que me acompañaba, porque de pronto abrió la puerta i fué a reunirse a sus compañeros.

Ya era tiempo.

La turba enfurecida, vociferando i jesticulando horriblemente, lanzóse sobre la gran puerta, la cual cedió en el acto al irresistible empuje.

Entre los individuos de aquella estraña muchedumbre podia distinguirse, porque iba a la cabeza de ella, al mismo hombre grande i grueso que ántes diera el primer grito, el cual individuo no era ni podia ser otra cosa que un degollador de bueyes en el matadero público.

Ese jigante fué contratado, como muchos otros, por los revolucionarios para que continuara ejercitando su horrible oficio con los partidarios del jimen caido. Los jenerosos vencedo- lanzaron a esos hombres sanguina-s a las calles de la culta capital i n al mismo palacio de gobierno para e hicieran con los vencidos lo mismo que diariamente hacian con las reses en el Cuadro.



Al abrirse con estrépido las dos hojas de la puerta, yo fuí arrastrado violentamente por una de ellas i estrechado entre la puerta i la pared, de tal modo que los asaltantes no me vieron.

Estos, ciegos de furor i despecho porque no habian podido despedazarme, se atroparon en el centro de la pieza, donde habia una especie de cuartito de baño, de madera.

Imajinarse que yo estaba escondido allí i reducir a menudos fragmentos el cuartito, fué todo uno.

Miéntras estuve oculto por la hoja de la puerta temí por momentos que a alguno se le ocurriera mirar hácia atrás i me descubriera, lo cual habria sido lo mismo que darme por descuartizado.

Antes de que esto ocurriera aproveché el momento que me pareció oportuno, salí de mi escondite, corrí al patio i de allí al zaguan esterior del palacio; mas no alcancé a llegar a la entrada de la ancha escalera cuando fuí alcanzado por las fieras que me perseguian.

Estas, dando gritos salvajes, comenzaron a descargarme una lluvia incesante de golpes con garrotes, fierros i arma blanca.

Despues de haber caido tres veces aturdido por los golpes, cegado por la sangre, pude, sin saber como lo hice, levantarme de la tercera en la plazuela de la Moneda, a pocos pasos del cuartel de Cazadores.

En la puerta de este cuartel se hallaba estacionado el comandante Ala-

mos, quien, al verme, corrió a mi encuentro, me tomó de los brazos, me hizo entrar al cuartel i se quedó despues afuera para contener a los asesinos.

Estos quedaron furiosos porque se les acababa de arrebatar la víctima en el momento mismo en que iban a ultimarla.

*
* *

De esta manera providencial i mediante la noble i jenerosa conducta de Gabriel Alamos pude salvar de las garras de los cobardes asesinos i hombres depravados que se titulan *revolucionarios del 91.*

Despues de hacérseme la primera curacion por el cirujano de Zapadores, me condujeron a una cuadra de tropa, donde para vendarme el sarjento 1.o me metió a un cuarto pequeño, oscuro, que era almacen de la compañía.

Allí, tirado sobre la ropa sucia i rollos de colchones de los soldados enfermos del hospital, hube de pasar hasta las doce de la noche de aquel dia de sangre, de saqueos, violaciones i crímenes que la decencia impide narrar.

A esa hora, disfrazado de soldado, me hizo salir Alamos del cuartel i me mandó dejar con su hermano Alfonso, el cual iba acompañado de seis soldados, única manera de andar por las calles de la ciudad sin peligro de ser asesinado por los *bravos vencedores.*

Así fué como los revolucionarios supieron corresponder a los hombres que por ser esclavos del deber todo lo sacrificaron: familia, intereses i hasta la propia vida, que yo salvé milagrosamente.

La conducta del jeneral Baquedano en esta ocasion, a mas de torpe, fué, sobre todo, cobarde!!...

*
* *

Para esplicar los saqueos de Santiago, acto de bandalismo sin precedentes en este pais i en los mas bárbaros e incultos, la oposicion, por medio de sus hombres de gobierno, ha tenido que mentir de la manera mas cínica.

Así, por ejemplo, el jeneral Baquedano, en el manifiesto en que da cuenta a la Junta de Gobierno de sus actos durante su sangrienta i fatal administracion de pocos dias, no trepida en asegurar que si los saqueos tuvieron lugar, fué por que los pocos soldados que habia dejado Balmaceda eran tropas absolutamente desmoralizadas e indisciplinadas!

¡No podia darse mayor descaro en un hombre a quien todo el mundo creia honrado i leal!

El mal caballero tuvo miedo de asumir la responsabilidad de sus actos i sobre todo se vió obligado a salvar la de los revolucionarios.

Se necesitaba un hombre que mintiera para poder imputar tan horrorosos crímenes a inocentes, i el pobre jeneral fué el instrumento de que se valieron aquellos miserables!

Quisiera creer que el jeneral Baquedano obró inconscientemente. Pero nó. Por mucha que sea mi buena voluntad para salvar el honor del que se llamó jeneral en jefe del ejército chileno, no es posible aceptar esta h tesis.

Los hechos se encargan, desgr damente, de probar lo contrario.

Véase en qué me fundo.

¿Por qué el jeneral Baquedano, cuando yo, acompañado del coronel Navarro, jefe de estado mayor, me presenté como comandante en jefe de las tropas de la guarnicion para reconocerlo como Presidente provisional, como autoridad de hecho; por qué, repito, se negó redondamente a autorizarme para que en el acto tomara las medidas necesarias, como se lo rogué hasta el cansancio, a fin de evitar el saqueo que fatalmente habria de producirse al siguiente dia?

No es posible imajinar que el Jeneral hubiera sido dotado de tan escasísima intelijencia que, de buena fé, fundara su tenaz i porfiada negativa solo en que, como lo claramente lo dijo, no habia necesidad de que saliera de sus cuarteles un soldado, *porque el pueblo, una vez que supiera que él, Baquedano, estaba en el poder, en la Moneda, como Presidente, no cometeria el menor desórden i todo pasaria en la mayor tranquilidad*, i que, por el contrario, el tomar medidas contra los desórdenes, que el populacho no tenia intencion ni voluntad de cometer, en cuanto supiera que *él mandaba*, solamente produciria el resultado de agriarlo i enconarlo sin objeto.

***

Para mí el Jeneral hizo mui mal su papel.

El saqueo, no solo estaba resuelto, sino tambien preparado i organizado el personal que debia llevarlo a efecto.

...de hacia tiempo la comision ejecu-...a revolucionaria de Santiago se ha ocupado en los preparativos del ...ando crímen.

...as listas de las casas saqueadas fueron confeccionadas por órden de barrios, calles i números por los miembros de aquella comision i por otros muchos a quienes se encomendó tomar los datos en las casas de don Melchor Concha i otros.

Las innumerables partidas de saqueadores que hubo que organizar a fin de que en todas partes de la ciudad la operacion fuera instantánea i pudiese de ese modo producir sus terribles efectos contra los bienes i las personas de los vencidos, fué obra de la comision o junta ejecutiva revolucionaria. Esta nombró para cada partida dos o tres jefes que debian conducirla.

Los individuos que con todo descaro iban a la cabeza de las pobladas con lista en mano señalando los domicilios de las familias condenadas a la saña revolucionaria, no fueron, felizmente, (!) sino de la clase social conocida con el nombre de *medio pelo.*

Quiero creerlo así, porque la turba que asaltó, saqueó i destruyó mi propiedad, segun aseguraron todos los vecinos, fueron sus capitanes un tal N. i el hijo mayor de don X.

I esto en recompensa de haberme negado yo en Talca a tomar preso a este último señor i a remitirlo a Santiago con una barra de grillos, como terminantemente me lo ordenaron mis jefes.

¿I todo por qué?

Porque, engañado, creí que ese hombre era incapaz de una infamia.

Antes de ocho dias me manifestó ese señor, i de una manera bien amarga, cuán engañado estaba yo en el modo de juzgar a los hombres!

¡Yo, esponiendo mi destino i aun la cabeza, desobedecia una órden terminante del Gobierno por salvarlo, i él,

en cambio manda a su hijo mayor que robe, saquée i destruya mi propiedad!

***

De todo esto se desprende sin esfuerzo alguno que, al negarse el jeneral Baquedano en la noche del 28 a autorizarme para evitar el saqueo con las tropas perfectamente moralizadas i disciplinadas con que contábamos, no fué por la estúpida causa que espusiera, sino porque estaba al cabo de que el gran crímen se llevaria de todos modos a efecto, i porque no se atrevió a impedir lo que la junta revolucionaria habia resuelto.

I tanto mayor fuerza debió tener en el ánimo del jeneral la resolucion de la junta ejecutiva de Santiago, cuanto, a mas de ver triunfante a la revolucion, durante la guerra civil él no habia querido comprometerse i solo habia puesto su influencia moral al servicio de sus amigos rebeldes.

Pobrísima i mezquina idea da del pobre jeneral este procedimiento, pero desgraciadamente es la verdad en toda su repugnante desnudez.

El pobre hombre se encuentra de repente con que la revolucion ha triunfado i él no ha hecho mérito ninguno por su causa. Era necesario a toda costa poder ostentar alguno.

Pero el tiempo era escaso i no habia que desperdiciarlo.

¿Qué hacer? ¿Cómo aprovecharlo en obsequio de sus amigos victoriosos?

—No hai mas remedio: autoricemos el saqueo—se dijo el jeneral.

I este infeliz militar así lo hizo.

I por añadidura los mismos revolucionarios le ordenaron que mintiera como un carretero i que deshonrara al mismo honrado i leal ejército a quien se lo debe todo (ménos su estupidez, que es nativa) i así tambien lo hizo el pobre hombre!!

De esta manera, valiéndose de Baquedano i haciéndolo mentir i calumniar, los modernos rejeneradores creyeron poder justificarse de aquel acto de barbarie sin igual.

Para probar la mentira del jeneral, basta el siguiente cuadro de las tropas que guarnecian la plaza de Santiago.

(Omito el cuadro por ser conocido de todos en sus detalles i cuyo conjunto, contando 1,100 hombres de policía, es el de 6,246.)

FIN DE LAS RECTIFICACIONES

INDICE

ERRATAS

PÁJINAS	COLUMNAS	LÍNEAS	DICE	LÉASE
3	1.ª	20	Nó, ni en tus	*Nó ni tus*
4	2.ª	6	profirió	*—profirió*
9	1.ª	38	—Gracias!	*—Gracias!—*
17	2.ª	7	ame	*ame-*
21	2.ª	5	o su consorte	*o la salud de su consorte*
22	2.ª	2	proporcipnarnos	*porporcionarnos*
33	1.ª	10	Zoila	*Sofía*
33	2.ª	28	en Hortensia i en Azócar	*hácia Hortensia i Manuel*
33	2.ª	34	armonieso de cristales	*armonioso de los cristales*
36	1.ª	5	i conmovido	*i conmover*
40	2.ª	22	i hundirian	*i arruinarian*
44	2.ª	5	—Pero díme	*Pero díme*
45	2.ª	21	nacionales	*nacional*
47	1.ª	2	cuando uno	*cuando una*
55	2.ª	16	de intimidad	*de sinceridad*
59	2.ª	2	i las que	*, las que*
63	2.ª	42	am	*amigo*
67	1.ª	22	tud, articuló	*tud—articuló*
68	2.ª	16	amenudo	*a menudo*
68	2.ª	27	preguntóle	*—preguntóle*
69	1.ª	17	—Con la señorita	*—Con la señorita Santibañez*
70	1.ª	37	Aquel fuego	*Aquel juego*
74	2.ª	30	si esa tristeza seria	*si esa tristeza será*
77	1.ª	5	supera de los demas	*supera al de los demas*
77	1.ª	7	—Eres ingrata	*Eres injusta*
77	2.ª	21	conmovido —¿Es posible que…	*conmovido.—¿Es posible que..*
78	1.ª	20	creistes	*creiste*
78	1.ª	21	convencistes	*convenciste*
78	1.ª		Entre las líneas 33 i 34 deben colocarse las siguientes frases de Gonzalez: *—Hé aquí el desenlace obligado, fatal de todas nuestras conversaciones.*	
78	2.ª	32	la dominaba	*le dominaba*
79	1.ª	15	yo no tengo	*yo que no tengo*

PÁJINAS	COLUMNAS	LÍNEAS	DICE	LÉASE
80	2.a	4	—Créemo	*Créeme*
82	2.a	29	en el corazon	*en el corazon:»*
83	1.a	17	resperables	*respetables*
84	1.a	31	las cuales	*los cuales*
91	2 a	1	la Monede	*la Moneda*
94	1.a	38	...replicó	*...—replicó*
95	2.a	22	del sol	*de sol*
96	1.a	42	i	
96	2.a	1	miramiento alguno	*consideracion alguna*
99	1.a	29	Perdóname	*—Perdóname*
100	1.o	17	ántes de	*ántes que*
102	2.a	30	i de sus jefes	*i el de sus jefes*
109	1:a	12	fuerfe	*fuerte*
110	2.a	34	grupos	*cuerpos*
115	2 a	1	se acerdó	*se acercó*
116	1.a	31	del imperio	*del emporio*
116	2.a	8	del Puerto	*Alto del Puerto*
116	2.a	30	ellos hubieran	*ellos hubiera*
118	1.a	5	disponiendo	*disponian*
129	1.a	23	que tome	*que tomes*
140	1.a	18	la intendencia	*la Intendencia*
153	1.a	1	pupilas que	*pupilas que le*
158	2 a	38	le permitieran	*le permitirian*
173	2.a	3	ántes de	*ántes que*
174	2.a	39	Cangreso	*Congreso*
194	2.a	43	evantándose	*levantándose*
196	2.a	24	exhuberante	*exuberante*
197	1.a	12	Las sirvientes	*Los sirvientes*
209	2.a	23	ttgres	*tigres*

